

ALEAGUARA

# Carme Riera

## Vengaré tu muerte



Narrativa Hispánica

ALFAGUARA

Carme Riera  
Vengaré tu muerte

Narrativa Hispánica



Carme Riera

Vengaré tu muerte

ALEAGUARA



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**

 [@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)

 [@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)

 [@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Rosa Montero, por las batallas libradas y por las muchas que nos quedan por librar.*

*A Montserrat Roig, in memoriam.*

## Nota introductoria

Me llamo Elena Martínez Castiñeiras y durante diez años trabajé como detective privado. Quizá fue mi afición a las novelas policíacas lo que me llevó a escoger, después de abandonar, por aburrida, la carrera de Derecho, los cursos para llegar a ser detective, una profesión que me iba a permitir, o eso creía, no solo resolver los casos que habrían de encargarme sino escribir sobre ellos sin faltar ni un punto a la verdad. De ese modo, pensaba yo ingenuamente, evitaría tener que recurrir a los trucos, a veces poco verosímiles, que usan los autores del género negro, puesto que la realidad me ofrecería posibilidades mucho más convincentes. Sin embargo, la privacidad exigida por mis clientes me impidió, mientras ejercí mis funciones, publicar una sola línea sobre los asuntos en los que anduve metida. Ahora, tras abandonar la profesión, he decidido escribir este libro, no para aprovechar la experiencia acumulada, sino por otro motivo de mucha más importancia: me siento culpable de haber contribuido a que se condenara a dos personas por un crimen que no habían cometido. Mediante estas páginas quiero tratar de demostrar que el tribunal se equivocó al tomar en consideración las pruebas que yo aporté. No me mueve otro interés que el de que se haga justicia.

El caso al que voy a referirme se inició en 2010, cuando en Cataluña gobernaba el tripartito por segunda vez y en España, también en su segundo mandato, el socialista Rodríguez Zapatero. En 2008 revalidó la victoria que la infumable gestión de los atentados de 2004 por parte de Aznar le había dado.

En 2010 la corrupción y sus secuelas, que tantos ríos de tinta y de sangre política han hecho correr desde entonces, habían ya aflorado con todo su esplendor. La crisis que había estallado en 2008, pese a que el Gobierno lo negara, nos trajo la recesión económica más brutal de la Transición. Los bancos que antes concedían hipotecas a cuantos se acercaban a sus sucursales, proporcionándoles igualmente préstamos muy baratos para que pudieran hacer realidad sus sueños montados en cuatro ruedas, tuvieron que ser rescatados.

En los tiempos de bonanza económica muchos constructores, además de en ladrillo, habían invertido en política. Se habían recalificado terrenos y repartido sobres abultados. Aquí, en la tierra, tanto en despachos de la Administración

estatal o autonómica como en prostíbulos de lujo. En el cielo, entre nubes, en jets privados, que los empresarios distinguidos habían empezado a utilizar, como imprescindible marca de éxito.

Pese a la desastrosa situación económica del año 2010, el dinero de los corruptos, en billetes de quinientos euros, seguía corriendo sigiloso hacia la frontera y se fugaba, vía transferencia o vía maletín, sin demasiado problema. Los catalanes, esas cuarenta familias emparentadas de las que hablaría el estafador Millet que, por entonces, ya había desviado fondos del Palau de la Música hacia otros bolsillos y, por descontado, a los propios, optaban por esquiar en Andorra. Para aprovechar el viaje pasaban también por la banca a depositar sus ahorros, fruto del esfuerzo de las mordidas y del tesón en la exigencia de un tres por ciento que, en muchos casos, llegaba hasta el ocho, si quien cerraba el trato era una lumbrera mafiosa o por lo menos un experto conocedor de los comportamientos de la mafia.

Aznar había acuñado el eslogan «España va bien» que, con su cansina cabezonería, repetiría hasta la saciedad. Pero solo había sido capaz de articular la primera parte de la frase. Completa se ajustaba mucho más a la realidad: España va bien encaminada hacia el desastre. Y eso fue lo que ocurrió, por más que Zapatero, con su optimismo visceral, hubiera negado que había crisis. No tuvo más remedio que admitirla e incluso en 2011 se vio en la necesidad de reformar la Constitución para limitar el déficit público. El país estaba al borde del colapso económico. La prima de riesgo superaba los cuatrocientos puntos y el paro alcanzaba la cifra de cinco millones.

# I

Tras la desaparición de su marido, dos razones fundamentales impulsaron a Montserrat Bofarull de Solivellas a ponerse en contacto con la agencia de detectives Holmes & Holmes S. L. y de rebote conmigo:

A. Que la vidente Luz Segura, cuyo nombre verdadero es el de Práxedes Rebollar, le había aconsejado que buscara un detective, porque sus poderes predictores advertían que la localización del desaparecido sería complicada, ya que estaban involucrados agentes extranjeros. Algo que dejó boquiabierto a Montserrat Bofarull. Sin embargo, confiaba a ciegas en su pitonisa de cabecera, a quien desde hacía un tiempo consultaba un día sí y el otro también. A veces porque le inquietaba el porvenir y otras para amortizar el bono que había sacado con una validez de tres meses, por valor de mil doscientos euros. Rebollar la había convencido de que así se abarataba mucho el precio que cobraba por visionar su bola o echar el tarot, con la ventaja de que ella o su hija y ayudante cualificada, Micaela Luján, alias Iluminada Segura, atenderían durante las veinticuatro horas del día cualquier consulta urgente que se terciara, además de ofrecerle una atención prioritaria y absolutamente personalizada.

B. Que la policía no le había hecho ningún caso, porque el asunto pertenecía a la jurisdicción de los *mossos*. Las desapariciones, por si no lo sabía, estaban transferidas a la Generalitat, dijo que le dijeron, con cierto molesto cachondeo, de manera que le recomendaron que se entendiera con la autoridad autonómica y acudiera a los *mossos d'esquadra*. Y allá fue, sin que la atención prestada mejorara nada en absoluto. Antes al contrario, tuvo que aguantar ciertas bromas de un pésimo gusto, puesto que mientras observaban sus deterioradas prestaciones de arriba abajo, carrocería y llantas, igual que si ella fuera la camioneta siniestrada de un vulgar atestado de circulación, comentaban que tal vez su marido, si no se había ido a comprar tabaco, como un tal señor Rusiñol, pintor, por más señas, habría querido echar una canita al aire, algo que cuando se llevan tantos años de matrimonio como los que la señora de Solivellas les confesó que llevaba, más de treinta y cinco, era no solo comprensible sino muy natural... Con esos argumentos restaron importancia al caso, e incluso condescendieron en clasificarlo de corriente. Le sugirieron que regresara a casa,

a sus labores, a sus culebrones televisivos o a su bingo, si era aficionada a tal distracción. Que solo volviera si tras un tiempo prudencial no tenía noticias, y entonces sí se pondrían a investigar con la probada eficacia que se les suponía, aunque todavía, por culpa de los tardíos traspasos desde el Estado a la Generalitat, no fuera proverbial. De momento se habían permitido sugerirle que no hiciera denuncia alguna, puesto que si ellos abrían una investigación el nombre del presunto desaparecido quedaría para siempre en sus archivos, con la consecuente ficha y ello podría resultar perjudicial o cuando menos desagradable para el susodicho, en el momento en que descansado, feliz, probablemente nada arrepentido del asueto, volviera a aparecer y se reincorporara con mejor ánimo a la vida familiar...

Esas dos poderosas razones, como ya he apuntado, son las que me expuso la señora de Solivellas la primera vez que nos vimos, después de que Mateu Puigcercós, director de Holmes & Holmes, derivara a la futura clienta a Eureka Cataluña, un gabinete también de su pertenencia, pero que atiende su hijo Mateu Puigcercós i Callicó y este me la endosara a mí.

Las filiales de la barcelonesa Holmes & Holmes diseminadas por Cataluña llevan el nombre de Eureka. La de Manresa, capital del Bages, ciudad en la que la señora de Solivellas vivía y en la que a mí generalmente me tocaba trabajar, está en la calle Mayor, en el piso tercero del número 11 para ser exacto, aunque quizá, ya que soy mujer debiera poner exacta, puesto que quien escribe soy yo, en primera persona del singular femenino, sin desdoblamiento alguno. Lo señalo para que quede claro desde el principio. No vayan a pensar que me invento mi propio personaje, aunque esté acostumbrada por mi trabajo a comprobar cuánta gente va por la vida creyendo firmemente que es quien jamás llegará a ser. No me refiero a los esquizofrénicos ni a algunos de los mentirosos compulsivos que se creen sus propios embustes, diagnosticados como psicópatas, sino a la mayoría de individuos, al menos a muchos de los que he tratado a causa de mi trabajo. No solo a los que he tenido que vigilar o perseguir sino también a los que me pagaban por vigilar y perseguir a otros.

Recuerdo bien cómo iba vestida Montserrat Bofarull, de gris marengo, tirando a negro de ala de mosca, un color adecuado para aquella primera visita y más todavía para la situación por la que atravesaba, de alma abandonada en el purgatorio, aunque quizá, ahora que lo pienso, en las palabras con que se lamentaba —*«aquest purgatori, creguim, es força mal d'empassar»* (este purgatorio, créame, es muy difícil de tragar)—, tomaba purgatorio por purgante, como si lo que más le molestara no fuera el hecho de vivir en la incertidumbre, en el no saber si había pasado de infeliz casada —un estado que intuí— a no menos desgraciada viuda, sino al mal sabor de boca, el estómago revuelto y el

vientre suelto, puesto que nada más entrar me preguntó si podía pasar al «*lloc comú*», y como debió parecerle que no la entendía —yo soy castellanoparlante, aunque, por descontado, comprendo cuanto se me dice en catalán y lo hablo si la situación lo requiere, como era el caso— en seguida añadió: «Servicio».

Aproveché los minutos de ausencia para anotar en mi cuaderno, en cuya primera página escribí «Caso Solivellas» los detalles que acabo de constatar. Siempre he considerado que la ropa que usamos habla sobre nosotros más de lo que suponemos. El color neutro del traje de chaqueta, probablemente comprado en la sección de tallas grandes de El Corte Inglés, un diseño de Elena Miró, la de curvas sin complejos de Miroglio Fashion, o eso me pareció, revelaba el deseo de pasar desapercibida de Montserrat Bofarull. Cosa, por otro lado, harto difícil, aunque no fuera vestida de fallera mayor y prefiriera una funda átona en la que disimular el exceso de peso. Quizá hubiera que unir a tal elección acromática, llevada a cabo de un modo inconsciente o todo lo contrario, una preparación para el luto, que todavía, en ciudades como Manresa, se usa los primeros días después del fallecimiento de un familiar de primer grado.

En cuanto regresó, pidiendo excusas, rogué a la infeliz casada o quizá con más números para ser ya desgraciada viuda o por lo menos presunta, que ocupara el sillón que hay frente a la mesa escritorio. Mientras, yo me pertreché al otro lado, tras las gafas profesionales, que suelo usar cuando quiero aparentar la severidad de un juez, con el propósito de que los clientes o los posibles clientes no traten ya desde el principio de darme gato por liebre. Averiguar hasta qué punto mienten o solo confiesan medias verdades era fundamental en mi trabajo, pues de la confianza depositada en las palabras de quienes requieren nuestros servicios detectivescos depende muchas veces el éxito o el fracaso de las posteriores gestiones. Por eso, antes de preguntarle los detalles habituales —carácter, trabajo, relaciones, costumbres, etcétera, de su marido— dejé que fuera ella la que empezara a hablar. En seguida comprendí las razones por las que el hijo del dueño de la agencia Eureka Cataluña S. L. había decidido quitársela de encima: no solo porque tuviera miedo de que pudiera darle sin querer un pisotón, a tenor de los kilos con rotura asegurada de ligamentos y quién sabe si también de huesos, sino porque la pobre Montserrat Bofarull traía aquella tarde una jaula de grillos en la cabeza y pasaba de una cosa a otra, sin darse cuenta de que su interlocutor desconocía de qué le estaba hablando.

He resumido en las páginas precedentes los dos motivos por los que mi futura cliente consideró que un detective debía encargarse del caso, motivos que ella mezclaba continuamente y así parecía que el bono tarot-videncia se lo habían mandado comprar los *mossos d'esquadra*, para poderles llamar a cualquier hora del día o de la noche —como si fuera la iguala de un médico rural del que

siempre hablaba mi abuela gallega—, y, en cambio, que era Luz Segura quien había divagado sobre el presunto abandono de hogar de su marido, con alusiones de pésimo gusto a un más que probable lío de faldas.

Supuse, como en efecto ocurría, que la señora debía de haberse automedicado con tranquilizantes a los que habría añadido, quizá, una dosis inhabitual de alcohol, porque al abrir la boca apestaba a una repulsiva mezcla de anís acompañado de una *mousse* de queso al gratén y jugos gástricos. También yo, si hubiera contado con un ayudante, subordinado o becario, le habría endosado ese muerto —¿o será muerta?—, de manera que entendí que mi jefe no quisiera apechugar con el caso. No tuve más remedio que acceder a los ruegos de Mateu *junior*, que fue quien la vio primero, pero solo unos instantes, los justos para decidir que salía huyendo a tomar un carajillo. Así pues, el caso Solivellas vino a parar a mí, primero por imposición del hijo de mi jefe y después, cuando parecía que era solo de incumbencia de la policía y debíamos abandonarlo, de manera directa, por deseo de Montserrat Bofarull a instancias, al parecer, de su pitonisa.

Pero vayamos por partes. Ya he señalado al principio que esta es la primera obra que escribo y tal vez como principiante no soy muy buena literariamente. En cambio, en lo que atañe al caso Solivellas, creo que nadie lo conoce mejor que yo. Aunque, a consecuencia de los daños colaterales que padecí, presenté unas pruebas que fueron contundentes a la hora de determinar el veredicto del tribunal que hoy considero equivocado. Para que finalmente pueda hacerse justicia voy a contar cuanto sé sin dejarme nada en el teclado. Sustituyo tintero por teclado, porque escribo en el ordenador y no considero correcto decir una cosa por otra, aunque sea en este detalle nimio. Juro, por mi honor, ante la pantalla de este Mac OS X, decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, afecte a quien afecte.

En fin, prosigo. Aunque la tarde de nuestro primer encuentro manresano la señora de Solivellas no estaba en condiciones de poder contarme b por a cómo era la relación con su marido ni la de este con sus hijos y si tenía indicios para sospechar que aquello más que una desaparición era una fuga con amiguita incorporada, o un tradicional abandono de hogar por desavenencias familiares, traté, por lo menos, de que aportara algunos datos que me sirvieran para poder hacerme una composición de lugar de la que extraer después pistas útiles.

Comencé por preguntarle desde cuándo no tenía noticias de su marido y si se había preocupado de llamar a la guardia urbana, a los hospitales y al depósito de cadáveres, algo que no siempre se le ocurre a la gente, y que, por desgracia, esclarece de golpe la mayoría de desapariciones, en especial en las grandes ciudades, donde nadie se conoce. Me dijo que sí lo había hecho y que Robert, el viernes 5 de noviembre de 2010, día en que desapareció, se despidió de ella a las

ocho de la mañana, como de costumbre, sin que le notara nada raro. Solo le advirtió que volvería tarde y que por eso se llevaba el coche, cosa que casi nunca solía hacer. Iba y venía de Manresa a Barcelona y de Barcelona a Manresa, en tren, puesto que trabajaba en la capital, empleado en una empresa, según Montserrat Bofarull, de mucho prestigio, ya que a menudo tanto el Ayuntamiento como la Generalitat les encargaban asuntos en el exterior, y en la que su marido tenía un puesto de relevancia. De ahí que Robert Solivellas i Pujolí conociese a muchos políticos y empresarios influyentes, de los que mencionó a algunos, cuyos nombres no es necesario siquiera que transcriba aquí, precisamente porque coinciden con varios de los que han sido ya condenados por corrupción o aún tienen causas pendientes con la justicia.

Montserrat pasó el fin de semana inquieta, sin tener noticias de su marido, pero sin atreverse a denunciar su desaparición. El domingo por la noche trató de ponerse en contacto con la secretaria de dirección de la empresa, Mónica Ribó, para saber si el viernes Robert había llegado a su hora. Pero en el teléfono de Mónica nadie contestaba. Le pareció raro porque la secretaria vivía con su madre muy mayor, que ya no podía salir del piso. El lunes, el martes y el miércoles, tanto desde el teléfono de casa como desde el de la pastelería que había heredado de sus padres, hizo repetidas llamadas a diferentes horas a Tibidabo Assessors, respondidas siempre por la voz enlatada del contestador. Pese a la solicitud grabada de que se dejase recado, no lo hizo, ni siquiera fue capaz de pedir que el señor Solivellas se pusiera en contacto con su familia de manera urgente. Me confesó que si le hubieran contestado habría dudado entre decirles la verdad de la desaparición o «*mastegar fasols*», una frase cuya traducción literal, «masticar frijoles», no funciona y que equivaldría a salirse por la tangente, a dar largas al asunto, contándoles lo primero que se le hubiese ocurrido como excusa por la ausencia de Robert.

La vidente le había asegurado que ni siquiera había pasado por la empresa e incluso que había captado su presencia fuera de Barcelona y eso le parecía a la señora Bofarull una justificación para decir, por ejemplo, que estaba afónico en la cama, con gripe, y por eso no había ido a trabajar. Habría utilizado ese cuento para protegerle porque si se había marchado sin haber pedido permiso para ausentarse, quién sabe si no podría perder su bien remunerado empleo.

Anoté en mi cuaderno el nombre de la empresa, dirección y teléfono, decidida a contactar con el despacho en seguida, en cuanto se fuese mi clienta, pero antes llené, como acostumbrábamos a hacer en Holmes & Holmes y sus sucursales, una ficha básica sobre vida y milagros —pocos— del desaparecido, además de guardar en el dossier varias fotografías que la esposa abandonada accedió a sacar de su bolso y que traía ya preparadas. En ellas se veía a un hombre de estatura

mediana, tirando a bajo —las medidas de Solivellas no sobrepasaban de 1,65, 48 de pie («*Miri, per on, els peus si que els té grossos, com un Sant Pau*» —Mire por dónde los pies sí los tiene grandes, como un San Pablo— murmuró la señora Bofarull con un tono en el que apuntaba una cierta melancolía), un tanto barrigón y con abundantes entradas en la frente (supe después que se había hecho injertos de pelo en la parte central del cuero cabelludo, un dato revelador de su interés por aparentar buena presencia), ojos de un marrón común, más tirando a canelo que a carmelita, boca grande, tipo buzón, de labios finos, nariz prominente y orejas monumentales, como abanicos. Pese a que su aspecto, a los cincuenta y cinco años, no era para ganar ningún concurso de místico Universo, el conjunto de su persona, por lo menos en aquellas fotos, no tenía nada de particular. Se trataba de un hombre de mediana edad, corriente y moliente, aunque orejudo.

El estado de purgatorio en el que se encontraba mi clienta me urgió a dar por terminada aquella primera entrevista —ya que por dos veces más tuvo que levantarse para ir al lavabo— y después de recomendarle que dejara de automedicarse y acudiera a su médico de cabecera, quedamos para el día siguiente en su domicilio. Averiguar cómo vivía el presunto desaparecido me interesaba mucho, no fuera a ser que su casa en vez de un hogar, dulce hogar, se pareciera a una cárcel y Montserrat fuera su carcelera.

## II

Acompañé a la señora de Solivellas al departamento de Contabilidad, eso es la habitación donde atiende el teléfono Marga, secretaria de Eureka Cataluña y chica para todo, receptora, en consecuencia, del cheque que nuestra ya clienta habría de llenar en concepto de depósito. Allí la abandoné, dándole dos besos y animándola. Seguro que el desaparecido tenía alguna razón poderosa para ocultarse, le dije por consolarla un poco, aunque no sabía muy bien si esta razón poderosa, que yo intuía descocada y de piernas largas, delgada y joven, en las antípodas de mi clienta, podría molestarle aún más, pero no fue así. Dios la oiga, dijo compungida y en seguida añadió que me rogaba mucha discreción al contactar con la oficina de su marido.

Dejé que fuera Marga la que la acompañara hasta el baño, si de nuevo el efecto purgante o purgativo-purgatorio se manifestaba, o directamente a la puerta del ascensor, y la despidiera, porque faltaban cinco minutos para las siete y yo deseaba, con todas mis fuerzas, antes de que el último empleado apagara la luz, contactar con la oficina donde hasta el viernes pasado, o quizá solo hasta el jueves, había trabajado Robert Solivellas i Pujolí.

Mi intención era hablar con la secretaria del desaparecido y hacerlo ya. Dejaba en último lugar, atendiendo los deseos de disimulo de Montserrat Bofarull, que me pasaran con los capitostes, pero cuando marqué el número, al parecer en Tibidabo Assessors ya no había nadie. Un contestador automático me dio la bienvenida en tres idiomas, catalán, inglés y castellano, por este orden. La empresa, aunque no era una multinacional ni mucho menos, sí operaba en el extranjero, de ahí la necesidad de las referencias horarias de la oficina y los deseos de un buen día —*have a nice day*—, calco de la educación yanqui que hemos empezado a importar, insistiendo por dos veces en los buenos días que deseamos a *tutti quanti*, pues en nuestro saludo ya está implícita la fórmula americana. En fin, había, claro, la posibilidad de dejar un mensaje, pero no lo hice. Como no podía decir hola, soy fulanita, detective privado y quiero hablar con cuantos hayan trabajado con el huido, a más tardar el lunes, cuando me persone en la empresa, colgué. No me pareció oportuno dejar grabado que tenía necesidad de saber si Solivellas estaba en sus cabales y por eso, precisamente,

había decidido volatilizarse, o, por el contrario, lo había abandonado todo porque se había vuelto repentinamente no majareta sino cuerdo. Recogí mis bártulos, hice fotocopias del dossier «Caso Solivellas» con fotos incluidas, lo metí en mi bolso-cartera y decidí tomar el tren para Barcelona, donde vivo, en la calle Canet, calle del Perrito en traducción simultánea, del barrio de Sarriá.

Puntualizo que aunque el distrito Sarrià-Sant Gervasi es de los más elegantes y caros de Barcelona, mi piso es viejo y ni siquiera está restaurado. En la época en que mi exmarido lo compartía conmigo se encargaba de los arreglos imprescindibles y del bricolaje urgente, pero cuando al separarnos comencé a vivir sola con Jimmy, un fox terrier que no ayudaba nada, más bien al contrario, todo empezó a andar manga por hombro.

La verdad, incluso ahora, tengo poco tiempo para dedicarlo a la casa. La relación que mantengo con las herramientas de emergencia doméstica es deplorable. Aunque estoy de acuerdo en que la llave inglesa merecería un monumento, como sugiere Juan José Millás, que es mi columnista preferido. Tiene razón Millás. Su inventor, oriundo de la Gran Bretaña, imagino, hubiera tenido que ser declarado sir y su nombre debiera figurar junto al de Edison, Ford, pero también junto al de aquel señor del submarino, un tal Cubí, que siempre confundo con Cajal y a Cajal con Servet. Pese a la admiración por la llave inglesa, las herramientas me odian tanto como yo a ellas, de manera que los grifos gotean, las puertas no cierran bien, la ducha está atascada y la cisterna del WC hace un ruido infernal porque no acierto con la soleta precisa ni con la dosis de tuerca correcta, etcétera, etcétera. Ya sé que hay solución para todo y que llamando a un fontanero y a un carpintero mi casa mejoraría mucho, pero ninguno de ellos está dispuesto a visitarme después de las ocho de la tarde, que es cuando suele acabar mi jornada laboral, de manera que de momento seguiré así, hasta que mi ex aparezca un buen día con la llave inglesa que tantos milagros hace. Bueno, a lo que iba.

Decidí, pese a estar muy cansada, ponerle la correa a Jimmy y marcharme con él andando hasta la calle Travesera de Gracia, esquina con la de Muntaner, para ver siquiera por fuera el lugar donde trabajaba Solivellas, al mismo tiempo que cansaba un poco al perro y yo me entretenía alternando con otros amos.

Nada sirve tanto como un perro para entablar relación con desconocidos, con los que, de entrada, se tiene una clara afinidad canina, algo que une mucho. No le pregunté a mi clienta si tenían perro y si este echaba en falta al desaparecido, pero ya tendría tiempo sobrado para saber eso y cuanto necesitara conocer al día siguiente, cuando tanto las desastradas tripas como las capacidades expresivas de Montserrat hubieran vuelto a la normalidad.

Mientras bajaba por la Vía Augusta iba pensando en las razones por las que la

señora de Solivellas me pedía disimulo en el contacto con la oficina de su marido. Estaba segura de que me escondía información, cosa absurda, ya que poco podría ayudarla si no sabía toda la verdad. Me parecía además disparatado que si su marido andaba en paradero desconocido desde el viernes, se hubiera limitado a telefonar a la empresa y se hubiera conformado con que nadie le contestara sin pensar que algo raro también estaba pasando allí. Asimismo me parecía ridículo que en vez de decir la verdad sobre la desaparición se le pasara por la cabeza la milonga de la afonía, que no habría quedado mal en otras circunstancias, puesto que justificaba que Solivellas no hubiera dicho ni pío. O sea, que no hubiera llamado directamente desde su móvil al despacho, o desde el teléfono fijo e inalámbrico que todos tenemos en casa, puesto que ya no se estila hablar con una especie de boa contorsionada pegada del auricular a la base. En el caso que me ocupaba tal cosa resultaba casi grotesca, ya que en breve la señora Bofarull debería reconocer que había mentido. Claro que lo había hecho, según habría de admitirme después, no solo para salvar el empleo del marido sino su propia reputación. Aceptar la desaparición como una fuga era asumir también que en su frente apuntaran un par de chichones laterales que muy pronto todos observarían como dos cuernos prominentes.

El hecho de no dar señales de vida no significaba, bien se lo dijeron los *mossos*, que su marido estuviera muerto, sino simplemente ausente y callado, quizá en la misma Manresa o en cualquier otro lugar. La libertad de movimientos está garantizada para cualquier ciudadano español. Es un derecho constitucional, eso lo sabe cualquiera. Del mismo modo que el derecho de aparcar en zona no regulada por parquímetro alguno, mientras el coche no moleste. Por cierto, y esa era otra, ¿dónde estaba el coche de Solivellas? ¿Había la familia contactado con alguna de esas empresas que se encargan de buscar coches? ¿Y qué opinaban los hijos sobre la desaparición? Era imprescindible que me entrevistara con ellos.

Iba barruntando todo eso mientras llegábamos a la esquina de la Vía Augusta con la calle Muntaner. Yo había andado todo el trecho abstraída en el caso Solivellas y Jimmy, tras marcar terreno en distintos árboles, se había enfrentado a varios congéneres —debo admitir que los fox terriers son algo belicosos y un poco tarambanas— y hasta había tratado de desasirse de la correa, tirando fuertemente de ella, para cruzar al otro lado al identificar una perra en celo que paseaba por la acera de enfrente.

Por más que estábamos en un tramo en que la Vía Augusta se hace menos augusta y más angosta, entre las calles Amigó y Santaló, la intensa circulación, pese a que eran las nueve pasadas, me impidió oír los comentarios que me hacía el amo de la deseada perra en cuestión, de la misma raza que mi perro. Por su sonrisa amigable y el tono supuse que se trataba de un celestineo. Pero yo soy

muy selectiva, tanto para mí como para mi perro. No me apetecía que ese encuentro casual de los fox terrier, de acera a acera, entre un mar de tráfico, acabara en un instantáneo polvo callejero. Lo que no quieras para ti no lo quieras para tu perro, me he dicho siempre y he procurado cumplirlo. Así que tuve que agarrarme a una farola para no ser arrastrada por el loco de cuatro patas con el que convivía y que en más de una ocasión, cuando la testosterona perruna se le disparaba, había podido conmigo. Gracias a un tipo que me ayudó a sostener la correa no di en el suelo con mis huesos, o quizá más que huesos, para ser humildemente sincera, debiera escribir celulitis, pues aunque delgada soy celulítica. Una pena.

Cuando conseguimos que Jimmy se calmara y pude observar bien a mi salvador me di cuenta de que por su estatura, mediana edad, facciones con orejas sobresalientes, me recordaba la fotografía del huído y aunque nunca en la vida ni yo, ni siquiera mi jefe Mateu Puigcercós, con su larga experiencia, ni mi segundo jefe, Mateu Puigcercós i Callicó, con su olfato perdiguerial, habíamos resuelto un caso con tanta celeridad, no pude dejar de aprovechar la ocasión para decirle:

—Muchas gracias, señor Solivellas —por si acaso era él y se sentía acorralado o por lo menos identificado.

Pero no, no era:

—Usted se confunde, señorita, no me llamo Solivellas. Me apellido Rodríguez Cereceda, Emiliano, para servirle, y soy de Zamora. He venido a vender miel de La Alcarria a los de Caprabo... Estoy de paso en Barcelona y me alojo en este hotel —dijo, señalando hacia el City Senator, que queda junto al Instituto Norteamericano, a la derecha de la Vía Augusta. Luego continuó—: Me gustan los perros... Si quiere usted acompañarme a tomar algo, en aquellas terrazas, estaré encantado... —y señaló hacia la Plaza Molina.

Le di las gracias. Ya he dicho que con perro se liga mucho, pero solo habría aceptado una cerveza si en vez del solitario apicultor se hubiera tratado del desaparecido, que la casualidad ponía ante mis ojos.

Continué por la calle Muntaner hacia abajo, con ganas de mirar escaparates. Una afición que heredé de mi madre, que procedía de una aldea gallega donde no había ninguno. Cuando a los dieciséis años fue a Barcelona para trabajar de niñera en una casa del Paseo de Gracia, se quedó boquiabierta viendo por primera vez aquellas jaulas de cristal, llenas de luces, que encerraban tesoros. Desde entonces jamás pudo hurtarse a seguir contemplándolos. Pero los escaparates de la calle Muntaner estaban a estas horas o apagados o enrejados y no convidaban a su contemplación, así que, sin entretenerme, fui bajando hasta Travesera. Comprobé la numeración en la esquina para saber si tenía que tomar a

la derecha o a la izquierda. Era a la izquierda, en el edificio que quedaba, casualidades de la vida, junto al de Círculo de Lectores, hoy sede de la editorial Penguin Random House, donde trabajaba un gran amigo mío al que siempre acababa por pedir auxilio, tanto para el dinero prestado como para el arrumaco regalado.

Quién sabe si él no conocería al menos de vista a mi hombre. Quizá, en cuanto le enseñara la fotografía podría identificarlo. Tal vez coincidían en el bar de la esquina a la hora del café mañanero.

En una discreta placa dorada, colocada justo donde se indicaba segundo piso, se leía Tibidabo Assessors S. L. Comprobé que tampoco nadie contestaba al timbre de la calle, cosa por otro lado normal, porque era viernes y los viernes las empresas y oficinas suelen cerrar antes.

Después saqué el móvil del bolsillo del abrigo y llamé a mi amigo. Con Jaume Vallirana hablaba siempre en catalán, algo por lo que también podía estarle agradecida, ya que la gente tiene tendencia, probablemente por educación, a contestarte en castellano en cuanto nota que tu acento no es autóctono. Pero Jaume no, Jaume, él mismo lo dice, «és de la ceba», quizá porque su bisabuelo, otro Jaume Vallirana, pero con sombrero de copa y bastante más capital que su nieto, fue un notable prócer que tenía contratada a una interprete para poder seguir hablando catalán cuando debía hacerlo con alguien que solo hablara castellano.

Tuve, como siempre, que repetir la llamada dos veces más, porque si no identificaba la emergencia, dos largas y una corta, como si fuera el aviso de hundimiento inmediato del *Titanic*, no cogía el teléfono.

—¿Qué te pasa, peluca de plata? ¿Te has quedado sin un chavo? —me preguntó en cuanto descolgó, con su habitual desenfado.

—Necesito verte ahora mismo, Jaume, y no es para que me prestes dinero...

—¿Una urgencia de cama? Te advierto que estoy cansadísimo y que tengo sueño...

—No te preocupes —me reí, acordándome de lo débiles y perezosos que son, en general, los hombres. Por lo menos los que me habían caído en suerte hasta el momento—, quiero enseñarte unas fot...

Ni siquiera me dejó acabar.

—¿Las de tu boda? —preguntó con sorna—, ¿o las últimas de Milú?

—Eres un imbécil. Y ya te he dicho que no le llares Milú... Necesito saber si conoces a un tipo que ha desaparecido, se ha volatilizado, y que trabajaba muy cerca de donde tú calientas la silla. Tengo unas fotos tuyas, quisiera que las vieras ahora. Si no has cenado te preparo algo en casa... o te compro *foie*, jabugo y torta del Casar si todavía sigue abierto el Tívoli, creo que cierran a las

diez. Estoy en Travesera con Muntaner...

—Mejor lo del Tívoli, siempre es más seguro... Añade canelones y corre que ya voy...

No sé por qué, en general, los catalanes son tan amantes de los canelones, quizá porque les recuerda los domingos de su infancia en casa de la abuelita o porque el sonido *catalans* y *canalons* se parece tanto que puede llegar a confundirse.

Subí por la calle Muntaner todo lo rápido que pude para llegar a las *delicatessen* del Tívoli, casi en la esquina con Vía Augusta, antes de que cerraran. Para entretenerme y hacer prácticas iba musitando en voz baja: «*Setze judges d'un judjat mengen fetge d'un penjat*» (Dieciséis jueces de un juzgado comen hígado de un ahorcado), lo que siempre me solía hacer repetir Jaume a modo de saludo, para tratar de que asimilara mi fonética gallego-castellana a la catalana. En la guerra de Sucesión los barceloneses sabían si quienes entraban en Barcelona eran catalanes o forasteros, haciéndoles decir de prisa esa especie de trabalenguas... «*Setze judges d'un judjat mengen fetge d'un penjat*», «*Els catalans i els catalons menjaven canalons*» (Los catalanes y los catalones comían canelones) añadí al final, como estribillo.

La pareja de abuelos que se cruzó conmigo entre las calles Laforja y Mariano Cubí me miró más alarmada que condescendiente. Fue ella a la que no se le ocurrió nada mejor que exclamar:

—*¡Pobre gos amb aquesta boja!* (¡Pobre perro con esta loca!)

### III

Como no había cogido el bozal de Jimmy no pude tomar el tren de Sarriá y tuve que regresar a casa andando, maldiciendo a los estúpidos revisores que no permiten que perros tan civilizados como era el mío suban al tren sin bozal y sí en cambio se hacen los despistados con ciertas bestias fieras que los otros perros, los perroflautas que tienen por amos y sus congéneres, manejan.

Todavía recuerdo la manera abusiva como me reprendió uno de esos tipos con chaqueta roja que pululan por la estación de ferrocarriles de la Plaza de Cataluña porque Jimmy se había quitado el bozal, mientras dos enormes tigres Shere Khan en forma canina campaban sin él. Pero así es la vida, arbitraria e injusta y no solo por lo que atañe a las normas sobre perros, que muchos villanos con poder, que diría mi abuelo el de La Mancha, se saltan.

Llegué a mi mansión —cincuenta metros del piso cuarto, puerta segunda, del número 30 de la calle Canet, sin ascensor, lo que es estupendo para ahorrarse el gimnasio—, treinta minutos después que Jaume, que va y viene en moto. Mi vecina de enfrente, muy abridora de puertas, bastante fisgona y, si tiene un buen día, un encanto, le había permitido entrar y me esperaba fumando en el rellano y conversando tranquilamente con ella, a la inglesa, aunque en catalán, sobre el tiempo. A Rosita «la Pastelera», llamada así porque despachaba en casa Foix, y para diferenciarla de Rosita «la Pisa Bien», vecina del segundo —que actuaba de bailaora, pese a ser entonces casi setentona, en los tablaos flamencos para turistas del final de Las Ramblas—, Jaume le gustaba. Se conocían porque algunos veranos, cuando yo me iba a la aldea de mi madre en Galicia y dejaba a Jimmy en Barcelona, mi amigo se trasladaba a casa para cuidar del que él llamaba, por razones obvias, Milú. Un nombre que no me gusta nada y con el que el gran Hergé no acertó.

Detesto que los números —Milú suena a mil uno en catalán— se empleen como letras y expandan sus propiedades mercantiles fuera de su negociado, pero Jaume no me hace caso ni siquiera cuando en venganza le llamo Santiago o Santiaguíño, como hice aquella tarde, delante de la señora Rosita, para fastidiar.

Debo añadir que Jaume y mi vecina, además de ser y ejercer de muy catalanes, tenían en común el amor por Josep Vicenç Foix, cuya poesía completa

mi amigo aseguraba que se sabía de memoria, y que fue el patrón de mi vecina, desde que ella entró de aprendiz hasta que el poeta pastelero murió en 1987. Ese sentimiento compartido les unía mucho e incluso les servía de pretexto para cenar juntos a mi costa y en mi casa de vez en cuando.

Pero como la discreción es un ingrediente fundamental en mi trabajo y había citado a Jaume «*per anar per feina*», como se dice en catalán, sintiéndolo mucho le di a Rosita las buenas noches y empujé a *Jaumet, maco*, como le solía llamar ella, hacia el interior de mi casa, sin importarme que mi vecina sospechara que la lujuria me poseía y que haríamos el amor no más entrar, en el mismo pasillo, como quizás ella soñara para sí misma... Pero no, no era esa mi intención en aquellos momentos, aunque como amante mi *setze judges* era de los más resultones...

Conozco muy bien a Jaume y sé que suele ser mucho más gratificante y generoso después de comer, de manera que lo primero que hice fue ir a la cocina y preparar una bandeja con mis compras de Tívoli, incluida la ración de patrióticos canelones, que calenté en el microondas, mientras mi amigo ponía la mesa, de la que tuvo que retirar periódicos, libros, trastos diversos y mi bolso-cartera. No soy muy ordenada. Como casi siempre fuera de casa y ceno sentada en el sofá, con una bandeja en el regazo, viendo la televisión. De manera que prescindo de la mesa de comedor, que uso para todo menos para aquello que suele servir a los demás. Como a Jaume le picaba la curiosidad más que el hambre, le dije que sacara el dossier de mi bolso-cartera y que mirara las fotos.

—Lo tengo visto —me dijo asomándose a la cocina y casi chocando con los platos que yo transportaba hacia la salita-comedor—, suele desayunar a las once en el bar de la esquina, siempre al fondo de la barra, toma un donut, si la memoria no me falla...

—¿Le conoces? ¿Sabes qué vida lleva? ¿Lo viste la semana pasada? ¿Te acuerdas de si el viernes pasado estaba?

—¡Para, para!... Demasiadas preguntas, peluca de plata. No estoy enamorado de él, no sé los días que me lo encuentro y los que no... En cuanto a la semana pasada, no bajé al bar más que un día porque me salía y me sale por las orejas el trabajo. Con las nuevas cubiertas ando liadísimo... Pero si trabaja en Tibidabo Assessors te puedo decir que la empresa está siendo investigada y que igual se les cae el pelo. Además, una desaparición a tiempo evita muchos disgustos, entre ellos la cárcel...

—¿Cómo lo sabes? Quiero decir que ¿cómo sabes que está siendo investigada?

—Creo que no me equivoco, que son los de Tibidabo Assessors, lo oí en el bar, precisamente... De lo que sí estoy seguro es de que hace unos años ya

tuvieron problemas. Se les relacionaba con el mismo tipo que compró el parque de atracciones..., el De la Flor. Les acusaban de blanqueo de dinero y de evasión de capitales a paraísos fiscales y se aseguraba que entre sus clientes había políticos catalanes de primera fila, nada menos que los Pujol, sí mujer, tienes que acordarte, luego se dejó de hablar, se tapó y a otra cosa...

—Pues no me acuerdo. Lo que sí puedo decirte es que Solivellas parece ser un empleado de cierta categoría, según su mujer... Toma —y le pasé una botella de tinto reserva de Pesquera, que a pesar de que no es un vino catalán, sé que le gusta bastante, para que lo descorchara.

—Veo que tu generosidad es proporcional a tu interés... Muy bien, muy bien... A lo mejor su firma está registrada en las cuentas bancarias de la empresa y por eso peligra, vete tú a saber...

—Sí, claro, trataré de averiguarlo pero para eso tengo que esperar al lunes. ¿Qué tal los canelones?

—¡Riquísimos! ¿No quieres probarlos? —y me ofreció un trozo con su tenedor.

—Ya sabes que prefiero el lacón con grelos, pero no lo encuentro en el Tívoli. Una lástima...

—Es tu pasado gallego y bien está, que dirían los de Esquerra Republicana para captar tu voto, pero el futuro es catalán... Si vives aquí, tienes que acostumbrarte a nuestros platos de cada día, dánoslos hoy. Además, desgraciada, naciste en Hospitalet...

—No te confundas, por muy hospitalito que sea Hospitalet no es la inclusa... Tengo padre y madre, igual que tú, aunque no hayan nacido aquí, como los tuyos. Era manchego él y es gallega ella, ya lo sabes, y a mucha honra, y soy catalana. ¿Qué pasa si prefiero el lacón y las migas de pastor? Gustos bastos. ¡Paciencia! Pero adoro los *calçots*, *l'esqueixada* y el pan con tomate... Por cierto, ¿te apetece un poco de pan con tomate?

—No te molestes, aunque pensándolo mejor, podrías preparar un poco. El jabugo de Tívoli está estupendo y mejorará en unión de nuestro plato nacional —añadió para provocarme—. Te compensaré por el esfuerzo y te invitaré a una copa en el Sancho. A lo mejor Juanito, el camarero que atiende por las mañanas, tiene turno de noche. Le toca también, cada quince días, los fines de semana, y estoy seguro de que conoce a tu hombre...

Me cambié de ropa, unos *leggings* ajustados y la cazadora negra. Me maquillé mucho y me puse la peluca pelirroja de pelo humano cien por cien. Me la regaló mi ex porque decía que el color me habría de favorecer y tenía razón. Me queda

bien. El cambio de look es importantísimo en mi trabajo, donde lo mejor es pasar desapercibida. Si opté por lo contrario fue precisamente para encubrirme. Probablemente, en las próximas semanas, tendría que dar vueltas por el barrio donde trabajaba el marido de mi clienta y regresar al bar adonde íbamos y allí nadie debía reconocerme. Metí en el bolso unas sofisticadas gafas de montura picuda, en forma de corazones, repletas de horrible pedrería que solo uso como un camuflaje más, para ponérmelas en cuanto me quitara el casco y aseguré bien la peluca, no fuera a ser que se desprendiera.

No tengo moto pero sí casco. Una previsión que suele dejar algo fastidiados a aquellos que se excusan para no acompañarte en que careces de chichonera metalizada. De modo que me pude montar en la Harley-Davidson XR 1200, la niña de los ojos de Jaume, y a velocidad de viernes noche, o sea, de lo más moderada a causa de los controles de todo tipo con que nos obsequia la guardia urbana a los barceloneses, bajamos por la calle Calvet, Jaume la prefiere a Muntaner, que a mí, por el contrario, me parece más rápida y mucho más elegante.

El bar cerraba a las doce y eran las once y media pasadas. Nos quedaba media hora escasa y yo estaba nerviosa. Dudaba sobre el modo que sería más eficaz para preguntar por Robert Solivellas sin que al camarero, Juanito, si es que por fortuna estaba, le pareciera raro, teniendo en cuenta la petición de mi clienta sobre el disimulo con que debía ser tratada la desaparición de su marido. Pedí un *gin-tonic* de Beefeater, porque, por supuesto, no tenían mi ginebra predilecta, la menorquina Xoriguer, tan aromática, y esperé a que Juanito terminara de servirle el whisky de malta que había pedido Jaume, mientras mi amigo hacía una disertación sobre el Macallan Millenium, su preferido y uno de los más caros del mundo. Los hombres son así, no pierden oportunidad de mostrar sus conocimientos y aleccionar a la concurrencia, en especial si hay mujeres delante...

El camarero asentía, supongo que a causa de su oficio, entre cuyas reglas debe de estar seguir la corriente a la clientela, por más disparatadas que sean sus opiniones. Estaba pensando en cómo meter baza y llevar la conversación a mi terreno, pero Jaume se adelantó:

—Os frecuento de día y casi nunca de noche —dijo de repente—, pero estaba cenando aquí cerca, con esta amiga mía...

—Tanto gusto, señorita —dijo el camarero, y me tendió la mano por encima del mostrador, una mano húmeda, porque acababa de dejar el trapo con el que secaba copas.

—Es procuradora de los Tribunales —siguió Jaume— y andábamos hablando del caso Pascual Estevill y yo le he dicho que me parecía que había tenido que

ver con Tibidabo Assessors..., ya sabes, los de la oficina de enfrente, ¿No suelen desayunar aquí? Creo que por lo menos uno es cliente tuyo, un tal Solivellas, me parece que le he visto tomar donuts...

Juanito no se sorprendió en absoluto. Los bares son mentideros públicos, puestos de información volandera, gabinetes psicológicos, confesionarios y mucho más. La sorprendida fui yo, ascendida a procuradora.

—Llevo días sin verlo —contestó Juanito—. He oído que en Tibidabo tienen problemas fiscales y que la Generalitat y el Ayuntamiento ya no les hacen encargos. Antes les ayudaban a organizar eventos, sobre todo en el extranjero, cuando los funcionarios estaban sobre pasados acudían a su empresa. Ahora ya no. Ahora, al parecer, se dedican a exportar productos de empresas pequeñas, hacen los trámites, según me contó Solivellas... Últimamente le veo de capa caída. Antes se podía pasar el rato presumiendo de conocer a Jordi Pujol y a toda su familia, al alcalde Clos, al alcalde Hereu y hasta a Woody Allen. Si estafan o estafaban, no tengo ni idea, supongo que si podían... ¿Pues qué iban a hacer? Lo mismo que todos. ¿Por qué no?, digo yo. El que esté limpio de pecado que tire la primera piedra... El que en este país no estafa es que no puede. Vamos a ver, usted, señorita, que anda en los Tribunales, no me dirá que no es así...

—No todo el mundo estafa ni defrauda —contesté, aunque la verdad es que sin demasiada convicción, porque comprendía muy bien lo que nos quería dar a entender Juanito. Había puesto mucho énfasis en su discurso, al que acompañaba de una gesticulación a la italiana que hacía peligrar las copas que, una vez secas, iba depositando sobre la barra...

—El de los donuts parece honesto —terció Jaume, acariciándome el hombro con complicidad...

—No digo que no lo sea, eh..., ¡y que quede claro! Yo no acuso a nadie, hablo en general...

—Por supuesto, Juanito, lo sabemos —puntualizó Jaume—, lo que me dijeron es que el de los donuts es accionista de Tibidabo y si las cosas van mal a él no le irán muy bien...

—Estará resfriado, con esos cambios de tiempo... O viajando. Hace unos años iba y venía de China como yo voy y vengo de Sant Just en la moto. Al parecer Tibidabo tenía convenios con agencias extranjeras en muchos países, o por lo menos eso es lo que él me daba a entender... Y durante una temporada estuvieron exportando a China o tratando de que las empresas pudieran exportar, abriendo mercado, o de eso se vanagloriaba...

—Lo debe pasar bien viajando, le debe de servir para echar una cana al aire sin que nadie se lo vaya a contar a su mujer... —insinuó Jaume.

—Perdonen. Ya voy —e hizo señas a unos clientes que desde el otro lado de la

barra le pedían la cuenta.

Le di un beso en la mejilla a Jaume y le guiñé un ojo. Todo inducía a sospechar que mi hombre andaba huido porque tenía miedo de la justicia y quizá también de su jefe y trataba de simular una desaparición en toda regla. No quería dejar una sola pista y por eso ni siquiera había dicho nada a su mujer, o tal vez sí, tal vez ella lo sabía todo y con su denuncia y mis servicios intentaba mejorar su coartada.

## IV

Me levanté con la cabeza pesada, porque después de abandonar el bar de Juanito pasamos por el Dry Martini. Como sé que allí sí tienen Xoriguer insistí en el *gin-tonic* en primera instancia, pero en segunda, me tomé un Martini de fruta de la pasión, un nombre al que no puedo dejar de resistirme nunca, y otro, en tercera.

Sé que llevar un paquete borracho desequilibra al piloto y hasta puede provocar un accidente, pero si bebí fue porque confiaba ciegamente en la pericia de Jaume. Aunque en verdad no estaba curda del todo, solo algo colocada. Mientras regresábamos a casa, en cuanto nos metimos por las callejas de mi barrio me parecía que íbamos a chocar con árboles y farolas. Pero Jaume, que había bebido menos que yo y que además es mucho más alto y corpulento—sinceramente estaba para mojar pan—, muy caballeroso me depositó sana y salva en la acera de casa cuando todavía no eran las tres, una hora prudencial para la noche del viernes.

Tardé bastante en meterme en la cama porque tuve que quitarme el maquillaje. La verdad es que me había pasado un montón con la sombra de ojos y con el rímel. Ante el espejo del baño, con la peluca pelirroja y las gafas picudas, parecía un aborto de los presuntos amores entre Alaska y Martirio. Pero no me importaba, con la cara limpia recuperaría mi personalidad, de treintañera en ocaso que ganaba quince euros la hora, solo cinco más que haciendo faenas por las casas, y cuarenta y cinco menos que un mecánico de coches honrado. Como trabajaba duro y era ahorrativa, podía invitar a mis amigos de vez en cuando a buenos vinos y exquisiteces, como las que fui guardando en la nevera, tras picotear un poco.

Cuando mi jefe de Holmes & Holmes me mandaba a la bagesana Eureka Cataluña solía ir y venir de Manresa en tren, como hacía el marido de mi clienta y al que, por otro lado, era imposible que me hubiera encontrado nunca porque nuestros trenes eran opuestos y gracias a Dios jamás habían chocado. Todo lo más nos podríamos haber cruzado en la calle o en la estación alguna vez. Rara vez, porque él salía de casa sobre las ocho y yo no lo hacía hasta las nueve. El cercanías me resultaba no solo más práctico, cuando llegaba a su hora, lo que no

ocurría siempre, sino también más ecológico, sostenible, etcétera, que coger el coche. Pero era sábado y en sábado hay menos trenes. Además, llevaba una semana sin sacar el coche del parking de manera que consideré que era mejor moverlo un poco. Iría por los túneles y la autopista de pago, carísimos, por cierto, como una prolongación del derecho de paso ejercido por la cuadrilla de antiguos bandoleros, y regresaría por la carretera antigua. Trataría de fijarme igualmente, tanto a la ida como a la vuelta, en los lugares peligrosos en los que un coche a mucha velocidad puede precipitarse y quedar oculto entre la vegetación. Naturalmente había pensado en la eventualidad de un accidente y quería cerciorarme de esa posibilidad. Además, a mi regreso, después de que mi clienta me diera la matrícula del coche de Solivellas, color y marca, revisaría uno a uno los aparcamientos de la zona de su oficina, que la noche anterior, al pasar en la moto de Jaume, había ido viendo —un Saba, el del Automóvil Club, el David...—, con pocas esperanzas, porque aunque el viernes hubiera pasado por la oficina, lo lógico es que se hubiera llevado el coche al salir. No tenía sentido dejarlo allí.

A tenor de la información obtenida gracias al camarero simpático, lo más probable era que el marido de mi clienta hubiera puesto rumbo a la frontera francesa y quién sabe en qué país europeo se encontraría, aparentemente a salvo del presunto delito y quizá de común acuerdo con su mujer... Si se dedicaban a evadir capitales, no era necesario ir a las Barbados, Belice o Jamaica. Suiza, Liechtenstein, Mónaco o por entonces, más cercana, Andorra quedaban mucho más al alcance y también podían servir para ciertos manejos. Por eso era importante, muy importante: primero, que me enterara de si su mujer estaba en el ajo. ¿No le había pronosticado su vidente que en la desaparición se encontraban involucrados elementos extranjeros? Segundo, que averiguara cuanto antes si, en efecto, Tibidabo Assessors estaba siendo investigada, como parecía, y a qué se dedicaba la empresa exactamente. Cabía la posibilidad de un secuestro. Sin embargo, lo descarté. Si alguien hubiera llamado pidiendo un rescate, Montserrat Bofarull me lo habría dicho.

El día era espléndido, de esos que invitan a salir de la ciudad y a perderse por el campo. De buena gana me hubiera ido al Montseny, o por lo menos a Collserola a caminar por el bosque con Jimmy, como hacíamos a veces. Pero tuve que dejarle, después de un breve paseo, nada conforme por cierto, porque mi perro sabía perfectamente que los sábados y los domingos se los dedicaba. Se sentía como un amante despechado y estaba muy protestón. Sus insultos en forma de ladridos me acompañaron al bajar la escalera y aún le seguí oyendo un trecho mientras me alejaba por la calle hacia el parking que tengo alquilado en la confluencia de Vía Augusta y el final del Paseo Bonanova.

Llegué a Manresa en menos de una hora. Si el desaparecido había tenido un accidente siguiendo la ruta del peaje, era imposible que hubiera pasado desapercibido.

Antes de ir a casa de los Solivellas aproveché para callejear un poco. Aunque trabajaba con cierta regularidad en Manresa, no conocía demasiado la ciudad. Me limitaba a ir de la estación al despacho y del despacho a los lugares concretos adonde las pesquisas solían llevarme, a menudo polígonos industriales, a los que iba por cuestiones de espionaje empresarial, asunto en el que Eureka parecía haberse especializado.

El trabajo de una detective no es, como la gente supone, variado y apasionante sino en general monótono y hasta aburrido. Se necesitan grandes dosis de paciencia y mucha capacidad de disimulo. Cierto que para mí, y quizá a consecuencia de mis genes gallegos, debía de resultar más fácil que para una persona de Castilla, de las de «sostenella y no enmendalla», de esas que llaman al pan, pan y al vino, vino, cuando en realidad ambos, pero sobre todo el vino, pueden llamarse de muchas otras maneras. Eso es algo que intuí ya desde pequeña, pero fue mi oficio el que hizo que llegara al convencimiento de que las cosas no son como parecen ni mucho menos. Antes al contrario, empezando por mi propia persona.

Yo, por ejemplo, en cuestión de horas, podía pasar de tener un aspecto inolvidable, bastorro y estrafalario, tirando a putón verbenero, a otro anodino, de bibliotecaria de antes, de las de blusa camisera blanca, collarillo de perlas por todo adorno, y no ser ni lo uno ni lo otro.

Para ir a casa de Montserrat Bofarull opté por una falda hasta media pierna, azul marino, jersey y trenca del mismo color, y me recogí el pelo en una coleta, como una señorita de Tomelloso, el pueblo de mi padre. Prefiero dar esa imagen a cualquier otra más atractiva, cuando estoy con los clientes. Me visto siempre de manera parecida, para trabajar y cuanto más anodina, mejor. Tengo varios modelos que a modo de uniformes me ofrecen la seguridad de pasar lo más desapercibida posible. Estoy convencida de que nadie se fijó en mí mientras merodeé por el barrio manresano de mi clienta. De eso se trataba, porque habría de volver por allí a menudo.

Los Solivellas vivían en un edificio nuevo y elegante, de esos que se acostumbra a llamar de *alto standing*. Con portero físico, como suele puntualizarse en los anuncios de venta o alquiler de pisos, para, contraponiéndolo al automático, referirse a un hombre cuyo oficio se parece bastante al mío de entonces, en cuanto a la pasión por fisgar, pese a que difiera en que nosotros no cobramos un plus por bajar la basura, por más que, a menudo, estemos rodeados de ella. Así, aunque llamé al automático, me abrió el

físico. Me preguntó adónde iba y en vez de musitar en cuanto me vio: «Paso franco a la reina», se comunicó por el interfono con la señora Solivellas para decirle: «*Senyora Montserrat, una jove la demana*». Dado que el portero debía de estar en edad prejubilar, yo debí parecerle más joven de lo que era entonces. Al salir del ascensor vi que la puerta del quinto derecha estaba medio entornada y que por ella asomaba una carita de ojos oblicuos y sonrisa de ratón.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté, pensando que tal vez el portero me había indicado un piso equivocado.

—Yo soy Elena Liu Solivellas y Bofarull —me contestó en un impecable catalán de la capital del Bages.

—Somos tocayas, yo también me llamo Elena, y he venido a ver a tu mamá... ¿Puedes avisarla, por favor?...

—Mi mamá no está —me dijo, con cara de pícara y cerró la puerta.

Decidí no hacerle caso y llamar al timbre. Percibí los pasos pesados de mi clienta acercándose y reprendiendo cariñosamente a la chinita que se justificaba, «*és que vull que juguis amb mí*»... No me había dicho que su hija pequeña era adoptada, algo que en seguida colegí, porque se veía a la legua que no podía proceder de óvulo y espermatozoide autóctonos.

Montserrat, con la chinita en brazos —un peso pluma para aquella mole—, me pidió excusas por no haberme abierto ella y muy solícita me hizo pasar. Se la veía con mejor cara que el día anterior. Quizá a causa de los mimos de la niña, que era una verdadera monada y que no dejaba de darle besos, parecía hasta feliz. La hipótesis de que ella estaba en el ajo de la fuga me pareció en aquel momento de lo más viable. No era la primera vez que alguien trataba de utilizarme como coartada.

—Perdone un momento —me dijo—, me llevo a la peque y vuelvo en seguida. ¿Quiere usted tomar algo? ¿Un café? Siéntese, por favor... Dile adiós, Elena Liu, que te vas al parque con Remei.

La chinita obedeció de inmediato y me dio un beso. En cuanto me quedé sola me dediqué a observar a mis anchas. El salón era amplio, pero los Solivellas debían de tener horror al vacío, porque no había un solo centímetro libre. Todo estaba repleto de figurillas, bibelots, cajitas, floreros y por si eso no bastara, una vitrina contenía una colección de *caganers* de lo más variada, que me llamo la atención.

—Es muy valiosa —exclamó la señora de Solivellas al volver a entrar y tras cerrar la puerta, dándose cuenta de que yo los miraba—. Graciosos, ¿verdad? Estos —y señaló los que ocupaban el primer estante— son de finales del siglo diecinueve, representan a los que hicieron las Bases de Manresa, por su antigüedad tienen gran valor...

Mi clienta parecía haber superado los trastornos orgánicos que afectaban tanto a sus tripas como a sus entendederas. Me pidió que me sentara en un ostentoso sofá de color rosa malva, con capitoné en el respaldo, probablemente importado de Valencia por catálogo o, tal vez, resto de una serie destinada a amueblar los chalés malagueños de los jeques de Arabia Saudí. Ella se aposentó en una butaca, bajo un cuadro con cinco voluptuosas odaliscas danzantes, en un oasis con palmeras, observadas por un sultán de enrevesado turbante y mirada, contrariamente a lo esperable, nada lasciva, aburrida, apática, como si las estuviera contemplando por irremediable obligación. Sobre un velador había un sonriente buda. Decididamente en aquella casa les iba lo oriental.

—Perdóneme por ayer —me dijo—. Me encontraba fatal. Abusé del Trankimazin pero es que tengo los nervios desechos... Entre lo de mi marido y que mi hijo ha dejado el trabajo en la pastelería que mi hermana y yo tenemos a medias, se ha ido de casa y le importa un pito que su padre haya desaparecido, y que mi hija mayor tampoco está, no doy bola con pie... ¿Y si mi marido ha muerto?

—No piense en eso ahora —le dije—. No nos pongamos en lo peor. Voy a acompañarla el lunes a hacer una denuncia formal a los *mossos* y entre ellos y yo ya verá como lo localizamos... Pero para hacer bien mi trabajo, necesito fiarme de usted plenamente y descartar que su marido se haya comunicado con usted durante estos días... ¿Ha tenido noticias de él? —le pregunté mirándola fijamente.

—No, ninguna —contestó sin titubear ni rehuir mi mirada—. Le juro por la pequeña Liu, lo que más quiero en este mundo, que desde que me dijo adiós el viernes de la semana pasada, no he vuelto a saber de él.

—Me parece que la empresa de su marido está siendo investigada fiscalmente y pienso que quizá él ha huido para evitar la cárcel. ¿Está segura de que usted no sabe dónde está?

—No, no lo sé. Si lo supiera no habría ido a la policía ni a buscar un detective.

—¿Pero usted sabía que Tibidabo Assessors tenía problemas?

Mi clienta se echó a llorar. Entre sollozos me aseguró que no tenía ni idea, que Solivellas apenas le contaba nada de su trabajo ni de nada de nada. De sus palabras deduje que se trataba de una pareja malavenida, como tantas otras. Tenían tres hijos, dos biológicos y una adoptada, la pequeña Liu, que hacía cuatro años se habían traído de China, quizá como paliativo a su fracaso matrimonial. Sin embargo, las desavenencias de ambos no eran de las que acaban en divorcio, o al menos no me lo pareció. Al contrario, en ellas se solidificaba la continuidad matrimonial de la pareja, igual que en infinitos casos.

Montserrat Bofarull parecía sincera. Con la desaparición había constatado que

quería a su marido, a pesar de que dormían en camas separadas y que él seguramente tenía algún lío por ahí. Quizá los *mossos* tuvieran razón. Su marido se la pegaba y de qué manera, aunque no pudiera sospechar con quién, alguna del oficio, tal vez.

Mi clienta se levantó para asegurarse de que la niña se había ido con la canguro y que en casa no había nadie antes de confesarme en un rapto de sinceridad que ya en la noche de bodas su flamante marido le pidió que se pusiera sus calzoncillos y él a su vez trató de ponerse la ropa interior de ella, que, por descontado, le quedaba estrecha. Entonces ella estaba hecha una sirena, dijo, aunque quizá quiso decir una sílfide, como antes había dicho bola con pie en vez de pie con bola... Al parecer Solivellas solo con estas prácticas podía llegar al orgasmo...

—¿Y en la actualidad? —pregunté, un poco avergonzada por entrar en terreno tan íntimo.

—Hace mucho tiempo que ni me toca, años. Debe de ser a otra a la que compra la ropa interior de La Perla, su preferida..., antes no me dejaba usar otra —y sollozó.

—Lo siento. Siento hacerle pasar este mal rato —dije—, perdóneme y tranquilícese, por favor.

Aunque estaba acostumbrada a situaciones por el estilo nunca acababa de aceptarlas sin sentirme mal y hasta partícipe de la angustia de mis clientes. Todo lo contrario de los psicólogos y psiquiatras, que se ganan la vida simulando interesarse por las miserias de los demás, que les importan un rábano y, sin necesidad de sonsacarles nada, sus pacientes se lo sueltan todo.

Cuando Montserrat se calmó le pedí que me hablara más de su marido. Muy posiblemente ese deseo de travestismo tuviera sus raíces en algún trauma infantil.

—Quiso ser cura —me dijo—, pensó en entrar en el seminario, pero justo después de haber tomado esa decisión nos conocimos. Fue en una excursión de la parroquia. Me gustó, cantaba muy bien. Había sido *escolanet*, eso es niño cantor en el monasterio de Montserrat.

Como todo el mundo sabe, los componentes de la Escolania llevan faldas en las ocasiones solemnes y pensé que de ahí podía arrancar la fijación de Solivellas por la indumentaria femenina. Se me dirá, sin embargo, que los escoceses también las usan y que los abogados, magistrados y jueces llevan toga, igual que los frailes hábitos y los curas, para decir misa, ornamentos litúrgicos y que no por ello se visten de mujer en el secreto de sus alcobas, aunque eso no pueda probarlo. ¿Quién sabe lo que sucede en el dormitorio de cada cual? No obstante, me cuesta imaginar a los peludos gaiteros escoceses, a sus justicieras

señorías y a los castos reverendos en ropa interior de La Perla.

Salí de casa de la abandonada esposa con algunas pistas que debía seguir, antes de que el siguiente lunes fuéramos de nuevo a la policía. En mi cuaderno de notas había apuntado la matrícula del coche, modelo y color, el teléfono de la secretaria y el móvil de su hija Montsina, que estaba de viaje con el novio y nada sabía de la desaparición de su padre. Mi clienta no había podido comunicarse con ella, porque, al parecer, tenía siempre el teléfono apagado o fuera de cobertura. Algo que a la madre, con razón, le disgustaba mucho. Es una egoísta, me repitió, dolida.

También me dio el móvil de Jordi, el hijo mayor, calificado de irresponsable, puesto que pasaba de todo. Si era así, ¿cómo no había de pasar de su padre? Era fácil deducirlo de lo que la señora de Solivellas me acababa de decir: se llevaba a matar con él. Lo único que le interesaba, al parecer, era la música. Precisamente aquella noche debutaba con su banda en un local del Poblenou.

## V

Al salir a la calle hice tres llamadas. La primera a Montsina, la segunda a Jordi y la tercera a la secretaria de dirección de la empresa de su padre. Ninguno de los tres contestó. Un mensaje avisaba de que el móvil de Montsina Solivellas estaba desconectado o fuera de cobertura. Nadie cogía el de Mónica Ribó, la secretaria. En el de Jordi, una grabación decía textualmente: «Colegas, os espero esta noche en el polígamo de Can Fava, calle del Lluç, número 3. A la una en punto comienza el debut de la banda The Sathanic's Terror».

Regresé a Barcelona por la antigua carretera Manresa-Terrassa y al llegar a San Cugat tomé por la Rabassada. Comprobé que había diversos lugares por los que un coche podía salirse de la calzada y precipitarse ladera abajo. Sin embargo, también observé que era imposible llevar allí una semana sin que nadie lo hubiera notado. El lugar era y es muy transitado no solo por vehículos, sino también por andarines y excursionistas. Si Solivellas había tenido un accidente tenía que haber sido en otro sitio.

Saqué a Jimmy a dar una vuelta por el barrio. Anulé una cita con mi amiga Virginia para ir al cine y telefoneé a Jaume, con la consabida contraseña del «sálvese quien pueda», pues su pereza le impedía molestarse en ponerse las gafas para comprobar quién le llamaba y yo tenía que hacerlo siempre de aquella manera. Quería pedirle que me acompañara al concierto, cuya ubicación exacta y la manera de llegar ya había localizado en internet. También en internet había encontrado algunos datos de los componentes de la terrorífica banda. El último en llegar había sido precisamente Jordi Solivellas. Tocaba la batería y procedía de otro grupo *underground*, Collons and Pistoles, muy conocido en la comarca del Bages...

Por fortuna Jaume accedió a acompañarme:

—Sin que sirva de precedente, Mata Hari. No vayas a acostumbrarte y la liemos. Ámame en la distancia, princesa, como te amo yo.

Me dijo el muy seductor, a sabiendas de que durante una época estuve colgadísima de su persona. Por fortuna soy sociable y tengo muchos amigos y hubiera podido pedírselo por lo menos a dos más que también tienen moto. Un detalle importante para un evento como aquel. Yendo en moto no solo se gana

tiempo sino también espacio. Yo no tenía ni idea de si en la zona era fácil aparcar o estaría llena de camiones, como ocurre a veces en los polígonos. Además, quién sabe si habría que salir por piernas de un local alquilado por unos demonios terroríficos. Pero a mis posibles acompañantes, Felipe o Joan, les hubiera tenido que dar alguna explicación. Saben que a mí, herencia de las aficiones de mi exmarido, excelente violoncelista, me gusta la ópera, la música sinfónica, el jazz y el rock, pero jamás me han interesado otro tipo de modalidades sonoras. Jaume, en cambio, estaba en el ajo de lo que me traía entre manos, aunque el muy procaz variara siempre lo de entre manos por entre piernas.

Quedamos en que me recogería pasadas las doce porque el concierto empezaba a la una. Consideré que nos convenía más llegar con tiempo, por si no había entradas. No tenía idea de si sería mejor acercarme a Solivellas *junior* antes de que el espectáculo comenzara o hacerlo después. Ni de qué manera abordarle. Si pasaba de todo, pasaría también de mí. Dudaba cómo presentarme. Si le decía la verdad, que soy detective, es posible que me mandara a tomar viento o algo peor. Suponía que a Jordi los detectives no habrían de gustarle, seguramente nos debía de considerar una especie de sacristanes de la bofia, por mucho que en ciertos telefilmes nuestra profesión se presente llena de glamour, tan falso, por otra parte, como el mismo cartón piedra de los estudios donde se ruedan. Pensé que lo mejor era ofrecerle una imagen en la que de entrada pudiera confiar. Añadí unas preciosas rastas a mi pelo para modernizarme un poco. Apagué los colores de mis mejillas, casi siempre demasiado sonrosadas, con un maquillaje de polvo de arroz y me vestí de negro. No soy en absoluto experta en música moderna, pero por el nombre de la banda, The Sathanic's Terror, me parecía un derivado del Death Metal, un tipo de música *underground*, provocativa, demoníaca y antisistema. ¿Y si el heredero de los Solivellas se hubiera cargado a su padre?, se me ocurrió de repente. ¿No había desaparecido del hogar familiar la misma semana que este? ¿Y acaso el hecho de que le importara un pimiento de Padrón frito saber dónde estaba o tener noticias de él no tendría algo que ver con el detalle de que conocía perfectamente el lugar donde su cadáver había sido depositado? Un vertedero era un sitio idóneo para que la basura de su padre acabara confundida con la basura de la ciudad...

El almacén de internet es extraordinario. En pocos segundos bajé música de tipo satánico que no tenía idea de que existiera, mientras intentaba entretenerme haciendo tiempo hasta la hora del diabólico concierto. Algunas canciones trataban de crímenes atroces. Le troceamos, decía una en inglés, comimos sus partes, ñam, repartimos el corazón entre sus hijos, ñam y el resto lo tiramos en un contenedor de basura. Porque era basura. Él mismo era basura. Solo basura.

De la peor basura. Basura. Basura. Horrible basura...

Invité a Jaume al concierto. Las entradas, al igual que la gasolina del coche de mi viaje a Manresa, iba a cobrarlas por separado, lo mismo que las horas extras realizadas en sábado y domingo. Bastaba anotarlo todo en una cuenta aparte y presentarle la minuta el lunes a Marga y ella misma se encargaría de abonarme todos los gastos justificados. Al menos no tendría que pagar de mi bolsillo la asistencia a aquel *happening*, que a mí me pareció verdaderamente terrorífico. En cambio a Jaume le interesó, como espectáculo sociológico.

No estaba lleno, pero los asistentes seguían con auténtico fervor cada una de las actuaciones. Algunos coreaban las letras, síntoma de la buena acogida: «Te comeré el chocho, ocho, ocho, chocho, ocho veces ocho. Salteado, ado, ado, ado, o quizá asado, ado, ado, ado. Adobado, adobado ado, ado», vociferaban unas adolescentes algo pasadas de la raya que parecían entusiasmadas con la canción necrofílico-canibálica.

—No se dan cuenta —me susurró Jaume al oído— estos caníbales de que incluso esas partes delicadas de la anatomía femenina deben de saber a pienso, como los pollos y los pescados de piscifactoría con que nos alimentamos...

—¿A ti qué te parece? ¿Tú crees que esos tipos son capaces de matar a su padre? —le pregunté, mientras salíamos a la calle para poder respirar sin el agobio de las vaharadas de inciensos y marihuana, mezcladas con el humo de aquel espacio «*Lliure de prohibicions*», como rezaba un cartel...

—No, no me parece. ¿Quién crees que paga todo esto? Pues sus papás, naturalmente. Y muerto el perro...

La segunda parte aún fue más intensa, si cabe. Los ojos me lloraban a consecuencia del humo. El espacio no era demasiado grande y no tenía refrigeración que pudiera sanear el aire ni ventilación alguna, pero en ocasiones peores me las he visto. Lo sentía por Jaume, propenso a las conjuntivitis. Cuando acabó, después de una especie de traca final muy a la valenciana, algo así como una mascletá y espatarrá conjuntas —solo faltaba la gran Rita, entonces todavía triunfante, la gran Barberá de rojo llama infernal, para completar el número—, tratamos de abrirnos paso hacia el fondo del escenario. Detrás de una cortina negra, como no podía ser menos, de áspera y más que mugrienta tela de saco pasada por alquitrán, estaba la banda triunfante, sudada y exhausta, recibiendo las felicitaciones del personal. A pesar de mis rastas y de la vestimenta negra de Jaume —de la chupa motera a las botas—, creo que cantábamos un poco. Por lo menos no nos reconocían como de su tribu. Lo percibí nada más entrar. Por eso me adelanté a presentarme antes de tener que contestar a la pregunta que alguno

iba a soltar en breve: «¿Sois de la bofia secreta?», y me dirigí a Jordi. Aun si no hubiera sabido qué instrumento tocaba me habría sido fácil reconocerlo porque se parecía mucho a su madre.

—Enhorabuena —le dije de entrada, como saludo—. A tu madre le hubiera gustado estar aquí, ella me ha pedido que hablara contigo —no se me ocurrió nada mejor que aquella media verdad.

Me miró de pies a cabeza:

—¿Ah, eres la adivina? ¿Y me tienes que echar las cartas por cojones? —me preguntó de manera burlona—. La vieja no hace nada sin consultarte, joder, hasta lo que come. Joder, joder...

Me eché a reír. Eso de pasar por vidente me atraía. Además, quién sabe si algún día no abriría un consultorio para adivinar el porvenir. No se necesita ningún tipo de estudios. Se cobra en negro. No se declara a Hacienda y no se anda de la Ceca a la Meca como me pasaba a mí por entonces. Seguro que la tarotista de marras estaba durmiendo cómodamente en su casa manresana...

—No —le dije—, no soy la adivina... y estoy aquí por lo de tu padre, tu padre ha desaparecido y...

Me interrumpió con brusquedad:

—Eres una psicóloga de las que mandan para consolar a los familiares... ¿Han encontrado al viejo hecho fiambre? —preguntó, en el mismo tono con que me hubiera pedido fuego...

Durante el rato que duró nuestra conversación traté de que mi tono fuera bajo y amable. Suponía que a Jordi no le debía de gustar que los que él reconocía como de su tribu vieran que hablaba conmigo. Algunos me observaban con prevención. De pronto uno alto, corpulento y muy melenudo, con *piercings* en la nariz y las orejas, se nos acercó tambaleante:

—No hables con ella, colega. Es de la bofia. La tengo fichada, de la brigada especial contra los inocentes okupas —y puso énfasis en la palabra «inocentes», luego amenazante me gritó—: Venga, vete a la mierda, fuera de aquí.

Traté de conservar la calma. En situaciones como aquella era lo mejor.

—Te equivocas —le dije—, no tengo nada que ver con ninguna brigada. Y te advierto que me iré cuando me dé la gana.

—Te conozco del Pati Blau de Cornellá —replicó—, asquerosa, mala puta... Viniste como ahora a parlamentar antes de que nos echaran con gases lacrimógenos y golpes de porras... La hostia. Pero esta vez no nos iremos. No nos moveremos. Esta vez, no.

—No sé de qué hablas.

—Me pediste que nos fuéramos por las buenas. Hablaste conmigo. Jugabas a la poli buena. ¿No te acuerdas de mí, tía? Soy Blai Puig.

—No te recuerdo porque es la primera vez que te veo. Estoy segura de que me acordaría de ti si te hubiera visto antes, aunque fuera en el infierno, por lo feo y burro que eres. No soy policía, pero puedo llamarla si me apuras, no tengo problema, ni manías con tipos como tú.

Dije las frases finales en voz más alta, para que todos lo oyeran. También él me contestó a gritos, posiblemente con la misma intención y señalándome con el dedo me advirtió:

—Si lo haces, si me denuncias, o como la otra vez te metes por en medio, te juro que lo pagarás muy caro.

—Eso lo veremos —le contesté yo, sin inmutarme—. Tus bravuconerías de matón no me asustan y por supuesto que te denunciaré si llega el caso, ahora mismo podría denunciarte por amenazas y lo haré si me da la gana.

La situación se estaba poniendo tensa. Blai me miraba con los ojos desorbitados y a la vez vidriosos a consecuencia de las porquerías que se había metido en el cuerpo y yo, que había sacado fuerzas de flaqueza, tal vez estaba cometiendo un grave error poniéndome a su altura.

Temí que en cualquier momento me diera un puñetazo, pero si me iba le demostraría que tenía miedo. No veía a Jaume por ningún sitio, tal vez había salido a respirar un poco de aire menos enrarecido. Con Jaume cerca me hubiera sentido mucho más segura. Jordi seguía a mi lado sin intervenir, se le notaba entusiasmado, casi magnetizado por las palabras y más quizá todavía por la actitud bravucona de su amigo. Sin duda el líder del grupo. Menos mal que de pronto se acercó una chica a Blai y lo arrastró hacia un rincón. Allí se tumbaron los dos abrazados. Respiré hondo y me dirigí a Jordi:

—Soy detective privado, privada —me corregí, y aún no sé muy bien por qué puntalicé—: Detective privada. Trabajo en el caso de la desaparición de tu padre.

—No soy sordo —soltó de manera desabrida—. No es necesario que me lo repitas todo siete veces —me espetó, sin valorar mis precisiones lingüísticas.

Jordi Solivellas llevaba un colocón soberano, igual que el tal Blai Puig y el resto de colegas. Probablemente una mezcla tan infernal como sus canciones. Era inútil tratar de sacarle información en aquel estado. Le sugerí que se fuera a dormir, después de decirle que aún no sabíamos nada de su padre, pero que, en efecto, necesitaba hablar con él del asunto. De manera que, al día siguiente, cuando hubiera descansado, tendríamos que volver a vernos. Traté de saber dónde vivía. En casa de un colega, me dijo sin dar mayor explicación. Le propuse quedar en el mismo lugar por la tarde del día siguiente. Aceptó. Pero dudé de si se acordaría. Tenía su teléfono pero no me fiaba de que contestara.

Solo se me ocurría una solución para saber dónde podría encontrarle y era

seguirle. Para ello tenía que convencer a Jaume. No sabía qué le podía ofrecer a mi amigo a cambio de aquella noche en blanco, ni con qué tentarle para que continuara haciéndome el favor de acompañarme. Le prometí trufas y un ramo de rosas enviadas a su oficina. Esas cosas le divertían. A ninguno de sus compañeros se las mandaban... Así contribuía a su fama de metrosexual.

Decidimos apostarnos fuera y esperar a unos cien metros que recogieran sus instrumentos, altavoces y bártulos y los cargaran en una desvencijada furgoneta, cuya matrícula anoté. Cuando por fin arrancaron, Jaume puso el motor en marcha. Era difícil que no notaran que les seguíamos. A aquella hora, más de las tres, había poca circulación por la zona. A lo mejor el colocón les impedía darse cuenta y hasta quizá todos dormían, chófer incluido, porque en más de una ocasión estuvieron a punto de pegársela. Menos mal que no iban muy lejos y que la guardia urbana debía de estar entretenida haciendo controles de alcoholemia por los barrios pijos.

Pararon, después de cinco minutos de marcha sin salir de Poblenou, frente a una casa vieja y destartada, a punto del derribo, de una calle sin salida detrás de la avenida Icaria, Passatge Germinal se llamaba, muy a tono con la nomenclatura ácrata del barrio. Entre los dos balcones del edificio, de una sola planta, pendía una gran pancarta: «Edifici Okupat».

## VI

Cruzar Barcelona de madrugada, en moto, con las calles recién regadas sin apenas circulación, me sigue gustando y aunque entonces lo hiciera por razones de trabajo, me producía la misma agradable sensación transgresora que cuando, de adolescente, volvía a casa pegada a la espalda de mi primer novio, después de aprovechar los semáforos —eran tiempos de cierta permisividad con el uso del casco, hoy obligatorio— para besarnos. Cruzaba Barcelona, igualmente pegada a la espalda de Jaume, Diagonal adelante, para luego subir por la avenida de Sarriá, casi desierta hasta mi casa.

Para no añorar los lejanos besos quinceañeros me concentraba en pensar en la familia Solivellas. Se me antojaba extraña o por lo menos peculiar, aunque en el fondo quizá fuera tan común y corriente como otras muchas. ¿Qué sabemos, en realidad, de las relaciones familiares, de sus complicaciones y complejidades? Y eso desde tiempos remotos y bíblicos. Menudos hijos tuvieron Adán y Eva y qué mal debieron de educarlos.

El concierto, contrariamente a lo que antes de ir suponía y pese al desagradable enfrentamiento con Blai Puig, me había hecho llegar a la conclusión de que Jordi y su panda de satánicos eran unos ilusos, por muy antisistema que se consideraran. ¿A quiénes podían importar sus canciones necrófagas y a quién podían convencer con su satanismo de pacotilla? Por mucho que se enfrentaran a pedradas con los antidisturbios el día no muy lejano en que los desalojaran de la casucha okupada, su gesto no dejaría de tomarse como una excrecencia del propio sistema, un simple grano con pus, pero sin ningún tipo de importancia. Y Jordi, pese a haber tenido la falta de sensibilidad de largarse de casa la misma semana que lo había hecho su padre, me pareció un ingenuo, probablemente un malcriado, a quien nadie había sido capaz de meter en vereda. Uno de esos chicos que consideran que todo se les debe, simplemente, porque sí, que lo exigen todo sin dar nada a cambio. Ya sé que muchos psicólogos insisten en afirmar que hay otras causas que motivan ese tipo de comportamiento y tratan de echar la culpa casi siempre a la sociedad y a la familia, para mostrar hasta qué punto los jóvenes son, por definición, inocentes.

Muerta de sueño subí la escalera de casa y me metí en la cama. Jimmy, que

dormía en un cesto a mis pies, me recibió refunfuñando. Probablemente le había despertado de un agradable sueño carnívoro y en venganza, él, a su vez, no respetó el mío que, a juzgar por el cansancio acumulado, iba a ser profundo. A las siete tiró de las sábanas y me llenó de lametazos. Le saqué a la calle, cubriéndome el pijama con una gabardina y a la vuelta traté de nuevo de dormirme no sin antes haber comprado su futuro silencio con dos succulentos huesos de vaca que guardaba para el caldo.

Durante aquel domingo llamé varias veces a Montsina, igual que a la secretaria de Solivellas, pero ambas seguían sin atender el teléfono. Tampoco, como había previsto, lo cogió Jordi. Decidí sacar el coche del parking e ir a su guarida y me llevé a Jimmy, no para que hiciera de Milú sino para que se distrajera durante el trayecto. Cuando llegué el batería había volado, pero un compañero me aseguró que lo encontraría en un bar que quedaba a dos manzanas y, en efecto, estaba allí. Se levantó al verme.

—Vamos fuera —me dijo. Probablemente trataba de evitar que sus colegas escucharan nuestra conversación.

La ropa que vestía era diferente a la de la noche anterior, casi harapienta, sudada y apestosa. Se había duchado y se había puesto una camiseta limpia y unos vaqueros oscuros. Sin darle a la batería tenía el aspecto idóneo para despachar dulces en la pastelería de su madre. Carirredondo, con tendencia a la obesidad y pinta de buenazo, seguramente entre cliente y cliente debía devorar hojaldres y merengues en la trastienda. Me lo imaginé detrás del mostrador, metiendo el índice con disimulo en las tartas de nata y chupándose lo después.

—He venido en coche —le dije—, si quieres hablamos allí, mientras no te molesten los perros, porque he traído el mío...

Me siguió sin rechistar. Amonesté a Jimmy para que se estuviera quieto y abrí la portezuela de la derecha para que entrara Jordi.

—No me gustan mis padres —me dijo a bocajarro—, son unos hipócritas. Mi padre es un mariconazo de mierda y ella con tal de que nada se sepa...

Empezamos bien, pensé, aunque imaginé que los insultos estaban vacíos de contenido, como casi siempre, que no era cierto que Robert Solivellas fuese homosexual... En cuanto a ella...

—¿Qué es lo que no puede saberse? —le pregunté intrigada.

—Que a mi padre lo llamaban para hacerle chantaje.

Me quedé de una pieza. Me preguntaba por qué Montserrat no me lo había mencionado siquiera.

—¿Quiénes?

—Unos tipos, y ella creía que eran amigos míos, que lo hacían de mi parte.

—¿Qué decían?

—Que si no les hacía unos ingresos en la cuenta que él sabía lo iban a pelar.

—¿De verdad no son tus amigos los que llamaban?

—No, aunque eso les venía bien a los dos. Quitaba importancia a los chanchullos del gilipollas de mi padre.

—¿Qué chanchullos?

—Asuntos sucios supongo, suyos o de su jefe.

—¿Puedes concretar más?

—No, pero seguro que eran sucios.

—¿Por qué lo dices?

—Porque sí.

—¿Y por qué te fuiste de casa a la vez que tu padre?

—Casualidad, me tenían hartos. Me piré, lo mismo que él. Pregúntale si no está muerto por qué se marchó el día que decidí largarme. Me tenían hartos, los dos. Ella con los rollos del tarot y la adivina. Quería que fuera a verla para que me limpiara el aura... y como no fui me obligó a tomar un brebaje purificador. Resultó un vomitivo espantoso. Qué asco, por poco la palmo. Y él, furioso, diciendo que eran mis amigos los que llamaban de madrugada para insultarle.

—¿Y era cierto?

—Alguna vez, cuando se ponía muy borde y no me daba permiso para dejar la pastelería e ir a ensayar.

—¿Tienes idea de por qué ha desaparecido tu padre?

—No, ni me importa, no me importan un carajo vivos, ni él ni ella. Y ahora que ya lo sabes espero no verte más.

Salió del coche dando un portazo, parecido al que debió de dar en la puerta de su casa y que la casualidad hizo coincidir con el que también, probablemente, hubo de dar su padre aunque las razones no fueran las mismas.

Muchas cosas dejaban que desear en aquella familia. ¿Por qué me había ocultado mi clienta lo del chantaje? Las llamadas abrían una nueva pista que, por lo visto, los Solivellas trataban de ocultar. Antes de poner el coche en marcha telefoneé a Montserrat, con la excusa de si tenía alguna noticia de su marido. Como podía imaginar, de tenerlas, me habría avisado inmediatamente, me contestó molesta, en un tono brusco un tanto impertinente que disculpé por lo mal que debía de estar pasándolo. Le dije que acababa de hablar con su hijo.

—Seguro que andaba con malas compañías, con esos de la banda que quisieron hacernos chantaje...

Mi clienta se adelantaba a mi pregunta con una suposición que aludía a los chantajistas. No era nada tonta y sí muy intuitiva, pero de ambas cualidades se deducía que no me había dicho la verdad, que me ocultaba cosas, y eso me preocupaba. ¿De qué chantaje se trataba? ¿Había pagado dinero a los

chantajistas su marido antes de desaparecer? ¿Cuánto pedían? ¿Y por qué? ¿Cuál era la amenaza? La respuesta fue que no sabía nada.

—Cuando me ponía al teléfono yo, colgaban. Conmigo no hablaron jamás ni media palabra, solo con mi marido.

—¿Han vuelto a llamar desde que él no está?

—No.

—Mañana la acompañaré a comisaria, señora Solivellas. Es urgente que formule usted una denuncia. ¿Por qué no me dijo lo del chantaje?

—Prefería que se lo dijera el chico, yo estoy segura de que sus amigos tienen algo que ver en el asunto del chantaje, pero me niego a creer que la desaparición de Robert pueda relacionarse con ellos, no puedo ni imaginar que nuestro hijo lo consintiera. No, no, eso no.

Ahora la voz de Montserrat se había dulcificado y me llegaba entrecortada y entre sollozos. Me despedí no sin antes decirle que yo creía que su hijo era inocente, pero no añadí: mientras no se demuestre lo contrario.

Regresé al bar para preguntarle a Jordi si su padre le había mencionado el número de cuenta en la que debía hacer los ingresos. Me recibió con cara de pocos amigos mientras se zampaba un bocadillo de tomate y anchoas que rezumaba aceite...

—No, nunca, era un invento para putearme. Él sabría quiénes eran los que llamaban y por qué.

—¿Sabes que es fácil averiguar los teléfonos? Las compañías tienen acceso a ellos y se los pasan a la policía...

—Si no eran idiotas, debían de llamar desde cabinas, o es lo que hubiera hecho yo, en un caso así... —sugirió con la boca llena para añadir—: No perteneces a la bofia, como dice Blai, por muy detective que seas y mi madre te haya contratado. No soy tan tonto ni mis amigos tampoco y no hacemos nada malo, aunque ni a ti ni a los que te pagan les guste... ¿Vale ya? —y llevándose lo que le quedaba de bocadillo y una botella de cerveza salió a la calle.

Regresé a Barcelona, aparqué el coche en la Travesera de Gracia, muy cerca de la entrada de Tibidabo Assessors, y andando entré en los parkings de la zona. Las visitas fueron minuciosas e inútiles. Ni rastro del Audi Quattro azul metalizado de los Solivellas, del que la guardia urbana, con la que contacté, tampoco tenía noticia. Tendría que esperar al lunes para convencer a Montserrat de que llamara a las empresas que, previo pago, tratan de encontrar automóviles

dentro y fuera del país.

Cansada, de vuelta a casa, en la radio, oí por casualidad una tertulia en la que se hablaba de que la semana pasada la policía había precintado una serie de oficinas de empresas que se dedicaban a tráficos ilícitos relacionados con la evasión de capitales, tanto en Madrid como en Barcelona. La operación no había hecho nada más que empezar. Se me ocurrió entonces que tal vez el comisario Calvo podría confirmarme si entre esas empresas estaba Tibidabo Assessors. Mi padre, que era guardia civil, como el de Carod, mira por dónde, un detalle que me une igualmente a don Antonio Machado, cuyo suegro también lo fue, había trabajado con Calvo; ambos, desde diferentes cuerpos de seguridad del Estado, se habían dedicado al final de sus carreras a los delitos monetarios.

Calvo, a pesar de estar jubilado, tenía todavía bastantes contactos dentro de la policía. Tanto él como su mujer, gallega, como mi madre, me querían mucho, me conocían desde pequeña y, quizá porque no tenían hijos me habían tomado todavía más cariño. Me llamaban sobrina y yo a ellos tíos. En cuanto aparqué el coche le telefoneé.

—Si vienes a cenar esta noche, haré un par de llamadas. Rosalía estará encantada y además tenemos grelos, los trajo mi sobrina, Mariña, la de Pontevedra.

El comisario Calvo y su mujer suelen pasar medio año en Barcelona, en un piso humilde del barrio de Sants, que compraron con grandes esfuerzos, y el otro medio en Galicia, para poder echar de menos su tierra cuando están en Barcelona y Barcelona en cuanto llegan a su aldea. Por suerte los pillé todavía en la ciudad. Sabía que proyectaban marcharse en breve. Después de los besos y abrazos de Rosalía, que de niña me agobiaban un poco y ahora incluso me conmueven, Rafael Calvo me tendió un papel con una lista de nombres entre los que figuraba Tibidabo Assessors. Se trataba de empresas presuntamente implicadas en fraudes que o habían empezado a ser investigadas o lo serían en breve. En el caso de Tibidabo se les acusaba además de blanqueo de dinero: con la excusa de actuar como intermediarios de empresas exportadoras tenían fácil acceso a desviar fondos al extranjero.

Ante un humeante plato de grelos con unos cachelos sensacionales, traídos también por la sobrina, y un lacón que distribuía en Cataluña un carnicero del mercado de Santiago, les conté b por a el asunto en el que andaba metida y les pregunté a ambos su parecer. Recordaba que Rosalía tenía también un fino olfato, tal vez contagiado por el del marido después de tantos años de matrimonio. Los dos opinaron lo mismo: la desaparición de Solivellas estaba sin duda relacionada con los manejos de su empresa. Su mujer tenía pleno conocimiento de ello y cuanto me habían contado no era más que una manera de

liar la madeja para convertirla en una tupida cortina de humo.

## VII

Había quedado aquel lunes para acompañar a mi clienta a la comisaría, pero antes fui a hablar con mi jefe. Quería contarle cómo había ido evolucionando el caso desde el viernes 12 de noviembre, y contrastar su opinión con la mía. Además, necesitaba pedirle que pusiera en marcha sus contactos en Telefónica. Averiguar los números de los presuntos chantajistas podía sernos de mucha ayuda, además de ratificar qué había ocurrido con Tibidabo Assessors.

Iba, pues, hacia el despacho situado en la Rambla de Cataluña, porque a quien quería ver no era al jefecillo de la manresana Eureka sino al máximo jefezo, dueño y fundador de Holmes & Holmes, cuando sonó el móvil.

—¿Elena? Soy Montse Solivellas, la hija de Montserrat Bofarull. Ya sé que me ha llamado y que me ha dejado varios recados..., no tenía cobertura. Estaba en un pueblo perdido y acabo de volver. La llamo de parte de mi madre. Tenemos un apartamento en Sitges y unos vecinos han avisado de que al parecer pasa algo. Mi madre está yendo a Barcelona en el tren y me ha pedido si puede acompañarla, le da miedo ir sola..., por si tiene que ver con algo sobre papá.

Aplacé mi cita con el jefe y me fui a Sants a esperar el cercanías de Manresa. Mientras, compré dos billetes para el de Sitges. Montserrat, con un abrigo negro que le quedaba estrecho y una enorme bufanda gris, insistiendo en el luto premonitorio, venía muy alterada.

—Me temo lo peor —me dijo—. No he querido que Montsina, que acaba de llegar, avise a su hermano hasta que... Al fin y al cabo es su padre...

—¿Por qué?, ¿qué ha ocurrido en el apartamento?, ¿qué le han dicho?

—Me ha llamado la vecina de enfrente, ha ido a Sitges este fin de semana, como suele hacer siempre, con su marido y los niños, y les ha parecido que el rellano olía muy mal y que la peste salía de mi casa... Ya les he dicho que hay una conducción de la bajante general que pasa por la pared medianera, pero ella ha insistido...

—Bueno, mujer, no se alarme...

—Un año tuvimos que desratizar... Íbamos poco y unas ratas anidaron en el sofá. Nunca supimos por dónde habían entrado...

—¿Hace mucho que no van?

—Yo, más de dos meses...

—¿Y su marido suele acercarse por allí?

—Siempre lleva una llave en la guantera del coche... Pero no lo sé.

—¿No se le ocurrió pensar que tal vez se había instalado allí estos días? Tendría que haberlo comprobado.

—Francamente, no lo pensé. Solo ahora se me ha ocurrido.

—Pronto saldremos de dudas —dije yo por decir algo—. ¿Cómo está Liu? —pregunté para cambiar de conversación.

—Elenita es una monada, dulce, cariñosa. La pena es que también crecerá. Todos crecen... Montsina también era una niña maravillosa y ahora, en cambio, se ha liado con un tipo horrible y quiere casarse. Mi marido está furioso, le ha dicho que la deshereda si sigue con él... Crecen y cambian.

Pronunció esa obviedad con infinita pena. Seguro que el borde de su hijo mayor también había sido un niño divino.

Evité hacerle preguntas que pudieran atormentarla más. Y aunque tenía algunas imprescindibles acerca de las llamadas, los talonarios y libretas de ahorros de Solivellas, las dejé para más adelante. Apenas hablamos durante el resto del trayecto. Me parecía que mi clienta rezaba a su patrona, porque algo musitaba muy bajito y no se dirigía a mí. Yo, por el contrario, tenía metido en la cabeza el sonsonete espantoso de una de las canciones de la banda de Jordi, que primero había escuchado en internet y luego en el concierto: «Era basura, basura, basura, solo basura, de la peor basura...». Estábamos muy cerca de Sitges, en el último túnel, cuando Montserrat rompió a llorar.

—No sé si seré capaz de entrar en casa —dijo con voz del todo entrecortada...

—¿No quiere usted que llamemos a la policía?

—Dirán que soy una loca si lo que encontramos es una simple rata muerta —y sorbiendo los mocos y enjugándose las lágrimas, bajó del tren y me fue guiando hasta llegar a su apartamento, situado en una urbanización de la zona limítrofe con la playa de San Sebastián, construida en paralelo a las vías, en la avenida Roig i Raventós, esquina Ramon Planas.

Cuando llegamos, la señora de Solivellas quiso que entráramos primero en el parking del edificio para comprobar si el coche de su marido estaba allí. Al ver que no estaba, pareció tranquilizarse. Tampoco lo habíamos visto aparcado fuera. Subimos desde el garaje hasta la penúltima planta. En efecto, la vecina tenía razón. El olor repugnante procedía del piso propiedad de los Solivellas. Por desgracia reconocí en seguida ese hedor a descomposición característico de los cadáveres, un poco dulzón y del todo nauseabundo.

Le pedí la llave a Montserrat y le dije que se quedara en el rellano, que no entrara hasta que yo se lo dijera. Pero no me hizo caso y se desmayó sobre un sillón oportuno al ver lo mismo que yo: del gancho del que antes pendía una pesada lámpara, que había sido depositada cuidadosamente en un rincón, una cuerda sostenía por el cuello el cadáver de un hombre que había empezado a descomponerse. Desnudo de cintura para arriba, llevaba una especie de taparrabos, parecido a un tanga femenino, y unos tristísimos calcetines negros, arrugados y caídos en los tobillos. A unos cuantos centímetros apartado de los pies un taburete ofrecía, claro está, la hipótesis del suicidio. Por lo demás la habitación, una sala de estar que se abría a una terraza, por donde penetraban todos los luminosos azules del mediterráneo, aparecía en un orden perfecto. Sobre la mesa había una nota que había sido escrita en un ordenador: «*No busqueu culpavles. Men vaig d'aquest mon perquè no pug més*» (No busquéis culpables. Me voy de este mundo porque no puedo más). Me llamó la atención que hubiera tantas faltas de ortografía, aunque en los últimos momentos uno no debe de sentirse con fuerzas para pasar el corrector de catalán. Saqué de mi bolso el móvil y fotografié la nota, también el cadáver y luego diversos detalles de la habitación. Después me puse unos guantes desechables. En aquella época llevaba siempre un impoluto par en el fondo del bolso, aunque rarísima vez lo había utilizado. Ahora se presentaba la ocasión. Me alegré de ser tan previsora.

Entré en la cocina y busqué por los armarios alguna botella de una graduación alcohólica rotunda para dársela a beber a la que, ya definitivamente, era la desdichada viuda de Solivellas. Pero no encontré nada. Miré en la salita, la figura del ahorcado tapaba con su cuerpo el mueble bar. Tuve que rodearla para abrirlo. Escogí una botella de vodka. Regresé a la cocina y vertí un poco en un vaso, se lo di a oler y luego, tapándole los ojos con un paño de secar cubiertos que cogí de un cajón, traté de que mi clienta bebiera y medio a rastras la saqué al rellano. Cerré de golpe, recogí la llave que había quedado puesta en la cerradura y como pude, tras palmearle la cara con bastante contundencia, conseguí que reaccionara y nos metimos en el ascensor.

Mi profesor predilecto, el más perspicaz y humano de cuantos tuve, decía siempre que un detective, igual que un policía, debe atender primero a los vivos, porque los muertos pueden esperar. Los muertos nunca tienen prisa. De manera que también esta vez seguí su consejo. Montserrat Bofarull necesitaba ayuda urgente. En el cercano hospital de Sant Pere de Ribas trabajaba un médico amigo mío. Le llamé y le pedí que mandara una ambulancia. Me hizo caso e incluso evitó que tuviera que ponerme en contacto con el 112. Él llamó en mi lugar.

Aparté, casi arrastrándola, a la señora Bofarull del lugar y de la curiosidad que siempre despierta la llegada de los sanitarios sobre cuatro ruedas. Con la ayuda

de dos turistas que pasaban, la depositamos en un banco, el único de la avenida Roig i Raventós, frente a la entrada del cementerio. Por fortuna la ambulancia no tardó nada. En cuanto se la llevaron llamé a la policía. Después a Montsina para que fuera a buscar a su madre a Sant Pere de Ribas. No me atreví a decirle cuál había sido la causa de la indisposición. Tampoco ella me lo preguntó. Ya tendría tiempo de enterarse. Finalmente telefoneé a mi jefe. La ocasión no era para menos.

Mientras esperaba a los *mossos*, volví al apartamento y poniendo los cinco sentidos en no tocar nada, a la vez que lamentaba haber tenido que hacerlo antes para reanimar a mi desmayada clienta y poder llevármela de allí, me concentré en observar cualquier indicio que me pareciera de utilidad. Intentaba, eso sí, evitar el rostro del ahorcado, lívido y apestoso, para que no compareciera en mis sueños ni se colara ante mis ojos a la hora del amor, como una advertencia de culpa y podredumbre. Eso me había ocurrido durante meses con la cara de un chico al que le habían levantado la tapa de los sesos en unos urinarios. Pasé un rato mirando hacia fuera, hacia la playa cercana, la seda molida de la arena y el mar suave de aquella mañana ajenos a la muerte, al horror de los últimos minutos de Solivellas. Me preguntaba si había sido la suya una muerte voluntaria o si por el contrario otros habrían cargado con su cuerpo, quizá ya difunto, tal vez antes de ser subido, estrangulado, porque la lengua, obscena, gorda y casi tan monstruosa como sus orejas, seguía fuera de la boca. A punto estuve de abrir, de airear aquella morgue, pero me contuve.

A pesar de que el olor nauseabundo me producía arcadas, di vueltas por el piso concentrada en observar los detalles que pudieran conducirme a averiguar qué había pasado. Entré en el baño. En una repisa, a modo de decoración, había una serie de *caganers*, que al parecer tanto gustaban a la familia. Pero estos me parecieron de rabiosa actualidad. Reconocí a Pujol, a Maragall, a Carod, y noté que algunos parecían rotos y habían sido encolados. En las tres habitaciones las camas estaban hechas, excepto la de matrimonio, en la que había pruebas evidentes de que alguien la había usado para dormir o para otras necesidades. Sobre una silla había ropa amontonada, sin doblar. Probablemente el viernes de su desaparición, Solivellas se había refugiado en el apartamento. Tal vez su mujer lo sabía y no quería decirlo, tratando de protegerle. ¿Pero de qué? ¿De la cárcel? ¿Del jefe de Tibidabo Assessors? ¿De sus clientes? Me había resultado imposible ponerme en comunicación con la secretaria durante el fin de semana y también ahora. En su teléfono seguían sin contestar y en la empresa la misma grabación en tres idiomas advertía del horario, que no se cumplía, ya que era lunes, día laborable, y no sábado ni domingo.

Finalmente, tras no encontrar nada que me sirviera para mis pesquisas, hice

fotos de todo, y por descontado también del cadáver bamboleante, en el que no percibí ni heridas defensivas ni hematomas. En cambio sí, por su descomposición, pude notar que debía de llevar por lo menos cuatro o cinco días muerto por asfixia. Tenía el abdomen hinchado debido a los gases de la putrefacción que habían empezado a actuar, y el cuello inflamado.

Como la visión no era precisamente apetecible preferí salir. Además, consideré más prudente cerrar el apartamento y esperar a la policía abajo, junto al jardín comunitario que daba acceso a la entrada, en el que jugaban algunos niños, probablemente recién salidos del colegio, vigilados por sus madres. Me acerqué a estas para preguntarles si conocían a los Solivellas. Solo una, de las tres mujeres, creía saber quiénes eran, las otras dos no tenían ni idea. La comunidad era muy grande y tal vez los Solivellas no fueran de los más asiduos. Además, ellas no debían de pertenecer a la misma escalera que el difunto porque nada comentaban acerca del putrefacto olor, que había alertado a los vecinos más próximos. Nadie había salido de las viviendas contiguas mientras Montserrat y yo estábamos allí ni tampoco cuando yo volví a subir. Ya se pondría en contacto con los vecinos la policía.

Por un momento pensé en telefonar a Jordi pero me contuve, tan solo llamé al hospital. Mi clienta había sido atendida convenientemente. Por mi parte, trataría de impedir que la policía le hiciera volver a identificar el cadáver allí, y en cuanto, tras la llegada del forense y del juez, la policía se hiciera cargo de la situación, iría a Sant Pere de Ribas.

Si Solivellas se había suicidado, no habría nada más que investigar, salvo por qué lo había hecho. Los motivos que pueden llevarnos al suicidio son muchos y diversos. Alguien dijo que el único tema de interés para la filosofía, que para mí son palabras mayores, es, precisamente, el suicidio. Contra la tentación de desaparecer está el instinto de vivir que late en todos los seres. Cuando se produce una descompensación se invierte la tendencia y la ventana tras la que contemplamos el mundo y por la que entra la luz se convierte en un trampolín que nos impulsa directos hacia la muerte.

Los «buenos» suicidas, aquellos que piensan en familiares y amigos a los que tienen estima, tratan de irse de este mundo incordiando lo menos posible y se eliminan con pastillas, en cuartos de pensiones anodinas o lujosos hoteles, dependiendo de su peculio, pagados por adelantado. Los «malos» mueren tratando de culpabilizar de su muerte a cuantos más mejor y a veces incluso lo consiguen. A menudo, los muy cabrones, lo planean todo para que resulte lo más desagradable posible para los pretendidos culpables, como si su cadáver fuera el ácido corrosivo con el que trataran de desfigurar para siempre el rostro de todos los suyos.

Si en el caso de Solivellas aceptábamos la hipótesis del suicidio no cabía duda de que se trataba de un mal suicida, de un suicida perverso. Su cuerpo bamboleante, colgando de una gruesa soga, era un plato de digestión difícil para el familiar que se lo encontrara y, además, ¿quién de ellos podría seguir en el apartamento, sabiendo lo que había ocurrido allí? Solivellas debía de detestar el lugar tanto como a su familia que, probablemente, pondría de inmediato el apartamento en venta a buen precio, con tal de no volver a pisarlo jamás. O por lo menos yo, de estar en su lugar, lo hubiera hecho.

## VIII

Ante el rumbo que habían tomado los acontecimientos, mi jefe consideró que debíamos abandonar el caso, del que ya se había hecho cargo la policía. Pese a que la investigación no se había cerrado, todo apuntaba a que se trataba de un suicidio, uno de tantos, ya que la media es de cinco o seis diarios solo en Cataluña, una cifra que normalmente tiende a camuflarse, no vaya a ser que a alguien se le ocurra publicitar el asunto con el eslogan de «Barcelona, ciutat de suicides», «Barcelona, ciudad de suicidas», «Barcelona, city of suicides» y ofrecer una carta de variadas posibilidades, como hacen con las almohadas en algunos hoteles, garantizando a un precio competitivo un suicidio impecable, diversificado por categorías. Todas, tanto si se escogía la más barata como la más cara, con garantías de eficacia y a un precio competitivo que dependía de los detalles: cianuro solo, cianuro con caviar de beluga y champán, en un hotel de lujo. Bañera vulgar o *jacuzzi* con perlas, perfumes delicados y música suave para los que prefirieran cortarse las venas en la suite real de un hotel de cinco estrellas, o de modo más económico, en una habitación de menor categoría.

A mí, sin embargo, la hipótesis del suicidio de Solivellas no me acababa de cuadrar, por mucho que hubiera dejado una nota que permitiera deducir que pasaba por una depresión espantosa y que la quiebra de la empresa fuera motivo suficiente. No obstante, no tuve más remedio que abandonar las pesquisas ya que los detectives, por ley y según el artículo XIX, no podemos «realizar investigaciones sobre delitos perseguibles de oficio, debiendo denunciar inmediatamente ante la autoridad competente cualquier hecho de esta naturaleza», tal y como hice yo.

Además, ofrecí a los *mossos* cuanto había podido averiguar acerca de las relaciones familiares de los Solivellas, sobre las que me pidieron un informe que, por supuesto, presenté de inmediato. Hice constar mi asistencia al concierto y mi conversación con Jordi y con su amigo Blai, del que la policía ya tenía noticias, pues lo habían detenido varias veces en enfrentamientos con okupas, además de lo que me había contado Montserrat. Pero era evidente que faltaban por descubrir muchos aspectos de la vida y de las costumbres del difunto. Si se llevaba con su familia tan mal como podía deducirse de lo que esta había

afirmado, qué amistades tenía, cuáles eran sus aficiones, qué papel desempeñaba exactamente en la empresa, etcétera, etcétera. En cuanto a su vida extramatrimonial, ¿tenía una amante, como apuntaba su mujer? ¿Y por qué le hacían chantaje y quiénes eran los chantajistas y los insultadores? Todo eso habrían de investigarlo otros. También estaba lo del coche, que no había sido encontrado todavía.

Gracias al comisario Calvo supe que la policía científica continuaba analizando huellas. En la basura del apartamento se habían encontrado colillas y entre las sábanas es posible que se hallaran restos biológicos, quizá propios o tal vez ajenos. Los próximos días habrían de ser decisivos. Supuse que se interrogaría a la familia y se indagaría si alguien ajeno tenía llaves del apartamento. Porque, en el caso de que Solivellas no se hubiera suicidado, los asesinos, o el asesino y su ayudante y cómplice —para colgarlo indefectiblemente no podía ser uno solo—, habían entrado por la puerta, y una de dos, o les había abierto el después difunto o habían utilizado una llave. No obstante, el diagnóstico del forense apuntaba a una muerte voluntaria. En el estómago de Solivellas se encontraron restos de barbitúricos, algo que ni el médico ni la policía consideraron en absoluto sospechoso. Los habría tomado para acabar con su vida y quizá, ante la perspectiva de una muerte lenta, pensó en otra mucho más rápida y se colgó. Debo advertir que yo no presencié la autopsia ni tuve acceso directo al informe del forense, que me leyó por teléfono un mando de la policía, a instancias del comisario Calvo. En el escrito se hacía constar que no aparecían señales de lucha ni heridas o abrasiones en el cadáver que indicaran que hubiera sido atacado y/o arrastrado, algo que yo pude comprobar también *in situ*. Cuando lo descolgaron había superado la fase cromática y entrado en la enfisematosa, lo que significaba que llevaba por lo menos ciento veinte horas muerto. Y eso permitía datar su defunción, por asfixia, el miércoles 10 por la tarde, entre las cinco y las ocho, según el forense, cinco días después de que se perdiera su rastro y cinco antes de que lo encontráramos. Con precisión científica añadía otros datos que es irrelevante hacer constar aquí, todos encaminados a considerar que Solivellas había dejado este mundo de manera voluntaria.

A la viuda le costaría recuperarse aunque, medicada con los tranquilizantes adecuados, ya se encontraba mejor y en sus cabales. Ella me hizo saber lo primero y yo noté lo segundo cuando me llamó para agradecerme mis atenciones. De esta manera se refirió al marrón que me tuve que comer desde que descubrimos el cadáver hasta que fui a interesarme por ella al hospital de Sant Pere de Ribas. Una mañana y parte de una tarde maravillosas, del todo inolvidables. Claro que sí, pero no se lo dije. Al contrario. Utilicé las triviales

frases educadas que hubiera usado mi madre: No faltaba más, no tiene usted que agradecerme nada, lo importante es que se cuide. Sus hijos la necesitan..., e incluso las personalicé: Le ayudará mucho tener con usted a la preciosa Liu y ocuparse más de la pastelería.

En fin, le recité una pequeña letanía al uso, mientras paseaba junto a Jimmy por el barrio, deseando que diera por bien empleado mi pésame y colgara de una vez. Pero no, seguía con su cháchara hablándome de la pastelería. Podría parecer que se trataba de un buen negocio ya que era considerada una de las mejores de Manresa, pero no, no iba tan viento en popa como yo podría suponer y no era del todo suya, debía repartir las ganancias con su hermana. También se refirió a Jordi, su mayor preocupación porque andaba con malas compañías. Le dije para consolarla que ya vería como las dejaría, que, conmocionado por el golpe, entraría en vereda.

No siempre los efectos de la muerte son negativos. Al contrario. Una muerte a tiempo puede solucionar la vida y si no que se lo digan a las jóvenes casadas con viejos millonarios a los que van a heredar. Con respecto a la de Solivellas, quizá no llegara a tanto, aunque Montsina podría continuar la relación con su novio sin que su padre se la prohibiera y la desheredara al casarse con el tal Guillermo William —Guillermo Biliam, cuyo nombre pronunciado a la remanguillé oí por primera vez de labios de una prima de la futura suegra de este —, lo que incomodaba particularmente al difunto, que se oponía de manera frontal al noviazgo, al parecer porque el chico no era catalán sino colombiano y por mucho que se ganara bien la vida y fuera una buena persona, se le había atragantado. Ahora la negativa paterna ya no iba ser obstáculo para la boda y un cambio de estado suele distraer mucho.

Todos saldrían de penas pronto. Ya lo decía mi padre, «el muerto al hoyo y el vivo al bollo», y en ese caso, con mucha razón. Los bollos, cruasanes y merengues de Can Tetas, con perdón por el apodo con que era conocida la Pastelería Bombonería La Confianza, tenían fama de ser excelentes.

Me enteré de esos y otros pormenores por otra Montserrat Bofarull, prima hermana y tocaya de mi clienta, durante el funeral de Robert Solivellas, al que asistí. Afirmar que fui a la iglesia con sumo gusto sería una inconveniencia tratándose de un acto luctuoso, pero no miento si digo que lo hice porque quería compartir con la familia la ceremonia del adiós. Al fin y al cabo había pasado cuatro días de mi vida volcada en sus avatares.

La iglesia estaba abarrotada de amigos y conocidos y también de curiosos. Como Solivellas había tenido relación, según su esposa, con peces gordos y con políticos, se esperaba que algunos de estos acudieran, pero escurrieron el bulto, como suelen hacer en los casos que les puedan resultar perjudiciales, y quién

sabía si el de Solivellas, empleado de Tibidabo Assessors, no lo era.

La guardia urbana que mandó el ayuntamiento manresano, seguramente para dejar pasar hasta casi el mismísimo altar mayor a los coches oficiales, se limitó a prohibir aparcar por los alrededores a los ciudadanos de a pie, que acudieron en masa. El sermón, a cargo de un cura amigo del finado de sus tiempos de escolanía montserratina, no estuvo mal. El mosén no aludió ni al suicidio ni al asesinato, antes al contrario, habló de la voluntad de Dios implícita en cuanto nos ocurre y loó las virtudes del muerto, entre las que estaban el amor a su patria, Cataluña, y su acendrado sentido nacionalista. Cristo nos manda, en primer lugar, preocuparnos de quienes tenemos más cerca, se justificó, y lo más cercano es la tierra que nos ha visto nacer y sus naturales.

Di el pésame a la viuda, que iba de riguroso luto —ahora sí con razón y conocimiento de causa—, negra de la cabeza a los pies igual que sus dos hijos mayores. Jordi, con traje oscuro y corbata de cucaracha pelotera, lloraba a moco tendido... Lo que son las cosas, lloraba mucho más que su madre y que su hermana Montsina, que bastante más serenas y con enormes gafas de sol pegadas a la cara, como si fueran de buceo, aguantaron estoicas los achuchones, besos y abrazos a los que, como pude comprobar, que los manresanos eran más proclives que las gentes de otros sitios. Así, para demostrar su afecto a los familiares del muerto, guardaron cola durante largo rato.

Solucionada la búsqueda y captura de Solivellas, mi jefe decidió que me ocupara de un caso de espionaje empresarial de los más aburridos.

Si he de ser sincera, entonces hubiera preferido seguir con la viuda. Cuanto más lo pensaba más me parecía que el asunto de su marido en absoluto estaba cerrado. No obstante, los medios informativos habían difundido que se trataba de un suicidio puesto que el forense así lo consideraba. En una sucinta crónica, un redactor de *El Periódico* relacionaba la muerte de Solivellas con la quiebra de la empresa en la que trabajaba y por primera vez daba cuenta de los nombres del director general, Albert Blanch, y del gerente, Oriol Andreu, ambos en paradero desconocido. Sin embargo, aunque yo tuviera dudas sobre el suicidio, no podía dedicarme por mi cuenta a investigar una serie de cuestiones no esclarecidas: ¿quién y por qué le pedían dinero? ¿A cambio de qué? ¿Dónde había estado los días que mediaron entre su desaparición y su muerte? ¿En el apartamento de Sitges, como creía la policía? ¿Quién lo había visto por última vez? ¿Y dónde había dejado el coche, que no aparecía? Estas eran preguntas que requerían una respuesta pero yo no tenía tiempo para buscarla. Necesitaba seguir currando para Holmes & Holmes y sus sucursales si no quería morirme de hambre. Los

tiempos estaban difíciles. Tener trabajo era una bendición.

Traté de olvidarme del caso Solivellas y concentrarme en el nuevo encargo de mi jefe. Así que vestida de ejecutiva, dos días después del funeral y entierro del manresano, desayunaba en el bar del hotel Princesa Sofía pendiente del directivo de una conocida multinacional sobre el que recaían sospechas graves de tratos con la competencia, cuando sonó el móvil. Era Montserrat Bofarull, quería verme y me pedía si estaría dispuesta a trabajar directamente para ella.

—¿En la pastelería, necesita una dependienta? —le pregunté con cierta sorna, pensando que me requería a instancias de Práxedes, su adivina particular...

Se rio. Si lo consideraba un buen trabajo podría contratarme como encargada. Pero no, no se trataba de eso, sino de continuar con las pesquisas sobre su marido. La policía, según ella, no se estaba tomando ningún interés e insistía en que aceptara que Robert se había quitado la vida de manera voluntaria. Antes de llamarme, como yo suponía, había acudido a Luz Segura —ella siempre la llamaba así, por su alias, nunca Práxedes ni Rebollar— y la vidente le había animado a que me telefonara. Tampoco ella confiaba en la policía. ¿Cuándo podría ir a su casa? Quedamos por la tarde, a última hora. Me era imposible ir en otro momento. Además, con un poco de suerte Elena Liu estaría despierta y me apetecía verla, me parecía la chinita más linda y dulce del mundo.

—Cene con nosotros —me pidió—. Estarán Montsina y Jordi, que han vuelto a casa.

—Gracias —le dije—, pero no puedo. Otro día, con mucho gusto. Y me alegro del regreso de Jordi, así estará usted más acompañada.

No cenaba aquella noche más que con Jimmy, de modo que hubiera podido aceptar la invitación de la viuda pero de ninguna manera deseaba involucrarme en la vida familiar de los Solivellas hasta el extremo de participar de las acelgas cocidas y la merluza a la romana, que suponía tomaban, para no faltar a una tradición tan catalana, aunque sintiera por Montserrat una cierta simpatía mezclada con un poco de compasión. Lo que ambas habíamos compartido aquella mañana de lunes al entrar en el apartamento de Sitges era difícil de olvidar.

## IX

Cuando llamé al timbre, pude escuchar la voz de la chinita preguntando si era su papá. Según me había contado la señora de Solivellas, su marido la adoraba, otro elemento que no casaba con el deseo de suicidio, por mal que le pudieran ir las cosas. Convivir con niños pequeños y con animales domésticos — cucarachas, moscas y mosquitos descartados— constituye un buen antídoto contra la depresión, según un estudio de no sé qué importante universidad canadiense. Y la monísima chinita, lista, pícara y dulce, era un prodigioso antídoto, casi un talismán.

La señora de Solivellas me recibió con dos sonoros besos un poco apabullantes, envuelta en un largo y monstruoso quimono de color verde loro. Se lo había comprado en China cuando fueron a buscar a Liu. Se lo ponía siempre para estar en casa por la tarde, como una especie de agradecimiento, cortesía, homenaje o respeto, exactamente así lo soltó, a la cultura de su hija adoptada, excusándose por la indumentaria que no quería cambiar por otra de luto delante de la niña. Trataba de evitar que la avispada chinita se diera cuenta de que algo anormal ocurría. De momento le habían dicho que su papá estaba de viaje, cosa que de vez en cuando ocurría. Más adelante no quedaría más remedio que contarle la verdad. Pero ya habría tiempo.

Como me era imposible cenar con ellos, la viuda de Solivellas no les había pedido a sus hijos que llegaran pronto, así que estábamos a solas. Lo preferí. Me interesaba verles por separado. Montserrat, muy obsequiosa, había traído de su pastelería todo tipo de dulces para que los probara. La verdad, estaban deliciosos. La pena es que irían a parar directamente de mi estómago a mis cartucheras celulíticas. No falla. Montserrat Bofarull también daba buena cuenta de los tocinillos de cielo, sus predilectos, me dijo.

Me había pedido que fuera a verla para hablar de la provisión de fondos y agradecerme que quisiera continuar con las pesquisas. ¿Me parecían bien mil quinientos euros como adelanto inicial? No me esperaba la propuesta, pero no la rechacé. Me venía estupenda. Dije que sí. Prometí presentarle una minuta de gastos y de horas invertidas, justificativa.

—Me fío de usted —me dijo—, y voy a serle sincera: solo si mi marido no se

suicidó, cosa de la que estoy convencida, por más que apareciera una nota con eso de que no había que buscar culpables, podré cobrar la póliza del seguro y para eso necesito probarlo. He hablado con la aseguradora y se niega a pagar. En la póliza se advierte clarísimo que para cubrir un suicidio hay que llevar más de un año cotizando. En enero de este año Robert dejó Allianz, asesorado por el idiota de su gestor y, sin consultarme, cambió de compañía. Según me ha contado el gestor, la cobertura de la nueva, Santa Sofía, era mejor y un poco más barata... ¡Menudo negocio!, la verdad, no me cabe en la cabeza que si se quería suicidar fuera tan poco precavido. Que no pensara en mí era normal, pero en Elenita, ¡claro que pensaba!, no sabe usted hasta qué punto, por eso, cuantas más vueltas le doy, más segura estoy de que le mataron...

Montserrat se refería a su marido en un tono frío, despegado, casi con odio. Su voz ya no sonaba triste, solo rencorosa.

—Me parece que va a ser difícil, tal vez no consigamos demostrar que le mataron —me atreví a insinuar—, y si es así usted perderá el dinero que invierta en mi trabajo...

—Eso no me importa, el dinero no. Intente encontrar a quienes lo mataron y averiguar por qué. Hágalo —me repitió en un tono imperativo.

—¿Sospecha usted de alguien?

—Yo creo que la muerte de mi marido tiene que ver con Tibidabo Assessors. Él lo sabía todo de la empresa, que está en quiebra. Los jefes principales, Blanch y Andreu, lo dicen los periódicos, andan en paradero desconocido.

—¿Y si los dos acaban como su marido, o ya han acabado y no lo sabemos? —pregunté por decir algo, aunque en seguida añadí—: Claro que la policía se habrá puesto en contacto con sus familias... —no me dejó terminar la frase:

—La familia, anda y que te ondulen. Pelotas fuera, buena debe de ser la familia de estos dos pájaros para cantar en qué rama se posan.

Me reí para mis adentros porque de repente Montserrat Bofarull se me antojó una especie de castiza chulapona en vez de una catalana del Bages.

—¿Los conoce? Creo que tendría que ir a verles.

—Yo no voy, de ninguna manera —levantó la voz, enfadada.

—Me refería a mí, por supuesto.

—No sacaré nada en claro. Menudas liantas sus mujeres. Las vi en una boda, vestidas en Tot-hom, finústicas, estiradas, rellenas de *botó*.

Volví a reírme de nuevo para mis adentros, suponiendo que llamaba *botó* (botón) al botox y la dejé que siguiera despoticando, pero no continuó. No hizo ninguna referencia más a las señoras Blanch y Andreu. Pasó el turno a la secretaria, que según ella, también había huido con los capitostes.

—Buena pájara la tal Mónica, decía que no tenía familia, «como soy tan pobre

de familia», solo tengo a mi pobre madre, me lo repitió todas las veces que la vi que, gracias a Dios, fueron escasas. Le debía muchos favores a mi marido... Cría cuervos. Y ahora, anda y que te onduelen, yo me piro como los jefes al extranjero por si las moscas y a Robert que le den, el Solivellas que se joda, ni le avisamos de que abur, nos vamos, que le detengan y le carguen el muerto o lo cuelguen muerto y ¡hala!, más madera.

Parecía que la señora Bofarull hubiera tomado carrerilla a base de frases hechas. Me recordó a Sancho Panza, aunque no creo que hubiera leído el *Quijote* ni que fuera su intención imitarle. A los que sí conocía era a los hermanos Marx, aunque tal vez tampoco había visto la película en la que Groucho dice: «Necesitamos más madera». Me sorprendió que si aseguraba no saber nada de la empresa acusara a la secretaria de haberse marchado con los jefes y de no haber avisado a su marido. Le pregunté por la relación con la tal Mónica:

—Le debía el puesto a Robert. Él la llevó a la empresa y ¿cómo le paga el favor?

—¿Ha hablado usted con ella?

—No contesta.

—Pero eso no significa que haya huido, como usted dice.

—Si no hubiera huido tendría que haber ido al funeral y no apareció. Ella lo sabía todo. Robert decía que era su mano derecha, más que secretaria del jefe era la suya. Ella lo sabía todo de él.

—¿Insinúa usted que tenían una relación especial? —me atreví a preguntar.

—Mi marido me engañaba —contestó.

—¿La engañaba, con quién? ¿Con Mónica Ribó?

—No lo sé, no tengo ni idea, pero estoy segura...

Tanta ambigüedad quizá era de nuevo fruto de los tranquilizantes. Tuve que insistir:

—Está segura de que la engañaba, aunque no sabe si con la secretaria, ¿es así? Pues tendríamos que averiguarlo, señora de Solivellas.

Asintió mientras recuperaba la actitud de desconsolada viuda. Estalló en sollozos y se cubrió la cara con las manos. No quise insistir en el asunto, por lo menos en aquel momento, así que opté por preguntar sobre otro tema que también me pareció de interés.

—¿Cómo se llevaba su marido con su jefe?

—¿Con Blanch? No lo sé, yo casi no le conocía..., aunque más que su jefe eran socios, mi marido había invertido dinero en la empresa...

—El descalabro de una empresa es casi un clásico como antecedente de un suicidio. Según usted, su marido tenía un cargo importante. ¿Cuánto ganaba? ¿Bastante, verdad?

—Dependía de las comisiones, eso sí lo sabía, pero nunca me dijo el sueldo total. Él pagaba la hipoteca del piso y me daba dos mil euros mensuales para la casa y la manutención de todos. El resto se lo quedaba para sus gastos. Yo pago de mi dinero a la mujer de la limpieza y el parvulario de Elenita.

—Tendría que ver las cuentas. ¿Tenían alguna en común?

—No. Y el banco ha bloqueado las tuyas, hasta que se reparta la herencia.

—¿Tenía bienes? ¿Había hecho testamento?

—El piso estaba a su nombre, tenía además unos locales alquilados que le daban una buena renta y en Castellar del Vallés unos terrenos que habían sido de sus padres... En relación con el testamento, amenazaba a Jordi y a Montsina con desheredarlos cuando se enfadaba con ellos y que todo fuera para Liu. Pero creo que no lo habría hecho... Ni siquiera cuando supo que Jordi había pedido a sus amigos que le incordiaran llamándole por teléfono de madrugada.

—Pero Jordi me aseguró que los del chantaje eran otros. Llamaban para pedir dinero. ¿Se lo contó su hijo a la policía?

—No lo sé. Jordi me ha prometido dejar las malas compañías...

—Cuando se desbloqueen las cuentas sabremos si pagó a través de ellas, por transferencia. Intentaré averiguarlo. En cuanto al testamento, tendremos que esperar a conocer las últimas voluntades, quizá de ahí podamos sacar algún dato que nos sirva. Mientras, trataré de investigar qué hizo entre el viernes y el miércoles. Necesito los teléfonos de casa de sus jefes y sus direcciones y la de la secretaria.

—Solo tengo la dirección de la secretaria y su teléfono fijo. Nada más. Luego se la busco. De los jefes, nada. Era cosa de mi marido.

—¿Quiénes más trabajaban en la empresa?

—Una telefonista, de esto estoy segura, el resto ni idea, pero no había mucha gente en plantilla en estos momentos. Robert me había dicho que después del verano despidieron a dos empleados, entre ellos el contable, eso sí me lo contó.

—¿Tenía enemigos su marido?

—No lo sé, por su carácter, quizá. Últimamente se enfadaba mucho. Todo le caía torcido y estaba muy disgustado con Montsina por culpa del novio, al que detestaba, y eso que nos lo había presentado él. Le había conocido porque trabajaba también en negocios de importación y exportación. Cuando comenzó a salir con Montsina pasó de ser un buen chico, al que traía por casa, a convertirse en un indeseable. Yo sabía poco de mi marido, Robert no me contaba apenas nada, ya se lo he dicho...

—¿Y amigos?

—Tenía pocos, o por lo menos los que yo conocía. Pero el más cercano era Joan Pujades, él sí fue al funeral y estuvo en el entierro, eran amigos desde la

adolescencia. Él sí se comportó. Casi no puede andar, le trajo la criada en silla de ruedas.

—¿Sabe dónde puedo encontrarle?

—Vive en Terrassa, en la calle de la Creu Gran. Ayer me llamó y me preguntó si necesitábamos algo. No tengo su teléfono, porque la agenda de Robert debe de estar en su cartera, en el coche o en el despacho precintado, o quizá ya en manos de la policía, pero será fácil encontrarlo —y se levantó para buscar la guía telefónica—. Le llamaré para decirle que irás a verle.

Era la primera vez que me tuteaba, tratando de acortar distancias, supongo.

—Aquí está, te lo apunto.

—Ponga la dirección, por favor. Y no olvide las señas de la secretaria.

Volvió a levantarse. Revolvió en el cajón izquierdo de una cómoda de relucientes molduras doradas que quedaba al fondo del salón y regresó con una agenda de la que pendía un lápiz atado a un cordel. Copió de la guía el número de Pujades y después los datos de Mónica Ribó, mientras me decía:

—Hemos tenido suerte, aquí está la dirección y el teléfono móvil de la hipócrita.

Lo anotó en un manresano papelito color de rosa, en forma de oso, propaganda de la marca Tous, y me lo dio.

Ver al amigo sería mi tercera prioridad porque era la más fácil, a él podría preguntarle sobre la presunta amante de Solivellas sin que se echara a llorar. La primera prioridad consistía en encontrar a la secretaria y la segunda, aún más complicada, en tratar de localizar a cuantos trabajaban en Tibidabo Assessors, cosa difícil porque no tenía de ellos siquiera el nombre de pila.

## X

Seguí llamando a casa de la secretaria sin que nadie contestara. En el móvil que me había dado Montserrat alguien me contó que había conectado con una peluquería de señoras. Tal vez el número había pertenecido en el pasado a la tal Mónica, pero ahora ya no, ahora era de Buenos Pelos, podía estar segura. Menos mal que Montserrat me había proporcionado su dirección particular. La guardaba anotada en su agenda desde que había asistido con su marido a la fiesta de cumpleaños de la secretaria. La señora de Solivellas se había encargado de que en su pastelería fabricaran con gran esmero la succulenta tarta que le habían regalado entre todos, con cinco velas en vez de cincuenta, una por asistente, puntualizó al contármelo, por más que esas cinco velas trataran de cantar La Traviata, cuyo brindis mi exmarido me había casi obligado a degustar... *Libiamo, libiamo ne'lieti calici che la bellezza infiora. E la fuggevol ora s'inebria a voluttà. Libiamo ne'dolci fremiti che suscita l'amore...*

Ese cinco construido con manga pastelera y solidificado con un glaseado de merengue me pareció de una evidencia demoledora. Si se considera una descortesía preguntar la edad a las señoras, más aún lo es exhibirla en una tarta. Montserrat Bofarull no estuvo ahí nada acertada. Pero gracias a aquella celebración pude saber dónde vivía la secretaria de marras.

En fin, me encaminé al barrio de Gracia, a la calle Verdi, que conozco bien porque suelo dejarme caer por los multicines, después de volver a llamar y tras comprobar que ningún número de teléfono fijo estaba a nombre de Mónica Ribó. La casa muy venida a menos, encajonada entre bloques mucho más altos, tenía únicamente dos pisos y cierto aire de chalé de la menestralía, de torre, o mejor torreta, como lo llaman en catalán, a la que probablemente le había sido arrebatada su parte de jardín por los apartamentos colindantes. Se trataba de una edificación de principios del siglo xx, de la época en que Gracia ya había sido anexionado, muy a su pesar, por la gran Barcelona, que todo lo engullía. Llamé desde el portal al único timbre de interfono que había pero no tuve que esperar fuera a que me abrieran. Pude entrar porque la puerta estaba entornada. Según constaba en el único buzón que había en la entrada, Mónica Ribó vivía en el segundo piso. Mejor para mis glúteos, pensé, tratando de buscar lo positivo del

asunto.

Mientras empezaba a subir tarareando a Serrat: «Hoy puede ser un gran día»..., oí que arriba se abría una puerta y que una voz un tanto desabrida, más bien de falsete preguntaba:

—¿Butano? —y añadía en tono recriminatorio—: ¡A buenas horas!

Tuve que disuadirla:

—No soy el butanero. ¿Está la señora Ribó? Necesito hablar un momentito con ella.

Aceleré el paso, no fueran a decirme que me marchara o me dieran con la puerta en las narices... Pero no, tuve suerte. «Hoy puede ser un gran día, plantéatelo así», seguía yo con Serrat mentalmente ya que, sin preguntarme ni quién era ni qué quería, me permitían subir.

—Espero el butano desde anteayer. ¿Usted cree que hay derecho? Dentro de nada no podré ni ducharme ni cocinar... Mientras ahí enfrente viven catorce podridos marroquíes en dos habitaciones, armando ruido y nadie les echa...

Soporto muy mal ese tipo de comentarios, pero me tragué el mío. No podía entrar pidiendo guerra, ni siquiera controversia. La escalera se iba haciendo más estrecha a medida que se empinaba y tenía grandes manchones de humedad en las paredes abullonadas. No estaba entrando en Versalles, precisamente. Me olvidé de Serrat en el primer rellano cuando por el hueco vi asomarse una zapatilla bastante averiada de un marrón cochambroso, excremental. ¿Pertenece a Mónica? No me cuadraba que usara ese tipo de calzado. La había imaginado con zapatos de medio tacón incluso para estar por casa. Aceleré el paso. Frente a mí tenía a una mujer canosa, de mediana edad, aspecto vulgar y desaliñado. Llevaba una bata larga guateada y un delantal anudado a la cintura. Le faltaban unos cuantos rulos para componer una caricatura perfecta de sí misma.

—¿Es usted Mónica Ribó? —le pregunté.

—No, es mi cuñada. Estoy aquí cuidando a su madre, que era mi suegra, para que ella pudiera marcharse unos días de viaje...

Me chocó que mencionara a su suegra en pasado, supuse que era viuda o que estaba separada y quería dejar claro que no tenía ningún vínculo con la madre del que fue su marido, pero no me atreví a preguntarle nada.

—He llamado a su móvil infinitas veces y no me ha contestado. ¿Sabe usted dónde está, y cuándo vuelve? Soy asistente social —mentí, aunque no sé si hacía falta, porque me pareció que la señora en cuestión no estaba en sus cabaes y tanto le daba que yo fuera detective, testigo de Jehová en misión evangelizadora o amaestradora de pitones a domicilio.

—No me acuerdo si a Bagdad o a Bangkok...

—No es lo mismo, seguramente será Bangkok, porque Bagdad no es en este

momento un destino turístico muy recomendable...

—Eso, Bangkok, está en Colombia, ¿verdad?

—No, en Colombia está Bogotá... Es la capital —añadí, desconcertada ante tanta confusión geográfica.

—Entonces está en Bogotá, eso es, me había hecho un lío, como todas esas ciudades empiezan por B y yo me entretengo con los crucigramas para activar el riego sanguíneo...

Me callé que su terapia crucigramil podía considerarse un fracaso a tenor de su confusión memorística y me limité a asentir con la cabeza.

—Pero pase, pase, no se quede en la puerta...

La seguí a través de una especie de distribuidor que daba a una salita o quizá comedor, en cuyo centro había una mesa cubierta con un hule y junto a ella, en una silla de ruedas, dormitaba una anciana, que parecía directamente arrancada de la tumba, si es que el traficar con difuntos era una especialidad de la casa.

Olía a cerrado, a alcanfor mezclado con medicina de jarabe dulzón con un post a pises. Lo detecté en seguida, mi nariz de sumillera suele reconocer siempre los destilados de orines. Será, digo yo, a causa de mi contacto con los pesebres de las vacas gallegas de mi abuela. La cuñada me ofreció una silla, la única libre. En las otras dos había amontonada ropa blanca y pañales de plástico. Una vitrina grande de estilo modernista cubría una pared. Dentro se acumulaban medicinas, platos, cachivaches decorativos, los típicos pongos, algunos libros y hasta unos cuantos *caganers*, probablemente regalo de Solivellas, mezclados con figuras de belén. Me llamaron la atención cuatro San Josés, con su vara, puestos en fila india y los cinco bueyes, colocados del mismo modo, y el estupendo revoltijo que en una esquina del mueble compartían ajados adornos navideños con corderos, gallinas, patos y pastores casi todos mancos, tullidos e incluso descabezados. Ni rastro de la Virgen ni del Niño Jesús.

Frente a la vitrina, al otro lado de la habitación, había una mesa camilla cubierta con unos faldones, que me parecieron hechos con retales de casullas moradas, coronados por un gran tapete de ganchillo, festoneado por unos cisnes del mismo material, cuyos cuellos habían perdido el almidón, y torcidos definitivamente, estaban agonizando, Dios sabe desde cuándo. Junto a la camilla esperaba una tabla de planchar abierta.

—Perdone el desorden, pero iba a planchar. Prefiero hacerlo aquí en la salita para que se dé cuenta de que no me he ido —dijo señalando a la anciana—. Ya ve usted qué panorama. Me he quedado aquí para hacerle un favor a mi cuñada, que entre el problema de su trabajo y el agravamiento de su madre no podía más... Yo no sé qué hará la pobre para buscar un nuevo empleo. ¿Pero quién se lo va a dar pasados los cincuenta?

—No es fácil, con la crisis. Supongo que podrá cobrar del paro...

—La empresa ha quebrado, los dueños están huidos y uno de los que más intrínquilos debía de conocer, suicidado. ¿Y sabe usted cómo lo hizo? Igual que el cardenal que se colgó de un clavo del puente de París... o del Tíbet de Roma... Ahora no me acuerdo. ¿O no fue de Roma?

Supongo que se refería al ejecutivo de la Banca Ambrosiana, aunque no fuera cardenal y el puente londinense fuera el del Támesis... No esperaba ayuda en su trasiego geográfico porque, aunque parecía preguntarme, ni siquiera esperó a que le contestara y continuó:

—Pocos tienen el valor de suicidarse y otros ni siquiera son capaces de intentarlo... Ya ve, a esta más le valdría...

Y señaló a la anciana, que dio un respingo en la silla. Quizá, aunque tuviera los ojos cerrados y simulara dormir, nos oía perfectamente. Luego prosiguió:

—Dicen que estaba desnudo y que tenía un donut seco en cada oreja. Según mi cuñada le llamaban «el Orejas» en la oficina. ¿Lo sabía usted?

—No —contesté—, no lo sabía.

Ante mis ojos volvió a aparecer la imagen del ahorcado y me estremecí. Lo de los donuts me parecía un detalle grotesco. ¿A quién se le habría ocurrido añadir tal falsedad? Preferí no preguntárselo, aunque supuse que la información o era un invento de aquella pobre desgraciada o un infundio de Mónica Ribó.

—¿Tenía buena relación con Solivellas su cuñada?

—Últimamente no, pero antes sí. Yo creo que a mi cuñada le gustaba Solivellas, pero que a Solivellas no le gustaba mi cuñada...

Y se me quedó mirando, con una sonrisa estúpida y después, bajando la voz prosiguió:

—Y ¿sabe por qué? Porque a él las mujeres no le gustaban...

—Pues yo he oído rumores de que sí que le gustaban —dije por decir algo..., y añadí—: Sería fácil saber si tuvieron algo que ver comprobando qué tipo de ropa interior usaba su cuñada. ¿Era de La Perla?

—¿De dónde?, ¿de qué perla habla? ¿De perlé? No lo sé —concluyó y levantándose a toda prisa, salió de la salita diciendo—, ahora mismo voy a averiguarlo.

La situación era absurda, yo haciéndome pasar por asistente social y preguntando detalles sobre Solivellas, del que conocía sus gustos sobre ropa interior... A cualquiera que estuviera en sus cabales le sorprendería, me dije, pero a la cuñada o le pareció normal o le divirtió entrar en el juego, tomándome a su vez el pelo, que yo me dejé tomar. La oí abrir la puerta de una habitación. Noté el rechinar de un cajón. Al poco volvió con unos cuantos sujetadores y bragas, usadas y hasta remendadas, pobres y feas que más que de algodón

parecían de poliespán rugoso. Sin duda constituían un antídoto contra la lujuria.

Me levanté. Tenía ganas de marcharme, necesidad de salir a la calle cuanto antes. La anciana se movía inquieta y respiraba con dificultad, al borde de una crisis a la que no me apetecía asistir. No comprendía cómo Mónica Ribó se fiaba de su cuñada, que estaba como un cencerro, o peor aún, padecía demencia senil. Le dejé el teléfono y le pedí que en cuanto llegara la viajera se pusiera en contacto conmigo. Le di las gracias y con un furioso ataque de prisa salí corriendo. Desde el rellano me gritó:

—Si ve a este informal de paquistaní hágale tururut de mi parte.

—¿A quién? ¿Qué paquistaní? —le pregunté desde abajo.

—A quién va ser, al babieca del butano, que me tiene harta.

¡Babieca! Había dicho babieca, fue lo único bueno. Me lo llamaba mi abuelo el de La Mancha, cariñosamente, cuando me reprendía por floja y perezosa... Nunca se lo había escuchado a nadie más.

Tenía ganas de andar pero la tentación de pararme continuamente para fisgonear en los escaparates de las tiendas de Gracia era demasiado fuerte. Me encantan los barrios de Barcelona que aún conservan el carácter pueblerino que tuvieron durante el siglo XIX y parte del XX y el de Gracia es, sin duda, uno de los más característicos. Los nombres de sus calles y plazas, Llibertat, Pi i Margall, Federica Montseny o Torrijos, se avienen todavía con el aire progresista de la mayoría de sus habitantes. Traté de apretar el paso para ir hacia la Travesera de Gracia. Si quería llegar puntual a la cita con Jaume no tenía otro remedio que olvidarme de mirar hacia los lados, debía solo avanzar de frente, como cuando en el instituto, para celebrar el fin de curso, nos hacían desfilar a los acordes de la Marcha Triunfal de *Aida*, mientras subíamos al escenario para ejecutar una tabla de gimnasia rítmica.

Jaume me esperaba en la oficina de Círculo de Lectores para ir al bar Sancho, con la intención de preguntar por la telefonista a Juan sabelotodo. No le hice esperar ni un segundo. Pedí que le avisaran y me metí en el lavabo contiguo al hall para poder transformarme rápidamente en la procuradora de los tribunales. En una bolsa llevaba la peluca, las gafas y una cazadora pistacho, regalo de mi amiga Virginia, que me sienta de horror, y los potingues del maquillaje. Cuando salí convertida en otra, Jaume ya estaba abajo.

—No sé si atreverme a salir contigo —me dijo—, o mejor llamamos a Almodóvar.

## XI

No había vuelto al bar desde la noche en que Jaume me llevó por primera vez, hacía poco más de una semana. Mi aparición causó una cierta extrañeza a la clientela de la tarde, pero no a Juanito, el camarero, que se dirigió a mí, encantado.

—¿Sabe la noticia? —me dijo mientras se pasaba el índice por el cuello y de su garganta salía un sonido gutural difícilmente reproducible, un jeggggg, prolongado como el inicio de una gárgara.

—Sí —le contesté—, pobre Solivellas. Suicidado o quién sabe si asesinado...

—Liquidado —terció él, contundente—. Vaya, me alegro de verla de nuevo. ¿Qué les pongo?

—Sorpréndenos, Juan —dijo Jaume—, a ver si aciertas.

—Pues usted, señor, tiene cara de querer un cacao lat con un donut y la señorita una copa de cava con unos canapés... Yo a eso le llamo el tentempié de las siete... ¿O no lo son?...

En efecto eran las siete y siete minutos. Lo de los donuts me retrotrajo en seguida a mi frustrada visita de aquella misma tarde. Todavía no había tenido tiempo de contarle nada a Jaume. Solo le había telefoneado para decirle que seguía con el caso y que necesitaba ver al camarero por si sabía el paradero de la telefonista. Juanito seguía parloteando:

—Siempre que sirvo donuts me acuerdo del pobre Solivellas. Aún no he tirado la página de *La Vanguardia* con su esquila. La tengo ahí —y la sacó de debajo de la barra y me la mostró.

En ella, la desconsolada esposa y sus no menos desconsolados hijos comunicaban la defunción de Robert Solivellas i Pujolí a amigos y conocidos, anunciando la hora del funeral. Iba a devolvérsela cuando vi otra esquila de mínimo formato también referida a Solivellas, «*La colla per la defensa dels caganers dels Països Catalans plany la mort de'n Robert Solivellas i Pujolí i convoca als socis a una reunió urgent*». Sin embargo, no se mencionaban ni el lugar ni la fecha de la reunión urgente. ¿Se debía a un lapsus de la persona que redactó el texto o quizá a que los miembros de la *colla* sabían perfectamente a dónde tenían que acudir y cuándo? A Jaume le llamó mucho la atención. Se la

enseñamos a Juanito, que no había reparado en ella pese a haber leído tres o cuatro veces la esquila de la familia.

Al camarero le hubiera gustado ir al funeral pero no podía perder tantas horas. No tenía ni idea de que Solivellas formara parte de «*una colla per la defensa dels caganers dels Països Catalans*», decía, pronunciando la frase con su cerrado acento de Sevilla..., y tampoco se le hubiera ocurrido que los *caganers* estuvieran en peligro, si en Navidad los vendían por todos lados y hasta él le había comprado uno a su niño, para que lo pusiera en el belén.

La esquila de los defensores *dels caganers* estaba en clave. De eso estaba convencida, pero no quise decir nada allí. Le devolví el periódico a Juan, que no sirvió el donut ni el cacaolat anunciados a Jaume, sino un whisky y unas almendras saladas y a mí los canapés y el cava.

—¿Sabe usted algo de Tibidabo Assessors? —aproveché para preguntar mientras me llenaba la copa—. Por los juzgados cuentan que no volverán a abrir —añadí.

—Nada, por aquí no han vuelto. Tampoco es que vinieran mucho. El que más, el muerto.

—¿Eran pocos, verdad?

—No se lo puedo decir seguro, pero creo que sí. Por lo menos, por fuera, la oficina no parece gran cosa, no es como la de estos —y miró a Jaume—. Allí sí que son legión.

—¿Trabajan mujeres en Tibidabo Assessors? —me atreví a preguntar, como quien no quiere la cosa.

—Ni idea. Ya le digo que únicamente conocía al suicidado, el único que solía a veces desayunar aquí, a los otros les vi alguna vez con él, pero creo que ni les reconocería.

Decididamente sabelotodo ignoraba el paradero de la telefonista y es probable que no la hubiera visto en su vida. Pero no importaba, si estaba en nómina en Tibidabo Assessors no sería demasiado difícil dar con ella. En el caso contrario, casi imposible. Sin embargo, mi caminata desde la calle Verdi no había sido en absoluto inútil. La esquila de los *caganers* me permitiría seguramente tirar de un hilo que habría de conducirme a un buen ovillo. Lo que me parecía incomprensible, igual que a Jaume, es que la viuda no me hubiera dicho una palabra.

—Seguro que, como buen catalán, Solivellas era aficionado a todo tipo de manifestaciones folklórico-nacionales —apuntó Jaume— y los *caganers* forman parte de ellas. Hasta aquí nada de particular. Te advierto que hay esquelas muy curiosas y defensores de los asuntos más variados: desde el burro catalán al *caragol del Empurdà* o el *bolet del Montseny*... A mí no me parece tan raro.

—A mí sí, aunque es verdad que a Solivellas le gustaban los *caganers*. En su casa, en una vitrina guardan una colección importante, que representa a los próceres de las Bases de Manresa, igual está tu abuelo, con el culo al aire. En Sitges vi otros y en la casa de la secretaria también los hay...

—Una afición compartida... En cuanto a mi abuelo, un respeto, *noia*.

Le conté a Jaume la deprimente entrevista con la cuñada de la secretaria y le juré que en mi vida volvería a probar los donuts. ¿De dónde procedería aquel infundio y quién lo habría hecho correr?

Me despedí sobre las ocho de mi amigo. Sin casco no podía acompañarme. Tomé el bus 34 en la Diagonal. Tenía una cierta prisa por llegar a casa. Estaba cansada y aún debía sacar de paseo a Jimmy.

Al día siguiente traté de compaginar con mi trabajo de seguimiento del plomo del ejecutivo, el poder averiguar quién o quiénes habían puesto la esquila en nombre de «*La colla per la defensa dels caganers*», y después de comprobar que por teléfono en *La Vanguardia* se negaban a darme ningún dato, me dirigí a la delegación publicitaria que el periódico tenía en aquella época en la barcelonesa calle Pelayo, donde en una promiscuidad verdaderamente extraordinaria se admitían juntos y bien revueltos anuncios sexuales y esquelas. Algo que me llamó la atención, pues en la misma cola, detrás de una desconsolada viejecilla de luto riguroso, aguardaban dos travelos vestidos de tigresas, muy interesados/as en la manera más eficaz y ahorrativa de ofrecer sus servicios mediante las páginas de contactos del periódico. La empleada que me atendió, tras haber departido un ratito con las tigresas, aconsejándolas sobre la supresión de artículos y preposiciones en pro de los adjetivos, se mostraba reacia a tener que buscar en el ordenador los datos que me permitirían identificar a la *colla* de marras. Tuve que enseñarle mi carné profesional para que por fin se molestara en darse un garbeo visual por la memoria del ordenador en el que se guardaban las referencias de todos los anunciantes durante tres meses. Del caso que me ocupaba apenas había transcurrido una semana, de manera que la pesquisa era francamente facilísima.

Dudé, ante la mala cara de la empleada, si alegrársela con una propinilla pero no me atreví. Los asalariados de *La Vanguardia*, me dije, deben de ser tan respetables como el mismo periódico. Respetables y, en el fondo, eficaces, porque la señorita en cuestión no tardó más de diez minutos en constatar que la esquila había sido puesta por fax a las 20.30 del día 16 de noviembre, eso es un día después del hallazgo del cadáver de Solivellas, y el remitente era una razón social, *La colla dels defensors dels caganers dels Països Catalans*, y por tanto llevaba el correspondiente CIF, que copié para tratar de identificarlo en el registro de sociedades. Pedí luego las referencias de la otra esquila, la de la

familia. La puso, según constaba, el hijo mayor de Solivellas, Jordi, desde el teléfono del domicilio familiar a las nueve de la noche del mismo día, 16 de noviembre. A los suscriptores, ellos lo eran, se les permitía hacerlo así.

Con los datos obtenidos en *La Vanguardia* empecé por intentar saber quiénes eran los integrantes de *La colla per la defensa dels caganers o dels defensors dels caganers*, ya que de las dos maneras aparecían nombrados, imaginando que se trataba de un grupo de bromistas o, por lo menos, con un acentuado sentido del humor un tanto negro, por descontado, porque me resultaba difícil imaginar que hubiera personas dispuestas a tomarse en serio una lucha semejante, cuando a nuestro alrededor hay infinitas barbaridades a las que oponerse y mil batallas por dar en favor de los ancianos desatendidos o los niños maltratados. Comencé mis averiguaciones de la manera más fácil, consultando internet, donde no aparecía referencia alguna a tal nombre y sí, en cambio, numerosas a los artesanos que realizan las figuras. Inmediatamente me puse en contacto con cada uno de ellos por si conocían la existencia de tal asociación. Pero mis pesquisas fueron vanas, ya que a nadie le sonaba que ninguna entidad dedicara el mínimo esfuerzo a la promoción de tales figuras de barro, algo, por otro lado, que habría sido de agradecer, en salvaguarda de los puestos de trabajo y de la difusión de una tradición tan popular como, al parecer, autóctona.

Me encaminé luego al registro de sociedades. Todavía ahora resuenan en mis oídos las carcajadas del tipo que me atendió, antes de asegurarme que no había nada inscrito con un título de tanto impacto. ¿Cómo podría no recordarlo? Una sociedad mercantil es algo serio, sentenció, después de haber controlado sus fuertes hipidos a modo de contagiosas risotadas. Seguro que me habrían tomado el pelo, debió de pensar, viendo mi desolación, pues solo el registro de sociedades me permitiría tirar del hilo que me llevara hasta los presuntos camaradas de Solivellas. Tal vez de mi cara de decepción dedujo que como detective no me ganaba la vida.

Tibidabo Assessors, empresa por la que después pregunté, sí que había sido inscrita con todos los requisitos, pero la información coincidía exactamente con la que yo ya tenía y que me había proporcionado Holmes & Holmes, a través del correo electrónico, el lunes 15 de noviembre, cuando todavía me encargaba del caso por cuenta de la agencia. Había sido fundada en 1995 por dos socios: Albert Blanch Martínez y Antonio Pérez de las Heras. Luego este último socio había vendido su parte a Oriol Andreu. En el momento de su inscripción ofrecían servicios de consultoría a empresas relacionadas con exportaciones e importaciones. El capital social declarado era de seiscientos mil pesetas.

Ya iba a marcharme cuando el funcionario decidió salir a darse un respiro y fumarse un cigarrillo en la calle. Hombre caritativo, al hacerse cargo de mi

delgadez, me invitó a desayunar un par de ensaimadas e insistió para que me las comiera. La verdad es que no me gustan demasiado y no porque engorden, cosa cierta, sino porque las barcelonesas no se parecen a las mallorquinas, que son las ricas. Aunque es cierto que había decidido permanecer delgada para el resto de mis días e incluso pensando en la muerte, prefería ser un cadáver delgado en vez de gordo. Los cadáveres gordos, además de poco manejables, suelen ser objeto de burla para forenses, policías y detectives, incluida mi modesta persona (me da por pensar en las piruetas que habrían tenido que hacer para poder cortarse las uñas de los pies, por ejemplo). A todos se nos han escapado comparaciones odiosas a la vista de sus maltrechas moles —si parecen cerdos degollados o monstruosos hipopótamos en decúbito supino...—, aunque, a decir verdad, los cadáveres delgados son más deprimentes, por eso no me juzgo con mayor benevolencia, al contrario. También en la vida, si eres una tabla como yo, te comes pocos roscos. Para ligar hay que ofrecer unos pocos asideros mantecositos, como dice mi amiga Virginia.

Pero no me quiero demorar en apreciaciones banales. Matías Montes insistió, frente al mostrador del bar que hace chaflán con su oficina, en que me tomara las dos ensaimadas, asegurando que eran biodegradables en extremo y muy ecológicas. Matías Montes es un tipo simpático, pronto lo consideré así, aunque de entrada no me lo pareciera. Sus risas contagiosas me sonaron un tanto displicentes, como si con ellas quisiera advertirme de que tomarse en serio una *colla per la defensa dels caganers* era una estupidez del tamaño de la torre Foster. No sería sincera si no dijera que me ayudó mucho en mi investigación. O quizá será mejor que puntualice que me ayudó desinteresadamente pero con el único fin de acostarse conmigo, cosa a la que accedí, aunque luego tuviera que arrepentirme, en concreto de haberlo hecho en su casa y no en la mía, y me siguió ayudando después. Matías es un tipo legal y un poco gordo, a consecuencia de que todo lo considera biodegradable y ahí se equivoca, puesto que sus noventa y muchos kilos demuestran con fehacientes pruebas todo lo contrario.

Bueno a lo que iba: *La colla per la defensa dels caganers* no existía, al menos como sociedad. Gracias a Matías supe que el CIF había sido falsificado o, mejor dicho, que habían utilizado para poner la esquila un CIF fraudulento, ligado a una empresa que quebró y dejó numerosos pufos. La empresa vendía ordenadores por internet y se quedaba con la pasta, según constataban las numerosas denuncias a las que Montes pudo tener acceso y eso me llevó a una primera conclusión: la *colla* no era una Sociedad Anónima, ni pagaba impuestos. Era cualquier otra cosa, ¿pero qué? ¿Una secta? ¿Un club secreto? ¿Se trataba de un grupo delictivo? ¿Y qué tenía que ver con todo eso Solivellas?

## XII

Telefoneé a Montserrat Bofarull para contarle que la secretaria, según su cuñada, estaba fuera de Barcelona y ofrecerle el resultado de mis pesquisas acerca de la esquila de *La colla per la defensa dels caganers*.

Le dije que pasaría a verla. Aquella misma tarde había quedado con el amigo de su marido en Terrassa de manera que no me importaba acercarme después a Manresa. Tenía intención de que me dejara examinar la colección de *caganers* que tenían en casa, no fueran a encontrarse allí algunas de las pistas que me permitieran resolver el caso.

Hacía tiempo que no iba a Terrassa, una ciudad que había frecuentado de niña, porque la hermana de mi madre se había casado con un ferroviario catalán que era de allí y muchos domingos tomábamos el tren para ir a verles. Por eso, pese al cambio que este país ha operado en los últimos años, reconocí las calles por donde fui pasando hasta llegar al domicilio del señor Pujades, en el número cuatro de la calle de la Creu Gran, y al reconocerlas —mis tíos vivían muy cerca, casualmente en el mismo barrio— me di cuenta de que muchos edificios habían sido remozados y otros derruidos para construir pisos bastante más altos que las casas bajas que antes ocupaban solares contiguos. También, en Terrassa, como ocurre ahora en cualquier lugar de España, quizá con excepción de la aldea de mi madre, pude observar que las personas con quien me cruzaba no eran de aquí, sino llegadas de lejos, probablemente de lugares como Gambia, Bolivia, Ecuador, Rumania o Marruecos. Terrassa, también en apariencia, podía considerarse, como Manresa o Sabadell, una ciudad cosmopolita, aunque eso solo pudiera aplicarse a los ciudadanos que cobraban y siguen cobrando sueldos de tercera.

Joan Pujades me esperaba en un salón, con la chimenea encendida, flanqueada por dos largos colmillos de elefante. En las paredes había diversos trofeos de caza: venados proyectos de complicada cornamenta y jabalíes de aspecto muy poco amistoso que, pese a estar disecados, imponían respeto con sus fauces abiertas de las que sobresalían unos agudos colmillos.

—Fui cazador y de los buenos —me dijo como saludo, en cuanto una muchacha sudamericana me introdujo en el coto de sus nostalgias cinegéticas—.

¿Le gusta la caza o la detesta? —me preguntó a continuación, como si de la respuesta dependiera su presunta simpatía por mí, mientras me tendía la mano.

—Nunca cacé, por tanto no puedo contestarle.

—Lista la chiiiiica... —y soltó una carcajada.

Me di cuenta entonces de que Joan Pujades era un poco tartaja y me pareció un tanto cascarrabias. Llevaba una especie de batín corto sobre un jersey deportivo, pantalones de pana y pantuflas. Debió de considerar que mi categoría era mínima para recibirme de manera tan casera, aunque quizá había sido Montserrat la que, al avisarle de que yo le llamaría de su parte para entrevistarle, le había dicho que me podía tratar, como hacía ella, de manera familiar.

—Usted dirá —y me señaló un sillón frente al suyo, situado junto al ventanal que daba a una terraza alegre llena de plantas.

Me senté de manera modosa, con las rodillas juntas. Llevaba una falda algo corta y sabía que si cruzaba las piernas dejaría a la vista mis muslos y quién sabe si el jabalí que tenía enfrente, pese a parecer también disecado, no estaría un tanto hambriento. Pensé que si era tan amigo de Solivellas tenía que comenzar dándole el pésame. Tal vez al recordarle se pondría sentimental y se relajaría un poco, porque le notaba en guardia. Lo hice, pero no sirvió de nada. Debía de sentirse tan incómodo en mi presencia como yo en la suya, de manera que en seguida fui al grano:

—Como usted sabrá, Montserrat Bofarull me ha contratado porque no cree que su marido se suicidara. ¿Usted qué opina?

—Que se ahorcó, igual que su padre.

—No sabía que su padre se hubiera suicidado..., la señora de Solivellas no me lo dijo.

—Quiiizá Robert no se lo había contado. De esas cosas procuraba no hablar y es comprensible. Montserrat es una bellísima persona pero no ha descubierto la pólvora... Además, no se llevaban muy bien, algunas veces Robert pensó en pedirle el divorcio, le hacía más caso a su echadora de cartas que a él...

—¿Había alguien más? Otra persona, por parte de Robert, quiero decir...

—No lo sé. Solo puedo decirle que llevaba un tiempo deprimido, la empresa pasaba por dificultades agravadas por la peste de la crisis y no había tenido otro remedio que invertir todos sus ahorros, por imposición de Blanch, en Tibidabo Assessors; convirtiéndole solo en socio minoritario Blanch le garantizaba el futuro, así que ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Quién le iba a contratar a los cincuenta y cinco años? Además, Blanch le acusaba de que por su culpa la Generalitat y el Ayuntamiento habían dejado de encargarles servicios.

—¿Era verdad?

—No lo creo. Él había metido algunas patas, pero no era por eso, sino porque

Blanch comenzó a relacionarse con empresas extranjeras sobre las que recaían sospechas de blanqueo de dinero y cuando eso empezó a divulgarse, supongo que por precaución, las instituciones dejaron de hacerles encargos. Tibidabo Assessors tuvo que buscarse otros clientes.

—¿Cuándo fue?

—Hará unos tres años, justo antes de la crisis. Fue entonces cuando me habló de la posibilidad de que creáramos juuuuntos una nueva empresa de importación y exportación. Él tenía contactos fuera, y los podía aprovechar, pero yo no lo vi claro, la verdad. Quería importar material para hostelería, sábanas y manteles mucho más baratos en China, adonde había viajado varias veces, y distribuirlos aquí. En Barcelona seguían abriéndose hoteles; de hecho, pese a la crisis, continúan abriéndose. En cada esquina aparecen como setas... La ciudad huele entera a turistada. ¿No lo ha notado? A veces llega hasta aquí, hasta Terrassa, el puto olooor. He perdido otras facultades pero no la del olfato. Ya le he dicho que fui cazador, ooolía las posibles presas casi a tanta distancia como Hilda, mi perdiguera preferida.

Asentí sonriendo antes de preguntar:

—¿Y qué pensaba exportar?

—Piezas de coches y camiones procedentes de los desguaces, que aquí no valen nada. Aseguraba que precisamente de eso había demanda en países asiáticos, que se podían aprovechar los viajes de vuelta de los contenedores llenándolos de esa chatarra. Luego se le ocurrió otra idea y esa sí la puso en práctica. Importar figuras de pesebre. Saaalían mucho más baratas que las de nuestros artesanos e incluso trató de que los chinos aprendieran a hacer *caganners*. Decía que sería estupendo que los *caganners* conquistaran los mercados internacionales, que sería una manera de que Cataluña dejara su impronta en el mundo. Viajó a Nápoles para reunirse con productores de allí y animarles a que introdujeran nuestro *caganer* entre sus figuras. Tuvo varios encuentros, según me dijo, incluso, al parecer, con algún mafioso que controlaba el asunto de las importaciones napolitanas y al que habría que untar. Yo no me animé a secundarle. Aaagradecí que me hablara tan claro pero le dije que no. Se enfadó y durante una temporada dejamos de tratarnos. Solíamos comer una vez al mes y se pasó dos o tres poniéndome excusas. Supe por otros que intentaba sacar adelante el negocio con un socio de China que creo que le estafó... Aunque tampoco estoy seguro.

—¿Se volvieron a ver? ¿Hizo las paces con usted?

—Sí, volvimos a vernos. Y me acuerdo muy bien porque vino con otra propuesta..., fundar un partido político.

—¡No me diga! ¿Quería fundar un nuevo partido político?

—Sí, y tenía el nombre, Catalans de Socaaarrel, y un grupo que al parecer le apoyaba, más catalanistas que Pujol y que Carod juntos. Era un gran paaatriota, eso sí. Había aprendido solito a escribir en catalán, ya sabe usted que Franco prohibió nuestra lengua, no nos la enseñaban en las escuelas, él era uno de los pocos que escribía sin faltas.

—¿De veras? La nota de suicidio estaba plagada de faltas de ortografía. Le hice una foto. Se la voy a enseñar. Tal vez tenga razón su mujer en que le mataron.

La busqué en el móvil y se la pasé. Miró la nota y hablando para sí, exclamó:

—*¡Pobre noi!* —luego, dirigiéndose a mí, asintió, aunque no supe si había detectado los errores.

—Pues es raro, sí. Aunque imagino que si vas a matarte es porque has perdido el oremus y te da todo igual. Se ponía nervioso cuando los demás escribíamos mal... Antes, cuando viajabas era coostumbre enviar postales a los amigos y él se reía de mí, por mis faltas.

—¿Guarda usted alguna de él?

—Sí, aquí mismo. La encontré justo ayer, dentro de este libro. Una novela estupenda, *Incerta glòria*, la estoy releendo. Mire, es de una vista del Canigó —y me tendió una postal que sacó del libro.

La leí, se refería con expresiones triviales y circunspectas, en un catalán libresco, un poco rimbombante, a su viaje. Le pedí si podía hacerle una foto, quería enseñársela a Jaume, más experto que yo en materia de ortografía catalana. A mí, que ya aprendí catalán en la escuela, me pareció que, en efecto, no tenía una sola falta, al contrario de las dos frases de su despedida.

—Cuénteme sobre el partido. No me hubiera imaginado que el señor Solivellas tuviera veleidades políticas. ¿Catalans de Socarrel era el nombre?

—Sí, sí. ¿Le gusta?

—Cedés, es muy fácil de memorizar, a todo el mundo suele gustarle la música y compra cedés...

—¿Y qué pasó? ¿Lo crearon? ¿Usted le apoyó?

—Sí, le aaapoyé, por compromiso y para ver cómo reaccionaban los bancos. En realidad solo le ofrecí los contactos para pedir financiación. No me equivoqué. La Caixa y el Banco de Sabadell, tan catalanes, a la hora de los préstamos no lo tuvieron claro. En realidad pensaroon que era mejor avalar a los partidos consolidados, como CiU y Esquerra Republicana. Si el nuestro tenía que quitarle clientela a Convergència y a Esquerra no les salía rentable, debilitaría a ambos ¿y para qué? Por mucho que yo ayudara, era el rico de la *colla* y soy viudo, sin hijos, no sacaríamos ni un triste diiiputado así que abandonamos.

Acababa de oír la palabra *colla*. ¿Tendría que ver el nuevo partido con *La colla dels caganers*? Se lo pregunté. No tenía ni idea de qué era y tampoco se había fijado en la pequeña esquila. Lo que sí podía asegurarme es que a su amigo le gustaba cualquier manifestación catalana que tuviera que ver con el folklore. Pertenecía a una serie de asociaciones como la de los *Amics del ase català*, *La associació d'amics del Bonsai*, *La Societat Gnòmica*, la de los *Antics escoltes*... y no sé cuántas más.

—¿Y usted?

—Yo solo a la de *Antics escoltes*. Precisamente nos conocimos cuando éramos muy jóvenes en el Centre Excursionista de Manresa y nos hicimos amigos. Pobre Robert, no lo tuvo fácil. Pasó privaciones, no pudo ir a la universidad. Quizá si se hubiera metido a cura habría acertado más, pero apareció Montse, entonces era delgadita y agraciada, ya ve en qué nos convierte la eeeedad. Yo también estoy hecho un caarcamal... Y ahora si me disculpa, acaba de llegar el fisioterapeuta...

En efecto, había oído el timbre y segundos después los pasos de la muchacha sudamericana y unas voces en el recibidor.

—Una última pregunta, si me permite —le dije mientras me levantaba—. Al parecer últimamente trataron de chantajearle... ¿Sabía usted algo?

—No, ni idea... Pero ya coonoce el dicho, a perro flaco se lo comen las pulgas...

El señor Pujades ni siquiera se levantó cuando yo lo hice para marcharme. Tampoco se había movido cuando entré. Sin embargo ahora se excusaba y hasta se atrevía a piropearme:

—Merecería que la acompañara hasta la puerta, pero las piernas me fallan. Si pudiera valerme y usted quiisiera la invitaría a cenar. La edad me ha ido quitando muchas cosas, menos el buen gusto. Es usted una mujer atractiva. Le deseo suerte.

Era un tipo extraño Joan Pujades y tal vez porque tengo afición a los raros, me cayó bien. De joven debió de ser resultón y seductor. Todavía conservaba los ojos penetrantes del cazador que fue.

Pensando en Solivellas, sin duda un pobre diablo, un perdedor nato, fui hacia el coche aparcado en la Rambla d'Ègara y tomé la autopista hacia Manresa. De momento mis pesquisas no me proporcionaban demasiadas satisfacciones. Excepto la intuición de que en la *colla dels caganers* estaba la clave.

## XIII

Mientras enfilaba la carretera de Manresa no podía dejar de pensar en el contraste ofrecido por la postal y la nota. Si esta era auténtica, ¿por qué no la escribió a mano?, me preguntaba con insistencia, y ¿por qué había tantas faltas si Solivellas no cometía ni media?

Encontré a Montsina saliendo del portal de casa. Apenas habíamos hablado a solas. Le dije que quería verla cuando le viniera bien, que me interesaba saber su opinión acerca de la muerte de su padre. Se echó a llorar. Haciendo pucheros me dijo que se llevaban muy mal, que en los últimos meses la situación era tan tensa que ella se había ido a vivir con su novio a Castelldefels, donde trataban de montar un pequeño restaurante. Algo que todavía había enfurecido más a su padre porque detestaba al novio. Según Montsina solo por el hecho de que era sudamericano.

—«Sudaca de la m.» le empezó a llamar despectivamente a partir del momento en que nos enamoramos. Antes no; antes, cuando pensaba que le podía ser útil, porque trabajaba en una empresa de importación con la que pensó en asociarse, ni siquiera mencionó que no era de aquí cuando lo trajo a casa para que celebrara con nosotros Sant Esteve —se lamentaba.

Tal vez Montsina tuviera buenas razones para haberse ido de casa. Había decidido volver cuando por fin su madre el domingo pudo dar con ella para contarle que su padre había desaparecido. Yo quería saber qué pensaba acerca del suicidio o si, por el contrario, como Montserrat, creía en la hipótesis del crimen. Pero aquel no era el momento más oportuno. Necesitaba que se tranquilizara. Y quedamos en vernos al cabo de dos días. Ella tenía que hacer unos recados en Barcelona y le iba bien que nos encontráramos en la cafetería Mauri, a las seis. También le dije que me gustaría hablar con su novio. No le conocía aunque imaginé que era el chico guapo, alto y muy fuerte, que, tomándola por la cintura, se llevó a Montsina de la iglesia el día del funeral. Me llamó la atención que si eran novios oficiales no estuviera junto a ella durante el oficio ni se sentara cerca de los allegados. Tal vez así lo había dispuesto la señora de Solivellas, a causa de la manía que le tenía su marido, o tal vez había sido él mismo quien, por prudencia, había optado por buscar un sitio discreto.

Me pareció que a Montsina eso de que yo quisiera hablar con su novio no le gustó nada.

—¿No sospecharás que por ser colombiano es un asesino? —me preguntó con una extraña mirada en la que se mezclaban la hostilidad y el desafío.

—Pero ¿qué me estás diciendo? —le contesté con una pregunta—. Ser o no ser de tal o cual lugar no es indicio de nada —le dije riéndome a la vez que añadí—, mientras no se demuestre lo contrario, y para eso hacen falta pruebas...

—Papá no le podía ver solo porque no es de aquí y según decía tirando a negro, imagínate... Me repetía que no quería mezclar su sangre con otra sucia ni que le salieran nietos que trepan a los árboles como monos. Guillermo es moreno pero de aquí a que sea negro o siquiera mestizo hay tanta distancia como de Barcelona a Medellín, donde nació...

—Por supuesto —añadí—, yo no lo diría para nada. Además, como si los negros no fueran, en general, guapísimos. A mí Guillermo me pareció que estaba para mojar pan, si quieres que te sea sincera —le confié con complicidad.

—Mi madre a ratos nos culpa a él y a mí de la muerte de papá, dice que le matamos a disgustos..., cuando quien le daba disgustos era ella, siempre discutiendo...

—¿No se llevaban bien?

—En absoluto, se toleraban y a veces ni eso...

Montsina estaba de nuevo al borde de las lágrimas y traté de calmarla, con los tópicos amables que colecciono para estos casos. Al despedirnos le pedí de nuevo el teléfono de su chico. Vaciló antes de dármele, al final me fue dictando los números para que yo los introdujera en mi móvil. No sé por qué tuve la impresión de que en un momento cometía adrede un error. Y lo confirmé tras probar a llamar más tarde muchas veces a un número que, según la grabación que me escupieron al oído, no existía.

Montserrat Bofarull, de rabioso verde, con su indumentaria chinesca, me abrió la puerta.

—Acabo de encontrarme con Montsina —le dije—, ¿cómo está? La veo inquieta.

—Pendiente del novio, que ahora al parecer se quiere volver a Colombia... Y lo que me temo es que ella se irá detrás... ¡Si su padre levantara la cabeza! Los hijos. ¿Tú tienes?

—No —le contesté lacónica. No me apetecía nada darle pie para que prosiguiera con consideraciones que me sabía de memoria. Opté por cambiar de conversación, segura de que picaría el anzuelo entusiasmada:

—Le traigo una noticia que le gustará. Creo que la nota que encontramos junto al cadáver de su marido no la escribió él.

—También yo lo pienso, y ¿sabes por qué?, porque él siempre echaba la culpa de todo a los demás y me parece raro que en sus últimos momentos no nos culpara de sus males. Se lo dije a la policía, eso prueba que le mataron, pero a mí, ni caso. El forense defiende lo contrario, me contestaron, su marido, el pobre, se suicidó.

—Vaya, yo he deducido que la nota no la había escrito él por otra razón, porque está llena de faltas de ortografía y él en catalán no cometía ninguna, según me ha contado su amigo.

—Eso, ni idea. No me fijé nunca. Yo no sé escribir en catalán. Cuando éramos novios nos escribíamos en castellano. Te enseñaría las cartas si las guardara pero las quemé todas, ahí.

Mientras entrábamos en el salón señaló la chimenea, en cuyo interior no había leños, ni siquiera morillos, sino unos colmillos de elefante. Aquella tarde los había visto en dos casas. Mi conciencia animalista se revolvió, ella pareció notar lo:

—Estos cuernos los trajo un día Robert, se los habían regalado, me aseguró, valían mucho y como apenas encendíamos la chimenea decidió que los pusiéramos ahí. Decoran, ¿no te parece?...

No verbalicé lo que pensaba, no le advertí que se trataba de colmillos. Si a ella le parecían cuernos sería por algo, a punto estuve de soltar una carcajada, pero me contuve.

—Señora de Solivellas —le dije poniéndome seria, mientras me sentaba en el sofá color de rosa—. No puedo creerme que usted no sepa quiénes son esos tipos que han puesto una esquila con el nombre de su marido, y que por lo menos han falsificado el CIF... Si tengo que ayudarla es necesario que me diga la verdad.

—No trato de engañarte —me advirtió, arrebujándose en el quimono verde loro, como si hubiera sentido un escalofrío—. Al contrario. Yo tampoco lo sé. Tenemos una colección muy valiosa, ya te lo dije. Nos la han intentado comprar en varias ocasiones, pero no la hemos querido vender. No sé si te lo comenté. A lo mejor mi marido se relacionaba con otros coleccionistas... Algunas piezas están repetidas y quizá deseaba cambiarlas por otras. No sé qué decirte. Tampoco yo me había fijado en la esquila, si te he de ser sincera. Y hay una cosa más. Anoche, pasadas las dos llamaron por teléfono. Como apenas duermo me di cuenta perfectamente al primer timbrado y descolgué asustada porque Jordi estaba ensayando y Montsina aún no había vuelto y como las desgracias nunca vienen solas, pensé en lo peor sin acordarme de los chantajistas. Tras unos minutos sin decir nada soltaron cuatro palabras: «Prepárate por lo de los

*cagaders*», y colgaron.

—Debe denunciarlo a la policía, señora de Solivellas, créame, y yo por mi parte trataré de ponerme en contacto con algún experto en la materia para que examine la colección, por fuera y por dentro. Quizá es más importante el continente que el contenido, quizá esconden algo...

## XIV

Aquella tarde convencí a la señora Bofarull de que era imprescindible llamar a un experto en ese tipo de figuras para que peritara su colección, y acudí a la guía de teléfonos para buscar el número de Juli Ramis, un maestro artesano cuya hija había estudiado conmigo en el instituto. Quise hacerlo delante de Montserrat porque la notaba suspicaz y desconfiada, como si también yo estuviera tentada de arrebatarle aquellos divinos tesoros. Por fortuna lo encontré y Ramis se prestó muy amablemente a hacerme el favor de examinar y valorar el conjunto de *caganers*.

Quedamos en que yo misma le pasaría a buscar por su taller y le llevaría a Manresa al día siguiente a primera hora de la tarde. Montserrat prefería que sus hijos no estuvieran en casa, y así aseguraba su ausencia. De cuatro a cinco Montsina, que estaba dispuesta a quedarse con su madre una temporada, había empezado a ir a clases de inglés y Jordi estaba ya en la pastelería. Evitaba así que pudieran pensar que quería vender la colección de su padre. Roberts Solivellas la había adquirido hacía unos cuantos años y la enseñaba con orgullo a quien quisiera verla. Acepté. Así que al día siguiente, sobre las tres de la tarde, recogí a Juli Ramis de su taller en Hostafrancs.

Durante el camino me contó el éxito internacional que tenían los *caganers*, tanto que los comerciantes del sector se planteaban dedicarse únicamente a la exportación y en vez de caricaturizar a los políticos locales, probar con los dirigentes políticos del mundo entero, como ya habían hecho hasta entonces con éxito con Bush, Powell, Hillary Clinton u Obama para tratar de expandir el negocio. Le pregunté si acaso no habían pensado en hacerlo al revés, importarlos de Oriente, donde la mano de obra era más barata, algo en lo que Solivellas anduvo metido, al parecer. ¿Tenía idea de si algún empresario catalán había llevado a cabo el proyecto? Creía que no, aunque como allí se copiaba todo, tampoco lo descartaba.

Cuando llegamos el maestro artesano contempló los *caganers* con detenimiento, luego los tomó con cuidado uno por uno para sopesarlos y ofreció su dictamen: se trataba de copias de unos originales de finales del XIX. No le parecían auténticos y si era así, no valían nada. Tanto como nada, no, pero

poco... Montserrat protestó. A su marido le habían garantizado que eran piezas únicas y había pagado por ellas un buen puñado de los antiguos duros. ¿Estaba seguro de lo que decía? ¿En qué se basaba?

Ramis no tuvo inconveniente en contestar a las preguntas de Montserrat Bofarull:

—La pintura es reciente, no tengo la menor duda, como máximo han pasado quince años desde que los sacaron del horno... Los antiguos están trabajados de otra manera, además en el siglo diecinueve todavía no estaba extendida la costumbre de copiar las caras de los políticos, lo que encontramos son payeses con la barretina, para poner en los belenes.

Montserrat insistía en que no se trataba de payeses sino nada menos que de Enric Prat de la Riba, fundador del nacionalismo catalán, de Lluís Domènech i Montaner, el arquitecto del Palau de la Música, de Puig i Cadafalch y de otros nombres de ilustres próceres que no recuerdo. Era imposible que a su marido le hubieran dado gato por liebre. Él había visto muchas fotografías de tan importantes padres de la patria.

Procuré llevarme al maestro artesano lo más rápidamente que pude de la presencia de la viuda, que le apabullaba aún más que con su corpulencia con sus gritos de disconformidad.

—Usted no sabe nada, no entiende nada —repetía enfurecida.

Como era temprano todavía no llevaba la casera bata verde chinesca. Iba enfundada en un vestido morado, damasquinado, quizá más apropiado para recibir a un obispo, dado que la tela parecía apta para una casulla de Semana Santa que para la visita de un artesano, a pesar de que su trabajo de orfebre fuera digno de la mayor consideración.

Juli, rechonchete y bajito, como las figuras que moldeaba, parecía haberse encogido aún más frente al corpachón de la viuda y estaba contrariado:

—No pretendo molestar a nadie, ni disgustar a nadie, de ninguna manera —advertía tímidamente, en voz baja, como si susurrara.

Sin embargo, a mí no me era difícil entender que mi clienta estuviera rabiosa. Debía de ser muy triste tener que aceptar que lo que considerabas un valioso brillante de gran pureza no era más que un trozo de vidrio de ínfima categoría, basto y vulgar.

Le pagué al maestro artesano los cincuenta euros que me pidió por las tres horas perdidas y el dictamen. No me pareció caro. La crisis había rebajado los sueldos de todos. Juli y yo cobrábamos prácticamente lo mismo, él a diecisiete la hora, dos euros más que yo. Mientras regresábamos a Barcelona, me enteré de muchos pormenores de su oficio, cómo se moldeaban las figuras, el tipo de barro usado y el tiempo de cocción. No le pregunté por qué hay muchas menos

*caganeras* que *caganers* ya que es obvio: hasta en postura excremental somos invisibles.

Bastó con que le diera un poco de cuerda para que me amenizara con lo que habían dicho una serie de personajes importantes sobre los monigotes: si representaban la indiferencia del cosmos frente al misterio, o el espíritu catalán ahorrativo: abonar la tierra directamente cuesta menos que comprar abono, por más que el hecho de abonar tenga lugar en un momento tan trascendental como el del nacimiento de Jesús y que por eso él nunca pondría la figura cerca del pesebre sino escondida. A su entender el *caganer* no es más que un pastor al que la anunciación del ángel provoca un estado tal de pánico y de emoción que se traduce en necesidad de ir al baño.

¡Qué curioso!, pensé de repente, lo mismo le ocurría a Montserrat Bofarull el día que la conocí.

Juli Ramis seguía perorando con sus citas de ilustres disertadores, tomadas de internet, según me dijo, y hasta se permitió el lujo de sacar de su billetero un folio doblado donde tenía anotadas algunas textuales. Primero le tocó el turno a Joan Barril, del que se decía gran admirador: «El *caganer* es una figura escondida y, por lo general, siempre buscada como anillo perdido entre la trascendencia y la contingencia. Sin el *caganer* no habría belén sino liturgia, no habría país real sino paisaje de maqueta». Inmediatamente después a Agustí Pons: «El *caganer* era el personaje más travieso y más inadaptado en el paisaje idílico del belén, era “el otro”, con todas las consecuencias y como “otro” era aceptado, en prueba de liberalidad, siempre que no pretendiese ocupar un primer plano. El *caganer* representa el revientafiestas que todos llevamos dentro y por esa razón no ha de extrañar que sea la figura preferida de los pequeños de la casa y, sobre todo, de los adolescentes y de los que ya empezaban a sentirse al margen de la celebración familiar».

Y como traca final leyó la del famoso, por entonces, mosén Ballarín: «El *caganer* somos todos», cuya sentencia, de una gran perspicacia, objetividad y realismo, me pareció extremadamente ocurrente, como suya... ¡Ay de aquel que no sea *caganer*!, porque la obstrucción intestinal se lo llevará por delante... Hubiera podido añadir, pero no. Era rizar el rizo...

—¿Qué te parece? —me preguntó Ramis, volviendo a doblar el papel—. Se lo quería regalar a la señora Montserrat, pero estaba tan enfadada que lo he dejado estar... Si lo quieres, con mucho gusto te lo doy... Tengo unas cuantas fotocopias en casa.

Le dije que me lo quedaba, que el gusto era mío, aunque no le di la opinión sobre las sesudas definiciones, disquisiciones, observaciones o simples memeces que me ofrecía por no ofenderle. Le reiteré, en cambio, cuánto se lo agradecía.

La verdad, me traían al fresco todas aquellas interpretaciones que tanto entusiasaban a mi acompañante. A mí lo único que realmente me importaba en aquel momento era la conclusión que había sacado: los *caganers* de los Solivellas no tenían valor ni por su antigüedad ni por los personajes representados ni por su significación universal, ni siquiera por su función escatológica, sino por lo que permitían esconder, por lo que podían contener. Pero preferí no decírselo, preferí callar.

Después de dejar a Ramis, pasé por el despacho de Holmes & Holmes. No he contado que, en efecto, el ejecutivo de la conocida multinacional al que me mandaron espiar pasaba datos a una compañía rival y que lo pillé con las manos en la masa, en dos ocasiones. Mi jefe, al que, por descontado, nada había dicho de mi trabajo extra con la viuda, se sintió satisfecho y me remitió al despacho para darme un nuevo caso. Yo no trabajaba más que por horas, sin sueldo fijo, de manera que me interesaba seguir en la agencia, porque a buen seguro no aparecería ninguna otra oportunidad como la del caso Solivellas y además, en cuanto consiguiera esclarecerlo, me quedaría sin más ingresos extras. Me puse pues a las órdenes del detective con mando en plaza. Ciento cuarenta metros de despacho en propiedad en un sitio tan céntrico y caro como la Rambla de Cataluña eran un síntoma de que el negocio, pese a las vacas flacas, iba viento en popa. De modo que no tuve más remedio que presentarme y decir con la mejor de mis sonrisas falsas y verdaderas a la vez por la cuenta que me tenía, como los tenderos mejicanos: «A la orden».

Mateu Puigcercós *senior* me endosó una investigación sobre cuernos. Se trataba de averiguar si el cubano treintañero que se había mercado una antigua vedete setentona le era fiel o también prodigaba su abundante testosterona a otras, por aquí y por allá, sin ton e incluso sin son, o con ton y son, para completar el empleo de mantenido. Tendría pues que seguirle sin que por supuesto lo notara, cosa fácil. Esos tipos pagados de sí mismos, como aparentaba ser el cubano, al menos en un vídeo que me pasaron lo parecía, no suelen percatarse de nada, porque ni siquiera te ven. Correr detrás del cubano, un tal Félix Revuelta, me permitiría seguir con los asuntos de la viuda, aunque el estrés sería mayor.

A la salida de la agencia la llamé. Seguía enfadada. Le propuse que un anticuario amigo mío examinara las figuras fuera de su casa, para valorarlas mejor. Era verdad, pero solo en parte. Lo que pretendía era examinar su contenido y para ello podría contar con la ayuda del comisario Calvo. Bastaba con que le prestaran un perro amaestrado para detectar droga. Montserrat se negó en redondo:

—No es que no me fíe de ti, Elena, pero prefiero que no salgan de casa —me

dijo compungida—. No quiero que mis hijos crean que quiero deshacerme de ellos. No me lo perdonarían.

—Si usted me pone obstáculos para esclarecer la verdad creo que es absurdo que siga trabajando en el caso —añadí muy digna—, le enviaré los justificantes de la provisión de fondos...

—Por favor, no lo hagas. Hablaré con Jordi y con Montsina y te llamaré para que pases a recogerlos.

«Basura, solo basura», volvió a martillear la canción en mi cabeza y, en efecto, vivimos rodeados de basura, porque Montserrat sabía tan bien como yo que los *caganers* debían de tener valor por su contenido y no por su continente y no me lo había dicho.

## XV

Montserrat Bofarull me llamó al día siguiente a última hora de la mañana para decirme que acababa de recoger en correos un sobre certificado a nombre de su marido. Al parecer el aviso se había extraviado. El portero se lo había entregado pidiéndole disculpas de parte de un vecino que acababa de regresar de un viaje y a cuyo buzón había ido a parar, porque el piso estaba equivocado. Llevaba fecha del 13 de noviembre de 2010, dos días antes de que encontráramos el cadáver de Solivellas, y en consecuencia los quince días en que se guardan en correos los envíos estaban a punto de expirar.

La viuda no había tenido empacho en falsificar la firma de su difunto y, acompañada del pasaporte de este, ir a la sucursal de correos cercana a su casa para recoger el sobre, como había hecho otras veces, por encargo de aquel. Tal vez el funcionario de turno no estaba enterado de la muerte de Solivellas o si lo estaba, había hecho la vista gorda. Así que le dio el envío sin poner pega alguna. Me dijo que se trataba de un sobre tamaño cuartilla, acolchado, de color limón amarronado o marrón alimonado, vulgar y corriente. Por el tacto, parecía contener un cedé. No quiso abrirlo allí, pensó hacerlo en cuanto llegara a casa, pero tampoco se atrevió. La vidente Luz Segura la había avisado de que le llegarían malas noticias por correo postal y ella, que creía a pie juntillas en sus dictámenes, se había puesto más nerviosa que de costumbre, al comprobar que el anuncio de su echadora de cartas se cumplía a rajatabla.

Pocos días después del funeral también Rebollar le dijo que el coche de su marido estaba aparcado en Sitges, algo fácil de deducir, por otro lado, ya que el difunto se había ido al otro barrio al parecer por sus propios medios en un apartamento del lugar. En efecto, el coche fue localizado por la guardia urbana en el puerto de Aiguadolç. En cuanto al resto de pertenencias, fueron igualmente encontradas, no sé si por intercesión de la vidente o no. La cartera con una foto de la chinita, el carné de conducir, el de identidad y unos doscientos euros, las llaves del coche, las de casa y el reloj aparecieron también. Estaban en el fondo del cajón de una de las mesillas de noche de la habitación matrimonial. Fueron Montsina y su novio los que dieron con lo que faltaba. La hija y el futuro yerno eran los únicos que habían puesto los pies en el apartamento de Sitges tras la

tragedia. Me lo dijo la propia Montsina cuando me llamó para aplazar la cita. Tenía que acompañar a Guillermo y a los padres de este, que venían a pasar con él las Navidades a un viaje por la Península. Querían visitar Madrid, Toledo y Santiago, de donde los abuelos maternos de Guillermo procedían. Se iría con ellos unos cuantos días.

Mi clienta me pidió encarecidamente que fuera a su casa, no se atrevía a abrir el sobre sola y no quería que sus hijos supieran nada. ¡Dios sabe qué horribles noticias contenía! Me dijo, además, para animarme a acceder a su petición, que me permitiría llevarme los *caganers* para que se los enseñara al anticuario. Ya los había preparado, envolviéndolos con papel de *bambollas*, puntualizó, y además me proporcionaría tres mil euros por adelantado para que siguiera mis investigaciones, porque seguro que ya había amortizado el cobro anterior.

La tentación, con respecto a los tres mil, era mucha, lo confieso. Aun descontando los gastos del trajín de ir y venir, nunca me habían pagado de manera tan espléndida. Pensando en que podría ahorrar para un viajecito en Navidades, accedí. Le dije que iría a su casa a última hora de la tarde porque había quedado con mi amiga Virginia para comer y siempre nos entreteníamos hablando durante horas. Decidí ir en coche, no fuera que perdiera el último tren de vuelta y tuviera que hacer noche en Manresa, algo que no me podía permitir a causa del pobre Jimmy, mi compañero del alma.

Montserrat todavía no se había puesto el horrible quimono y no lucía los damasquinados de casulla del día anterior, lo que me permitió advertir que había perdido peso. Llevaba un vestido negro y un collar de perlas, con pulsera a juego, una indumentaria más apta para esperar la visita de una suegra, estricta y venerable, que para recibirme a mí. Parecía muy alterada. Traía el sobre en la mano y me lo tendió nada más entrar. En efecto, era un sobre tamaño cuartilla, acolchado por dentro, de color paja sucia, más que marrón alimonado o limón amarronado, como me lo había descrito ella.

—Ábralo, por favor —me dijo impaciente, apoyando su corpachón contra la pared del recibidor, a falta de sillón en el que desmayarse si llegaba el caso.

Miré bien el sobre antes de abrirlo. No llevaba remite pero procedía de Barcelona. En el matasellos aparecía el nombre de la ciudad y el número de la estafeta en la que había sido franqueado. La etiqueta pegada que contenía el nombre y la dirección había sido escrita en un ordenador. Sin pasar siquiera a la salita, desde la que me llegaba la música de *La sirenita* de Disney que debía de tener magnetizada a la preciosa Liu, porque al oír el timbre no había salido a ver si por fin llegaba su papá, lo abrí. Preservado en una funda de plástico había un cedé y una nota escrita con letras mayúsculas del tipo Times New Roman y fuente 16: «O PAGAS O DIFUNDIMOS EL CONTENIDO. ESCOGE, SOLIVELLAS».

Se la leí a la viuda. La escuchó temblorosa mientras se santiguaba.

—Virgen Santísima. ¿Y ahora qué haremos? —me preguntó en un susurro, a punto de ponerse a llorar.

—Depende de lo que encontremos en el cedé. Pero según lo que sea tendrá usted que llevárselo a la policía. Necesitamos un ordenador con disquetera. ¿Tiene uno?

—En el cuarto de Jordi.

Entramos. La habitación era un caos. Y lo peor, apestaba a pies. Me tomé la libertad de abrir la ventana. Entró un aire helado. Pero mejor pasar frío e incluso tiritar que morir por intoxicación del hedor producido por las extremidades de un bípedo tan guarro.

—Perdona —me dijo la viuda—, Jordi no quiere que entre a ordenar. Ni siquiera deja que yo, Montsina o la mujer de la limpieza le hagamos la cama...

—Vaya, pobrecito, no tiene brazos para hacérsela él...

Me pareció que mi ironía no era del gusto de la señora Bofarull, porque torció el gesto de madre amantísima protectora, en especial, de los hijos varones.

—Peor para él —le dije mientras, abriéndome paso entre ropa sucia, zapatillas deportivas y un arsenal de latas vacías de cerveza, trataba de llegar hasta la mesa donde estaba el PC. Lo conecté pero no pude utilizarlo. Se necesitaba la clave de acceso que, por descontado, Montserrat desconocía y no había otro ordenador en la casa.

Podíamos ir a la pastelería, donde sí había uno que manejaba el contable, me sugirió, pero en seguida cambió de opinión. De ninguna manera podía permitir que allí alguien se enterara de lo que sucedía. Así que Montserrat, tras dudar un poco, decidió que me llevara el cedé a mi casa y la avisara en cuanto conociera su contenido. Prefería no tenerle que pedir a Jordi que se lo mostrara.

Le prometí llamarla en cuanto lo abriera y tras aceptar otro sobre con un cheque y una bolsa con unas muestras de *cagangers*, a los que juré tratar como a las niñas de mis ojos, me marché, no sin antes darle un beso a Liu, que seguía en el salón embelesada con *La sirenita*.

## XVI

Aunque de noche tiendo a conducir despacio, o quizá debería decir un poco menos deprisa que de día, de vuelta a casa apreté todo lo que pude el acelerador, sin tomar en cuenta los límites de velocidad establecidos en los túneles y olvidándome absolutamente de las cámaras que también en esa autopista de Alí Babá están camufladas.

Mi curiosidad por conocer qué había en el cedé era enorme y no dejaba de barruntar qué podía contener, apostando incluso conmigo misma, como hago a veces, prometiéndome recompensas si acierto o penalizaciones si no doy en la diana. Sé que es pueril, pero me divierte un tanto.

Normalmente, premios y castigos autoimpuestos tienen que ver con mi adicción al chocolate. Me compro bombones en Fargas, los mejores de Barcelona, a mi entender, como recompensa. O, por el contrario, dejo de tomar parte de la tableta que me administro a diario después del café. Aquella vez pensaba, casi relamiéndome, que debería arreglármelas para encontrar un hueco a lo largo de la mañana siguiente para poder ir a la bombonería Fargas por el premio, tan segura estaba de lo que habría de encontrar.

A cualquiera se le hubiera ocurrido, incluso al más tonto de los detectives, que los chantajistas tenían en su poder material francamente comprometido para el buen nombre de Solivellas y en este sentido solo se podía tratar: a) de aspectos de tipo económico, o b) sexual.

En cuanto a lo primero, la A, el cedé debería contener pruebas relacionadas con algún fraude, apropiación indebida, blanqueo de dinero, todo ello tal vez procedente de Tibidabo Assessors, la empresa en quiebra, o incluso quizá con otros manejos personales de posibles pufos dejados por Solivellas en el intento de abrir otras empresas propias. Tendría que enterarme en los próximos días de si, finalmente, había creado alguna sociedad de importación o exportación, como había deseado hacer, según su amigo el cazador. Pero en eso me ayudaría Matías, tan servicial y capaz de averiguarlo rápido gracias a su puesto de trabajo en el registro.

Si se trataba de lo segundo, la B, por lo que yo apostaba, el cedé contendría material sexual. Podrían ser fotos de Solivellas en orgías y me vino a la memoria

y a los ojos con absoluta nitidez, como si pendiera del túnel por el que estaba pasando, el slip mínimo o ligero taparrabos con el que cubría sus vergüenzas cuando le hallamos muerto. ¿Habría participado antes de morir en una orgía? Tal vez sí, si era aficionado a ellas, me dije y quizá había muerto a consecuencia del placer orgásmico que la asfixia, al parecer, aumenta. Pero si eso era así —no había duda de que había muerto asfixiado—, ¿qué sentido tenía que le hubieran colgado de un clavo? Aunque en realidad no era un clavo de donde pendía la sogá sino del gancho de una lámpara que debía ser tan pesada como el cuerpo de Solivellas, a juzgar por la contundencia con que había sido clavado en el techo.

No he contado que para escribir este libro me matriculé en un taller de escritura durante unos meses, tal vez por eso tiendo a superponer al gancho el clavo de Chéjov del que nos hablaban en clase: si en la primera línea aparece un clavo es para que el protagonista acabe colgado de aquel. Pero la receta de Chéjov para poder escribir un buen cuento atañe a la literatura, menos complicada que la vida.

Yo tenía el clavo —el gancho, da lo mismo—, la sogá, el ahorcado, pero no podía acabar la historia, no podía, sin hacer otras muchas averiguaciones, cerrar un cuento que, por desgracia, no lo era.

Seguí con mis apuestas. Los chantajistas habían pillado fotos de Solivellas follando con prostitutas o quizá —caliente, caliente, ya empezaba yo a saborear por adelantado los bombones de Fargas— en situación más que comprometida con algún chaperó. ¿No decía el propio Jordi que su padre era maricón? Volvería a hablar con él sobre el asunto. ¿Cómo lo sabía? ¿Tendría algo que ver el hijo con el chantaje? Cada vez estaba más convencida de ello. No obstante, la petición de dinero llegaba tarde. Solivellas estaba muerto, desde el miércoles 10, aunque cuando el cartero dejó el aviso de correos todavía no lo sabíamos. Imagino que tampoco quienes lo enviaban.

Posiblemente los chantajistas no tenían nada que ver con la muerte del chantajeado, cuya vida, eso sí parecía claro, dejaba además de bastante que desear, otros tantos interrogantes por cerrar. ¿Tendrían relación con los de *La colla per la defensa dels caganers*? Ese era otro hilo del que debía seguir tirando.

Me preguntaba también cómo se tomaría Montserrat lo de la mariconería de su marido y hasta qué punto le molestarían las fotos o si tal vez le servirían para corroborar que su despego de ella, su desinterés sexual, no era producto de los aburrimientos conyugales, ni siquiera de su potente e insana gordura —verdaderamente su envoltura en el quimono verde loro no era precisamente un estímulo sino más bien un antídoto—. «No follaba conmigo porque era maricón», me parecía que le podría servir de cierto consuelo. Probablemente

quienes le mandaron el cedé ignoraban la relación que este tenía con su mujer y eso contradecía la posibilidad de que Jordi anduviera metido en el ajo. Lo que intentaban, si no pagaba —pero a quién o a quiénes y por qué método—, era destrozar la reputación de Solivellas, humillándolo delante de los suyos. Tal vez Solivellas llevaba una doble vida, que iba más allá de intercambiar con sus parejas femeninas la ropa interior. A lo mejor se travestía también fuera de la alcoba y andaba por ahí vestido de mujer y hasta quizá usaba hábitos de monja. En el fondo ¿qué sabemos de los gustos ocultos de la gente? ¿No se exhibió años atrás un vídeo en el que el director de un importante periódico llevaba ligeros rojos y corsé?

Frené casi en seco, de manera inconsciente, al ver de nuevo delante de mis ojos, de los ojos abiertos de par en par de la memoria, el cuerpo bamboleante de Solivellas con ligeros rojos y corsé. Menos mal que no venía ningún coche detrás del mío y que estaba a punto de salir del último túnel a mi barrio de Sarriá.

Dejé el coche en el aparcamiento y me fui corriendo a casa. Jimmy me esperaba inquieto, con grandes deseos de encontrarse con su árbol favorito, pero yo no quería sacarlo todavía. No sin antes ver el contenido del cedé. Así que tuve que sermonearle para que dejara de dar saltos con la correa en la boca. Aunque era difícil de conformar, en especial cuando tenía razón, yo no dejaba de advertirle y amonestarle. El pobre llevaba casi todo el día solo, aburrido y controlando sus esfínteres. Pero más sola, aburrida y controlada de esfínteres mentales, a consecuencia del caso, andaba yo en aquellos momentos, de manera que le amenacé, cosa que casi nunca hacía, enseñándole el bozal. Como es muy inteligente se calló y se tumbó junto a la puerta. Le prometí que en diez minutos bajaríamos. Encendí el ordenador y antes de sacar el cedé de la funda de plástico que lo protegía pensé en ponerme unos guantes policiales. Pero en seguida me di cuenta de que eso debería haberlo hecho en casa de la viuda antes de que ella y yo lo manipuláramos. Hubiera sido mejor no dificultar la posibilidad de confundir huellas si tenía que pasárselo finalmente a los *mossos*.

Mi ordenador es viejo y arranca con lentitud, cosa que en aquel momento me sacaba de quicio. Mientras se decidía a ponerse en marcha fui a la cocina para buscar en la nevera una tableta de chocolate. Si tenía que practicar la abstinencia al día siguiente por haber perdido la apuesta no quería renunciar hoy a una ración de compensación y si ganaba, bueno, si ganaba el chocolate de hoy no sería más que un pequeño anticipo.

Creo que mis glándulas salivales aumentaron su actividad segregadora ante la perspectiva de los bombones de Fargas, porque noté la boca más húmeda que de costumbre mientras paladeaba la pastilla de chocolate y volvía de nuevo a

sentarme delante de la mesa del ordenador, que ya me pedía la contraseña. Justo acababa de introducirla cuando sonó el teléfono.

Me levanté para mirar el número y en cuanto lo reconocí no tuve más remedio que contestar: era el móvil de mi madre, que andaba de viaje por Portugal con un grupo de paisanas y el cura que regentaba las parroquias de las cinco aldeas próximas. Un tipo listo que prefería apacentar ovejas viajeras y peregrinar a Fátima que decir misa para cuatro viejucas. Hacía muy bien. Así las entretenía y se entretenía también él, porque se notaba que las mujeres le gustaban, en especial las maduras bien conservadas, como mi madre, e incluso sospeché que desde que murió mi padre le tiraba alguna vez los tejos y ella, encantada, se dejaba querer. No me hubiera gustado nada que la cosa acabara bien porque tener un padrastro excura no me convencía en absoluto.

Menos mal que mi madre suele ser breve, pensé. El aparato, como sigue llamándolo ella, no es lo suyo. Por un lado, le cohibe y, por otro, le da miedo. Es de las que piensa que todos estos inventos son antinaturales, por eso cuando me llama desde el móvil sé que hace un esfuerzo, ya que, según ella, es malignamente canceroso y debilita el oído. Me contó que estaba bien, contenta con el viaje, y cuando estaba a punto de despedirse, dos de sus vecinas quisieron saludarme. Eso, que no me hubiera importado nada en otro momento, me sacó de quicio. Además, una de ellas, Rita, me pedía un favor: que llamara a su hermana porque hacía días que no le cogía el teléfono y estaba preocupada y si tampoco me contestaba a mí, el favor se acrecentaba. Me suplicó, «por tu madre, Elenita», que fuera a su casa y aporreara la puerta. Anoté las señas, vivía en el piso quince de un edificio de Salou. Me lo suplicaba de rodillas, me dijo antes de colgar, aunque añadió la descortés coletilla de que al fin y al cabo, siendo yo detective me sería más fácil dar con ella... En fin. Sin comentarios. Le dije a todo que sí, sin que se me notara que el favor de marras me llegaba en el peor momento y por fin colgué.

Fui hacia la mesa para poner el cedé, pero allí no estaba... Dios mío, pensé, ¿cómo es posible? ¿Qué habré hecho con él? Lo iba a meter en el ordenador cuando me había interrumpido mi madre... Miré en la mesilla donde tengo el teléfono, junto al sofá pero tampoco lo había dejado allí. ¿Qué habré hecho con él?, me repetía, furiosa conmigo misma. A punto estuve de rezar tres avemarías, como hacía mi abuela cuando se le caía un botón para tratar de encontrarlo y vaya si lo encontraba. A veces incluso multiplicado por tres, aunque yo no quería encontrar tres botones ni tres cedés iguales sino uno, el que me había dado la viuda. ¡Que no cunda el pánico!, me dije en voz alta, mirando a Jimmy. Pero no, a él no podía culpabilizarlo, como en otras ocasiones. Esta vez era inocente. No se había movido de la puerta. Bastante tenía con apretar sus esfínteres. En

seguida te saco, le dije, arrepentida por el impulso involuntario. Calma, volví a imponerme a mí misma. Reconstruyamos los hechos... Iba a hacerlo cuando de nuevo sonó el teléfono. Rita había conseguido contactar con su hermana, a través de un sobrino. Menos mal. Un engorro menos. Además, al colgar caí en la cuenta de que cuando me llamó mi madre tenía el cedé en la mano con funda incluida. Es posible que hablara con mi madre sin soltarlo y que llevándolo conmigo fuera a mi cuarto para buscar la agenda que había dejado en el bolso, encima de la cama, para apuntar allí los datos de la hermana de Rita... Uf, sí, en efecto, allí lo encontré, sobre la colcha.

Por fin metí el cedé en el ordenador: aparecían imágenes de la chinita desnuda, desnutrida y pálida. Tal vez de la época en que la trajeron o quizá cuando estaba en el orfanato. Pero no vi nada que me pareciera indigno que se supiera. ¿Qué trataban de advertir? ¿Acaso la pequeña Liu había sido víctima del tráfico de niños? ¿La habían comprado? ¿Había entrado en España de manera ilegal? ¿Por qué querían hacer públicas las fotos? Había algo que se me escapaba y que solo la viuda me podía aclarar.

Jimmy, a punto de estallar, volvió a ladrar, amenazante: No aguanto más, o me sacas o me hago pis aquí mismo, parecía decirme. Dejé el ordenador encendido y bajé a la calle.

¿Merecía bombones de Fargas? No, sin duda. Pero tampoco me privaría de una tableta. Tendría que ser barata, de poco chocolate mezclado con algarroba.

## XVII

El paseo con Jimmy fue breve. La costumbre de nuestras salidas solía acoplarse a mi tiempo libre y por eso teníamos varios itinerarios previstos, más largos o más cortos, según mi disponibilidad que, últimamente, desde que la familia Solivellas se había inmiscuido en mi vida, era escasa. Sin embargo, aunque no tardáramos más que un cuarto de hora, dejaba que el perro escogiera árbol, saludara a sus congéneres, especialmente, con mayor motivo si eran congéneras, y anduviera por algún tramo peatonal sin correa para poder corretear a sus anchas. Por eso, en cuanto doblamos la esquina de la calle Canet con Mayor de Sarriá, le dejé libre.

Dudaba entre aprovechar aquel rato para llamar a mi clienta desde el móvil o esperar a ver de nuevo el cedé, no fuera que no me hubiera fijado en algún detalle fundamental. Un tanto abstraída en mis pensamientos no reparé en un tipo que venía en dirección contraria gesticulando y gritando y que cuando se cruzó conmigo empezó a insultarme por llevar el perro suelto. Soporto muy mal a los energúmenos de cualquier clase, pero aún peor a los que odian a los perros, cuyo coeficiente mental es cien veces inferior al de estos, mucho más inteligentes.

—Puta cabrona —me espetó—. *Lliga al gos* —continuó en catalán—, puta cabrona.

Jimmy, al ver que aquella bestia de dos patas se dirigía a mí amenazándome, se me acercó rápido con afán protector y le enseñó los dientes gruñéndole desafiante. Eso desató todavía más la ira, por descontado injusta, del vociferante insultador:

—Como te conozco y sé quién eres, puta cabrona —me dijo parándose ante mí y señalándome como si su dedo fuera el de Colón—, y sé dónde vives te denunciaré a la guardia urbana... A ver si acabamos de una vez con tantos guarros —y se volvió hacia la derecha para señalar una mierda solidificada que había en medio de la acera—. Os pensáis que la calle es vuestra, cagando en ella...

—No es de mi perro —le dije—. No es reciente, nosotros acabamos de salir.

Me arrepentí en seguida de haberle dado explicaciones porque eso le

enfureció más.

—Cerdeja, te conozco, puerca... Recoge esto ahora mismo o... —y me enseñó el puño cerrado apuntando a mi cara...

Tuve que agarrar a Jimmy para que no le mordiera y salimos los dos arreando, pero no me pude contener:

—La mierda la recogerá tu madre, hijo de puta, para que te la comas...

En seguida me arrepentí. Bastante tenía su madre con aguantar a aquel loco para que yo me metiera con ella. Además, casi me había puesto a su altura insultándole yo también.

Volví a casa sintiéndome mal. Primero por mi visceralidad tan a flor de piel y después por el hecho de comprobar de manera directa que la intransigencia unida a la agresividad genera locura. Pero había además un tercer motivo que de repente empezó a inquietarme: si era verdad que sabía dónde vivía, cualquier noche me lo podría encontrar esperándome en la puerta.

Lo único positivo de aquel paseo fueron las carantoñas y lametazos de Jimmy. Sin duda se había dado cuenta de que me la había jugado por él. En cuanto llegamos, le di de cenar su pienso preferido. A mí el altercado me había quitado el hambre, no tenía ganas de hacerme siquiera una miserable tortilla con pan con tomate, que era una de mis cenas solitarias predilectas. Abrí la nevera sin mirar a la derecha, donde guardo el chocolate, por precaución, sentía que no me lo merecía, y cogí un yogur.

Llamé a mi clienta, quería preguntarle sobre Liu. De fondo pude oír el llanto de la pequeña superponiéndose a las voces de un programa televisivo de los que también le gustan a mi madre, eso es de los que tratan de las vísceras y protuberancias situadas de cintura para abajo y que sin lugar a dudas debían entretener las soledades de la viuda.

—Perdona —me dijo—, vuelvo en seguida, Elenita acaba de despertarse. Desde que su padre no está ha vuelto a tener pesadillas.

Percibí sus arrumacos y dulzuras vocales, incluso las notas de una nana y el apaciguamiento de la niña. Ya solo me llegaban los gritos de alguna despechada desde el televisor. Al poco regresó al teléfono.

—¿Le ocurre a menudo?

—¿El qué?

—A Liu, las pesadillas, pobrecita.

—Cuando la trajimos se despertaba temblando de miedo, a veces gritaba desprevorida, despavorida..., se dice así, ¿no?

—Sí, despavorida... ¿A qué edad la trajeron?

—A los dos y medio pero parecía de uno, tan diminuta y flaquita, ya te enseñaré fotos...

Sin necesidad de anzuelo había picado. ¡Bien! En seguida cambió de conversación para ir al grano.

—¿Qué has encontrado? ¿Qué hay en el cedé? ¿Qué quieren?

—Todavía no lo sé, la llamo precisamente para decirle que mi ordenador no es compatible, que no he podido abrir el cedé.

Le puse una excusa porque deseaba mirar bien las fotografías, observar los detalles. Parecían de Liu pero tal vez no todas fueran de ella. Estoy poco acostumbrada a los rasgos de los orientales y eso me podía llevar a confusión. Le dije que al día siguiente desde Holmes & Holmes, donde hay ordenadores mucho más modernos, lo abriría. Metí la pata porque ese era el único lugar adonde no lo podía llevar. Si mi jefe deducía que trabajaba también por mi cuenta me mandaría a la calle. Ella lo sabía, se lo había comentado cuando me contrató. Pero no se dio por enterada. Solo protestó tímidamente:

—No me engañes, por favor. Estoy preparada para cualquier cosa.

No sé mentir, lo hago mal, tengo, entre otros muchos, ese defecto, o quizá entre las pocas, esa virtud. Tuve que poner mucho énfasis en seguir disimulando y quedamos en que al día siguiente la llamaría en cuanto pudiera ver qué había en el cedé.

## XVIII

Dormí mal porque el incidente con el energúmeno me había puesto nerviosa y por si fuera poco de madrugada me despertó el teléfono. Lo cogí malhumorada pensando decirle a la viuda que se fuera a freír espárragos, que no eran horas. Pero no era ella. Era mi amiga Virginia, con la que desde hace años tenemos establecida una sociedad de socorros mutuos, en cuyo primer y único estatuto se advierte que acudiremos siempre la una en auxilio de la otra, pase lo que pase, por más inoportuno o difícil que resulte el momento, en cuanto recibamos un SOS. Tanto ella como yo hemos cumplido siempre, aunque el de aquella madrugada se las traía con queso. Habría sido para escacharrarse de risa si no fuera porque tuve que saltar de la cama y tomar un taxi para ir en su ayuda después de que la guardia urbana se negara a prestársela. Casi en sueños, me llegó su voz suplicante:

—Elena, por favor, perdóname por la hora, pero necesito que me ayudes.

—¿Qué pasa? —le pregunté alarmada.

—He salido con Gianni, hemos ido a un festorro que ha montado un amigo suyo, todo de VIPS y *fashions* y luego, después de dejarle en el aeropuerto porque vuela a Milán a las cinco de la mañana, he vuelto a casa y no he podido quitarme el vestido de ninguna manera. La cremallera se ha enganchado y no va ni arriba ni abajo y me ha pellizcado la carne. Por el espejo veo que sangro, tía. Me venía justísimo cuando me lo compré, pero algo ha pasado porque al ponérmelo ya he notado que me quedaba apretadísimo, como una segunda piel acorazada. Después ha sido peor, mucho peor, horrible. He cenado bastante, he bebido y en vez de estallar por las costuras, lo que notaba era que las costuras se me incrustaban en el cuerpo. He tratado por todos los medios de quitármelo pero nada, imposible. Como no sabía qué hacer y me daba pena despertarte, he llamado a la guardia urbana por si podían venir a ayudarme. ¿No les pagamos entre todos? Y los muy cerdos me han tenido media hora al teléfono. Ahora se ponía uno, ahora otro. Me preguntaban que cómo había sido, cachondeándose, y ¡yo con un dolor!... Al fin, cuando parecía que se dignaban ayudarme y que iban a venir porque me preguntaban por la calle, el número, el piso y el DNI, me han dicho que me cortara el vestido. Es de Armani, ¿te acuerdas? Te lo enseñé y te

encantó.... Desesperada lo he empezado a cortar pero ahora creo que me he clavado las tijeras en la cintura. Elena, por lo que más quieras, ven... No puedo salir así de casa.

Me vestí, tomé un taxi y allá fui, a tratar de quitarle el vestido, a darle dos Alka-Seltzer y un café para la cogorza. Al volver a casa me tumbé sobre la cama y me quedé dormida hasta más allá de las nueve. Adiós cubano, me dije, al despertarme. Hacía por lo menos una hora que tenía que haberme plantado, disimulando, cerca de la puerta en la que cohabitaba con la coronada actriz para seguirle cuando saliera. Paciencia, al día siguiente me pondría sin falta a la labor, me lo juré a mí misma ante el espejo del baño.

Saqué a Jimmy un poco inquieta por si volvía a cruzarme con el loco de anoche. Si lo encontraba pensaba hacerle una fotografía y cursar denuncia a los *mossos* de inmediato. Un loco agresivo suelto es mucho peor que un perro suelto, infinitamente más peligroso, pero, por fortuna para mí, no apareció y regresé a casa con la intención de volver a visionar las fotos de la chinita. Cuando las vi por primera vez me fijé especialmente en la delgadez y desnutrición de la pequeña Liu, pero ahora observé algo más: que en todas estaba desnuda. Algunas fotos habían sido tomadas en interiores, otras en la playa y unas terceras en un cuarto de baño. Cuatro, sentada en un orinalito y otras tres metida en la bañera.

Dos de las veces que había estado en casa de los Solivellas había pedido si podía pasar al lavabo. Mi profesión me ha acostumbrado a fisgar cuanto más mejor y los retretes domésticos ofrecen siempre muchos indicios personales. Pero el lavabo al que fui conducida era uno de esos que llaman de respeto y que suele haber en los pisos elegantes para que las visitas no comprueben que la señora de la casa compra las cremas de belleza, marca Deliplus, en Mercadona a cinco euros a pesar de asegurar que las utiliza por lo menos de Lancôme, que cuestan doscientos.

En el de respeto, que quedaba justo a la derecha del distribuidor, por el que se pasaba al salón, no había nada interesante que llevarse al colete investigador ni nada que a modo de curiosidad llamara excesivamente la atención. Excepto, quizá, el papel higiénico y los jabones. El rollo era de una calidad fuera de lo común, sedoso y a la vez grueso, con varias capas, estampado con corazones y nombres de ciudades —*I love NY, I love London, I love Paris*, etcétera—. Pendía protegido por una especie de suspensorio de encaje de bolillos, quizá para que las visitas valoráramos la carestía del producto y lo usáramos con moderación.

Un cuenco de cristal impoluto contenía, a modo de bombonera, los jabones, que eran de tamaño minúsculo y procedían de los cuartos de baño de hoteles caros. Mucha gente suele arramblar con esas *aménités* o «cortesías» —como los

llaman en los cartelillos en los que te aseguran que están a tu disposición—, pero sin exhibirlas después. Quizá los Solivellas lo hacían para mostrar a las visitas sus arrebatos cosmopolitas, aunque solo viajara él y ella, tal y como me contó, se quedara en casa. Las fotografías no habían sido hechas en la estrechez del tal cubículo en el que, por muy de respeto que se llamara, debido a las dimensiones no lo era en absoluto, todo lo contrario, en cuanto entrabas lo único que deseabas era salir, presa de un ataque de claustrofobia.

Al menos en el piso habría dos o más baños, uno seguramente en la suite matrimonial y otro para los hijos. Le pediría a Montserrat que me los enseñara. Si todas las fotos eran de Liu, como me parecía, era posible que estuvieran hechas en casa, aunque también podría servir el baño de cualquier hotel al que hubieran ido de vacaciones. De todo ello saldría de dudas pronto. Bastaría que la viuda identificara a su hija.

Soy poco fisonomista y aunque a mí me parecieran todas de la pequeña Liu, tal vez no lo eran o al menos no todas, aunque estaba claro que la modelo era oriental. Si las hubiera encontrado en casa de los Solivellas o me las hubiera enseñado mi clienta no me habrían llamado la atención, también yo conservo fotos mías de niña, con el cuerpo al aire, sin ropa, y recuerdo que en verano, en la aldea de mi abuela, los niños correteábamos desnudos sin que a nadie se le ocurriera que aquello no estaba bien. Lo que consideraba raro era que alguien ajeno a los Solivella tuviera copias y las mandara para extorsionar. ¿Y si se trataba de alguien de la familia? ¿Si procedían de Jordi y de su entorno? ¿Amenazaban a la chinita? ¿Traficaba con niños chinos la empresa de Solivellas? Me preguntaba todo eso mientras marcaba el número de mi clienta. Tenía muchas preguntas que hacerle.

Descolgó el teléfono la mujer de la limpieza. La señora Bofarull había ido a un recado, volvería en seguida. En efecto, al poco me llamó muy alterada. Hablaba susurrando y la oía mal por más que pusiera los cinco sentidos en escucharla, pero cuando le pedí que hablara más alto me dijo que no podía. Paquita, la asistente, andaba por ahí y no quería que se enterara de lo que me iba a contar: había ido a correos a buscar otro certificado, el aviso era posterior al primero. Había llegado dos días después y como el piso, igual que en el anterior, estaba equivocado, había ido a parar a otro buzón. De nuevo el portero se lo había dado, pidiendo excusas de parte del señor Vives, por el retraso. El propietario del cuarto tercera era piloto, vivía solo y a menudo cuando viajaba a América se pasaba un par de semanas sin aparecer. Este segundo aviso había quedado al fondo de su buzón, mezclado con otros papeles, por eso no lo había visto hasta esta misma mañana.

Mi clienta fue corriendo a correos. Tampoco le pusieron inconvenientes para

entregárselo. Se trataba del mismo tipo de sobre acolchado que el que había recogido veinticuatro horas antes y dentro había otro cedé y en letras mayúsculas de imprenta una nueva amenaza: «O PAGAS O SE LO ENSEÑAREMOS A TODO EL MUNDO».

—¿A quién hay que pagar? —le pregunté en seguida—. ¿Y cuánto? ¿No dice nada más?

—En el papel, no —contestó con un hilo de voz—. Por favor, Elena, ven en seguida, Dios mío, no sé qué hacer.

—Habrá que ver el cedé de marras, quizá allí den instrucciones. ¿De verdad no hay otro ordenador en su casa más que el de Jordi? ¿Y el de su marido? Seguro que tenía un portátil. Búsquelo.

—Sí, tenía uno, pero debió de dejarlo en la oficina, en Tibidabo, porque aquí no está.

La voz de Montserrat sonaba alterada y su tono era tan bajo que tenía que hacer esfuerzos por oírla. Me suplicaba, llorosa, que fuera a su casa en seguida. Miré el reloj, eran casi las diez. Si me daba mucha prisa tenía tiempo de ir a Manresa, recoger el cedé y volver a Barcelona para llevar a examinar los *caganers*. Esta misma mañana Josep Tudurí, un anticuario amigo mío, me esperaba para darme su opinión sobre su valor. Cuando ayer le llamé para pedirle el favor quedamos en su tienda de la calle Baños Nuevos a las 13.30.

Accedí a ir en seguida a Manresa, pero le advertí a mi clienta que si iba ahora no me daba tiempo de pasar por Holmes & Holmes a visionar el primer cedé, tal y como le había dicho que haría. No me quedaba otro remedio que ser coherente y no decirle nada de lo que había visto. No pareció importarle. Mira los dos juntos, me dijo. El nuevo le quemaba en las manos.

## XIX

Camino de Manresa no hacía otra cosa que pensar en la viuda y en su comportamiento, que desde que me contrató no me había parecido de fiar. Me había ocultado cosas e incluso me había puesto obstáculos en el asunto del examen de los dichosos *caganners*. Solo ante mi amenaza de dejar el caso había permitido que me llevara unas muestras, que, por otro lado, ella había escogido y que a mí todavía no me había dado tiempo siquiera de mirar. Estaban sobre la mesa del comedor de mi apartamento en el mismo paquete en que me las había dado. A la vuelta, antes de llevármelas a la tienda de mi amigo el anticuario, las desenvolvería para verlas.

Solemos vivir de manera acelerada y yo, por mi profesión, todavía más, pero desde que me había hecho cargo del caso Solivellas el acelerón se había multiplicado por cien. Mi vida se había convertido en un ir y venir continuo de Barcelona a Manresa y de Manresa a Barcelona, con el agravante de que ahora en Holmes & Holmes no me habían encargado nada que tuviera que ver con el Bages sino con Barcelona y encontrarme a alguien de la oficina manresana no me apetecía. Yo llevaba el asunto del suicidado por mi cuenta, a sus espaldas, ya que, al principio, Montserrat Bofarull requirió los servicios de Eureka. Digamos que trató primero con la empresa y mis jefes podrían pensar que yo con malas artes les había birlado un cliente, aunque no fuera así. Al contrario. La viuda me había escogido saltándose los a ellos y me preguntaba por qué. No era para ahorrar, porque lo que a mí me había ofrecido era lo mismo que le cobrarían en Eureka. ¿Era porque yo le había parecido de fiar? Seguramente, pero tan de fiar le iba a resultar a través de Eureka como de manera directa, me decía. La razón debía de ser otra y me parecía haber dado con ella: si había escogido entenderse conmigo era porque le habría parecido más fácil contactar sin intermediarios, eso es, sin tener que pasar por la agencia. Suponía que del mismo modo que tenía a sueldo a la adivina, había pensado que me podía tener a mí, y de alguna forma, lo había conseguido.

Yo acababa de cobrar tres mil euros por adelantado más mil quinientos que ya me había pagado al hacerme cargo del caso y sobre los que no me había pedido justificante de gastos, aunque yo había ido guardando tickets, facturas y

comprobantes para dárselos. Para mí la viuda era un negocio rentable por más que me ocupara *full time*, eso es las veinticuatro horas del día, ya que ella no reparaba en darme la lata cuando le venía en gana. Incluso pidiéndome opinión sobre asuntos del todo ajenos al caso. Por ejemplo, si consideraba que la ropa de Síntesis XXL le sentaría mejor que la de su diseñadora predilecta, Elena Miró, cuyos modelos últimamente no le gustaban demasiado, los encontraba poco originales, repetitivos... Quiso que la ayudara a escoger algunos vestidos para ella y otros para la pequeña Liu y me insistió, pesadísima, para que la acompañara a La Roca del Vallés en mi coche, puesto que no conducía, o si lo prefería, en el autobús. Me dejaba elegir: una tarde, una mañana o un domingo entero. Algo que no me pareció propio de mi trabajo. Se lo solté y aunque lo hice amablemente, se mosqueó. Me lo decía como amiga, aclaró en seguida. ¿O no lo éramos? Me preguntó. Tuve que contestarle que sí, que por supuesto, pero lo hice con la boca pequeña, porque estaba segura de que yo tenía un concepto de la amistad distinto al de la señora de Solivellas.

Todavía en 2010 no se habían puesto de moda las *personal shopper*, pero mi clienta debía suponer que también podía utilizarme como asesora de compras, además de detective. Me negué, claro está, a pasar por tal circunstancia, poniéndole excusas, porque de lo contrario ya me veía cargando con las bolsas de las tiendas elegantes de La Roca Village todas las semanas. E igualmente me excusé siempre que me invitó a que me quedara a comer, cenar o desayunar, según se terciara, con su familia. Vamos, que la había tomado conmigo, en el peor sentido: el positivo.

Estoy segura de que Montserrat Bofarull se sentía, como tantas otras mujeres de su edad y condición, más sola que la una y trataba de compensar esta soledad buscándose a alguien que la soportara aunque fuera como yo, en forma de detective, o como Rebollar, en forma de vidente, porque no tenía amigas y con su hermana, según deduje por algún comentario, tampoco se llevaba muy bien, aunque las hijas de esta, algo mayores que Elenita, estaban como locas con su prima.

Cuando llegué a su casa me abrió la mujer de la limpieza. Alta, fortachona y descarada. Posiblemente llevaba años aguantando a los Solivellas:

—Pase, pase, la espera... Está en su cuarto, la acompañaré. Hoy tiene el día torcido. No hay quien la aguante...

El comentario me pareció excesivo. A mí la asistenta no me conocía de nada. Parecía fisgona y resabiada e igual no solo estaba en el ajo de todo lo que se cocía en la casa sobre chantajistas y *caganers* sino que incluso sabía más, mucho más. Debería hablar con ella y aprovechar sus puntos de vista, pero no me atreví, nada más entrar, a proponerle una cita. Además, seguro que a Montserrat le

molestaría. Me limité a seguirla.

El dormitorio de la Bofarull, al que se accedía por un amplio vestidor que comunicaba también con el baño principal, tenía las paredes forradas de espejos y no me pareció que fueran precisamente adelgazantes, eran, en su caso, de los que inducían a hacer el amor a oscuras. Claro que la viuda me había contado que eso, al parecer, no entraba en los planes de su marido o por lo menos no con ella. La cama, en la que estaba tumbada mi clienta, era muy grande y permitía compartirla sin cohabitar maritalmente. Eso es, sin tener que rozarse siquiera. Un biombo forrado de la misma tela que la colcha de moaré rosácea —tal vez para desnudarse ocultando los michelines de ella a los ojos de él y viceversa—, dos sillas, una butaca calzadora y una cómoda barriguda, en cierto modo también a juego con los usuarios de la habitación, completaban el mobiliario.

La señora de Solivellas, con aire abatido, trató de incorporarse en cuanto entré, pero pareció que no lo conseguía y se dejó caer de nuevo sobre los almohadones en los que se apoyaba. Solía saludarme siempre dándome dos sonoros besos, pero esta vez no lo hizo, se limitó a esbozar un amago de sonrisa:

—Perdona, Elena, no puedo con mi alma —me dijo, y me tendió el sobre que estaba junto a ella.

No hacía falta ser muy avisado para observar que procedía del mismo o mismos remitentes que el primero. También parecían haber sido escritos en el mismo ordenador que el envío anterior el texto del folio y la pegatina del sobre, con matasellos del 15 de noviembre, expedido igualmente desde una estafeta de Barcelona y en el que figuraba de nuevo el piso equivocado.

Tras interesarme por su salud, insistí, en vano, en que viéramos juntas el cedé. Le dije que allí debía de haber grabadas instrucciones para el ingreso en una cuenta de una determinada cantidad o para dejar el dinero en algún lugar. Si no las había en el papel que se adjuntaba con el primer cedé era porque su destinatario debía de saber cuánto tenía que pagar y a quién. Pero la viuda no tenía idea de nada o por lo menos era eso lo que me aseguraba, entre sollozos.

Traté de animarla. Le dije que usáramos el ordenador de la pastelería pero se negó. Le propuse que me acompañara a un cibercafé. Todavía quedaban algunos en la ciudad. O a la biblioteca municipal, y que saliéramos de dudas. Pero en seguida me di cuenta de que Montserrat Bofarull no estaba en condiciones de ir a ninguna parte. Seguramente había abusado de los tranquilizantes y del alcohol. Había hecho bien en tumbarse porque me pareció que apenas podía tenerse de pie. Le pregunté por Montsina y por Jordi. Al fin y al cabo, eran ambos mayores de edad y quizá convenía que supieran lo que pasaba. Así podrían ayudarla. ¿Por qué no les había confiado lo que sucedía? ¿Por qué no se lo contaba?

Entre lágrimas me dijo que no, que no quería que ellos se enteraran. Que me

llevara el cedé y que lo viera y que ella haría lo que yo le aconsejara. Si había que volver a los *mossos* a denunciar el chantaje estaba dispuesta, aunque se hubieran reído de ella, como todo el mundo, y suspiró, yo creo que en cierto modo aliviada por cuanto en aquel momento se compadecía a sí misma y por eso repitió:

—Todos se ríen de mí, empezando por mis hijos...

—No diga tonterías, señora Bofarull y anímese.

—Confío en ti, Elenita, a ver si lo arreglas, por favor, por favor... —me suplicó con un hilo de voz—. En ti sí, corazón de melón —añadió y repitió—, corazón de melón, melón, melón...

Pensé que acababa de abrir el grifo de su vena chulapona, pero no. Al pronunciar el último melón se quedó como traspuesta. Le sugerí que durmiera, como solía aconsejar mi madre, con razón: las curas de sueño lo pueden todo.

Aproveché para despedirme, y ella no se inmutó ni trató de levantarse ni llamó a Paquita para que me acompañara a la puerta. Sabía el camino, pero aproveché para colarme y husmear en los baños. A causa de las prisas de esta mañana se me había olvidado la pequeña cámara fotográfica de mejor resolución y con más megapíxeles que la incorporada en mi móvil y tuve que utilizar esta. A lo mejor no tendría mejor ocasión.

En efecto, como ya suponía, había dos baños en la zona noble. Uno más suntuoso de mármol blanco al que accedí por el vestidor tras cerrar cuidadosamente la puerta de la alcoba y otro solo alicatado con azulejos blancos y grises en el que pasaba la fregona la mujer de la limpieza y que por el espejo tal vez percibió que yo lo fotografiaba...

—La estaba buscando, le dije metiendo el móvil en el bolsillo. Quería preguntarle si usted se encarga de recoger a Liu del parvulario..., porque no creo que la señora Bofarull pueda y me parece que Montsina está de viaje...

—La Montsina vuelve hoy, estaba con los suegros de viaje, los quiere presentar a su madre pero ella le ha dicho que ni hablar, que nones, que no los quiere ver... Y no se preocupe por ella, a la gorda se le pasará. Si hace falta la meteré en la ducha con agua fría... No sería la primera vez. No pase cuidado por la niña, los miércoles la recoge su tía, se la lleva con sus primas a ballet y se queda con ellas hasta el día siguiente.

## XX

Regresé a casa conduciendo lo más rápidamente que pude por los túneles de Alí Babá. Aun así, no tuve tiempo de mirar el nuevo cedé, lo dejé para cuando volviera. Quería arreglarme un poco. Hacía mucho que no veía a Josep Tudurí, con el que había tonteado una temporada, justo después de divorciarme, y no me apetecía que comprobara hasta qué punto el tiempo había insistido en regalarme unas estupendas ojeras, adornadas por no menos magníficas patas de gallo, que aún se acentuaban más después de nochecitas como la de ayer. Me maquillé con cuidado, me cambié de ropa y cuando consideré que ya no podía hacer nada más por mí misma, decidí, antes de ponerme el abrigo, abrir el paquete de los *cagangers*. Puse en ello todo el cuidado posible pero tuve la mala y buena suerte de que Jimmy se me acercara dando brincos, tal vez ansioso de irse a la calle conmigo, y eso me distrajo e hizo que uno se me cayera al suelo y se partiera. Mala suerte porque se rompió y si era tan valioso como decía la viuda, menudo disgusto se iba a llevar. Buena, porque me permitió comprobar que dentro no había sustancia alguna, al revés de lo que yo había sospechado y eso indicaba que mis pesquisas debían de cambiar de rumbo. Ya no tendría que molestar al comisario Calvo para que se llevara el paquete y pedirle a algún amigo de la brigada de estupefacientes que los perros adiestrados de la policía detectaran si contenían droga. No era difícil suponer que los *cagangers* que la viuda me había prestado eran inocentes. ¿Lo serían igualmente los que quedaban en su casa?

Tomé un taxi porque estaban a punto de dar la una y media y no quería hacer esperar a mi amigo, que me había citado en cuanto cerrara para poder atenderme mejor. Me había advertido, no obstante, que no era experto en la materia, pero tenía un sobrino que le ayudaba y el sí entendía. Había hecho un curso de cerámica en la Escuela Massana y por supuesto estaba seguro de que sería capaz de advertir si las figuras eran antiguas o de antes de ayer.

Josep y su experto sobrino las examinaron con cuidado y ambos dedujeron que no tenían más de diez o quince años. Se trataba de una serie muy divulgada de unos artesanos de Corbera, que habían tenido mucho éxito. Cierto que eran mejores, más finas, siendo muy bastas, que muchas otras, de ahí su gracia, a la que cabía añadir que en sus rostros se podían identificar algunos rasgos de los

principales padres de la patria. Pese a todo eso, su valor era relativo, en absoluto alto y no podían considerarse piezas únicas.

Con enorme esmero, el sobrino, un encantador postadolescente —debía de tener unos veinticinco años—, encoló con un pegamento especial, que sacó del almacén de su tío, la maltrecha figura que, por fortuna, solo se había partido por la mitad. Quedó tan estupenda, es un decir, como antes. Para que se notara la pequeña raja habría que mirarla con lupa y no creo que la viuda lo hiciera.

Le pedí a Josep un dictamen por escrito sobre la valoración de los *caganers*. Si podía ser, impreso en el papel con el nombre y señas de su tienda y le ofrecí, por descontado, pagarle. Se ofendió. Escribiría incluso a mi dictado, pondría lo que yo le sugiriera, pero sin cobrar un euro. ¿Cómo había podido pensar que debía pagarle por una tontería así? ¿O no éramos amigos?

Josep Tudurí, como Jaume, es un ejemplo más de que los catalanes, en general, no son tacaños, al contrario. Nuestra Señora del puño, no me canso de repetirlo, no se apareció por estas tierras, o por lo menos no es santa de la devoción de los que yo conozco. Josep en un plis plas escribió un informe estupendo, utilizando incluso palabras técnicas, cuya jerga, como ocurre en la mayoría de casos, le daba un toque más ininteligible para los profanos y, en consecuencia, más serio y profesional y lo imprimió en un precioso papel con el membrete de su tienda en relieve.

El día era luminoso, apenas hacía frío y le propuse a mi amigo, también al sobrino, por supuesto, tomar algo juntos por el barrio gótico. Yo les invitaba con sumo gusto. Josep aceptó. El chico, en cambio, se excusó, con no sé qué clase que daba o recibía a las tres y no le quedaba tiempo. Mejor. Por muy bien que me cayera, prefería tener una conversación entre «adúlteros», como dice Jaume, y no con jóvenes, cuyos temas no suelen coincidir con los míos. A mis treinta y siete, la edad que tenía entonces, lo había empezado a notar.

Josep prefería dejar el barrio gótico e ir hacia el mar. El día convidaba al paseo y a mí me vendría bien andar un poco. Hacía más de un mes que no pisaba el gimnasio. Horror. En la avenida de Juan de Borbón había multitud de terrazas agradables, todavía no abarrotadas por los turistas, con menús asequibles. Me pareció una estupenda idea. Adoro el sol y en la última semana no había tenido ni un minuto para comer sin prisa, yendo de aquí para allá, en especial de Manresa a Barcelona. Además, hacía tiempo que no veía el mar, concretamente desde el lunes 15 de noviembre, desde el día que fui a Sitges con Montserrat. Tenía ganas de contemplarlo de nuevo, sin el impedimento de un ahorcado a mis espaldas, y todo lo que eso suponía. El mar me relaja y buena falta me hacía, porque estaba nerviosa y agotada. Decidí, en consecuencia, dejar de pensar en el caso Solivellas, olvidar los cedés, disfrutar de la paella de bogavante que

encargamos, saltándonos el menú de la casa, mucho más económico, y del aperitivo de almejas y Campari con zumo de naranja al que, últimamente, tal vez por influencia de mi amiga Virginia, y esta a causa de su novio italiano, que los borda, me había acostumbrado, aunque solo los tomaba cuando creía que la ocasión era propicia para la felicidad. Y en aquellos momentos me lo parecía. El sol, el mar, la comida apetecible en buena compañía eran factores suficientes para considerarlo y no pedía más.

Decidí abrir un paréntesis en relación con el caso Solivellas y en vez de volver a casa a visionar en seguida el cedé, tomarme la tarde de asueto y prolongar aquella sensación placentera un poco. Cuando a las cuatro y media Josep consideró que debía regresar a la tienda, le acompañé hasta allí, dispuesta a darme una vuelta por la zona, desconectando de la viuda por unas horas. Callejeé mirando los escaparates de las tiendas que, de un tiempo a esta parte, habían proliferado por aquel barrio, lujosas algunas y curiosas la mayoría, aunque sin apenas clientes. Vi que Santa María del Mar, la más bella de las iglesias de Barcelona, estaba abierta, cosa rara. Aproveché para entrar y me extasié, como siempre, ante los vitrales, que la luz de la tarde embellecía más aún. Seguí con el móvil en silencio. Lo había puesto en este modo a la hora de comer, porque suponía que Montserrat me habría de llamar de un momento a otro, interrumpiendo mi felicidad, y ahora que pretendía prorrogarla tampoco tenía ganas de hablar con ella. Ya lo haría por la noche, antes de que Matías Montes, mi última adquisición, me recogiera para ir a cenar.

Suelo comprarme ropa cuando estoy deprimida pero aquella tarde invertí la costumbre. Caí en la tentación en cuanto vi en un escaparate un vestido estampado con mariposas. Me encantan, me recuerdan mi infancia en la aldea de mi abuela y desde entonces me he tenido que conformar con verlas en reproducciones. Ni siquiera en mis caminatas con Jimmy por Collserola me había encontrado con esa especie de flores volátiles, delicadísimas, que son las mariposas. La verdad es que el vestido me sentaba bien, un poco ajustado en la cadera pero no tanto como la funda que se había comprado Virginia. No era barato, pero en aquellos momentos me sentía rica gracias a la viuda y pensé que podía permitirme el capricho. Hacía tiempo que no me daba ninguno que tuviera que ver con la ropa. Además, estábamos cerca de Navidad, las luces parpadeantes, los árboles y belenes proliferaban ya por todas partes invitando al consumo. Lo estrenaría aquella misma noche, aunque antes me lo probaría de nuevo en casa no fuera a quedarme excesivamente juvenil. No me devolverían el dinero, pero sí me lo cambiarían por cualquier otra cosa y tenían muchas que también me apetecían.

## XXI

Llegué a casa con el tiempo justo para sacar a Jimmy y ponerme el vestido nuevo antes de que Matías me recogiera. Desde mi móvil, mientras bajaba la escalera rápidamente, porque Matías hacía por lo menos diez minutos que me esperaba frente al portal, telefoneé a la viuda. Le conté, y aquella vez era verdad, que no había podido ver el cedé, pero me pareció que estaba tan grogui que ni se enteraba. Seguía llorosa y me preguntaba cuándo iría a verla. La dejé casi con la palabra en la boca, sintiéndolo mucho, pero en aquellos momentos, en el último rellano de la escalera, ya no disponía ni de dos minutos para ofrecerle una rápida terapia verbal que la calmara.

Matías me llevó a La Venta, un clásico de la parte alta de Barcelona que conozco desde hace muchos años y que a él le encanta. Matías es del tipo de hombres que junto a un mantel blanco y en disposición gustativa suelen sentirse obligados a decirte galanterías que yo soporto francamente mal. Si aquella noche pude tolerarlas y hasta agradecerlas sin ponerme borde fue porque estaba deseosa de acabar bien el día. Así que decidí volverme momentista, eso es, como dice un amigo mío, estar solo pendiente del momento que vives. Me dejé llevar, pues, por lo que la conversación, la cena y lo que las insinuaciones de Matías dieran de sí, sin pensar en nada más. Me gustó que pidiera champán para celebrar nuestro primer encuentro nocturno y que siguiéramos con champán del aperitivo al postre. Aunque, apenas sin enterarme, porque el buen champán entra de maravilla, confieso que bebí más de la cuenta, y al levantarme para salir tuve que controlar mucho mi sentido del equilibrio para no dar un traspíe. Menos mal que Matías estaba perfectamente sobrio. Para su masa corpórea las tres botellas que compartimos no debían de implicar alteración alguna. Dándose cuenta de mi estado, en cuanto estuvimos en la calle me tomó en sus brazos y me llevó en volandas hasta el coche. Me enterneció el gesto. Soy, me consta, un poco rara porque solo puedo acostarme con quienes han sido capaces de despertar en mis sentidos un pequeño escalofrío de emoción. Si eso no ocurre, por mucho que el tipo esté como un queso, prefiero no intentarlo siquiera. A pesar de que notaba la cabeza nublada mi voluntad estaba sobria y no me parecía mal acabar aquel día de tanto trasiego haciendo el amor. De manera que cuando me preguntó si

prefería ir a su casa o a la mía, pensando en lo pesado que se ponía Jimmy cuando tenía que compartirme, aunque fuera por unas horas, con alguien distinto a mi ex —el divorcio le sentó fatal— consideré que debíamos ir a la suya.

Matías vive en el Eixample, en un piso hermafrodita, de esos que los barceloneses dicen que tienen delante y detrás, heredado de su abuela, la madre de su madre, repleto de cuadros y antiguallas. Menos mal que su cama era inmensa y comodísima y que a mí se me iba pasando el colocón. Como amante, debo admitir que estuvo discreto. Ya me advirtió mientras se desnudaba, en un alarde de sinceridad que le agradecí, de que me olvidara del salto del tigre y otras proezas por el estilo. Como ya imaginaba, se quedó dormido en seguida y sus ronquidos eran tan atronadores que me fue imposible pegar ojo. Traté de zarandearle un poco para ver si cambiando de postura dejaba de perforarme los oídos, le chisté y hasta le grité que se callara, pero ¡qué va!, ni se inmutó. Siguió dándole al ruidoso fuelle mientras yo me sentía prisionera en una especie de fragua. Decidí no esperar insomne hasta las siete de la mañana, hora en que, como me había prometido, me traería el desayuno a la cama para que me despertara dulcemente con besos y pastelillos de jalea real, más besos y más pastelillos y luego me depositaría en casa para que pudiera sacar a Jimmy, como acostumbro, antes de volver a llamar a la viuda e irme después a montar guardia frente al domicilio de la exvedete y el cubano presunto engañador. Me vestí procurando no hacer ruido. Llamé a un taxi y le dejé una nota, excusándome: una vecina me había mandado un SMS en el que me decía que Jimmy ladraba sin parar y para que no llamaran a la guardia urbana tenía que irme.

El taxi me llevó a casa en dos segundos. Eran alrededor de las dos y media de la madrugada y no había casi circulación. Encontré el portal abierto, algo que siempre me da mala espina, puesto que la escalera es angosta y larga y a veces entre piso y piso se apaga la luz. Subí, pues, maldiciendo a Rosa «la Pisa Bien», porque solía ser ella la que no se molestaba en cerrar. Subí deprisa, contenta de llegar a casa y de encontrarme con Jimmy. Pensé que debía de dormir en su cesto profundamente porque no le oí detrás de la puerta, saludándome, feliz por mi regreso.

Encendí la luz del recibidor y me fui directa al dormitorio llamándole, pero Jimmy no hizo ni caso. Le busqué por la casa inútilmente. Volví a entrar en mi cuarto, no fuera a haberse escondido debajo de la cama, me agaché para comprobarlo pero no, tampoco estaba allí. Al incorporarme levanté la vista y le vi. Quise gritar pero no pude, me había quedado sin voz. Lo que tenía delante de mis ojos no podía ser real. Tal vez lo estaba soñando, era una pesadilla. Pero no: el cuerpo de Jimmy, mi querido Jimmy, mi compañero, mi perro del alma, pendía de una soga. Le habían ahorcado, suspendiéndole del ventilador que

tengo encima de la cama.

Si querían hacerme daño habían dado en el blanco. ¿Pero por qué? Solo unos desalmados podían actuar así. Me sentía incapaz de quedarme allí un solo instante. Horrorizada, con las piernas que me temblaban, llorando, llamé al timbre de mi vecina Rosa «la Pastelera», sin parar, hasta que la desperté y al oír que era yo quien le pedía auxilio me abrió. Fue ella la que se encargó de telefonar a Jaume y de avisar a la policía. Todos llegaron al mismo tiempo. Rosa, en bata, les acompañó a casa, Jaume se quedó conmigo en el rellano. Los *mossos* me preguntaron a qué me dedicaba. Les dije mi profesión y el caso en el que trabajaba. Les conté también que la señora de Solivellas y yo habíamos encontrado el cadáver del desaparecido marido, ahorcado, como el pobre Jimmy. Demasiadas similitudes para que no tuvieran relación. Pero no me pareció que las tomaran en cuenta.

Luego me preguntaron si Jimmy era peligroso o al menos insolente, si incomodaba a los vecinos con sus ladridos, no fuera a ser que alguien harto de sus tropelías caninas hubiera querido acabar con el chucho, pero les parecía poco probable que se hubiese tomado la molestia de colgar al perro del ventilador. Les hablé del loco que me había amenazado. Y casi le dieron la razón. Muchos años dejan que sus perros ensucien las calles, me advirtieron, como si me consideraran una guarra. Deduje que a ninguno de los dos *mossos* les gustaban los perros, ni los animales. Quizá solo las tortugas. Los quelonios se avenían mejor con su cachazuda apatía, su indiferencia ante mis lágrimas y su poco tacto llamando chucho a mi queridísimo Jimmy.

Me advirtieron varias veces de la conveniencia de cambiar la cerradura. Me aconsejaron poner una puerta reforzada, mejor blindada, una Fichet, mucho más fiable que esa especie de papel de fumar con el que yo cerraba. Me instaron a colocar una alarma. Me dieron ganas de preguntarles cuánto cobraban por cada advertencia tenida en cuenta, pero no lo hice. Además, es posible que como guardadores del orden solo me lo aconsejaran por mi bien, aunque en aquellos momentos a mí me diera por pensar lo contrario, los humanos se me antojaban abyectos y detestables. Solo los perros me parecían nobles y de fiar, especialmente el mío. Mi compañero fiel, el más fiel de cuantos había tenido en toda mi vida, y me lo habían matado.

Descolgaron a Jimmy pero no se lo llevaron, cosa que no entendí. Aunque los desalmados hubieran actuado con guantes, algo más que probable, habría que buscar huellas, saber la hora de la muerte del perro. Además, mi Jimmy, que no era nada cobarde, a buen seguro les habría mordido, con lo cual conservaría restos de ADN en sus incisivos o en su saliva, que nos podrían ser de mucha utilidad. Se lo dije, pero no me hicieron caso, nunca se habían encontrado con

nada parecido. Las normas eran las normas, que ellos cumplían a rajatabla, y sobre examen de bocas de perros no había nada escrito. Así que me podía quedar con él para enterrarlo. Me preguntaron si me faltaba algo, creía que no. Los asesinos de Jimmy habían entrado por la puerta, sin forzarla, con una copia de la llave, con una simple tarjeta de crédito o una radiografía, los hay muy habilidosos con ese material o tratando de desarticular el mecanismo de la cerradura, algo por otra parte no demasiado difícil.

—Nunca hay que cerrar una puerta de golpe, señorita —me advirtió el *mosso* mayor, con voz regañona, responsabilizándome de la molestia que les había causado tan a deshora—, porque eso es dar facilidades, igual que dejar la llave a cualquiera —seguía perorando...

Yo no se la había dejado a nadie ni la había perdido ni tampoco me la habían robado, aunque por mi profesión sé que no es nada difícil hacer un molde con cera o hasta con plastilina y darlo a copiar.

Repasé los lugares donde había estado en los últimos días y en los que había podido dejar el bolso descuidado de mi vista. Los bares y restaurantes adonde había ido, las casas que había frecuentado. El bolso se había quedado en la sala de estar de la viuda en más de una ocasión, mientras yo iba al baño. También había ido al baño en casa de la secretaria y del amigo de Solivellas. En cualquiera de aquellos sitios habrían podido copiarla, aunque yo me inclinaba por las habilidades de un manitas capaz de hacer girar el tambor sin necesidad de llave. Con Jimmy dentro no me entretenía en darle la vuelta, cerraba de golpe, lo que sin duda les había puesto las cosas a huevo.

Jaume insistía en que me fuera a dormir a su casa y Rosa me ofrecía también el sofá cama del cuarto de estar. Opté por llamar a un cerrajero de urgencias para que me cambiara la cerradura inmediatamente. Si no dormía en casa aquella noche quizá me costaría mucho volver a hacerlo. Al levantar el auricular tardé más de la cuenta en marcar el número que Jaume me dictaba tomado de las páginas amarillas y saltó un mensaje dejado en el contestador: «Es la primera advertencia» amenazaba una voz de hombre que parecía distorsionada, desde un número oculto.

—Avisemos de nuevo a la policía —propuso Jaume.

Les llamé, aseguraron que tomaban nota, pero yo debería pasar para ratificar mi declaración en los próximos días. Lo haría, aunque desconfiaba de que me hicieran caso, a tenor de cómo me habían tratado.

Cuando el cerrajero se fue eran más de las cinco de la madrugada.

Jaume había colocado a Jimmy en el cesto que usaba como cama. Me lo había regalado una amiga mía del barrio, monja del Sagrado Corazón, por más señas. Ella, además, había confeccionado el forro con retales de fundas de almohadones

y lo había acolchado para que estuviera calentito y cómodo en invierno. Jimmy procedía de una camada del perro de su hermana y por eso, porque lo consideraba también en parte de su familia, le tenía cariño.

Me senté junto a su cadáver con la intención de velarlo, arrepentida del perfectamente prescindible polvo con Matías y llorando a moco tendido. Jaume me trajo una manzanilla a la que debió de añadir alguna dosis de Trankimazin, porque aunque no me quería separar de mi perro me dejé conducir a la cama como en sueños. Me dormí, rendida de cansancio y de tristeza, abrazada a Jaume, cuando el reloj de la mesilla de noche marcaba las seis.

## XXII

Me desperté a media mañana. Por fortuna, aquel día no tenía que pasar por Holmes & Holmes. En la mesa de la cocina había cruasanes de Foix, detalle de Rosa, y una nota de Jaume. «Preciosa mía, he cerrado con llave y me he llevado un juego. He contestado varias llamadas de tu clienta, muy sorprendida por no encontrarte. La primera a las siete de la mañana. Te las resumo: ayer sobre las doce de la noche entraron en su casa, forzando la puerta, mientras dormían. Al parecer, después, rociaron con un espray anestesiador a ella y a su hija y se llevaron los *caganners*. El hijo no estaba. Rosa, tu vecina, se encargará de llevarse a Jimmy al veterinario y quizá él podrá comprobar si se defendió y atacó. Les pedirá que tomen una muestra de su saliva y aunque esos *mossos* no parecen muy interesados en el asunto, estoy seguro de que podrá servir de prueba si hay restos de ADN no perrunos. En Madrid hay un buen laboratorio de este tipo de análisis. Llámame cuando te despiertes.»

A la pena por la muerte de Jimmy añadía el miedo, la preocupación por mi propia seguridad. Si aquel era el primer aviso, ¿cómo sería el segundo? Irían a por mí, ya que primero habían ido a por Jimmy. ¿Pero quién llamaba? ¿Quién me amenazaba? ¿Se trataba de los mismos que habían robado los *caganners* en casa de la viuda? Comprobé si los que me había prestado estaban y sí, los había dejado sobre una silla de la habitación antes de ponerme el traje de mariposas. Al parecer a mí no me habían robado nada. Habían hecho algo peor que llevarse el poco dinero que tenía o las escasas joyas que guardaba, me habían dejado sin lo que más quería entre aquellas cuatro paredes. ¿Cuánto odio se necesita haber acumulado para hacer una cosa así? Pensaba en quién conocía que pudiera ser capaz: el loco que odiaba a los perros, sí, pero me temo que él se hubiera limitado a envenenarle o a pegarle un tiro. No se hubiera entretenido en colgarle como a Solivellas... La cuerda utilizada era exacta y el nudo marinero también. La muerte de mi Jimmy guardaba relación con la de aquel desgraciado. ¿Era un aviso para que abandonara el caso? Una amenaza, pero ¿de quién? Me preguntaba y me contestaba: del autor de los dos crímenes, concluía aterrorizada. Un tipo que se burlaba de mí, ofreciéndome pruebas de lo que era capaz. Tenía razón la viuda, a su marido lo habían matado. No se había suicidado, como

aseguraba el forense, y el asesino, quienquiera que fuese, andaba suelto y me conocía. ¿Dónde nos habíamos visto? ¿Le conocía yo? El asesino pertenecía al círculo de los Solivellas, era de la familia: Jordi, Montsina, el novio, la viuda, cualquiera podía ser, o todos de común acuerdo, menos la chinita, o quizá eran unos matones a sueldo, los mismos que me habían mandado a casa para colgar a Jimmy tras comprobar que yo no estaba. ¿Pero qué conseguían con eso? Reírse de mí, aterrorizarme, por un lado, pero por otro dejar pistas y pruebas que pudieran conducir a su detención. Estaba segura de que Jimmy se había defendido, que les había mordido.

Llamé al veterinario para que no olvidara sacar muestras de la boca de Jimmy. Tenía razón Jaume. Podrían ser decisivas a la hora de encontrar al culpable. Si mi Jimmy le había mordido habría quedado algún resto humano, por imperceptible que fuera, pero eso bastaba para obtener su ADN y podría conducirnos a saber de quién o quiénes se trataba. El veterinario conocía un laboratorio en Barcelona, no era necesario mandar nada a Madrid. Supongo que al verme tan afectada me dijo que ellos además de encargarse de lo de las muestras podían también encargarse del resto o, lo que era lo mismo, de deshacerse de Jimmy. Me negué, yo quería enterrar personalmente a mi perro del alma.

Telefoné a Jaume para decirle que estaba bien y para darle las gracias. También a mi ex, que me había regalado a Jimmy cuando éramos una pareja feliz. Me sentía, además, culpable, pedí la custodia de Jimmy, que también quería Sebastián y que me cedió, caballeroso, acordando, eso sí, horario de visitas semanales, que después, a partir de que tuvo nueva mascota y nueva pareja, dejó de cumplir. Si se lo hubiera quedado él, Jimmy estaría vivo, me decía.

Usé el teléfono por cuarta vez aquella mañana para hablar con el comisario Calvo y preguntarle si estaba en casa y podía ir a verle. Acepté que Rosalía me invitara a comer aunque no contara con ingredientes gallegos. No me veía con ánimos de quedarme en casa sin que estuviera Jimmy. Compartía con él mi vida y su ausencia se me hacía insostenible. Tampoco tenía ningunas ganas de trabajar, de dedicarme a espiar al cubano, que durante aquellas horas ya habría tenido tiempo de adornar la frente de la vedete como si fuera la del papá de Bambi.

Para mí Jimmy era tanto como un hijo, no sé si biológico o adoptado, algo que a las madres de humanos les puede horrorizar, me consta, pero yo lo sentía así. En cambio, puedo asegurar que no era como un hermano porque, aunque no los tengo, mi concepto de la fraternidad no es muy optimista. Los de mi madre eran unos miserables que la odiaban, nunca supe por qué razón, tal vez solo porque

era mujer y ellos hombres, y los hermanos de mi padre eran unos malnacidos de mucho cuidado, unos hipócritas que le hicieron la vida imposible e incluso le estafaron a la hora de repartir los cuatro chavos de una mermada herencia.

Cuando les conté a los Calvo lo que había pasado con Jimmy, no pude evitar los sollozos. Me había comido literalmente las lágrimas durante todo el trayecto hasta su casa y ahora había estallado, como una Magdalena ante el Calvario. Rosalía, para consolarme, decidió salir hacia el hogar gallego para comprar empanada y tarta de Santiago. La traían directamente de nuestra tierra y sus sabores me ayudarían a remontar... «Hacerle eso al pobre», decía, mientras cerraba la puerta y aún seguía lamentándolo hablando consigo misma, mientras bajaba la escalera... «¡Hacerle eso a un animal indefenso!, se necesita ser sinvergüenza»... Tan indefenso no, pensé, cada vez estaba más convencida de que mi Jimmy, bastante belicoso, habría atacado a su agresor. Y de repente, se encendió en mi cerebro una especie de luz: debía buscar en la familia Solivellas a alguien con una mordedura de perro. ¿Cómo no había caído en esa posibilidad? Y todo me hacía pensar en Jordi.

Había ido a casa del comisario buscando consuelo y ayuda. Tanto Rafael como Rosalía querían mucho al perrito, como le llamaban, y me querían más aún a mí. Además, deseaba que Rafael me diera su opinión acerca de quiénes podían ser los asesinos del pobre Jimmy. Para Calvo había dos hipótesis. La primera: quienes habían ahorcado a Jimmy me conocían y probablemente me habían estado siguiendo. Sabían lo que significaba para mí el perro y sabían también que anoche no estaba en casa y eso podía apuntar al loco con el que me había cruzado. La segunda se relacionaba directamente con el caso Solivellas: a alguien no le gustaba que yo investigara sobre el asunto y debía de considerar que mis averiguaciones sobre la muerte de Solivellas iban por buen camino. No podíamos descartar la similitud entre las dos muertes.

—¿Le hablaste de Jimmy a la viuda?

—Sí, claro, ya sabes lo importante que era para mí. Le prometí a Elena Liu, su hija pequeña, que un día la llevaría a mi casa para que conociera a Jimmy y le enseñé unas fotografías. Me pidió que le regalara una y se la di.

—¿Crees que alguien de los Solivellas puede tener algo que ver?

—Tal vez Jordi. Yo no le gusto nada en absoluto. En cuanto a que lo hiciera él, podría ser. Él, quizá con la ayuda de cualquiera de sus encantadores amigos okupas, gente muy preparada.

—¿Dónde está ahora el tal Jordi? Me gustaría hacerle algunas preguntas...

—Supongo que en Manresa, en la pastelería de su madre, a punto de cerrar, imagino —dije oyendo la melodía del reloj de cuco que era el orgullo de Rosalía y cuyas manecillas marcaban las dos... —, aunque vuelven a abrir a las cinco.

—En cuanto comamos nos vamos para allá.

Pese a que no tenía ningún apetito, tuve que reconocer que la empanada consoladora estaba exquisita y hasta la casera, única bebida que toman los Calvo, me pareció menos dulzona que de costumbre. De ahí que hiciera pocos honores al conejo encebollado que Rosalía había preparado. Además, tenía prisa por salir. Necesitaba encontrar al culpable de la muerte de Jimmy, se lo debía, por lo menos, como pequeña reparación.

## XXIII

Fuimos a Manresa en el coche de Rafael Calvo. Rosalía, que dudaba si sumarse a la expedición o quedarse en casa para plancharle a su marido unas cuantas camisas, decidió, por fin, renunciar al paseo y prepararnos, como si Manresa estuviera más allá de Zaragoza, unos bocadillos de chorizo gallego porque, si parábamos a repostar, no nos entraran tentaciones de tomar algo de la máquina *self service* de la gasolinera. Aseguraba por experiencia que el pan de los bocadillos sabía a corcho y, como el corcho, sentaba fatal. Fue a mí a quien dio la bolsa con las vituallas para la pretendida merienda y no a su marido porque no quería que la riñera, como acostumbraba a hacer, en vez de darle las gracias por el detalle. Yo sí se las di con dos besos de lo más efusivos, enternecida por el gesto campesino de Rosalía, varada todavía en los años cincuenta, cuando desplazarse de Barcelona a Manresa debía de implicar casi toda una tarde y merendar un bocata de chorizo era manjar de reyes.

Pasé un mal rato estupendo durante todo el camino porque Rafael conducía a una peligrosa velocidad de tortuga a ratos por el carril izquierdo, lo que obstaculizaba el paso de los otros conductores, que nos pitaban e insultaban de lo lindo a juzgar por sus gestos. Eso sacaba de quicio al comisario, que les maldecía a su vez, volviendo la cabeza cuando le adelantaban por la derecha, con el riesgo de provocar un accidente. Trate inútilmente de calmarle, refiriéndome a que la conducción producía agresividad, pero fue peor.

—¡Qué carallo la conducción! Elena, no es la conducción sino la gente. Antes por lo menos en el servicio militar los metían en cintura, ahora ni eso... Falta respeto. Con Franco había más educación..., la gente estaba menos excitada, más apaciguada.

—Cómo no iba a estarlo, si al que levantaba la voz lo metíais en chirona.

Nunca tenía que haber dicho tal cosa, porque el comisario todavía se puso más furioso. Cumplían con su deber. Y además, ni él ni nadie que él conociera se propasaron nunca... Les guiaba tan solo el deseo de atrapar a los maleantes y proteger a las buenas gentes... Con Franco había consideración a las leyes, jerarquía, orden. No como ahora...

Me horrorizaba tener que soportar un discurso que ya conocía y que me ponía

enferma. Además, tenía miedo de que de pronto su mano derecha soltara el volante e hiciera el saludo fascista o se pusiera a entonar el *Cara al sol*. De manera que opté por pedirle excusas y llamarle tío Rafael como cuando era niña:

—No me refería a ti, tío, por descontado, pero admitirás que las libertades...

Por fortuna sonó el móvil dentro del bolsillo de mi chaqueta. Lo cogí sin mirar siquiera si conocía el número desde donde llamaban, contenta con la interrupción que quizá calmaría a Rafael.

—No sabes cómo he sentido que te marcharas sin enterarme. ¿Era por los ronquidos, verdad?... ¿Me perdonas? No puedo evitarlo. Tengo envidia de ese chuchito al que tanto caso haces, cariño —me dijo Matías Montes en un tono burlón que no me sentía capaz de consentir después de lo que había pasado.

—No le lames chuchito, se llama Jimmy, bueno, se llamaba —dije tratando de evitar que la barbilla me temblara y que la voz me saliera entrecortada, cosa que no pude impedir.

—Perdona, chica, ¿qué te pasa?

—Cuando llegué a casa encontré la puerta abierta y al pobre Jimmy ahorcado.

—¿Por qué no me llamaste? ¿Dónde estás? ¿Puedo ir a verte?

—Gracias, voy camino de Manresa. Te llamaré cuando pueda—. Y colgué.

Posiblemente el comisario habría escuchado la conversación completa ya que la voz de Matías Montes sonaba muy alta en mi oído. Lo sospeché por su pregunta y su sonrisa pícaro:

—¿Un nuevo novio? Lo celebro. Ya nos lo presentarás, si nos consideras dignos de que le conozcamos.

—No es un nuevo novio —le solté—, solo un ligue. Que me haya acostado con él no significa nada especial. Eso lo habéis hecho los hombres toda la vida y ahora que estamos a vuestra altura en los aspectos laborales, bueno, o casi, también queremos estarlo en ese otro campo... Pero si lo quieres conocer, estaré encantada de presentártelo, a ti y a Rosalía, que para mí sois de mi familia. Que no pensemos igual sobre Franco, por ejemplo, no impide que yo no te considere una bellísima persona, tío Rafael...

De repente me di cuenta de que si el comisario mordía el anzuelo que yo, estúpida de mí, acababa de soltar con mis últimas palabras volveríamos a discutir y era lo que menos deseaba en aquellos momentos. Pero no, me escuchaba en silencio, mientras ponía el intermitente para colocarse en el carril de la derecha, con lo cual ya no entorpecíamos el paso, mientras rumiaba probablemente lo que yo acababa de decirle.

—Puede que tengas razón, Elena, pero no le digas nada a Rosalía, no le digas que te acuestas con el primo...

—No, Rafael, con el primero que pasa, no, con el primero que me gusta, pero

mientras estuve casada fui muy fiel a Sebastián, jamás le engañé, te lo aseguro. Ahora, sin pareja estable, me lo monto de otra manera. Ah, y ando con sumo cuidado con respecto a cualquier enfermedad de transmisión sexual...

De pronto me di cuenta de lo absurda que es la vida: le estaba exponiendo mis puntos de vista sobre el sexo, el papel de las mujeres, etcétera, a alguien que hubiera podido ser mi padre y que era un policía franquista jubilado, camino de Manresa, en busca de un malnacido presuntamente mordido por un perro...

Me extrañó que Rafael conociera tan bien el centro de Manresa porque en cuanto entramos en la ciudad y metimos el coche en un parking se dirigió sin equivocarse hacia la pastelería La Confianza. Adivinando mis pensamientos me dijo que había visitado muchas veces la capital del Bages, cuando estaba en la brigada social, persiguiendo maquis. No quise preguntar más. Prefería no saber nada de sus actuaciones pasadas ni de los métodos usados. Me pidió que le esperara en un bar, a unos cincuenta metros. Era mejor que entrara solo para hablar con Jordi.

Tardó en regresar por lo menos una media hora. Me entretuve contestando mensajes. Además de los de la viuda, tenía varios de Jaume, como siempre, cariñosos, uno de mi ex interesándose por la autopsia de Jimmy y el entierro, al que no quería faltar. Y otro de Matías, enviado a las siete y diez de la mañana, que decía: «Asombrado y triste porque no estás, ¿tanto te he defraudado?». No me gustó, demasiado tierno. Y al pensarlo me gusté menos a mí misma, por mi evidente ramalazo machista, por no aceptar que Montes pudiera comportarse como normalmente se hubiera comportado si se llamara Montesa y yo en vez de Elena, Eleno, pero no quise darle más vueltas y aparté tan tonta disquisición...

El comisario Calvo regresó al bar acompañado de otro policía. Era un antiguo compañero de su etapa manresana, aunque mucho más joven. Se dedicaba a cuestiones burocráticas desde los traspasos a los *mossos*, con los que, por otro lado, mantenía muy buena relación, y por eso Rafael había ido a buscarle después de que en la pastelería, las dependientas, tras decirles que era policía, pero sin mostrarles placa alguna pues ya no podía usarla a causa de la jubilación, le aseguraran que Jordi acababa de irse, que otros dos policías habían ido a buscarle. Gracias a su amigo, antes José y ahora Josep, Ripoll de apellido, sabía que a ningún *mosso* de escuadra de Manresa se le había ordenado tal cosa. Quienes se habían llevado al hijo de Solivellas no les habían enseñado identificación alguna ni a este ni a las dependientas. Se habían limitado a ordenarle que fuera con ellos y lo habían metido en un coche aparcado en doble fila, enfrente de la pastelería. Una de las dependientas creía que se trataba de un Seat Ibiza de color verde, la otra no lo había visto. Calvo no olvidó preguntar si el chico llevaba una mano vendada o si parecía que tuviera una herida en brazo o

pierna o le doliera algo, pero no. De eso estaban ambas muy seguras. No obstante, si mi Jimmy se había defendido, la marca de sus afilados y certeros incisivos podía permanecer perfectamente oculta bajo la ropa.

Tanto el excomisario Calvo como el subcomisario Ripoll consideraron que quienes habían ido a buscar a Jordi debían de ser compinches de su misma cuerda y que ya se encargarían las dependientas de avisar a su madre y esta a la policía si no regresaba. Yo le conté a Ripoll que me habían matado al perro y me habían amenazado y que a los Solivellas les habían robado los *caganers*, y que, quizá, quienes se habían llevado a Jordi tenían que ver con todo eso.

Tal vez mi instinto maternal, que hasta entonces había considerado oculto, acababa de despertarse en aquel preciso momento porque me puse en la piel de Montserrat Bofarull y marqué su número para advertirle de lo que había pasado, pese a no tener ganas de hablar con ella. Pero nadie contestó. Telefoneé a Montsina, solo le pude dejar un mensaje. Intenté hablar con Jordi, o con quien se hubiera hecho cargo de su móvil, pero como ya suponía, estaba apagado.

Traté de no preocuparme más. Ya lo haría en cuanto me sintiera mejor. La muerte de Jimmy me había afectado tanto que solo me obsesionaba descubrir quién lo había hecho para poder vengarme. Además, ya se encargarían las dependientas de avisar a la señora Bofarull si Jordi no regresaba antes de cerrar. De eso estaba segura.

## XXIV

Cené en casa de los Calvo y me quedé un rato largo para ayudar a Rosalía a recoger y fregar los platos, tratando de regresar a mi apartamento lo más tarde posible, ya que no encontrar a Jimmy se me hacía insoportable. Por eso cuando Rafael me dejó en la puerta y vi la moto de Jaume aparcada enfrente, me alegré muchísimo. Supuse que lo encontraría ya dentro, porque se había guardado una llave y quizá incluso había pasado por el Tívoli para comprar cena. Aunque yo ya había cenado y no tuviera ni pizca de hambre, era un detalle de agradecer.

En efecto, Jaume estaba arriba, pero no en mi casa sino en la de Rosita, «la Pastelera». Pude escuchar sus voces en animada conversación detrás de la puerta, de lo que deduje que acababa de llegar. Cuando me abrieron, mi vecina le estaba contando que la noticia de la muerte del pobre Jimmy había corrido como la pólvora por todo Sarriá. Rosa decía que en el vecindario se sospechaba de un demente, que en otra ocasión se había dedicado a envenenar gatos, con el propósito de limpiar las calles del barrio de sus meadas y excrementos, jactándose de que, en cuanto no quedaran gatos callejeros, la emprendería con los perros con dueño que, igual que aquellos, hacían sus necesidades en la vía pública. Sus propósitos eran, según aseguraba, higienistas. Cada vez que observaba alguna porquería canina en la acera, furioso y a gritos, prometía acabar con tanta inmundicia. En vez de denunciar a los dueños guarros que no se molestaban en recoger los excrementos de sus mascotas, anatemizaba a los pobres perros, a los que consideraba la encarnación del diablo. Deduje en seguida que se trataba del sujeto que Jimmy y yo nos habíamos cruzado hacía dos días, pero al que nunca recordaba haber visto antes, aunque era cierto que a veces mi perro había enseñado los colmillos a antipáticos desconocidos, entre los que era posible que se encontrara él. Rosita quedó encargada de averiguar más sobre el sospechoso asesino de perros. La pastelería Foix, tan frecuentada por las gentes del barrio, era un buen lugar para conocer detalles y dar con la identidad del perturbado.

Como estaba claro que Jaume había entrado en casa de Rosa porque ella debía de estar acechando los pasos de quien subía, les dije a los dos si querían pasar a mi casa. Ella se excusó. Si yo estaba en tan buena compañía no la necesitaba y

por tanto se iría a la cama porque tenía sueño. Se lo agradecí de corazón.

—Dice Rosa que la muerte de Milú, digo de Jimmy, puede que sea obra de un desequilibrado del barrio.

—No lo creo, pienso que tiene relación con el caso Solivellas. La amenaza «Es el primer aviso» no me cuadra con la del demente de Sarriá, al que, muerto Jimmy, ya no le supongo molestia alguna.

—Quizá piensa que tendrás pronto otro perro y quiere disuadirte.

—No me cuadra, los que mataron a Jimmy tienen que ver con el caso Solivellas, es más, estoy segura de que son los mismos que lo mataron a él. Quizá el hijo, aunque al parecer lo han raptado o por lo menos unos tipos se lo han llevado a la fuerza esta misma tarde.

—Hombre, me parece mucho asegurar...

—Lo mataron, la nota que dejó no es suya... ¿Tú haces faltas de ortografía en catalán?

—No. Pero ¿qué tiene que ver mi ortografía con la muerte de Solivellas?

—Mucho. Ahora lo verás.

Busqué en mi móvil la fotografía de la nota dejada por el presunto suicida. Jaume la examinó.

—¿Verdad que hay faltas?

—Uf, sí. La escribió a patadas: *culpavles, men, mon, pug*, ¡vaya faltas!, un desastre...

Después le enseñé la postal.

—En la postal no hay ninguna y lo que pone me suena..., eso de «*Montanyes del Canigó, fresques són i regalades*» me parece que es la letra de una canción... Llévasela a la policía, a ver qué dicen... Pero no sé hasta qué punto pueda servir de prueba. ¿Cuándo enterramos a Jimmy? Que en gloria esté..., supongo —apuntó Jaume, sonriéndome con complicidad.

—No, claro, prueba ni media, pero si Solivellas cuidaba la ortografía es incongruente que no lo hiciera en la nota final. A no ser que no sea suya y eso podría probar que no se suicidó, que lo mataron, y que quienes lo hicieron son los mismos que colgaron al pobre Jimmy. El paralelismo me parece muy significativo. Y no seas blasfemo, con respecto a Jimmy... Pero mira, si supiera que en el cielo me podría encontrar con Jimmy me volvería católica practicante, de misa y comunión diaria.

—¿Quieres que te regale otro perrito por tu santo, Mata Hari?

—No, de ningún modo. Si crees que un perro puede sustituir a otro te equivocas. Con los perros ocurre como con las personas, yo a ti tampoco podría sustituirte, Jaumet mío —le dije, riéndome.

—Si me quieres tanto como a Jimmy, es que me quieres mucho, nena... Me

gusta que te rías... Voy a compensarte —y se acercó para besarme.

—Espera, espera, voy a compensarte yo también a ti... La española, cuando besa...

—¿Pero no quedamos en que tú eras de Gal...?

No le dejé terminar. La verdad es que fue un beso largo y dulce, un beso generador de besos. Jaume era, es, mi mejor amigo y desde hacía unos años mi amante esporádico. Nunca nos preguntábamos acerca de otras historias habidas o por haber, empezadas o acabadas y eso nos gustaba a los dos. No había ya en nuestra relación ni celos ni posesión, era una relación de igual a igual o como le gustaba decir a mi amiga Virginia, de poder a poder.

Hacer el amor relaja las tensiones, disminuye el estrés, es bueno para los nervios del cuerpo y del alma y además en aquella situación, bajo el ventilador en el que habían colgado a Jimmy, era una especie de reparación. El horror, la estupidez del mal y otras estupideces mayores y menores quedaban exorcizados por unos instantes. También por unos instantes el mundo se convertiría en un lugar cobijador y los humanos en pacíficos y amables.

Jaume, por fortuna, no ronca, de manera que yo dormí y creo que él también, de un tirón. El implacable y odioso despertador sonó a las siete. Preparé el desayuno y se lo llevé a la cama. Si me daba prisa, podría estar en la calle de Los Vergós, donde vivía la exvedete, en mi mismo barrio, a las ocho en punto, limpia y planchada, y quedarme allí o seguir al cubano hasta las diez y media e ir luego a la consulta del veterinario. Volver al trabajo era lo que mejor me sentaría, estaba segura. Además, por la tarde tendría que enfrentarme al caso Solivellas y visionar el segundo cedé. Mi curiosidad por lo que contenía había pasado a segundo plano desde la muerte de Jimmy.

Jaume se fue a lomos de su amada Harley y yo a pata, haciendo esfuerzos para no llorar mientras pasaba junto a los árboles y las esquinas marcadas por Jimmy. Bajé por Mayor de Sarriá hasta la Plaza Artós y luego torcí a la derecha. Me situé junto a un paso de peatones, frente a la casa de donde debía salir el cubano de marras. Aunque las ocho fuera una hora muy temprana para un mantenido, se ve que el tipo tenía ganas de abandonar el lecho conyugal cuanto antes y desayunaba fuera. En efecto, salió al cabo de unos diez minutos y se dirigió por la misma calle, hasta doblar por la de Castellnou, hacia la Plaza de Joaquim Pena y entró en un bar. El Bang, bang creo que se llamaba entonces. Yo entré tras él, con otros clientes con pinta de empleados de una oficina de La Caixa que había enfrente. Mi cubanito estaba en la barra hablando con los camareros y yo me senté en una mesa que me permitía seguir todos sus movimientos a través de un espejo, sin que se notara en absoluto. Junto a mi asiento, alguien había dejado un periódico gratuito, de los pocos que aún solían repartir de buena mañana los

emigrantes que todavía no habían regresado a sus países, contratados por dos euros la hora. Lo hojeé. En la primera página aparecía un titular que me llamó la atención: «Crimen en la calle Verdi». Hallado el cadáver de una mujer con siete puñaladas, junto al de su anciana madre, muerta por causas naturales. Pensé en seguida en la cuñada de la secretaria de Solivellas y leí con atención la noticia, ampliada en la tercera página. El móvil, sin duda, había sido el robo. El piso estaba revuelto y la puerta forzada. El asesino o asesinos habían actuado de madrugada porque un vecino del inmueble contiguo, al parecer, había visto a dos tipos sospechosos salir del portal de la casa del crimen cuando volvía de su trabajo en unos grandes almacenes en los que estaba empleado como vigilante en el turno de noche.

Miré el reloj, no eran todavía las ocho y media de modo que no me atreví a llamar a Rafael Calvo para decirle que indagara con sus contactos policiales acerca del asunto, además de comentarle lo del asesino de perros de mi barrio. Tomé un café con leche y un cruasán y esperé a que el tipo al que debía seguir terminara el desayuno. En cuanto acabó me levanté. Estaba deseosa de leer los periódicos del día porque suponía que darían cuenta del suceso. Él se paró en el quiosco de Vía Augusta y compró el *Hola* y yo, todos los diarios que se publican en Barcelona, menos los deportivos. Por fortuna tomó el ferrocarril de Sarriá; eso me permitiría, entre estación y estación, leer cuanto decían sobre el crimen. De pronto sonó el móvil. Era la voz angustiada de Montserrat Bofarull:

—¿Elena? Elena, soy yo, Montserrat. Escúchame, por favor, estoy desesperada, ayer unos policías se llevaron a mi hijo...

—No son policías. Denuncie rápidamente el caso a los *mossos*.

—¿Puedes acompañarme, por favor? Te pagaré lo que quieras...

—Lo siento, señora Bofarull, esta mañana me es imposible.

—Por favor, por favor —suplicó ella compungida—, no me hagas esto, no me atrevo a ir sola.

—No puedo ir a Manresa ahora. Han matado a mi perro. Pero vaya ya a la comisaría, le harán caso, estoy segura, no será como la primera vez.

—¿Y esta tarde podrías? Por favor, Elena, te lo suplico, créeme, no me veo con fuerzas...

—Lo siento, tengo que colgar —le dije—, estoy reunida. No puedo atenderla —y corté, ante la mirada suspicaz y divertida del señor mayor que tenía al lado...

Antes de que mi perseguido se bajara en la estación de Muntaner, tuve tiempo de leer en *El Mundo* la crónica sobre el crimen de la calle Verdi. Una

monstruosidad terrible porque al parecer se había perpetrado ante la madre de la víctima, en estado terminal. También se señalaba que el piso estaba revuelto, parecía que el móvil había sido el robo. El ensañamiento con que se había producido el ataque permitía suponer o bien que se trataba de un crimen pasional o que en él habían intervenido los mismos delincuentes de una banda extremadamente violenta que procedía de algún país del Este y que ya había actuado otras veces en Barcelona.

Deseosa de poder completar la noticia con la lectura de los demás periódicos tuve que dejarlo cuando mi perseguido se apeó en la estación de Muntaner. Le seguí cuatro escalones atrás en la escalera mecánica, tratando de no perderle de vista. Salió a la calle por el lado derecho en dirección a la Diagonal, un itinerario que me era muy familiar. Temí incluso que fuera a parar al bar Sancho o que entrara en el Círculo de Lectores... Pero no, antes de cruzar la calle Laforja, torció a la derecha y usando su propia llave, sin llamar al timbre, se metió en la tercera puerta del lado montaña, como suelen decir los barceloneses para diferenciarlo del lado mar, eso es, el que queda más cerca del puerto frente al que queda más cerca de la sierra de Collserola, los dos lugares entre los que se agrupa y comprime la ciudad.

Como no había ningún bar que me permitiera acecharle de una manera más cómoda y menos evidente, decidí apostarme en una esquina, como si fuera alguien que espera a que abran una tienda. Escogí entre los cuatro diarios que aún me quedaban por leer *El Periódico de Catalunya*, donde se suele dar a los sucesos locales de orden criminal bastante más espacio que en las páginas de sus rivales. Pero esta vez la noticia se ampliaba solo a base de paja y tampoco se decía el nombre de la persona muerta e igual sucedía en los demás periódicos. Algo que no dejó de llamarme la atención y me llevó a pensar que quizá podría ser la secretaria del suicidado o la cuñada de esta, obsesionada como estaba con el caso Solivellas. Pero en seguida me lo quité de la cabeza. Me dije que la antigüedad de los inmuebles de la calle Verdi propiciaba que ese fuera uno de los lugares del barcelonés barrio de Gracia donde más mujeres mayores viven solas o con sus ancianas madres. En consecuencia, no necesariamente la apuñalada tenía que ser la cuñada de la secretaria, ni ella misma, ya de vuelta de sus correrías a donde quiera que hubiera ido, Bagdad, Bangkok o Bogotá. Pero saberlo tenía fácil arreglo, bastaba que dejara al cubano cumpliendo con los deberes propios de su doble militancia amorosa y me fuera corriendo a casa de Mónica Ribó. Tanto si era ella la muerta como si era su cuñada, mi testimonio ante la policía podría tener interés.

## XXV

Un taxi me dejó lo más cerca que pudo de la calle Verdi que, por fortuna para los vecinos, es peatonal. A medida que me acercaba a la casa de la secretaria el corazón me latía más deprisa. Pensaba que si se trataba de ella, si ella era la asesinada, y si además el hijo de Solivellas había sido secuestrado y su padre liquidado, había cometido un gran error culpando a Jordi. Estábamos ante una trama mucho más compleja de lo que yo había supuesto y, por descontado, muy peligrosa. Las redes de la mafia que blanquea dinero en España, a veces gracias a despachos honestos, hasta que no se demuestre lo contrario —Tibidabo Assessors, al parecer, no era trigo limpio—, tenían suficientes tentáculos, y por supuesto testículos, para extorsionar y eliminar a quien se pusiera por delante: la viuda, yo misma, hasta Jaume o Rafael Calvo. Todos nosotros estábamos allí frente a ellos y más aún la viuda, Montsina y la chinita... Dios mío pensé, si el secuestro de Jordi no da resultado, si no obtienen de él o de Montserrat lo que quieren, puede que prueben con la chinita. Y sin pensarlo dos veces llamé a mi cliente.

—¿Dónde está Elena? —le pregunté en cuanto descolgó.

—Acabo de dejarla en el parvulario. ¿Por qué? ¿Qué ocurre? —me preguntó con un hilo de voz—. Es por Jordi, ¿qué sabe de él?...

—No sé nada de Jordi, pero si quieren hacerle más daño irán a por la chinita, no tienen manías... Lleve a Elenita a casa de su tía, mejor que no se quede con usted, que duerma allí por lo menos esta noche, y diga al portero que no deje subir a nadie. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, ahora mismo salgo.

—Coja un taxi, no vaya ni vuelva andando.

—Por favor, Elena, ven cuanto antes. Por favor —añadió con una voz suplicante al borde del llanto—. Ay, Dios mío, Elena, ven, yo sin ti no me atrevo a hacer nada...

Colgué sin hacer caso de las lamentaciones y sin decirle que tal vez Mónica Ribó había sido asesinada. Al parecer ella no había atado ningún cabo entre la secretaria y la víctima de la calle Verdi, porque no me hizo comentario alguno. Es posible que, pese a estar suscrita a *La Vanguardia*, ni siquiera hojeara el

periódico.

Frente a la casa de la secretaria de Tibidabo Assessors había un corro de curiosos y un equipo de televisión que estaba entrevistando a los vecinos. No tuve necesidad de preguntar nada. Me enteré de todo al escuchar las declaraciones de unos cuantos, a quienes el crimen les permitiría tener el más estúpido minuto de gloria de sus vidas: la mujer apuñalada se llamaba Mónica Ribó y trabajaba desde hacía años en una empresa. Últimamente, según la vecina a la que entrevistaban, había pedido permiso para poder cuidar a su madre muy mayor. Ella solía visitarlas a menudo. Lo más horroroso del caso, aseguraba otra, como si lo hubiera presenciado, era que la anciana moribunda había visto cómo el asesino le propinaba siete puñaladas a su pobre hija...

—¡Qué muerte tan terrible han tenido las dos! ¡Dios nos libre de una muerte así! —concluía secándose las lágrimas con un pañuelito con puntillas, que debía de oler a alcanfor.

Solo cuando los reporteros de televisión se marcharon pude preguntar a la mujer que había asegurado que visitaba a Mónica Ribó si sabía cuándo había vuelto esta.

—¿Cómo volver, de dónde tenía que volver?

—De un viaje, creo que fue a Colombia.

—Pero ¡qué dice usted!, si la pobre Mónica no se podía mover, si hacía dos meses que había dejado el trabajo, cuando su madre se agravó y se la devolvieron de la residencia para que pudiera morir en casa, en su cama, como ella le había suplicado siempre. Si lo sabré yo, que vivo ahí enfrente y la conozco de toda la vida.

—¿Y la cuñada, no tenía una cuñada?

—¿Cuñada? No, no tenía ninguna cuñada, la pobre era hija única.

No necesitaba saber más. Mónica me había tomado el pelo, se había reído de mí, pero ¿con qué intención? Quizá solo para que la dejara en paz.

Llamé a Rafael Calvo para contarle lo de la secretaria y le propuse que me acompañara a la consulta del veterinario. Acababan de avisarme para que pasara a buscar a mi Jimmy si no quería que ellos se deshicieran de él. En cuanto a las muestras ya las habían mandado, en unos cuantos días tendrían el resultado de las pruebas y lo podría recoger. Me avisarían.

Rafael estaba jubilado, de manera que no tenía que pedir permiso a nadie para salir, excepto a la muy celosa Rosalía, y me ayudaría a transportarlo hasta mi casa. Luego convocaría a los íntimos de Jimmy al entierro aquella misma tarde.

Le propuse al excomisario quedar frente al quiosco del final de la Vía Augusta, junto a la estación de las Tres Torres, en una hora, para que pudiera llegar tranquilamente. Yo le esperaría en el café más cercano. Como siempre,

haciéndome preguntas: ¿por qué los periódicos no se referían a la relación que podía haber entre la muerte de Solivellas y la de la secretaria, además de la de ambos con la empresa Tibidabo Assessors, su cierre y el paradero desconocido de sus dos directivos propietarios? Tal vez todavía era pronto para atar tantos cabos. A lo mejor yo, obsesionada con el caso, me estaba pasando siete pueblos, o veintisiete.

## XXVI

Cuando llegó Rafael recogimos mi coche en el parking de Vía Augusta y nos encaminamos a la consulta del veterinario. Envuelto en ese horrible papel amiantoso con que se cubren los cadáveres humanos me devolvieron a Jimmy. Aunque él siempre iba en el maletero, al que le había quitado la bandeja separadora de los asientos traseros, no quise dejarle ahí. Le pedí a Rafael que condujera, pese al peligro que corríamos ambos con él al volante. Con mucho cuidado deposité los restos de mi perro sobre el asiento de detrás y me senté a su lado.

A veces en noches de insomnio había imaginado los días tristes que se avecinarían cuando Jimmy desapareciera, pero jamás, ni en las peores duermevelas, me había figurado que le pudiera suceder lo que le había pasado. No quise dejar el cadáver en el coche, aunque Rafael trataba de disuadirme para que no lo subiera a casa, tal vez porque consideraba que era obligación suya cargar con él, pero no le hice caso. Lo tomé en brazos y lo deposité sobre la manta que cubría la parte del sofá donde él se sentaba para hacerme compañía. Su cama había servido para que Rosita se lo pudiera llevar en un taxi al veterinario. Un favor enorme, aunque tal vez me lo hizo gustosa porque se lo había pedido *Jaumet, maco*. Estoy convencida. En algún momento se lo tendríamos que devolver, por separado, seguramente de diferente modo y por partida doble. Luego llamé por teléfono a cuantas personas consideré que debían asistir al entierro y las convoqué en mi casa a las cuatro de la tarde. Mi ex, Jaume, Virginia y Mercedes, mi amiga monja, que me lo había regalado.

Pensaba enterrar a Jimmy en Collserola, cerca de la carretera de les Aigües, pero Mercedes me ofreció el jardín de su convento, un lugar privado, más cómodo y cercano que la sierra de Collserola, en la que, por descontado, está prohibido enterrar. Le di las gracias, conmovida por la pena que también ella sentía. Al fin y al cabo, Jimmy podía ser considerado como de su familia...

Es Mercedes Montoliu una mujer extraordinaria, puesto que todavía sigue al pie del cañón, tratando siempre de ayudar a los demás. Pasó parte de su juventud cuidando a leprosos en la India como enfermera, parte de su madurez tratando de ayudar a los sidosos de Ruanda y luego, tras ser operada de un cáncer de pecho

—cuando yo la conocí—, fue aparcada en Barcelona por la madre general de su orden. Eso de «madre general de la orden» siempre me ha parecido como de cuartel, pero algo de cuartel deben de tener las órdenes religiosas. Así que cumplió con lo que la generala le mandaba y se quedó en el convento de Sarriá para ayudar en el «frente de juventudes», así llama ella con humor a las monjas matusalénicas, agrupadas allí. Además, alterna esa obligación con la atención a las prostitutas del Raval. Pobrecitas, dice compadeciéndolas, no sabes el trabajo tan duro que les ha tocado.

Cuando Rafael y yo estábamos a punto de ir a ver el lugar donde debíamos cavar el hoyo, en el jardín del convento de la madre Montoliu, sonó el teléfono. Era ella. Había pedido permiso a la superiora para que diéramos sepultura a Jimmy pero esta se había negado. Lo lamentaba y me pedía excusas. La superiora argüía cuestiones higiénicas, a las que ella, por descontado, no podía oponerse. Solo quedaba la posibilidad del bosque y esa fue mi opción, aunque al comisario Calvo no le parecía buena idea. Él consideraba que debía devolver a Jimmy al veterinario para que se deshiciera de sus restos. Pero yo me negué. No le podía hacer eso a mi compañero de los últimos cinco años, así que opté por acercarme al lugar que consideraba propicio, junto a uno de los árboles predilectos de Jimmy, a pocos metros de la carretera de les Aigües, y cavar yo misma el hoyo en el que después depositaría el cuerpo de Jimmy. Pude convencer, finalmente, a Calvo para que me acompañara y me prestara las herramientas necesarias, de las que yo carecía. Él, en cambio, sí tenía en casa pico y pala. No quise indagar ni por qué ni para qué, pero me vino muy bien que los tuviera y que se prestara a dejármelos. De manera que fue a su casa y volvió con ambos y con Rosalía, que por nada del mundo se perdía unas exequias de amigo o conocido y, además, ¿cómo iba a dejarme a mí, a su sobrina, en un momento así?, me decía llena de afecto.

Atardecía cuando con la enorme pala que me había prestado Rafael cubrí de tierra el cuerpo de Jimmy para siempre y aunque me había mantenido serena durante todo el acto, no pude evitar los sollozos al terminar el entierro.

Enterrar a un perro de ciudad no es lo habitual y quizá incluso sorprenda a quienes me lean, pero yo consideraba que en aquellas circunstancias no podía dejar que el veterinario se deshiciera de mi compañero, como la mayoría de personas hacen con sus mascotas. Jimmy había sido asesinado y darle sepultura era lo menos que podía hacer por él. Además de no parar hasta vengarle. Y se lo prometí.

Cada vez estaba más segura de que la muerte de Jimmy solo anticipaba la mía y de nuevo sentí un enorme pánico. La de la secretaria tal vez había sido casual, pero a mí no me lo parecía. Las piezas del puzle empezaban a encajar. Solivellas

y Ribó sabían demasiado de los manejos de Tibidabo Assessors y podían irse de la lengua. Mejor que estuvieran calladitos. La manera de que guardaran un silencio definitivo consistía en que se les tapara la boca para siempre. Cada vez estaba más convencida de que, pese a jurar que no tenía ni idea de las maquinaciones de su marido, Montserrat Bofarull las conocía bien. De ahí, quizá, sus temores y su reticencia a denunciar a la policía. A mi juicio, Tibidabo Assessors encubría o quizá incluso participaba directamente de negocios del narcotráfico.

Les expuse a Rafael y a Rosalía mis opiniones. Rosalía me daba la razón, en cambio, Rafael opinaba lo contrario. No veía nexos entre las dos muertes. Sus contactos le habían reiterado que en el caso de Solivellas se trataba de un suicidio, el examen del forense y la nota encontrada apuntaban a ello. Para Calvo lo de las faltas no demostraba nada, ni siquiera cuando le enseñé la foto de la postal le convencí. Para él, sí había razones poderosas para que Solivellas quisiera acabar con su vida: la quiebra de Tibidabo, la pérdida de su inversión y quizá una afición no confesada a los muchachos de bajos fondos, esos que tal vez se dedicaban a hacerle chantaje. No descartaba que la joya de su hijo tuviera alguna implicación. Para el excomisario, el suicidio de Solivellas y el asesinato de su secretaria no estaban relacionados, o por lo menos a él no se lo parecía, eran frutos de una macabra fatalidad. Desde que gobernaba el tripartito, aseguraba Calvo, Barcelona se estaba convirtiendo en una ciudad peligrosa, por la dejadez de las autoridades. Hasta aquí habían llegado una serie de desaprensivos criminales que en otros lugares de Europa hubieran sido expulsados nada más entrar...

No quise recordarle al viejo comisario que en la Europa comunitaria había libertad de movimiento para todos, porque se habían acabado las fronteras, pero él, como si me leyera el pensamiento, en seguida matizó: no me refiero a los malhechores comunitarios, con esos, mientras no se les encuentre con las manos en la masa, hay que apechugar, me estoy refiriendo a los que proceden del Este. Nos prefieren a Francia, Alemania, incluso a Italia, porque aquí gozan de una mayor impunidad gracias a la mierda de leyes que tenemos. Con Franco no pasaba. ¡Carallo!

Rafael Calvo comenzaba a exaltarse. Rosalía le recordó que no le convenía, que le subía la tensión cuando se refería a la cuestión de la justicia española, no fuera a darle un patatús, como la vez del infarto y, muy rotunda, con su mejor voz de mando, le advirtió:

—No te excites, hombre, que a la pobre Elenita, después de haber enterrado al pobre Jimmy, solo le faltaba acabar en urgencias con su tío Rafael...

Se lo agradecí mucho. Rosalía tiene un sentido común estupendo e intuitiva

como es, suponiendo que a mí me interesaba mucho más la opinión de su marido sobre el crimen de la calle Verdi que sus alegatos fascistas, le preguntó directamente qué noticias corrían sobre el asunto. Rafael contó que los *mossos* tenían localizadas a dos bandas de desvalijadores de pisos que habían actuado primero por Horta y, en los últimos quince días, por la zona del barrio de Gracia. Eran ucranianos muy violentos a los que no les importaba acabar con las víctimas en cuanto les opusieran la menor resistencia. Habían asaltado por lo menos dos viviendas en las calles cercanas a la de Verdi durante aquella misma semana. Preferían las casas con mujeres solas y mayores, mucho más vulnerables. Él estaba seguro de que pronto les detendrían. Un hijo de su amigo y paisano, el también jubilado comisario Benítez, con el que jugaba todas las tardes a dominó en un bar cercano a la casa de ambos, pertenecía a los *mossos* y trabajaba en la comisaría de Vallcarca. El crimen de la calle Verdi entraba en su jurisdicción. Por él ya sabía que los desalmados actuaban a cara descubierta, de manera rápida y no les importaba dejar huellas. Pronto les echarían el guante. El chico Benítez valía un Potosí, si quería podía acompañarme a verle. Él seguro que me hacía caso y no como los *mossos* de la comisaría de mi barrio, a la que no me había molestado siquiera en ir.

Rosalía insistió de nuevo, lo había hecho ya antes, al terminar de enterrar a Jimmy, en que me quedara en su casa, por lo menos aquella noche. Ella me cuidaría como si fuera mi madre. A la mía no le había dicho nada de la muerte de Jimmy, prefería no aguarle las vacaciones, evitando que se preocupara.

Decliné el ofrecimiento. Tenía que afrontar la situación sola y ser fuerte. Además, ya no podía demorar por más tiempo ver qué contenía el segundo cedé e ir a Manresa para devolvérselo a la señora Bofarull, junto con el primero y los *cagancers*, además de entregarle el informe y hablar sobre la muerte de la secretaria.

Llegar a casa sin que me esperara Jimmy era muy duro. Se me saltaron las lágrimas en cuanto puse la llave en la cerradura y continué a moco tendido mientras insertaba el cedé en la ranura del ordenador y me concentraba en su contenido. De nuevo eran fotos de niños, algunas de baja resolución. Conté hasta veintitrés y en tres se percibía borrosa la imagen del fotógrafo reflejada en el espejo de un cuarto de baño de baldosas blancas y grises, como el de los Solivellas. Todo parecía indicar que se trataba del suicidado. Busqué la que yo guardaba de él en el dossier que me había traído de Eureka, al hacerme cargo del asunto. Y me pareció que podía ser de la misma persona, aunque en la del cedé solo se veía parte de la cara, un ojo y media nariz. Pero el mentón, el óvalo, la frente, el pelo quizá con menos canas y una oreja de Dumbo apuntaban hacia Robert Solivellos. De todos modos tendría que buscar un ordenador más potente

que el mío. Mientras comparaba las imágenes me preguntaba si Solivellas se había limitado a retratar a su chinita desnuda, a contemplarla así o a algo más. ¿La locura por Liu —estaba loco por la niña, me repetía a menudo la viuda— implicaba algo más que el desinteresado amor de un padre por una hija? ¿Y qué había sucedido con los otros dos hijos? Ninguno de los dos se llevaba bien con él. ¿Habría detrás del desafecto que sentían por su padre algún recuerdo terrible? ¿La sensación viscosa de un tacto obsceno escondida detrás de las caricias infantiles? ¿O quizá solo la mirada de libidinoso enfermo al contemplar sus pequeños cuerpos desnudos?

Volví a mirar las fotografías una y otra vez para tratar de establecer relaciones entre ellas. La primera que encontré es que, a mi juicio, no se trataba de fotos «robadas», como podría parecer, sino todo lo contrario. Todos los niños y las niñas miraban al objetivo, lo que significaba que quien les fotografiaba era alguien de su familia o por lo menos de su entorno. Y el hecho de que todos, sentados en orinales, estuvieran desnudos de cintura para abajo y en consecuencia sus pequeños órganos genitales —diez masculinos y el resto femeninos, al parecer, aunque en algunos fuera difícil precisarlo— fueran visibles, con excepción de dos, me pareció un tanto sospechoso.

La postura de los niños guardaba relación con los *caganers*. Quizá los de la *colla* de la defensa eran los que enviaban las fotos. ¿Se trataba de una asociación de pedófilos en vez de un inocente grupo de entusiastas de los rasgos identitarios de Cataluña entre los que se encontraban estas figuras? O tal vez al difunto, que sin duda era un tipo raro, le ponían los niños en esa actitud. Tal vez era solo un obseso de lo excremental, una pasión, según Jaume, extendida entre los catalanes desde antiguo, algo que ligaba a las primeras tribus autóctonas de los márgenes del Llobregat con la necesidad de abonar la tierra que habían empezado a cultivar. Los nombres de los antiguos ríos barceloneses eran el *Merdaça* (río de la mierda) y el *Cagalell*. Además, está la costumbre del *caga tió*, el leño que aquí, en tierras catalanas, caga los regalos de Navidad que concentra en su interior durante los doce meses del año. En los demás países, los regalos navideños penden de las ramas de un árbol. En Cataluña se encierran en un tronco y solo se muestran cuando este se abre a consecuencia de los golpes que le propina el dueño de la casa, mientras le conmina con las palabras: *Caga, tió*.

Recordaba estas características y aun el hecho de que en catalán los besos se llaman *petons*, palabra derivada, al parecer, de *pet*, pedo, para quitarle hierro al asunto. Tal vez las fotos habían sido hechas para que los artesanos las tomaran como modelo para una partida personalizada, pero de ser así, si eran inocentes, ¿a qué venía la amenaza que contenía el papel adjunto al cedé? Todo parecía apuntar en otra dirección y, no obstante, no había indicación alguna de cuánto

tenía que pagar ni a quiénes. Las instrucciones tendrían que venir después, en otros envíos o por teléfono. Le gustara o no a la viuda, me veía en la obligación de mostrar el cedé a la policía, pero antes pensé que debía estar segura, que debía ver las fotos en mejor resolución y descartar que se tratara de fotos sexualmente inocentes, aunque escatológicas, y por supuesto hablar con ella del contenido. No lo había hecho en toda la tarde pese a que me había estado persiguiendo. En el contestador de casa encontré cuatro SOS de la señora Bofarull y otros tantos en el del móvil. Se referían todos a Jordi, pero no me decía más que «Elena, por favor, ven, es por Jordi».

A pesar del cansancio decidí ir a Manresa. Como eran casi las ocho cogí el coche, desconocía a qué hora salía el último tren de vuelta para Barcelona y aunque ya no tuviera que sacar a Jimmy, y eso me daba una pena infinita, no quería tener que pasar la noche fuera de casa o verme obligada a regresar en taxi.

## XXVII

La viuda no llevaba el horrendo quimono verde pese a lo tardío de la hora en que me presenté. Vestía de luto riguroso, la misma falda y el mismo suéter que se puso para el funeral y ambos le bailaban, muestra evidente de que iba perdiendo kilos a bastante velocidad. Era la primera vez que se echaba en mis brazos, llorando a moco tendido, mientras me decía:

—Te he llamado sin encontrarte y no sabía qué hacer...

La situación era para mí verdaderamente incómoda. Traté de calmarla y de calmarme. No estaba yo para prodigar muchos consuelos a quien quizá era la causante de la muerte de mi pobre perro, aunque fuera de manera indirecta, solo por el hecho de haberme encargado su caso.

Me di cuenta en seguida, sin que tuviera que decírmelo, de que continuaba encontrándose tan mal como cuando me recibió en la cama. Mucho peor que el día en que la conocí, con las tripas revueltas, incluso que el día en que se desmayó al contemplar el cuerpo de su marido ahorcado. Solo me falta que le dé un infarto, me decía, y tenga que apechugar yo sola con el marrón, llamando a urgencias para que manden una ambulancia ya que, al parecer, no había nadie en casa. Seguramente habría seguido automedicándose y estaba bajo los efectos de los tranquilizantes mezclados con alcohol, porque su aliento no era precisamente de rosas. Cuando pude librarme de sus brazos y de sus mocos y lágrimas — notaba mi hombro derecho un tanto húmedo—, repitiéndole que por favor se calmara, la conduje pasillo adentro hacia el salón en penumbra.

Mi clienta debía de estar, en efecto, fatal, ya que la televisión permanecía apagada. Desde que frecuentaba la casa había podido advertir que funcionaba de manera perenne, quizá ni siquiera la desconectaban cuando se iban a dormir. Aunque a ratos nadie le prestara atención, constituía, como en muchos otros lugares, el ara del altar doméstico donde se inmolaba el sacrificio por la sacrosanta unión familiar. Senté a Montserrat en la butaca que solía ocupar ella, bajo el cuadrado de las odaliscas y el indiferente sultán, que tal vez fuera la abúlica reencarnación de un pez. Bien mirado, sus facciones recordaban a las de un besugo. Yo me quedé a su lado, apoyada en el brazo del sofá. Pensé que si no llevaba el quimono era porque quería ir conmigo a denunciar que su maravilloso

hijo había sido secuestrado. Por eso en cuanto me pareció que el vendaval de sollozos y la marejada de lágrimas amainaba un poco, fue lo primero que le pregunté:

—¿Ha puesto ya la denuncia por lo de Jordi? Podemos ir ahora, yo la acompaño...

—Ya no importa. He pagado esta tarde lo que me han pedido y le han soltado... Te he llamado mil veces, quería que me dijeras si debía... Pero no me has contestado, Elena, y yo sin ti no sabía qué hacer. ¡Ay, Elenita! ¿Por qué no me has contestado, cariño?...

Su llanto me incomodaba y más aún su mirada de buey degollado buscando mis ojos y su mano húmeda sobre la mía. Me sentía terriblemente molesta, con ganas de marcharme de inmediato. Me enfurecía que no se hiciera cargo de lo que la muerte de Jimmy suponía para mí, que considerara que me tenía a sueldo *full time* a su disposición. Más tonta yo que me prestaba a sus tejemanejes. Respiré hondo y busqué algo agradable en lo que descansar la vista unos segundos. Algo que mi vieja profesora de yoga me aconsejaba para rebajar la tensión en los momentos necesarios. Miré entre los cachivaches decorativos del salón y no encontré nada, excepto un ramo de rosas de jardín, rosas de verdad, como decía mi madre, de las que pinchan y no de las de floristería, criadas con pienso, remachaba surrealista, como ponedoras de nave industrial. Rosas blancas, amarillas, rojas. Bellísimas. Me tranquilizaron. Me desasí del tacto mojado de mi clienta mientras le decía:

—Cálmese, por favor, señora Bofarull. Ya no tiene que preocuparse por Jordi. ¿Le ha visto? ¿Ha pasado por aquí?

—Yo no le he visto, pero está bien. Ha ido a la pastelería y desde allí se ha marchado a ensayar, sin darle ninguna importancia a que se lo hubieran llevado y hubiera estado veinticuatro horas retenido, Dios sabe dónde... ¡Ay, Elena!, los hijos...

—¿Cuánto ha pagado?

—Seis mil euros, en billetes de quinientos, metidos en un sobre y los he dejado donde me han dicho, entre las páginas de *La Vanguardia* de hoy, doblada por la mitad, en la papelera que queda junto al semáforo, justo delante de casa. Tal como me indicaban he cruzado la calle y he continuado andando sin volver la cabeza...

—¿Le han dado las instrucciones por teléfono?

—Sí.

—¿Y no se le ha ocurrido grabar?

—No, estaba demasiado asustada, no sabía cómo hacerlo... Tú no me contestabas... Yo sin ti...

—Antes de pagar habrá usted pedido, por lo menos, que le dejaran hablar con Jordi.

—Sí, eso sí. Jordi me ha dicho que hiciera lo que me pedían y que no le dijera nada a la policía... Mi marido guardaba siempre dinero en casa...

—Me alegro mucho de que todo haya acabado bien, señora Bofarull, aunque quién sabe si el secuestro no ha sido ficticio...

—También yo lo pienso, Elenita, claro que lo pienso, si supieras todo lo que pienso, ay, Dios Santo, Elena, pienso y no acabo, venga a pensar en lo mismo, pienso y pienso, la cabeza no para y pienso y pienso...

Se refirió a sus pensamientos obsesivos gimoteando y cubriéndose la cara con las manos. Como a los sollozos se unieron las toses y me dio la impresión de que podía ahogarse, decidí ir a buscar un vaso de agua a la cocina. Abrí la nevera, tomé una botella de agua mineral en la que quedaba muy poca, la vacié y busqué dónde tirarla. Abrí el armario que estaba debajo del fregadero, que suele ser donde se guarda el cubo de basura, o los cubos de las diferentes basuras, para depositar en el del plástico la botella. En efecto, había tres cubos y todos ellos estaban llenos de *caganers* hechos añicos.

—Por favor, señora Bofarull, venga un momento a la cocina —le grité, y luego al verla entrar le pregunté del modo más normal del mundo—: ¿Dónde hay más botellas de agua? —al fin y al cabo, la pregunta tenía sentido, con la que guardaba en la nevera solo había podido llenar medio vaso.

Montserrat se acercó arrastrando los pies, con paso vacilante. Cuando la tuve frente a mí, me incliné para abrir las puertas del armario de debajo del fregadero. Trató de impedirlo.

—No te molestes —me dijo—. El plástico lo dejo en la galería. Aquí solo guardo las cosas de limpieza.

—Vaya, hay tres cubos, llenos de *caganers* hechos añicos... —lo afirmé mientras abría las puertas—. ¿No me dijo que los habían robado?

—Sí, claro, se llevaron unos y rompieron otros... Ahí están los rotos, los recogí en seguida, no fuera que a Elenita se le ocurriera coger del suelo trozos y cortarse...

—Menudo estropicio. ¿No le parece raro?

—A mí ya no me parece raro nada de lo que pasa...

Lo dijo con una voz ronca, como si fuera de ultratumba. A la luz de los neones de la cocina su piel tenía un color aún más grisáceo, tirando a verde sapo, y los cercos de las ojeras más pronunciados. La respuesta me pareció extraña y quise replicar pero no me dejó, porque en seguida añadió con violencia:

—Mira, Elena, te he contratado para que me ayudes y no para todo lo contrario. Me parece que no me crees, que me juzgas como si yo fuera culpable,

que hasta supones que me he inventado que entraron en casa y rociaron primero a Montsina con un espray y luego a mí.

—¿Por qué primero a Montsina?

—¿Por qué, por qué?, porque sí, porque primero a ella...

—¿Cómo lo sabe? —aún pregunté, de manera estúpida.

—No te fíes de mí, eso es lo que pasa, ¿verdad?

—No —le contesté—, la verdad es que no.

Y salí arreando de la cocina, antes de que el vaso que yo le había ofrecido chocara con mi cabeza. Tuve suerte de esquivarlo a tiempo, porque era grueso y contundente.

## XXVIII

Salí de casa de la viuda lo más rápidamente que pude. Por fortuna nadie había llamado al ascensor desde que yo lo había utilizado y aún estaba en el rellano, de manera que pude alcanzar en seguida el vestíbulo. Desde el portal me llegó el ruido del otro ascensor que también baja y pensé que tal vez dentro estaría la viuda, con o sin vaso amenazante, así que me di todavía más prisa y salí a la calle. Había dejado el coche en un parking cercano pero no me dirigí a él. Me metí en la cafetería que queda justo enfrente del inmueble de la viuda y que tiene dos pisos. Desde el segundo se atisbaba muy bien el portal de los Solivellas, pero en la media hora que estuve allí, tomándome un bocadillo y una copa de vino, no la vi salir. Llamé al comisario Calvo para contarle lo que había sucedido. Se ofreció a ir a buscarme y me aconsejó que denunciara a la viuda por intento de agresión y dejara el caso en manos de los *mossos*. No me convenía andar en tratos con una perturbada cuyos manejos dejaban mucho que desear. Además, era mi obligación. Después de lo que había pasado con Mónica Ribó yo tenía que contar a la policía mi entrevista con ella y él me facilitaría las cosas. Me acompañaría a hablar con el chico Benítez, encargado del caso de la secretaria, en cuanto el que valía un Potosí pudiera recibirnos. Ya había contactado con él. Estaba fuera, en una misión, y volvería en un par de días.

Regresé al coche más tranquila, diciéndome a mí misma que era una estúpida y una ingenua. Montserrat Bofarull estaba trastornada, era una mentirosa y yo me la había tomado en serio. Ahora tenía la seguridad de que era ella la que había organizado lo del falso robo de los *caganers*, sin necesidad de encargárselo a nadie. Lo había organizado la noche en que Liu estaba en casa de su tía para no tener que anestesiarse, todo un detalle. Ella misma había rociado con espray a su hija para que no se diera cuenta de nada y había roto uno por uno los monigotes buscando lo que contenían. No obstante, no me imaginaba que fuera capaz de identificar las sustancias que hubieran podido estar escondidas en su interior. Además, ¿necesitaba hacer todo ese estropicio para simular un robo y en vez de deshacerse de todo de manera inmediata, guardarlo? ¿Lo guardaba para que alguien, quizá su mismo hijo, detectara si había allí droga y la vendiera?

De toda la colección solo le quedaban las figuras que, para devolvérselas, yo

había metido en mi bolso. Había cogido el más grande que tengo, que a veces incluso utilizo como maletín de fin de semana. Los *caganners* iban perfectamente preservados ahí dentro y también el informe de mi amigo el anticuario y el sobre con los cedés.

Cuando tomé del brazo a la viuda para arrastrarla hacia el salón dejé el bolso en uno de los dos sillones de terciopelo magenta del recibidor, en el que también había un cuadro con dos camellos, supongo que camino del oasis de las odaliscas, sobre una especie de cómoda híbrida, con molduras doradas y superficie de mármol, en la que se apiñaban dos jarrones con flores artificiales y varias porcelanas Lladró. No llevar el bolso conmigo hasta el salón fue crucial para poder marcharme con él. De lo contrario, quizá lo hubiera tenido que dejar allí o arriesgarme a salir de la casa con uno o varios chichones o quizá peor, no salir y morir descalabrada.

Estaba absolutamente dispuesta a dejar el caso Solivellas. Llevaría las pruebas que estaban en mi bolso al chico Benítez de Potosí y allí se las compusieran todos con el tinglado de los secuestradores, los chantajistas, los *caganners*, el hijo músico, la enamorada del colombiano, la madre viuda y la chinita... No, la chinita no, pensé en seguida. La inocente chinita, la preciosa Elena Liu, mi tocaya, no, a esa de ninguna manera le harían daño, yo lo impediría con todas mis fuerzas.

Seguía pensando en la manera de protegerla, de salvarla de la horrible familia que le había caído no en suerte, sino en desgracia, quizá peor que la pobrísima que la habría abandonado en un orfanato de una remota provincia china, mientras llegaba a casa, desconsolada, también yo desvalida, sin mi compañero del alma, Jimmy de mi corazón. Me estaba preparando un zumo para acompañar el orfidal que pensaba tomarme para tratar de dormir sola, ya definitivamente sin la compañía de Jimmy, pero antes de darle al botón del exprimidor, como si me impulsara un resorte, saqué el cedé y puse en marcha el ordenador. Quería ver a Liu, quería cerciorarme de que muchas fotos eran de ella y mientras lo intentaba sonó el teléfono. Pensé que sería la viuda, contándome alguna milonga de las suyas o pidiéndome que la disculpara, pero no, por fortuna era Virginia. Se había quedado en mi barrio, después del entierro de Jimmy, y había aprovechado para ver las tiendas de la zona y hacer una visita a su tía, a la que tenía muy descuidada y que vivía en la calle Angli. Para rematar sus horas sarrianenses había cenado con su prima Sara en el Sant Remí, mientras esperaba a que yo volviera a casa. Me conocía bien y sabía de mi estado de ánimo y de mi miedo. Me anunciaba su visita, si no me importaba, con Sara. Hubiera preferido que viniera sola porque le habría enseñado las fotos y le hubiera pedido su opinión ya que, además de fotógrafa, Virginia es psicóloga. Aunque Sara me caía bien —

algunas veces había venido a nuestros encuentros de amigas—, no me parecía adecuado meterla en el asunto. Le dije a Virginia que sí, que vinieran. Pese a que era casi la una y yo no estaba para muchas fiestas, pensé que me distraerían. Estaba segura de que Virginia se había quedado en Sarriá para hacerme compañía un rato en cuanto yo volviera e incluso para quedarse a dormir en casa.

Desde que me había hecho cargo del caso Solivellas tenía a mis amigas abandonadas. Solemos vernos una vez por semana, los jueves, para merendar en cualquiera de las cafeterías de Sant Gervasi, ya que la inmensa mayoría vivimos por la que se llama la zona alta de Barcelona, con excepción precisamente de Virginia, que jura que solo la sacarán del Raval con los pies por delante. En su caso es comprensible. Le cayó en herencia, porque es de una buena familia de esas que llaman de toda la vida, un piso maravilloso que, al parecer, antes de la guerra civil fue un conocido y elegante burdel y conserva todavía molduras y techos artesonados con odaliscas que ella ha restaurado con gracia. Además, según Virginia, sus paredes siguen impregnadas de los buenos ratos pasados por infinitos hombres y probablemente por los no tan buenos de unas cuantas mujeres, como suele replicarle Berta, la más feminista de todas nosotras. Sea como fuere, a ella le encanta que su piso sirviera, en otros días de gloria, para aliviar los aburrimientos conyugales de los burgueses catalanes y sospecha que si pasó después de la guerra a manos de su abuelo fue por alguna razón que más vale no remover. Mejor que permanezca bien oculta.

Virginia quiso ser bailarina, pero un accidente le arruinó la pretensión, de manera que se decidió por la fotografía, pero como eso no le daba ni para dinero de bolsillo decidió estudiar Psicología, una carrera que, a la vista de las catástrofes, atentados, accidentes multitudinarios y desastres varios que nos acechan tiene un cierto futuro, ya que tras los servicios de emergencia suele aparecer el enjambre de psicólogos para tratar de prestar servicios a los traumatizados supervivientes e igualmente a los traumatizados familiares de las víctimas.

Con esa perspectiva, Virginia se animó a cursar la carrera, hizo un Erasmus en Italia, donde se mercó el ligue que aún le dura. Después de licenciarse, con otros dos compañeros montó un pequeño gabinete. Hacía poco menos de un mes había decidido abrir despacho sola en la zona alta. En algunas ocasiones le había consultado casos y siempre me había ayudado con sus diagnósticos, de ahí que esperaba que estuviera de nuevo dispuesta, por partida doble esta vez, como fotógrafa y psicóloga, a asesorarme sobre las fotos y la familia Solivellas.

## XXIX

Me despertó el teléfono. Primero la música de la «Habanera» de la ópera *Carmen* que tengo en el móvil y después el timbre más alto y estridente del fijo, sonando casi a la vez. Comprobé en ambos que quien llamaba era la viuda o por lo menos la llamada estaba hecha desde su casa y no me tomé siquiera la molestia de decirle que se fuera a la porra, que no me incordiará más. En los dos contestadores el mensaje era parecido: «Elena, Elenita, no me abandones, ¿qué voy hacer sin ti? Han matado a la secretaria, oh, Dios mío..., y si yo soy la próxima, ¿qué será de la pobre Liu?».

No caerá esa breva. Mala hierba nunca muere, me dije. Me metí en la ducha y los teléfonos siguieron sonando. Desayuné, acompañada de nuevo por los acordes de la «Habanera». Madame Bofarull no cejaba: «Elena, ten compasión, discúlpame, ayer me porté mal, perdóname»... Opté por desconectarlos mientras me vestía. Luego desde el móvil llamé a Virginia. Le resumí la situación del caso Solivellas del que le había hablado un poco la noche que fui en su ayuda y le conté de qué fotos se trataba. En su ordenador de alta resolución se verían mucho mejor que en el mío y ella podría observar detalles que a mí se me habían escapado, tipo de cámara o cámaras, enfoque, etcétera, sin duda pertinentes. Además, sus conocimientos psicológicos le permitirían percatarse de aspectos que a mí quizá me habían pasado desapercibidos.

Quedamos en que me acercaría a su consulta aquella misma mañana. Le habían anulado una visita y estaba encantada de atenderme del modo más profesional posible sin cobrarme, puntualizó, riéndose. Faltaría. Gracias a mí se había salvado de ser devorada por una cremallera cuyas fauces todavía tenía marcadas, me dijo con humor. Tenía un hueco a la una en el despacho, donde había un ordenador nuevo y magnífico, precisamente lo usaba para visionar fotografías y también «tratarlas», cuando lo consideraba necesario.

Pasé antes de ir a ver a Virginia por la central de Holmes & Holmes, para informar de que el cubano de marras se dirigía a diario, sobre las ocho treinta de la mañana, a un mismo domicilio de la calle Laforja, en donde no había ningún despacho, consulta u oficina. A no ser que se tratara de un local clandestino, cosa que no parecía, pues aquella misma mañana el portero me había dado buena

cuenta de quiénes eran los vecinos del inmueble, todos particulares. Entre los propietarios se encontraban varios matrimonios mayores, dos parejas jóvenes con niños pequeños y una viuda, a los que conocía de toda la vida.

Como me hice pasar por encuestadora oficial del Ayuntamiento para recabar datos sobre la edad de la población barcelonesa en relación a los barrios y le di veinte euros de propina, cosa que, por otro lado, jamás haría un encuestador, no tuvo empacho en ofrecerme pormenores sobre los habitantes de los pisos alquilados: una pareja de Salamanca, los dos abogados, una negrita guapísima que al parecer era modelo de ropa interior y un ejecutivo francés. Supuse que era a casa de la negrita adonde iba el cubano. Sus visitas, a mi juicio, no tenían que ver con cuestiones de trabajo o quizá sí, depende de cómo entendamos las labores derivadas del sexo de cada cual. Me faltaba averiguar si se pasaba allí toda la mañana, presumiblemente dedicado a sus quehaceres de mantenido, o si quizá sus quehaceres de mantenido solo los ejercía en casa de la exvedete y lo otro era *gratis et amore*. En los próximos días debería llegar a conclusiones fehacientes y comprobadas, aunque estas fueran semejantes a las no comprobadas ni fehacientes: el cubano le ponía una estupenda cornamenta a la actriz, su mentora, que, por otro lado, al contratar a un detective demostraba que no se chupaba el dedo. Dejé el despacho de mi jefe y andando me fui a ver a mi amiga.

Aún no había estado en la nueva consulta de Virginia Fuster Campins, Doctora en Psicología, como rezaba la placa de la entrada de un piso muy agradable de la calle Mandri, decorado de manera minimalista, con una sala de espera cómoda, luminosa y acogedora, que me pareció proclive a serenar el ánimo y a rebajar la tensión.

Virginia siempre dice que se cura con palabras, no con fármacos, quizá porque ella no puede recetarlos, puesto que no es médico y le está prohibido, aunque tal vez tenga razón, a veces las palabras todo lo pueden. Su enfermera o ayudante, vestida también con una bata blanca, de esas que harían las delicias de los publicitarios de los anuncios de detergentes, me hizo pasar y me dijo que la doctora en seguida me atendería. Al poco volvió a buscarme para conducirme a un cuartito en el que había un ordenador enorme encendido.

—La doctora me ha dicho que puede usted introducir el cedés —y me señaló una disquetera—, ella viene en seguida.

El ordenador, mucho mejor que la pieza casi antediluviana que es el mío, reprodujo con mayor nitidez y precisión las fotografías. Además, el zoom potentísimo permitía observar detalles que a mí me habían pasado desapercibidos. Todas las fotos eran de niños orientales, como ya había comprobado, y solo unas cuantas pertenecían a la pequeña Liu. Aunque a mí

siempre me resulta difícil distinguir a unos chinos de otros. Los lugares en que habían sido tomadas eran distintos interiores domésticos.

Justo en aquel momento entró Virginia, con su impoluta bata blanca, en cuyo bolsillo lateral izquierdo de la parte superior habían sido bordados en azul su grado académico y su apellido: Doctora Fuster. En efecto, estaba en posesión del título de doctorado en Psicología Clínica y lo lucía en la consulta. Hacía bien, pese a que la mayoría de la gente, y sus clientes seguro que también, consideran que doctor es sinónimo de médico cuando eso no es así. Al contrario, la inmensa mayoría de médicos no han presentado tesis doctoral alguna.

Virginia tardó dos segundos en darme su opinión:

—¡Vaya clientela que te has mercado! —me dijo en cuanto echó el ojo a la pantalla—. Me temo que se trata de un caso muy sucio, son fotos, solo en apariencia, inocentes. Es cierto que a los niños se les suele retratar desnudos algunas veces y que en los álbumes familiares podríamos encontrar fotos parecidas de muchos de nosotros. Pero una cosa es eso y otra muy distinta exhibirlas como ocurre aquí, en estos cedés. Todo me hace suponer que se hicieron para intercambiarlas o comerciar con ellas. Mal asunto. Feo, muy feo. ¿Y dices que se las mandaron al marido de tu clienta para chantajearle con darlas a conocer? ¿Las ha visto ella?

—No, ayer, como te conté, me fui de su casa corriendo, con temor a que me descalabrara, y no se las enseñé.

—Pues para mí está claro, querida Elena, si intentan chantajearla es porque se trata de fotos de contenido sexual.

Virginia contemplaba cada una de aquellas instantáneas tratando de captar todos los detalles.

—Estas —y señaló las que yo atribuía a Solivellas— están hechas por un pederasta coprófilo. Lo peor de lo peor: ¡niños cagando, por Dios! Los coprófilos son unos tipos fetichistas a los que les atraen las heces, se excitan con la mierda... Les encanta ver defecar e incluso oler, tocar y hasta saborear los excrementos... En el de tu caso, además, cabe añadir que es un pedófilo... ¡Menudo tipo! Asqueroso...

Hasta aquella mañana mi idea de la coprofilia era vaga, pero Virginia me ilustró, incluso me dio referencias de películas y me habló del «Cleveland steamer», algo así como el vapor de Cleveland, en traducción española. «Cleveland steamers» llaman en Estados Unidos a los que defecan sobre el cuerpo de otra persona, lo que les produce gran excitación... Sin esa posibilidad son incapaces de llegar al orgasmo. Virginia añadió que algunos, además, los coprófilos, se comían las heces, con lo cual estaban expuestos a contraer todo tipo de enfermedades, como le había ocurrido al cantante punk GG Allin, un tipo

duro, brutal y escatológico... Mi amiga sabía del asunto y me ofreció, por si me interesaba, pasarme bibliografía e incluso darme referencias de algunas películas. Le dije que no, con lo que me había contado tenía suficiente, porque todo eso me producía náuseas. Para ella las fotos probaban que quien las había hecho y quienes las difundían y tal vez intercambiaban eran unos tarados. En consecuencia, la señora de Solivellas debía acudir a la policía. Aunque la honorabilidad de su difunto quedara en entredicho, tal vez podría evitar males mayores. Le pedí que me las imprimiera y guardara una copia.

Dejamos el pequeño cuarto del ordenador en el que ella trabajaba con sus fotos, bellas y artísticas —le encantaban los bodegones de flores, igual que al fotógrafo Toni Catany, de quien se consideraba discípula—, en las antípodas de las que contenía el cedé y pasamos a su despacho. Llamó, apretando una tecla del teléfono, a la recepcionista de su boyante consulta y solicitó dos cafés, uno con hielo, ya que sabía que yo, tanto en invierno como en verano, lo tomo siempre así. Pese a que a mí no tenía que curarme, por lo menos de momento, de neurosis alguna, solo seguir dándome su opinión de fotógrafa-psicóloga o psicóloga-fotógrafa, me dijo que me tumbara en una especie de *chaise longue* que no llegaba al diván de los despachos de los psiquiatras pero casi, para que estuviera cómoda y ella se sentó frente a mí, con un cuadernito, que supongo cogió por inercia. Le agradecí que abandonara el sillón que había detrás de la mesa salvaguardadora de sus saberes profesionales, o por lo menos distanciadora de las dolencias de sus pacientes... Aunque, a decir verdad, me pareció que estábamos las dos, Virginia y yo, representando una comedia, interpretando, quizá ella no, pero yo sí, unos papeles que no nos correspondían o al menos no en aquel lugar ni de aquel modo. Pero ya que ella me lo había planteado así, mejor aprovechar lo que pudiera ofrecerme con su punto de vista. De modo que le di noticia pormenorizada del *who is who* de la familia Solivellas. Virginia insistió en que quizá todos en unión eran coprófilos, ¿no le había dicho que la casa estaba llena de *caganners*? ¿Y quién sabe si también todos en unión no se habían desecho del *pater familias*?

—Como ocurre en las novelas de Agatha Christie, según lo que me cuentas, todos y cada uno podrían ser candidatos. Ninguno se llevaba bien con el padre. Además, no sería la primera vez que una familia entera se pone de acuerdo en eliminar a un miembro. Cuando éramos pequeñas hubo aquí, en Cataluña, un caso muy sonado, el de la dulce Neus, una mujer que mató al bestia de su marido de acuerdo con sus hijos. Simulando que habían entrado unos ladrones le pegó dos tiros o mandó que se los pegara su hija menor... Aunque tu caso, por lo que me has dicho, parece distinto, además contradictorio. Desaparece el tipo, le encuentran suicidado, al menos según la policía se trata de una muerte

voluntaria, no de un crimen, y en vez de darlo por zanjado —si ellos le han matado o mandado matar tendría que ser así— la viuda te dice que trabajes para ella porque no cree en el suicidio. La viuda es peligrosa, si te llega a dar con el vaso igual no lo cuentas. Yo creo que está chiflada y, además, querida, con estos mensajes que me has hecho escuchar me parece que le gustas, que quiere enrollarse contigo.

—Horror, ni por asomo, antes me enrollaba con un cangrejo.

—Pues por lo menos ha desarrollado una relación de dependencia afectiva muy peligrosa... Vamos, que está de psiquiatra...

—¿Tú por qué crees que me pide que me encargue del caso y me hace después luz de gas?

—En principio parece claro, porque si se demuestra que no es un suicidio cobrará una suculenta póliza de seguro, a no ser que sea tan corta de entendederas que prefiera acabar en la cárcel para que sus inocentes hijos puedan cobrarla... ¿Y tú qué opinas? La detective eres tú, no yo.

—Yo, Virginia, he llegado al convencimiento de que soy una mala detective.

## XXX

Después de mi entrevista con Virginia pasé muchas horas barruntando el dilema moral en el que me encontraba: entregar directamente los cedés a la policía o devolvérselos a la viuda, cerciorándome de que ella los llevaría a la comisaría. Pero en ese segundo caso, no tenía ganas de regresar sola a su casa y pedirle a Calvo que me acompañara era excederme. Además, estando jubilado, quedaba fuera de sus actuales atribuciones inmiscuirse en el caso y conociéndole estaba segura de que habría de hacerlo a fondo y Rosalía no me lo perdonaría. A Jaume, que era y sigue siendo, por naturaleza curioso, tal vez le divirtiera conocer a madame Solivellas, pero tampoco me parecía apropiado que fuera conmigo. Él me había insistido en que, dado el cariz que estaba tomando el asunto, con intento de agresión de por medio, dejara plantada a la viuda y no le devolviera ni un euro de la cantidad a cuenta. Me la merecía con creces. Además, me aconsejaba que le contara a la policía cuanto sabía acerca de los Solivellas.

Aquella tarde Juanito, el camarero, después de darle recuerdos para mí, le había asegurado que «con estos ojos que se han de comer la tierra he visto cómo la policía sacaba cajas del despacho y cómo también un equipo de televisión lo filmaba». Gracias a su amigo, el camarero, Jaume me anticipaba lo que al día siguiente publicaban los periódicos. Todos coincidían en dar la noticia con parecidos titulares: «La policía se incauta de documentación de la empresa Tibidabo Assessors», para añadir que sus dos socios mayoritarios, acusados de fraude fiscal y blanqueo de dinero, seguían en paradero desconocido.

En *El Periódico de Catalunya* se recogía por primera vez que uno de sus empleados se había quitado la vida, sin aludir a que se trataba de Solivellas. Pero ninguno tomaba en cuenta que la exsecretaria había sido acuchillada. Una guinda macabra que pertenecía al mismo pastel, por mucho que tal cosa fuera fruto de la casualidad.

Me dormí diciéndome a mí misma que tanto si dejaba los cedés en comisaria como si los remitía a la viuda, lo de la devolución del dinero era cosa aparte. Aunque no fuera a su casa había muchas maneras de hacérselo llegar. Bastaba enviarle un cheque. Pero, por otro lado, consideraba que me lo podía quedar. No

se merecía que le devolviera una parte siquiera. Ninguna cantidad podría compensarme jamás por la muerte de Jimmy.

Me desperté con la cabeza pesada echando de menos a Jimmy y dándole vueltas otra vez a si tenía que llevar los cedés, los *caganers* y el informe no a casa de mi clienta, mejor exclienta, sino a la comisaría de Vallcarca, donde trabajaba el chico Benítez, en cuanto el comisario me avisara, cosa que me parecía raro que no hubiera hecho todavía. Pero antes tenía pendientes dos cosas, hablar con Montsina, de una vez por todas, y también con Jordi. Me decía que debía hacerlo, por mucho que me costara, por la pobre Liu.

Perseguí a Jordi a través del móvil de manera inútil e incluso llamé a la pastelería pero me dijeron que no estaba. No sé si se trataba de una mentira o verdaderamente no había ido a trabajar. Tal vez ensayaba o tal vez había comenzado a disfrutar de los seis mil euros en buena compañía y se había tomado unas vacaciones.

Con Montsina tuve más suerte. Aceptó verme aquel mismo día. Estaba en Barcelona con sus suegros enseñándoles el *Quadrat d'Or* y podía dejarlos un rato con su novio y hacerme un hueco. Le dije que estaría encantada de conocer a Guillermo William, también a sus padres si se terciaba. Con mucho gusto, les invitaba a todos a merendar. Pero ella no me dijo ni sí ni no, se limitó a reírse.

Montsina me citó en el bar del hotel Majestic, un lugar que me encanta, y a donde solía ir con Ángel, el único ligue rico y generoso que he tenido en mi vida y cuyos posibles le permitían invitarme a tomar copas allí. Yo, para mi desgracia, lo frecuento poco porque los precios están por las nubes pese a que incluyen un pianista que toca *As times goes by*, la melodía de la canción de *Casablanca*, una película que a mi ex le entusiasmaba y por eso la vi con él varias veces, y un servicio que trata de ser esmerado, en especial si pides champán en vez de cava.

Llegué con tiempo, me interesaba ver entrar a Montsina, observar sus movimientos antes de que me viera, captar si su aire desde el principio era suspicaz, si estaba tensa o relajada, aspectos que en mi trabajo son importantes para poder sacar conclusiones pertinentes.

Me estaba tomando ya la segunda taza del té que había pedido, casi helada, porque hacía por lo menos media hora que esperaba a la hija de la viuda sin que hubiera tenido siquiera el detalle de avisarme de que se retrasaba. Pensé que, en cuanto diera el último sorbo, pediría la cuenta y me iría, no sin antes llamarla y dejarle, en el caso de que no me contestara, un pequeño rapapolvo en el contestador. Mi tiempo valía tanto como el suyo y además su desinterés añadía más razones poderosas para dejar en manos de la policía el caso Solivellas y mandarlos a todos a hacer gárgaras, a todos menos a la chinita, claro...

En aquel momento, con treinta y cinco minutos de retraso, apareció pidiendo

disculpas. En vez de al Quadrat d'Or habían ido al Parque Güell y no encontraba taxi que la trajera... Y sí, podía haber avisado, es verdad, pero se puso tan nerviosa que se le pasó... Bajó desde el Guinardó andando un buen trecho y cuando por fin pilló un taxi había tal embotellamiento..., etcétera, etcétera.

Excusarse en el tráfico de las ciudades es un tópico de los impuntuales que resulta muy fácil de evitar. La solución está en salir con tiempo si uno puede, claro, y Montsina, me parece que podía. Pero di por buenas las excusas para no liarla más y fui directa al grano, después de que ella llamara al camarero y pidiera un *gin-tonic* de Beefeater, al que también me apunté...

—Menudo susto el de la otra noche —le dije en cuanto vi que se tranquilizaba, porque ya fuera porque me había hecho esperar en exceso o porque yo la ponía nerviosa, no paraba de moverse en la butaca, cruzando y descruzando las piernas una y otra vez y tocándose el pelo con la mano derecha, como si tratara de cerciorarse de que no se había quedado calva...

—¿A qué te refieres? —me preguntó sorprendida.

—¿A qué me refiero? Tu madre me dijo que forzaron la puerta, os rociaron con un espray y se llevaron la colección de *caganners*.

—Ah, sí, pero yo no me enteré de nada... Me acosté tarde porque había llegado del viaje y había estado deshaciendo la maleta y en cuanto toqué cama me dormí en seguida.

—¿No oíste nada? ¿Al despertar estabas como atontada, con la garganta seca, la cabeza pesada, como si hubieras bebido mucho y estuvieras resacosa?

—No. Me desperté como siempre, fue mi madre la que me contó lo que había pasado. Mi madre, alrededor de las ocho, entró en mi cuarto para preguntarme si sabía algo de Jordi. Siempre igual; aunque no lo parece, Jordi es su predilecto...

—No, nunca lo hubiera dicho. Yo creía que os prefería a ti y a Liu, claro. ¡Qué mona y espabilada es!

Me referí a ella, en primer lugar, por cortesía, y puse énfasis al hablar de Liu por si podía observar el más pequeño asomo de celos, pero no, al contrario.

—Sí, es divina, lo mejor de la casa. Han tenido mucha suerte con ella. Si no llega a ser por ella se hubieran divorciado.

—¿Se llevaban mal?

—Fatal. Te lo habrá contado, no le importaba decírselo a todo el mundo.

—¿Por qué?

—Mi padre era autoritario, antipático, regañón con todos excepto con la pequeña, con Liu. Estaba obsesionado con ella. Nos decía que haría como Woody Allen, que en cuanto creciera se casaría con ella.

—Vaya, de eso sí que tu madre no me ha dicho nada... Podía ser una broma, yo me quería casar con mi padre cuando era pequeña —solté la confidencia,

absurda, porque la comparación distaba mucho de ser correcta y Montsina, que no tenía un pelo de tonta, lo advirtió:

—No es lo mismo, los niños no tienen apetencias sexuales, son inocentes. Los mayores sí..., y él, él...

La frase se quedó en el aire, sin concluir. Apuró un trago de *gin-tonic*... Yo guardé silencio esperando que continuara tras dejar la copa en la mesa, pero no, permaneció callada. Me di cuenta de que lo estaba pasando mal. Pero, aun sintiéndolo, consideré que no me quedaba otro remedio que insistir si quería corroborar que, en efecto, Solivellas era un pedófilo. Di un sorbo largo al *gin-tonic* mientras trataba de encontrar las palabras menos ofensivas al respecto.

—¿Tú crees que tu padre se sentía atraído por Liu?

Me contestó en un susurro:

—Sí, estoy segura —y luego, tras una pausa y al borde del llanto añadió—: También por mí hasta los siete años, luego le debí de parecer demasiado mayor.

—¿Lo sabía tu madre?

—Pocos días antes de la muerte de mi padre tuvimos una larga conversación y se lo conté todo. Se lo conté para que vigilara de cerca a Liu. Cuando yo era pequeña su obsesión por mí, sus caricias y besuqueos eran considerados producto del amor de un padre por una hija, pero hay ciertas maneras de acariciar que puedo asegurarte que nada tienen que ver con el cariño inocente..., solo que entonces no me daba cuenta.

—¿Nunca lo hablaste con él?

—Se lo recordé después de que me prohibiera salir con mi novio. «Todavía te quiero para mí —me dijo— y no le voy a dar a mi hija a un sudaca de mierda». Le amenacé con denunciarle...

Montsina se tapó la cara con las manos, supongo que para evitar que se viera que dos grandes lagrimones resbalaban por sus mejillas. Murmuré una excusa:

—Perdóname por hacerte pasar un mal rato, de veras.

Me sentía enormemente incómoda, sin saber qué hacer. Transcurrieron unos minutos que me parecieron eternos hasta que descubrió su rostro. Sacó un pañuelo de la bocamanga del jersey y lo pasó por sus mejillas. Tenía los ojos todavía nublados.

—Perdóname tú —me dijo en un susurro—, pero últimamente no puedo evitarlo, no puedo dejar de llorar cuando me acuerdo...

—Al contrario, perdóname tú a mí...

Dejé que se serenara un poco antes de continuar preguntándole. Sus respuestas me permitían averiguar muchas cosas en las que antes no había siquiera caído e insistí:

—¿Le denunciaste?

—No, no fui capaz, Guillermo William me dijo que lo hiciera y quizá lo habría hecho si las cosas no se hubieran precipitado.

De nuevo se cubrió la cara con las manos. Comprendí de pronto por qué había puesto tantas pegatas a verme. Me puse en su lugar y la compadecí.

—Perdóname, Montsina, de verdad, no sabes cuánto lo siento —volví a repetirle.

—No te preocupes, además ya no importa, ya no. En el fondo era un desgraciado..., un enfermo. ¿Sabes?, tuve que ir al psiquiatra y eso me ha ayudado. No es que le vaya a perdonar ni mucho menos a justificar. Está muerto, ha pagado por lo que hizo...

—Tu madre dice que no se suicidó.

—Mi madre quiere cobrar el seguro. Mira si era mala persona que cambió la póliza para dejarla al paio..., lo hemos sabido después. Mi madre estaba segura de que le llovería un buen pellizco. La vidente se lo pronosticó. Todo lo que esta le dice va a misa.

—¿Por qué crees que robaron la colección de *caganers*?

—No lo sé. Mi madre decía que eran muy valiosos, pero a ella no se le puede hacer mucho caso, toma demasiados tranquilizantes, bebe para animarse un poco y se vuelve agresiva. Me ha dicho que te tiró un vaso a la cabeza, como hizo una vez con mi padre, aunque él también le arreaba... Ah, y me ha pedido, por favor, que la disculpes, que no la abandones, que está desconcertada, me ha contado que han mandado a casa unos cedés, amenazando con mostrar su contenido si no pagamos. ¿Pero a quién? Dice que tú no se los has devuelto.

—Es verdad. Pensaba hacerlo el día que por poco me descalabra —apunté, riéndome.

—¿Qué contienen?

—Fotos pornográficas —no me atreví a añadir que se trataba de pornografía infantil, aunque ella lo supuso...

—Pornografía infantil, a mí me hacía fotos a todas horas, desnuda en el baño...

—Tuyas no hay. Son de niños y niñas orientales.

—Pobre Liu, me la llevaría conmigo si pudiera, porque yo me voy de casa. Dejo Manresa, no quiero volver nunca más. Me voy a Colombia con Guillermo. Me caso mañana en el ayuntamiento de Cabrils, el alcalde es amigo mío, y pasado mañana tomamos el avión. Como mi madre no ha querido siquiera conocer a mis suegros no se lo he dicho. Tendrás que desconectar el teléfono para que no te dé la lata. No quiero ni imaginar lo que hará cuando se entere de que me he ido... Yo de ti abandonaré el caso, porque si sigues, aunque de modo inútil, porque el forense determinó que papá se suicidó, no te dejará vivir. Mejor

que la aguante la echadora de cartas...

Tras la afirmación, apuró el *gin-tonic* y se levantó para marcharse.

—Te he citado aquí porque es el hotel en que se hospedan mis suegros, que deben de estar a punto de llegar. Por fortuna no saben nada del suicidio de papá, solo que ha muerto hace poco y que mi madre está tan enferma y deprimida que por eso no los puede invitar a casa, ni siquiera acercarse a saludarlos.

## XXXI

Así, con estas palabras, terminó la entrevista con Montsina. En el piano volvía a sonar la melodía de *Casablanca*, que una señora madura, que estaba sola en una mesa justo enfrente de la mía, le había vuelto a pedir al pianista. «Tócala de nuevo» aunque sin añadir «Sam». *Play it again, Sam*, porque por muy peliculera que fuera, debía de saber que no estaba en el café de Rick ni aparecería por la puerta Bogart ni ella por supuesto era Ingrid Bergman, aunque se notaba que había sido guapa. Todavía su cara conservaba algunas huellas de la pasada belleza y tal vez sí el óvalo y la finura de sus rasgos guardaban algún parecido con la sueca... En voz muy baja tarareó la canción... «*You must remember this. A kiss is still a kiss. A sigh is just a sigh. The fundamental things apply as times goes by...*»

«Las cosas fundamentales adquieren valor a medida que pasa el tiempo.» Cierto. Es el paso del tiempo lo que solo a veces puede, finalmente, afianzar la verdad. Porque la verdad de entonces, la verdad en que creía en aquellos momentos, a la que yo contribuí con mi testimonio se me presentó de improviso, de manera prácticamente casual, la misma tarde de la entrevista con Montsina.

Cuando ella se marchó, me quedé un rato apurando mi copa y para ver la cartelera, porque Virginia me había tentado para ir al cine, le pedí un periódico al camarero. Me trajo *La Vanguardia*. Miré primero la portada. En el faldón llevaba una noticia que me resultó curiosa: «Violento desalojo okupa en Poblenou», y quise leerla en seguida. Busqué, olvidándome instantáneamente de la cartelera, la página 30 a la que remitía y donde se ampliaba. Allí, bajo el mismo titular, se incluía una foto en la que pude reconocer la casa en la que pasaba Jordi sus noches fuera de Manresa y en la que, entre otros, vivía Blai Puig. Guardo todavía ambos recortes y recuerdo perfectamente la entradilla: «Las conversaciones iniciadas hace tres días para que los okupas abandonaran pacíficamente el edificio de la calle Àlaba terminaron anoche en un violento desalojo. Varios policías están heridos, uno de gravedad, al explotar un cóctel molotov en la puerta delantera del coche en el momento en que él iba a salir del vehículo. Hay cinco okupas detenidos».

Las conversaciones se habían iniciado tres días antes, los mismos que Jimmy

llevaba muerto. De repente, en mi cerebro se encendió una luz. ¿Y si hubiera sido Blai Puig el que había dejado grabada la amenaza y el que después, creyendo que el desalojo tenía que ver con una acusación mía, había matado a mi perro? Naturalmente, no lo había hecho solo. Jordi le habría acompañado. Él sabía dónde vivía, mi tarjeta, con la dirección impresa, estaba perfectamente a la vista en casa de los Solivellas. La viuda la guardaba en una pequeña bandeja junto al teléfono. Solo alguien que supiera cómo había muerto Solivellas habría de utilizar el mismo método. ¿Se había preocupado la policía de saber si tenían coartada? Seguramente al dar por válida la conclusión del forense les había dejado de interesar. ¿La tendrían Jordi y su amigo Blai Puig? ¿Dónde estaban ambos el miércoles día 10 de noviembre de 2010 entre las cinco y las ocho?

Llamé a Jaume, dos largas y una corta, como siempre, para pedirle que me acompañara hasta la calle Àlaba. Sola me daba miedo, quizá todavía quedaban okupas allí e incluso el tal Blai Puig andaba suelto y bien sabía yo que era agresivo. O quizá era uno de los detenidos. Seguro que los okupas que merodeaban por allí, ya que nunca suelen abandonar del todo la zona de la guarida, aunque los saquen, me darían noticias suyas. Si estaba detenido, me acercaría a la comisaría para poner en conocimiento de la policía mis sospechas y si no, trataría de hablar con él, a lo mejor incluso aceptaba que había cumplido su amenaza. La mía de ahora sería acusarle de allanamiento de morada además del asesinato de Jimmy.

Esperé a Jaume frente al hotel, no tardó ni cinco minutos en aparecer. Tuvo que pedir un casco prestado porque de lo contrario yo no me hubiera podido subir a su moto. Se lo dejó una compañera que saldría una hora más tarde del trabajo porque tenía que terminar de compaginar no sé qué libro que corría mucha prisa. De manera que debíamos estar de vuelta en sesenta minutos. Como máximo. No tardamos ni uno más.

En cuanto llegamos, Jaume se encontró con un amigo suyo, un cámara de la televisión autonómica. Había filmado los enfrentamientos del día anterior y nos contó sobre la dureza con que se habían desarrollado por ambas partes. Ahora, junto a un reportero, estaba allí para entrevistar a gente del vecindario que se había quejado ante la guardia urbana del ruido que metían los okupas y de sus ensayos musicales que no les permitían pegar ojo en ningún momento de la noche. Sabía quiénes eran los detenidos. No tuve necesidad de indagar entre los grupos de okupas y simpatizantes que merodeaban por la zona y eso facilitó la rapidez en regresar al Círculo de Lectores. El cámara había apuntado sus nombres para que cuando los soltaran le dieran su punto de vista sobre el desalojo. Le parecía muy importante dejar que se explicaran ante las cámaras, conocer sus impresiones. No había duda de que simpatizaba mucho más con

ellos que con los vecinos. Adocenados y estúpidos, pertenecían a la manada de borregos. Los okupas representaban todo lo contrario: la libertad, la creatividad, la autogestión. Además, algunos de los detenidos formaban parte de una banda de música que no lo hacía nada mal.

Le dije que les había oído y que tenía razón, en su estilo necrófago eran pero que muy requetebuenos, e incluso para convencerle tararé «te comeré el chocho, ocho veces ocho»..., y de nuevo le pedí por favor la lista de los detenidos.

—¿Por qué te interesa? —me preguntó.

—Creo que uno de ellos es amigo mío. Por eso, por si podemos ayudarle... Llevarle un bocata.

—Es una sentimental —dijo Jaume—, además no sé por qué, ahí donde la ves, le van los okupas.

El cámara sacó un cuadernito de una mochila que había dejado en el suelo:

—Aquí están. Mira, cuatro chicos y una chica, Climent Julià, Jordi Picornell, Blai Puig, Jordi Solivellas y Remedios Martínez. ¿Conoces a alguno?

—Pues sí, a dos. Son amigos.

—Si quieres llevarles bocatas te lo agradecerán, lo mismo los tienen encerrados y muertos de hambre. Claro que si los bocatas son buenos igual no les llegan, pero inténtalo. Ayer les metieron a patadas en el furgón. Supongo que están en la comisaría del barrio, la de la calle Bolivia.

Agradecí la referencia al amigo de Jaume, pero no fui a llevar bocata alguno. Debía devolver el casco y antes quería consultar con el comisario Calvo por si conocía a alguien que trabajara en la calle Bolivia y atendiera con mayor interés mis sospechas. Seguro que los cinco detenidos se quedaban en chirona setenta y dos horas. Para mí eran suficientes.

## XXXII

Rafael Calvo no estaba en casa y desistí de esperar a que regresara, además estaba claro que sus contactos no funcionaban demasiado bien. El chico Benítez no nos había dado todavía cita. Así que decidí ir sola. Tenía en primer lugar que informar de las amenazas de Blai Puig y de la sospecha de que él y Jordi habían entrado en casa y habían matado a mi perro.

El inspector que me atendió recibió con agrado todo lo que le dije. Blai Puig se había pasado las horas del encierro escupiendo gargajos e insultando a cuantos *mossos* se acercaban a su reja. No era precisamente alguien que moviera a compasión, me advirtió el inspector, todo lo contrario. El angelito era un desalmado. El peor y más agresivo de los okupas encerrados.

Al inspector Melquíades Álvarez, un tipo joven y bien parecido, le gustaban los perros y, como yo, consideraba que quien es capaz de matar a un perro es también capaz de matar a una persona. Así que no me fue nada difícil hacerle partícipe de mi sospecha de que Jordi Solivellas y Blai Puig habían dado muerte al padre del primero. Le hablé de que estaba pendiente de que el laboratorio me enviara el resultado del análisis que le había solicitado: si había ADN humano en la saliva de Jimmy, el ADN no podía ser sino de las personas mordidas por él en defensa propia. Obtener muestras del ADN de Jordi y de Blai sería muy sencillo. Él mismo las podía tomar. Solo haría falta compararlos.

Como nos caímos bien le conté que, a mi parecer, el crimen de la calle Verdi y el de Solivellas guardaban relación. Le hablé de los *caganers* y de las figuras de barro repetidas en casa de Mónica Ribó y de los destrozos caganeriles de casa de la señora Bofarull.

Fui de la comisaria a mi casa a buscar los *caganers*. Álvarez me aseguró que los perros capaces de detectar droga sabrían con celeridad si la contenían. Eso era fácil, los pasaría al departamento correspondiente. Le llevé los cedés pedófilos, porque me mereció confianza y no me equivoqué. Tal vez me la inspiró su acento gallego. Procedía de una aldea de Lugo y, como mis padres, los suyos habían llegado a Cataluña buscando el Dorado o al menos una vida mejor, como la buscaba Montsina, al otro lado del mar. Dentro de nada estaría volando con su marido hacia Colombia, alejándose de los horrores familiares, rumbo a la

tranquilidad, es un decir, que le ofrecía su nuevo país. En el nuestro, lo iba comprobando a través de la ventanilla del taxi en el que crucé Barcelona dos veces, de Poblenou a Sarriá y de Sarriá de nuevo a Poblenou, las calles estaban llenas de adornos de Navidad y luces multicolores para intentar animar a la gente.

No eran años de bonanza, la burbuja inmobiliaria había hecho estragos y más aún el desempleo, pero había que sacar fuerzas de flaqueza por lo menos durante las fiestas. En algunos balcones y ventanas comenzaban a escalar los Papás Noeles de peluche, comprados, en general, en los bazares chinos que también vendían belenes y por supuesto *caganers* fabricados en China, en competencia desleal con los de nuestros artesanos y feriantes. Estos ya habían instalado sus puestos frente a la catedral y se quejaban de la disminución de ventas, como tantos otros pequeños comerciantes, por culpa del bajo consumo y también de la importación masiva de productos orientales. De repente me acordé de que no había puesto el belén, cosa que acostumbraba a hacer siempre, ni había salido a comprar el árbol, algo que hacía acompañada de Jimmy. Aquel año mis Navidades serían tristes, muy tristes.

Le conté a Melquiades Álvarez cuanto sabía del caso Solivellas y que me habían llamado la atención los cuatro San Josés y los cinco bueyes, además de los *caganers* que guardaba en una vitrina la secretaria asesinada. Se lo comenté por si en la comisaría de Vallcarca, a la que pertenecía el distrito de Gracia, donde estaba el inencontrable Benítez, habían tenido en cuenta el detalle. Me prometió que lo averiguaría y llamó a un chico alto y fuerte con pinta de jugador de rugby y voz de locutor, para que se pusiera en contacto con quienes habían hecho el atestado del homicidio de Mónica Ribó y le mandaran por internet las fotos de la vitrina que me interesaban. ¿Acaso aquellas figuras estaban todavía ahí? ¿O habían sido robadas, o tal vez rotas?

—¿Por qué te parece importante que lo sepamos? —me interrogó a su vez Álvarez.

—Por lo que pudieran contener. ¿Qué interés pueden tener cuatro San Josés iguales y cinco bueyes si no es por lo que hay dentro?

El muchacho alto y fuerte fue muy eficaz. Volvió casi en seguida con una información interesante y dos fotos que me pasó:

—El piso estaba revuelto, la vitrina abierta, los objetos desparramados, y no se veían figuras de pesebre de ningún tipo. Tampoco *caganers*.

—Pudieron robarlos —apunté—, y si eso es así, creo que el caso de Solivellas y el de Ribó guardan relación.

Ambos policías me escucharon y tomaron notas. También se quedaron con los cedés.

## XXXIII

Las setenta y dos horas de la detención de los okupas estaban a punto de cumplirse. De los cinco, tres quedaron en libertad y dos pasaron a disposición judicial. Puesto que Blai y Jordi habían herido de gravedad a un policía lanzándole varios cócteles molotov, el juez los mandó a prisión preventiva. Y como tuvieron la mala suerte de que el pobre cabo atacado muriera ocho días después a consecuencia de las heridas y quemaduras causadas por los artefactos lanzados, el juez decretó prisión sin fianza a la espera de juicio.

El hecho de que los hubieran encerrado me tranquilizó y regresé a mi rutina. Montserrat Bofarull no volvió a llamarme y yo traté de olvidarme de ella. Decidí no devolverle el dinero, entre otras cosas porque me lo había ido gastando y tampoco darle más vueltas al asunto de la muerte de Solivellas, dado que ya había denunciado mis sospechas a la policía.

El duelo por Jimmy fue largo y tardé mucho en hacerlo y, en consecuencia, en aceptar su muerte, ligada, para mí no había dudas, aunque fuera de manera colateral, al caso Solivellas. Por eso esperaba ansiosamente el juicio.

Mientras, seguí ocupándome de los casos aburridos que me proporcionaba Holmes & Holmes e hice diversos viajes a Galicia a causa de la salud de mi madre, a la que habían diagnosticado una insuficiencia cardíaca, que me tenía muy preocupada, y por eso formalmente me la llevé a Barcelona conmigo para estar al tanto de las pruebas que tenían que hacerle.

Pasó una larga temporada en casa y para que se entretuviera y ganara algún dinerillo, la sobrina de Rosalía, que cosía para una tienda de confección, le proporcionaba arreglos que ella ejecutaba primorosamente, a veces no tan primorosamente la ayudaba yo, pero ese entreno con la aguja habría de resultarme a la larga de mucho provecho. Nuestra convivencia resultaba un poco difícil para las dos, acostumbradas a vivir solas y a no tener que dar cuentas a nadie de nuestras entradas y salidas. Aunque las suyas fueran más esporádicas que las mías, no dejaba de preocuparme cuando no llegaba a su hora. Conocía bien Barcelona, no en vano había pasado aquí toda su vida, desde que tenía catorce años, cuando su madre la envió con una prima lejana, a servir, hasta que, tras la muerte de mi padre, hace once años, regresó a Galicia. Pero alguna vez se

despistaba y tomaba un autobús equivocado, se bajaba en un barrio desconocido y se perdía. Para regresar a Sarriá en vez de coger un taxi se dedicaba a corretear por el lugar, a la búsqueda de personas amables que le indicaran cómo volver a casa andando. Algo que a mí me sacaba de quicio. Como muchas mujeres de su época, tenía alergia a los taxis, le parecía que solo en caso de extrema necesidad podía una acceder a ese lujo.

—Huy, nena, un taxi es un taxi... Tomar un taxi no me va, no es de mi época. Mira, ni mi primera señora, la Torrens, los cogía y mira lo rica que era... andandito se va a todas partes...

Cuando le proponía pagárselo aún se enfadaba más, me decía que no podía consentir que yo despilfarrara. En tiempos de crisis había que ahorrar, porque si me despedían de mi oficina, así llamaba ella a la agencia de detectives, tenía que poder comer y pagar el alquiler del piso, la luz, el agua, no me fueran a desahuciar o a cortar los suministros. En fin, que no pude convencerla y tuve que apechugar con sus costumbres de toda la vida.

A veces, los fines de semana se iba a casa de Rosalía y de Rafael, sus amigos del alma, para que yo me ventilara, decía, sin tener que estar pendiente de ella. Por entonces yo había estrechado mi relación con Matías, aunque me negaba a vivir con él incluso a pasar juntos el fin de semana en su casa; en cambio sí aceptaba que alquiláramos dos habitaciones en alguna casa rural de la zona de Gerona, su predilecta. Sus ronquidos seguían sin dejarme pegar ojo y su propuesta de utilizar una máquina que los paliara, con una mascarilla facial que se conectaba a una especie de tubo intergaláctico, me parecía un espantoso antídoto sexual con efecto retroactivo. De manera que en cuanto comenzaba a darle al fuelle yo me cambiaba de cuarto y nuestra relación no se resentía por el malhumor que proporcionan las noches de insomnio postcoital.

A principios de 2012 mi madre regresó a Galicia, lo hizo con los Calvo y eso me evitó tener que acompañarla. No había mejorado, porque a ciertas edades ya no se mejora, pero sí estabilizado y eso le permitía, con la medicación adecuada, poder volver a su casa en la aldea.

Antes de marcharse, Rafael me informó, gracias a uno de sus contactos en la policía, que el juicio por la muerte del cabo Montoya iba a celebrarse en breve. Fue entonces cuando, después de pensarlo mucho, porque suponía quedarme sin trabajo, decidí dejar Holmes & Holmes antes de que ellos me dejaran a mí. Había firmado un contrato de colaboración miserable, gravado por una cláusula que me impedía llevar ningún caso por mi cuenta y yo la había infringido. Era muy probable que a tenor del juicio se enteraran y por eso preferí marcharme antes de verme metida en un lío. Pretextando que tenía que irme a vivir a Galicia con mi madre, lo dejé. No conseguí siquiera un triste finiquito, tampoco había

tenido nunca derecho a baja ni a seguridad social. Mi categoría era la de una simple colaboradora, que cotizaba como autónoma.

Se despidieron de mí, encantados, y así me lo dijeron porque, según ellos, los casos de espionaje industrial, igual que los de cuernos, especialidades de la casa, ahora habían mermado. Contarían conmigo en el futuro si regresaba a Barcelona o ellos, quién sabe, abrían sucursal por mi tierra, en cuanto pasara la crisis, que algún día tenía que pasar, insistía tras la robusta mesa de roble de su despacho el amo y señor de Holmes & Holmes, mirándome con la condescendencia que tanto me molestaba y que ya no me molestaría más y eso sí, eso era estupendo.

Debo confesar que los dos meses previos al juicio y los que le siguieron fueron difíciles, tenía pocos ahorros y si no hubiera sido por la generosidad de Matías, que me invitaba siempre, algo a lo que yo trataba de corresponder de vez en cuando gracias a un pequeño préstamo que me hizo Virginia, habría acabado en la cola de los comedores sociales. Menos mal que la sobrina de Rosalía me pasaba arreglos de costura y con eso intentaba salir adelante.

Me alegré de que mi madre no estuviera en Barcelona cuando se inició el juicio porque hubiera querido acompañarme y para ella habría resultado muy desagradable, aunque no tanto como lo fue para mí, ya que cuanto se dirimía allí me afectaba y me retrotraía a mi vida con Jimmy.

## XXXIV

La primera parte del juicio se centró en exclusiva en lo que era fundamental: la muerte del cabo David Montoya. Un hombre joven, buenísima persona, según sus compañeros, dispuesto siempre a hacer un favor, como ocurrió el día aciago en que suplía a otro *mosso*, que le había pedido cambiar el turno porque tenía que asistir a una boda.

David Montoya, uno de los pocos policías de etnia gitana, había dejado viuda con dos niños pequeños y otro en camino, un hijo póstumo que nunca conocería a su padre, y unos padres que siempre se habían opuesto al deseo del hijo de ser policía. No era por animadversión contra el cuerpo, como podría pensarse, según el tópico. En su caso por lo menos, no. Ellos además pertenecían a la élite, no vivían en un campamento sino en un chalecito del barcelonés barrio de Vallcarca. Sus hijos habían ido al instituto y algunos pasado por la universidad, dos tenían consulta como dentistas en el barrio de Gracia. Llevaban tres generaciones asentados en Cataluña, conviviendo con los payos en igualdad de circunstancias, aunque solo David se había mezclado con ellos, casándose con la hija de unos vecinos. La familia no entendía por qué quería trabajar en un oficio tan peligroso y no seguir con la venta ambulante de ropa en la que tendría un buen pasar, puesto que a ninguno de sus hermanos mayores les interesaba. Todo eso me lo contó Melquíades, que había coincidido con David Montoya en la comisaría de Las Corts e incluso, por una de esas casualidades de la vida que nos llevan a considerar que el mundo es muy pequeño, conocía a su familia, ya que había salido durante unos meses con una de sus guapísimas hermanas.

Durante el juicio, contrariamente a lo esperable, ya que solemos pensar que los gitanos son ruidosos, la extensa familia de Montoya —acudieron a la sesión hermanos, tíos y primos— dio un ejemplo de contención y entereza encomiables. A la inversa que el grupo de okupas, muchos, hijos de papá, a los que el juez mandó desalojar en dos ocasiones por la escandalera y los insultos dirigidos al fiscal y a él mismo.

Tanto Blai como Jordi alegaron que en absoluto pretendían matar al *mosso*. Solo trataban de contrarrestar la brutalidad con que habían sido atacados y demostrar que en la guerra que las fuerzas del orden y los «*gossos de quadra*»

les habían declarado, no podían quedarse de brazos cruzados.

El abogado defensor de Blai, que era de oficio y que había pertenecido en su juventud al Partido Comunista, algo que su discurso puso de manifiesto, hizo un alegato a favor de los jóvenes que querían cambiar el mundo. Un mundo envilecido por el dinero, que a ellos, a los okupas, no les interesaba. Un mundo en el que los jóvenes tenían muy pocas oportunidades y en el que los que de verdad robaban y mataban si era preciso, sin escrúpulos, estaban en la calle. Eran políticos y empresarios corruptos, sanguijuelas de los pobres. Los okupas, por el contrario, buscaban un mundo más justo y más igualitario. Ellos con su forma de vida, sus rastas, sus *piercings*, tan mal vistos por el *establishment*, constituían un aldabonazo contra la hipócrita conciencia burguesa.

Su intervención, de la que solo recojo un extracto, fue larga y vehemente y se vio interrumpida por los aplausos del público okupa al que el presidente de la sala tuvo que llamar al orden en diversas ocasiones.

El defensor de Jordi, contratado por su madre, pertenecía a un conocido bufete de Manresa. La señora Bofarull debió de pagar una cantidad suculenta porque el hombre tenía fama de caro, o eso me dijeron. Atildado, elegante y con prestancia, llevaba una toga limpia y bien cortada de su propiedad, no como el abogado de Puig, que había utilizado una mugrienta que pertenecía al juzgado. Con la seguridad de que el caso estaba ganado, fue al grano para salvar a su cliente, sin declaraciones de principios ni alharacas progresistas, solo engolando la voz.

Se aferró desde el principio a la inocencia del imputado. El culpable de lanzar el primer cóctel era Blai y ese había dado de lleno en el cuerpo del policía. El segundo, el de Jordi, según un vídeo que aportó como prueba, había rebotado en el capó del coche y estallado, sin alcanzarle, cuando «el servidor de la ley», así llamó a Montoya, había caído al suelo ya. Otro más, lanzado por Blai, había explotado muy cerca, provocando nuevas heridas y quemaduras en el pobre *mosso*, que estaba allí «cumpliendo con su deber». Sus expresiones soliviantaron a los okupas, que en vez de permanecer callados le abuchearon cuando se refirió a la policía como servidora de la ley y dijo que cumplía con su deber. Pero él se limitó a hacer una pausa, esperó a que se les impusiera silencio mientras, desafiante, les dedicaba una mirada de un desprecio infinito.

En cuanto le permitieron continuar, el abogado preguntó a su defendido cuántos cócteles había lanzado y este en vez de contestar que uno, tal y como se veía perfectamente en el vídeo aportado, filmado, al parecer, por un cámara de televisión que había acudido al desalojo, respondió que no lo sabía, que no se acordaba.

A todos nos pareció rara tal respuesta y más aún a su defensor, que se quedó

perplejo. Yo de ser él hubiera utilizado la respuesta de Jordi para señalar su generosidad con su amigo, algo que, curiosamente, sí observó el fiscal cuando advirtió que, si no lo sabía, era que prefería compartir con Blai la pena que habría de caerles. Lo que sí alegó Jordi, muy conmovido y cariacontecido, y yo estoy segura de que sincero, es que ni él ni su amigo querían matar al *mosso*, que eso fue un accidente, que solo se estaban defendiendo de la brutalidad de la carga policial.

## XXXV

En la segunda parte del juicio, tras un receso, el fiscal me llamó para preguntarme por el allanamiento de morada y la muerte de Jimmy. Sabía, por el abogado al que consulté, que ni el allanamiento de morada ni la muerte de mi perro serían apenas tomados en consideración. Eran asuntos menores comparados con la muerte de Montoya. No obstante, el fiscal trató de utilizarlos en contra de Blai Puig y Jordi Solivellas, algo que agradecí, aunque eso no implicara apenas nada en comparación con la grave acusación de haber acabado con la vida del cabo Montoya. Ya hacía tiempo que la policía sabía que los restos de ADN encontrados en la saliva de Jimmy pertenecían a los acusados. Sin embargo el juez solo les acusó de allanamiento de morada. El hecho de matar al perro que les atacó, tal como demostraban las pruebas de ADN, no parecía tan grave, ni tampoco el ensañamiento con mi Jimmy, colgándole del ventilador.

Yo estaba tan furiosa que me referí a Jordi y a Blai como unos desalmados, capaces de todo, y lancé la sospecha de que ambos habían matado a Solivellas. Actué en este sentido con un enorme deseo de vengar a Jimmy y también con el objetivo, inconsciente por mi parte, según Virginia, que tanto me ayudó en aquella época, de demostrarme a mí misma que era una buena detective, que mis pesquisas no habían sido inútiles e incluso que al resolver el caso, los cuatro mil quinientos euros pagados en total por la señora de Solivellas podían considerarse una cantidad insignificante. Me los merecía sobradamente.

En relación a Jimmy, ambos encausados corroboraron que no tenían intención de matar al perro, pero este les atacó y entonces, en defensa propia, acabaron con él y luego para rematar la faena le colgaron del ventilador. Jordi y su amigo habían planeado ir a mi casa para ajustarme las tuercas, dijeron, comparándome con un vulgar mueble de Ikea o con un neumático, tras ser cambiado a consecuencia de un pinchazo. Me detestaban desde la noche en que nos conocimos. Además, creían que yo les había denunciado a la policía ya que, al día siguiente del concierto al que asistí, les clausuró el local por no tener los permisos en regla. También aseguraron que había sido yo la causante del desalojo de la casa okupada. Tres días antes de que les echaran definitivamente y por la fuerza les llegó la orden de que ahuecaran y esa misma noche decidieron

ir a mi casa. Querían asustarme. Aterrorizarme. Pero solo eso. Por supuesto, no romperme ningún hueso y ni siquiera tocarme. Nada de violencia física. Eso no, de ninguna manera. Que me cagara del susto y que ellos lo vieran. Para eso nada mejor que presentarse en casa de noche como lo hicieron. Pero no me encontraron y decidieron entrar. Jimmy les hizo frente y no tuvieron más remedio que deshacerse de él. Admitieron que colgarlo había sido un error, pero les pareció que de ese modo habían conseguido su propósito de hacerme daño.

En resumen, eso es lo que se deducía de sus declaraciones coincidentes. Cada uno añadió detalles de los que yo tomé buena nota y que me servirían más adelante para inculparles en el asesinato de Solivellas, que no homicidio, ya que a mi juicio había sido perfectamente planificado, y con el agravante, por parte de Jordi, de parricidio.

Blai contó que llevaba una soga para amedrentarme y que cazó a lazo a Jimmy, vanagloriándose de la hazaña. Desde pequeño le gustaba practicar ese deporte, ayudaba a un tío suyo cazador a eliminar a los perros viejos o inservibles y los dejaba luego colgados de los árboles. Suponía que la soga habría de aterrorizarme. Jordi le había contado que su madre y yo habíamos sido quienes habíamos encontrado a su padre ahorcado, que se había colgado utilizando el mismo tipo de cuerda que ellos guardaban en casa.

A preguntas sobre cuándo y para qué había comprado la soga, Blai contestó que hacía ya tiempo que la tenía, que era de buen material, que les servía para descolgarse desde cualquier ventana en caso de que llegara la bofia y también para muchos otros usos. En los traslados de un lugar a otro, para atar sus enseres en el portaequipajes de la furgoneta, e incluso habían pensado utilizarla en una *performance* en su siguiente concierto, simulando un ahorcamiento.

Al parecer, cuanto contó era cierto. Entre los instrumentos musicales, utensilios y trastos que sacaron de la casa okupa había muchos metros de cuerda, curiosamente del mismo tipo, trenzado y grosor que la que rodeaba el cuello de Solivellas. Al preguntarle si sabía hacer nudos contestó que, por supuesto, como si no considerarlo capaz de esas mínimas habilidades fuera despreciarle, y añadió que si querían se lo demostraría allí mismo. Podían escoger entre fijos y corredizos. El que usó con Jimmy era un nudo corredizo, el más elemental y rápido de hacer.

Jordi, por el contrario, señaló que no entendía de sogas ni de nudos, pero se consideraba tan responsable como Blai de la muerte de mi perro, aunque el cazarlo a lazo y colgarlo fuera obra material de su amigo. Su admiración por Blai seguía patente, tal vez acrecentada, y no quería en modo alguno traicionarle. El hijo de la viuda añadió que poco antes, desde una cabina, me había amenazado por teléfono. No había usado ningún distorsionador de voz, un

vulgar pañuelo y sus capacidades vocales para simular voces, que mostró allí mismo, en el interrogatorio.

Virginia, que asistió al juicio porque no me quería dejar sola en aquellos momentos de tanta tensión, opinó cuando salimos a la calle que Jordi era un desgraciado, un malcriado postadolescente, o adolescente —tenía veinte años—, necesitado de afecto y falta de figura paterna. Quizá por eso había encontrado en Blai, diez años mayor y un viejo cabecilla del movimiento okupa, su punto de referencia.

También yo sentí lástima por él, pero inmediatamente esa lástima se fue al garete cuando dijo que matar a un perro no le parecía grave. Peor era torturar a los pobres toros en las plazas, un espectáculo permitido y aplaudido. Recalcó que su abogado le había asegurado que matar en defensa propia no era delito, y menos a un animal. Sí aceptaba que había hecho mal en entrar en casa. Con una inmensa cara dura, insistía en que había llamado al timbre muchas veces antes de utilizar su tarjeta de crédito para abrir la puerta y que a mí me debía de importar poco que me visitaran, ya que no estaba cerrado con llave. ¿Se llamaba a eso allanamiento de morada? Él entraba en casa de sus padres muchas veces usando ese método... Por hacer lo mismo en mi piso, no pensaban que les ocurriera nada irremediable. Todo lo más una pequeña multa y quizá tener que pedirme perdón. No tenía empacho en hacerlo, en nombre propio y en el de su amigo, al que había pedido que le acompañara.

Pero yo no estaba dispuesta a perdonarles. En absoluto. No. De ninguna manera. No les perdonaba. Al contrario, yo les acusaba. Y les condenaba.

## XXXVI

A Blai le cayeron quince años y a Jordi menos, seis. Cuando les comunicaron el veredicto los okupas que estaban en la sala insultaron al tribunal, silbaron y patearon. Al alboroto de dentro se sumaron otros grupos que esperaban fuera y que habían traído pitos.

Blai escuchó la sentencia lanzando improperios y como traca final se levantó y antes de que los guardias que le acompañaban pudieran intervenir, dio cinco pasos y dirigió al juez un escupitajo sonoro que con certera eficacia fue a parar a su mejilla. Mientras su señoría, con una infinita cara de asco, se limpiaba como podía con un pañuelo que mojó en la copa de agua que tenía delante, Blai, esposado, salió de la sala entre dos policías.

Jordi no manifestó nada, se mantuvo imperturbable, como si esos seis años de condena los tuviera que cumplir un aborigen de Australia del que nunca había oído hablar. Fue su madre la que protestó y, llorando y gritando, culpó al abogado de Manresa, Ramon Creus, por su poca habilidad en la defensa. Una habilidad que en cambio había mostrado con creces al pasarle la minuta. Curiosamente no se metió con el tribunal, tal vez porque en ellos no había invertido ni un céntimo de euro.

Yo tuve más suerte que el tal Creus, pese al miedo que pasé en cuanto la vi entre el público. Temía que me atacara, hecha un obelisco, como alguna vez le había oído decir, en vez de basilisco. Y a tenor de sus cumplidos al abogado, me reclamara a mí también el dinero que me había pagado.

Durante la primera mañana del juicio ni me miró. Tal vez no me vio, aunque creo que sí porque nos cruzamos al entrar. Se sentó en la tercera fila junto a su acompañante, una mujer alta, desgarbada y muy pintada que supuse que era su pitonisa de cabecera por las muecas de desagrado que noté en Jordi en cuanto se fijó en ella.

En cambio el segundo día, mientras el fiscal me preguntaba, Montserrat Bofarull me dirigió unas cuantas miradas asesinas y se sonó varias veces con gran estruendo mientras yo declaraba. Estaba claro que con intención de molestarme. Cuando acabé, y volví a mi sitio, me sonrió de manera burlesca y se llevó el índice a la sien izquierda y lo movió en un gesto con que antes se

señalaba que alguien estaba como una regadera.

Había adelgazado considerablemente y ya no vestía ningún modelo de Miroglio Fashion ni de Talla Moda. También había abandonado el luto. Se había puesto colores chillones, que me parecieron inadecuados para asistir a un juicio en el que su hijo tal vez no saldría libre.

El primer día llevaba un vestido color de vaina de guisante, ceñido, con pendientes y collar de esmeraldas a juego. No sé si falsas o verdaderas, porque no entiendo de joyas. El segundo se atrevió con el rojo llama infernal de un traje de chaqueta, no sé si por consejo de Rebollar, que vestía de amarillo. Parecía que ambas trataran con los colores de sus indumentarias de tributar honores a la bandera nacional española o a la catalana, ya que las dos enseñas comparten los mismos colores. Sospeché que la adivina debía de considerar que esos tonos influirían en el ánimo del jurado de manera positiva, según su intención, y tal vez fue así. Quizá Jordi en la cárcel era mucho más controlable y menos molesto para su madre que fuera de ella.

Me preguntaba en cuánto habría aumentado la pena a la que habían sido condenados la muerte de mi Jimmy y me contestaba que en nada. Entiendo que quitarle la vida al cabo Montoya era un delito cien mil veces mayor que dejarme a mí sin mi compañero, y pese a ello seguía pensando que tenía que vengarle. Debía tratar de que se abriera otra causa contra Jordi Solivellas y Blai Puig y por eso me juré que era imprescindible que aportara todas las pruebas que a mi juicio incriminaban a los dos amigos en el asesinato de Solivellas.

Conté con la inestimable ayuda de Melquíades Álvarez, del que Rafael Calvo estaba un poco celoso, tal vez solo porque yo no le había pedido que me introdujera en la comisaría de Bolivia y quizá también porque se daba cuenta de que él pintaba ya muy poco en la policía y no digamos en los *mossos*. Pertenecía al pasado, a la dictadura franquista, una época que también muchos de sus actuales colegas pretendían olvidar. Quizá por eso Benítez, el que valía un Potosí, ni siquiera se había puesto en contacto con nosotros.

## XXXVII

Melquíades Álvarez se había tomado el caso con un gran interés y yo creo que incluso comprendía hasta qué punto el recuerdo de Jimmy inspiraba mi deseo de inculpar a Jordi y a Blai en la muerte de Solivellas.

El inspector incorporó a la investigación a una subinspectora que despuntaba como psicóloga, Manuela Vázquez, a la que por entonces traté bastante. Unos años antes había tenido un papel destacado en la detención de un asesino en serie que había aterrorizado a la Universidad Autónoma de Barcelona.

Me reuní con la subinspectora para hablarle de todo lo que yo había podido averiguar sobre el caso Solivellas. De mi relación con la viuda, a quien describí tal y como lo he hecho a lo largo de estas páginas, con abundante adiposidad. Manuela, que es gordita pero en absoluto pasada de peso, me regañó por la manera «machista» con la que yo había «visto» a la Bofarull. Me dijo que yo podía ser caricaturizada como una raspa, un bacalao, una tabla de planchar o una escoba puesta del revés. Tuve que aceptar que era verdad y que tenía razón.

Ridiculizar por el aspecto físico, cosa que hacemos a menudo las mujeres con otras mujeres, es discriminatorio. Manuela me lo afeó y yo se lo agradezco desde aquí y pido perdón si alguna persona gorda, también alguna delgada —raspa, bacalao, escoba o tabla, como yo misma, aunque en algunos puntos celulítica—, se pueda sentir molesta.

Manuela Vázquez miró las fotos que yo le pasé del lugar donde encontramos el cadáver, el dossier que reclamó a los *mossos d'esquadra* con el atestado y el informe del forense. De momento rechazó visitar el apartamento de Sitges para comprobar si había huellas que pudieran pertenecer a Blai Puig, porque estaba claro que de Jordi encontraría muchísimas. El tiempo transcurrido jugaba en contra de la identificación. A mí me constaba que el apartamento había sido limpiado y la pesada lámpara colocada en su sitio.

En cambio, se le ocurrió pedir las grabaciones de las cámaras que recogen el paso de los coches por el túnel del Garraf para saber qué vehículos se habían desplazado entre Barcelona y Sitges y entre Sitges y Barcelona el 10 de noviembre de 2010, por si la casualidad jugaba a favor de descubrir a unos presuntos asesinos que en vez de utilizar la carretera, lenta, con curvas y gratuita,

habían preferido los túneles de peaje, rápidos, rectos y caros.

Me contó que había dado un brinco en su silla cuando identificó la furgoneta de los okupas circulando a primera hora de la tarde, a las 15.05, hacia Sitges y luego a las 22.20, hora en que Solivellas ya había muerto, rumbo a Barcelona. Todo indicaba que la visita a Sitges estaba relacionada con la muerte de aquel. Además, se percibía muy bien la imagen del conductor, que coincidía con la de Blai Puig. En cambio, al copiloto apenas si se le podía distinguir.

Esta información sirvió para que Melquíades Álvarez pudiera pedir permiso para visitar a Jordi en el centro penitenciario de Can Brians y a Blai, en la prisión Modelo. El juez los había separado, imagino que con toda intención. Manuela acompañó al inspector.

Las preguntas que hicieron a ambos tenían que ver con sus actividades durante la tarde del miércoles 10 de noviembre de 2010. ¿Dónde estaban? ¿Con quién? ¿Tenían alguna coartada que les alejara del apartamento de Sitges ese día?

Ninguno de los dos lo recordaba. La fecha no les decía nada. Era un miércoles anodino de la segunda semana de noviembre. ¿Por qué se lo preguntaban? ¿Qué interés tenía saber qué estaban haciendo? La subinspectora Vázquez se encaró con Jordi:

—El 10 de noviembre de 2010 mataron a tu padre. ¿Tan mal hijo eres que ni siquiera te acuerdas?

Jordi se puso nervioso, dijo que estaba en la pastelería, pero no era verdad. Yo le había contado a Manuela que se había ido de casa y había dejado su trabajo la semana en que su padre había desaparecido.

—No es cierto. Mientes, no fuiste a trabajar.

—Si no estaba en la pastelería debía estar ensayando, en Poblenou —contestó—, con la banda.

Y ante la evidencia de que habían pasado por el túnel en la furgoneta, Jordi admitió que habían ido a comprar marihuana a un conocido que se dedicaba a vender collares por los restaurantes y bares de la playa de Sitges. Les había dado buena mercancía en otras ocasiones, pero aquella tarde no lo encontraron, aunque eso nada tenía que ver con la muerte de su padre. Por el apartamento ni se habían acercado. Eran inocentes.

Blai fue interrogado después de Jordi, a la mañana siguiente. Aseguró que no tenía idea de dónde estaba el 10 de noviembre de 2010, que no escribía un diario personal ni tenía agenda, y añadió burlón que no disponía de secretaría para consultarle, porque él no era un capitalista asqueroso, amigo de la pasma. Él era un luchador contra un sistema podrido, una puta mierda de sistema, que había que cambiar, un sistema en el cual mandaban los ricos sobre los pobres. Había que acabar de una puñetera vez con la situación, etcétera.

Cuando Manuela, muy seria, le dijo que dejara de soltar discursos idiotas y que sería mejor para él que tratara de acordarse, contestó que la tarde del 10 de noviembre de 2010 estaba en Buckingham Palace tomando el té con la reina de Inglaterra.

Solo cuando el inspector Álvarez le advirtió que tenían pruebas que confirmaban adónde había ido, dijo que buscaban un local nuevo para los ensayos y unos colegas les habían hablado de uno que había en la zona del Garraf. Se habían desplazado hasta allá en la furgoneta que usaban para transportar los instrumentos.

Manuela Vázquez le advirtió que tenía pruebas de que fueron más lejos y que las cámaras del túnel de peaje por el cual pasaron camino de Sitges los detectó en dos ocasiones, y le señaló las horas 15.05 y 22.20.

Blai insistió de manera rotunda en que la captación por la cámara de los túneles del Garraf probaba solo que habían pasado por allí, no que hubieran entrado en el apartamento ni que tuvieran nada que ver con la muerte del padre de Jordi. Muy indignado, reclamó la presencia de un abogado. ¿A qué venía ahora quererles cargar con un crimen que no habían cometido? Y me acusó de impulsar esta terrible injusticia. No iba desencaminado. Yo me había convertido en su bestia negra particular.

Jordi, por el contrario, no reclamó abogado alguno y se avino incluso a escribir en un papel lo que Melquíades le dictó: «*No busqueu culpables. Me'n vaig d'aquest món perquè no puc més*». Las faltas fueron todavía más abundantes que las encontradas en la nota del suicida, coincidentes en *culpavles* y *pug*, quizás las más sintomáticas. Jordi había abandonado los estudios al acabar la ESO, cuyo título consiguió a trancas y barrancas. Sus neuronas no lo dotaban para cursar el bachillerato ni menos aún una carrera, pero tenía, en cambio, una disposición para la música extraordinaria, con un oído magnífico, al revés de lo que le sucedía con la ortografía, tanto en catalán como en castellano, las únicas lenguas que hablaba y esta última con dificultad.

Precisamente las faltas de ortografía habrían de jugarle una mala pasada más adelante, cuando tuvo que enfrentarse a otro juicio, puesto que finalmente acabé consiguiendo que se abriera una nueva causa contra Blai Puig y Jordi Solivellas por el asesinato del padre de este último.

## XXXVIII

Mientras prosperaba la posibilidad de la causa contra Solivellas y Puig por la muerte del padre del primero, Manuela Vázquez se había hecho cargo de la investigación sobre los cedés, a propuesta del inspector Melquíades Álvarez. Me gustó mucho que la designaran a ella porque intuía que no cejaría hasta dar con la trama de desalmados que comerciaban con aquellas fotos. Se trataba de llegar a tiempo de proteger a Liu y al resto de niños que aparecían en las imágenes, que solo un depravado como Solivellas, abusador de sus propias hijas, podía haber difundido, aunque Melquíades Álvarez levantara una ceja cuando le conté cuanto me había confiado Montsina acerca de los abusos de su padre e hiciera un comentario que me pareció misógino, muy misógino.

—Hay algunas zorras que son capaces de todo, incluso, como esta, de acusar de abusos sexuales a su padre, ahora que está muerto.

—¿Por qué tendría que acusarle si no fuera verdad? —le pregunté replicándole—. No lo entiendo, ¿qué ganaba? Lloraba mientras me lo contaba. Parecía muy sincera.

—Comediantas, te lo aseguro. Cuando yo empecé, no sabes cuántas llegaban a la comisaría de Sants el domingo por la mañana, contando que las habían violado y era mentira.

La subinspectora ponía cara de no estar de acuerdo con su superior, pero esperó a que este terminara antes de intervenir:

—A mí me parece que son excepción las que llegan con el cuento. Yo te sustituí en Sants, jefe, y puedo asegurarte que no eran tantas. Algunas frescas que tenían al novio o al marido lejos y se la habían pegado con cualquiera en la discoteca, y por si acaso se quedaban embarazadas denunciaban que era un abuso cuando se trataba de algo consentido. Pero eso, jefe —volvió a introducir la palabra que, al parecer, gustaba a su superior—, no es nada comparado con la violencia de género que se ejerce en las familias. Yo sí creo a Montsina, por descontado. Menudo *pater familias* era Solivellas. Si no fuera porque debemos por ley perseguir al culpable o culpables de su muerte hasta sentarlos en el banquillo, y esos dos desgraciados nos han ofrecido muchas pistas, dan ganas de agradecerles que quitaran de en medio a un depravado...

—Manuela, ¿cómo puedes atreverte a decir esto?

—Digo siempre lo que pienso, jefe, ya lo sabes.

—Pues no debieras...

—Si me lo permite, jefe —pasó al usted dedicándole una maliciosa sonrisa—, usted tampoco. Usted hace un momento se refirió a las mujeres como zorras...

—Ya estamos —terció él—. Voy a tomarme en serio que delante de ti debo abstenerme de decir lo que creo, solo porque estás en el comité de buenas prácticas sobre la igualdad de género... Lo retiro, donde dije zorras diré gatitas... ¿Te va?

—Peor, incluso más misógino por condescendiente —Manuela Vázquez hizo una pausa y luego prosiguió, mirándome a mí—: A los hombres les parece que cuando utilizan ese tipo de palabras se muestran amables y hasta galantes con nosotras y se lo tenemos que agradecer; no se dan cuenta de que supuran machismo por los cuatro costados...

—Gatitas es un diminutivo cariñoso —dijo él, riéndose.

A Manuela no le hacía ni pizca de gracia la opinión de Álvarez y prefirió zanjar la conversación con ironía:

—En fin, jefe. Lo dejamos. ¿Qué va a pensar la detective de usted y de mí si seguimos enredándonos con los insultos que dedica usted a las mujeres?

Era la primera vez que un policía, una policía, me aludía por mi profesión y eso me gustó. Aunque a Melquíades las pruebas que yo había aportado le habían parecido de absoluto recibo, nunca había tenido en cuenta que yo, aunque no formara parte del cuerpo, tenía una formación semejante. Manuela me la otorgaba y eso me reconfortó.

## XXXIX

Manuela Vázquez bromeaba con la coincidencia de su nombre con el del famoso escritor, que había muerto en Bangkok hacía unos cuantos años e incluso decía que era su reencarnación en femenino. Su parecido —era bajita, regordeta, llevaba gafas— iba, en efecto, más allá de la coincidencia en el nombre. Aunque les separaran dos diferencias fundamentales: no era escritora, no había inventado a detective alguno —le parecía suficiente admirar a Carvalho—, y no sabía cocinar. Solo podía ofrecerme una receta... Me interesé por que me la diera y me la apuntó en un papel: se trataba de una especie de gazpacho verde, en seguida pensé en el color del quimono de madame Bofarull:

- 1 ramillete de perejil
- 1 limón
- 1 cucharada de vinagre
- 1 cucharada de jengibre
- 1 cucharada de miel
- 1 ramita de canela
- medio litro de agua

—Es adelgazante, ya verás —me dijo con ironía—, yo lo tomo todas las noches —pero no añadió qué guiso de patatas o plato de macarrones se zampaba después para que no le hiciera ningún efecto.

Manuela Vázquez, que era y es una experta en violencia infantil, se entregó al asunto de los pederastas en cuerpo y alma. Trabajó duro. No obstante, al principio, sus pesquisas para poder llegar a la trama de pedófilos coprófagos que se escondían bajo el nombre *La colla per la defensa dels caganers* parecían no llevar a ninguna parte.

Empezó por tirar del hilo del CIF fraudulento con el que había sido puesto el anuncio. El CIF había pertenecido a una empresa quebrada, tal como ya me había advertido Matías Montes. Hilaturas Reunidas S. A., pero eso tampoco condujo a ninguna parte. Los exdueños de la empresa estaban en una residencia de ancianos y eran casi nonagenarios. Imposible que tuvieran nada que ver con

los manejos de los pornógrafos infantiles. Podría intentar localizar en la seguridad social la nómina de los ciento cincuenta empleados que quince años antes habían ido al paro y dar con ellos, pero eso sería como buscar una aguja en un pajar, al igual que encontrar la lista de acreedores. Quizá alguno de ellos usaba el CIF de las hilaturas como venganza.

Se concentró entonces en realizar una extensísima búsqueda en internet, pero no todos los pedófilos se conectaban a través de sus páginas secretas como ocurriría en general más adelante y tampoco encontró ningún grupo que atendiera al nombre de *La colla per la defensa dels caganers* ni visionó ninguna de las imágenes que contenían los cedés enviados a la viuda. Por entonces todavía muchos pedófilos utilizaban los videoclubs, que, por otro lado, iban también desapareciendo, para realizar sus obscenos intercambios.

Manuela Vázquez mandó a un policía de su equipo, Esteban Pons, que aunque era joven parecía mayor y tenía una pinta un poco libidinosa, que visitara todos los videoclubs de Manresa, de Barcelona y alrededores y tratara de obtener, con la promesa de ofrecer o intercambiar materiales con quienes le parecieran sospechosos, cedés con pornografía infantil. De momento, los siete videoclubs visitados por Esteban Pons no tenían nada que ver con actos delictivos y la investigación seguía en vía muerta.

En cambio, la entrevista con la viuda y la orden de registro de su domicilio, que finalmente pudo obtener del juez, sí fueron muy útiles, según me contó. Sirvieron para hacer avanzar la investigación, además de comprobar que la señora Bofarull no estaba bien, quizá a consecuencia de los tranquilizantes y del alcohol o quizá porque sufría un deterioro neuronal acelerado. Naturalmente no estuve allí, pero gracias a lo que me contó Manuela pude imaginarme a la perfección cómo transcurrió todo.

Montserrat puso el grito en el cielo cuando Manuela le enseñó la orden de registro y me culpabilizó a mí de cuanto le estaba ocurriendo. Tal vez a consecuencia de los dictámenes de la pitonisa. Quién sabe si los vaticinios de su bola y cartas de tarot, que tan propicios me habían sido cuando comencé a ocuparme del caso, se habían vuelto en mi contra advirtiéndole de las terribles desgracias que yo habría de traerle. Así que despotricó y me insultó a placer. Estaba claro que del amor había pasado al odio.

El acompañante de Manuela, Jesús Romero, un *mosso* joven, recién ingresado en el cuerpo pero que ella consideraba que valía mucho, buscó los *caganers* o sus restos, además del posible material pornográfico, abriendo y cerrando puertas de armarios y revolviendo cajones, sin encontrar nada de interés.

Mientras, la viuda, sentada en su butaca, ofreció a Manuela una versión distinta de la que me había dado a mí sobre el robo de los *caganers*. No se los

habían llevado, los habían hecho añicos. Ella no tenía idea de quién había sido y tampoco de qué podía haber dentro. Si no lo había denunciado a los *mossos* había sido porque no hubiera servido para nada y lo mismo pasaba con los chantajistas y el rapto del hijo, del que culpó a las malas compañías con que anduvo el chico. ¿Por qué molestarse en ir a comisaría —insistió— si la policía nunca le había hecho caso?

Manuela la interrumpió:

—Quizás hasta ahora, yo le quiero hacer todo el caso del mundo, señora Bofarull de Solivellas...

Claro que el hecho de que la policía le haga caso a uno se podía interpretar como un sarcasmo o yo al menos me lo hubiera tomado así, pero ella no, la viuda se ve que se lo tomó bien e incluso se mostró más relajada. Esta era precisamente la intención de Manuela. Solo de ese modo se avendría a colaborar. Además, lo que ahora iba a preguntarle era duro. La viuda negó llorando que su marido hubiera abusado de sus hijas, a las que quería con toda su alma, como buen padre y buen marido que había sido. Y cuando Manuela le dijo que ella tenía otro punto de vista que no concordaba con su afirmación, presa de un ataque de nervios empezó a insultarme, «*això són mentides d'aquella mala puta, traidora, que s'ho feia amb el gos*» (eso son mentiras de aquella mala puta, traidora, que follaba con el perro).

La subinspectora trató de calmarla y le aseguró que había otros testigos de sus desencuentros matrimoniales y aludió también a la fuga de su hija, lo que enfureció más a la viuda. «Dios mío, repetía, pero qué te he hecho yo para que me trates así», mientras tosía e hipaba como si fuera a dejar de respirar. Manuela trató de calmarla y como hice yo la última vez que estuve en su casa se levantó para ir a la cocina a buscar un vaso de agua. Había presenciado ataques de histeria o pseudohisteria parecidos y no se inquietó demasiado. En cambio su ayudante, al oír los llantos y toses de la viuda, entró en el salón y estuvo a punto de llamar al 112.

—Jefa —le dijo a Manuela—, esta la diña y no me gustaría que nos involucraran en su muerte. Ya sabes cómo se las gasta la prensa...

Mientras Manuela me lo contaba, imaginé que Montserrat habría ido tras ella a la cocina y habría tratado de estamparle un vaso en la cabeza, como hizo conmigo, pero no, esperó en el salón a que se lo trajera, dio unos cuantos sorbos y se calmó. Después se levantó para sacar del cajón de una cómoda los álbumes familiares, en los que aparecían fotos de todos, en diferentes situaciones y posados. En algunas había instantáneas de niños desnudos pero ninguna podía considerarse pornográfica. Solo entonces Manuela Vázquez preguntó con toda naturalidad por la combinación de la caja fuerte. Aunque no sabía si la había en

la casa, como buena policía lo dio por sentado.

Montserrat Bofarull volvió a indignarse, lloriqueó y aseguró que no la tenía, que eso era cosa de su marido, que no le contaba nada, ella era un cero a la izquierda, etcétera, contradiciendo las afirmaciones sobre que Solivellas era un esposo amantísimo y un padre ejemplar, tal y como había declarado antes. La caja permanecía cerrada desde que él murió.

—Entonces tendrá usted que agradecerme que se la abramos, quizá ahí esté la clave de todo. ¿No se le ha ocurrido pensarlo?

—No —le contestó la viuda, furiosa—. En la caja fuerte mi marido solo guardaba papeles, cosas de su empresa.

—Precisamente por eso. A lo mejor tenía deudas y acreedores o al revés, le debían a él y por eso lo mataron. Ábrala, señora Bofarull de Solivellas —la subinspectora me contó que siempre la llamó así, le pareció que ella agradecía el empaque que daba a su nombre—, se lo pido por favor. Mejor que la abra usted a que mi ayudante la fuerce y se la dejemos inservible.

Manuela se levantó y llamó a Jesús Romero, que había entrado en el baño de la suite y estaba mirando qué potingues guardaban en los armarios. Se había entretenido en observar un bote con un polvillo blanco que requisó, tras preguntar a la dueña de la casa qué era:

—Sirve para blanquear los dientes —contesto Montserrat—. Mi marido lo usaba. Puede usted llevarse lo sin problemas y utilizarlo, *si le viene de gusto*, se lo regalo.

—Jesús, ¿me ayudas, por favor, a descolgar este cuadro? Pesa mucho.

Pidió Manuela al *mosso* señalando el óleo con las odaliscas y el sultán. Había tenido la intuición de que detrás del cuadro estaba la caja fuerte. Como era tan enorme y pesaba tanto estaba sostenido también por anillas y clavos laterales que no permitían dejar un resquicio para ver la pared. Manuela tenía mucha fuerza y su joven ayudante más, pero aun así la operación resultó complicada, tanto que la viuda trató de echarle una mano.

—Señora Bofarull de Solivellas, quizá usted no recuerda la combinación, la creo. Suelen ser complicadas y más en esta caja de importación que debe de ser de apertura sofisticada, pero vaya un momento a ver si entre los papeles de su marido la encuentra. Tómese el tiempo necesario, no tenemos prisa... Esta tarde la habíamos planeado para dedicársela a usted...

La viuda se levantó. Vestía el quimono verde, pese a que la chinita no estaba. Era miércoles y tenía ballet. Manuela lo sintió. Me había oído tantas alabanzas de la pequeña...

Tardó un rato antes de volver con un montón de papeles, por si allí podía estar apuntada la clave. Insistió en que la desconocía, que no había abierto nunca la

caja fuerte. Manuela no la creyó. Yo le había contado lo de los seis mil euros del chantaje.

Las cajas fuertes sirven, precisamente, para guardar dinero, aunque la subinspectora había visto en alguna casa que la caja fuerte era un elemento disuasorio. Las joyas estaban en la cocina, en un bote de lentejas, mezcladas con estas y el dinero mentido en los zapatos. No obstante, su intuición le decía que no era el caso. El sultán abúlico y las odaliscas danzantes del cuadrado escondían la entrada a la cueva del tesoro.

—Vamos a probar con estos números —dijo el *mosso*, tras escoger unas cantidades anotadas.

Pero no, no se abrió.

—Jefa —se dirigió a Manuela—, voy al coche a por las herramientas...

—Mire antes un poco más —pidió la viuda, convencida de que era inútil oponer resistencia.

—¿Dónde? —preguntó Jesús.

—En este otro papel —y le tendió uno en el que aparecía anotada la clave.

En la caja fuerte había sobres con dinero en efectivo, veinte mil euros, ocho mil dólares, varios legajos con escrituras y papeles y dos portacédés llenos.

—Nos llevamos los cedés, los papeles y el bote que nos ha regalado —le dijo Manuela—. En cuanto al dinero que guardaba su marido, deberíamos averiguar su procedencia, pero yo no me encargo de asuntos monetarios. Yo me conformo con los cedés. Pasaré los documentos a mi superior. Todo lo examinaremos con sumo cuidado y se lo devolveremos. Señora Bofarull de Solivellas, supongo que prefiere que le dejemos la caja cerrada y el cuadro en su sitio.

—Sí, claro. ¿Se da cuenta de que yo no he podido descolgar el cuadro sola? ¿Eh? Vivo con mi hijita, una niña de ocho años... Mi hijo está en la cárcel y mi hija mayor en América. *Això és un calvari* (esto es un calvario) —exclamó y empezó a sollozar.

—Solo una pregunta más y nos vamos —dijo Manuela—: ¿Sabe usted qué hay en los cedés?

—No, ni siquiera en los que me enviaron y se quedó la traidora. Nunca debí confiar en ella, y rompió a llorar.

Cuando Manuela me lo contó sentí lástima por la viuda y pensé que llevaba razón. Nunca debió confiar en mí.

## XL

A la mañana siguiente de la entrevista con la viuda, Manuela Vázquez comprobó que los cedés contenían fotografías de pornografía infantil. Al parecer, Solivellas estaba especializado en niños orientales. La subinspectora me llamó para que la ayudara a identificar a Elena Liu. Yo, a mi vez, llamé a Virginia. Desconocía si los aparatos de la policía para el visionado de fotos eran tan buenos como el suyo y quería cerciorarme de que nos permitiría usar el que tenía en su consulta si era necesario. Además, mi amiga estaba interesada en que se encontrara a los pedófilos y se les castigara.

Aquel mismo día, que, en efecto, fue un gran día para la investigación, el laboratorio de los *mossos* comunicó a Manuela que el bote encontrado en el baño contenía una mezcla de benzoilmetilecgonina, nombre científico de la cocaína, adulterada con bicarbonato, una mezcla extraña ya que la coca se suele cortar con azúcar, lactosa, cafeína o levamisol, un desparasitante para animales nocivo para las personas, pero no con bicarbonato de sodio del que se utiliza para blanquear los dientes, de ahí que el bote con ambas sustancias se guardara en el baño. ¿Para qué lo usaba? ¿Conseguía colocarse cepillándose los dientes? Los *mossos* tratarían de averiguarlo.

También aquel gran día Esteban Pons visitó el undécimo videoclub de su lista. Estaba en Viladecans. Lo hizo un tanto desanimado y hasta avergonzado, nos dijo después, porque en los dos anteriores tanto el dueño como el empleado a los que se había acercado le habían echado con cajas destempladas de la tienda al solicitar, en voz baja, fotografías infantiles, y solo al mostrarle la placa policial le habían pedido disculpas.

En el videoclub Peter Pan le atendieron de otra manera, con suma amabilidad. Allí se habían especializado en vídeos domésticos y escenas infantiles y había varios clubs de intercambio que se reunían en su local. Pons era lo suficientemente perspicaz para deducir que, sin aludir a la pornografía, con la referencia a las escenas infantiles le estaban poniendo sobre la pista. Los interesados solían pasar por allí, por su trastienda, los jueves por la tarde. Había instalado en el local un gran proyector para diapositivas y una pantalla que facilitaba el visionado familiar. El precio era módico.

Pons se presentó el siguiente jueves. Pagó veinte euros y pasó a un pequeño cubículo en el que media docena de tipos contemplaban fotos ampliadas incluso de bebés desnudos ante los que unos pervertidos abyectos se masturbaban. Pons tuvo que hacer esfuerzos para poder soportar aquella sesión de inmundicias para tarados sin devolver. Tragándose el asco aguantó la sesión y hacia el final pudo contemplar una serie de fotos muy parecidas a las que había visto en el cedé de Solivellas: una serie de niños y niñas estaban sentados en orinales haciendo sus necesidades. El fin de fiesta de aquella sesión pertenecía a *La colla per la defensa dels caganers*, como podía leerse debajo de algunas fotos. Se trataba de un grupo de pedófilos coprófilos.

Antes de que terminara la sesión y mientras se realizaban intercambios del material expuesto, Pons pidió refuerzos a comisaría. Solicitó que además de media docena de *mossos* le enviaran un furgón para detener a los pornógrafos y al dueño del negocio, un tal Juan Expósito.

Anoto que los detenidos fueron hábilmente interrogados —la frase la solía utilizar mi padre, tal vez porque era tópica en época de Franco, pero en este caso, según me contó Manuela, parece que fue así—. Algunos eran viejos conocidos de la policía, como el dueño de Peter Pan, que había estado involucrado en trapicheos con venta de cocaína y al que al parecer Solivellas debía dinero. Expósito se había encargado de llevar las copias de las fotos entregadas por aquel al laboratorio, pasarlas a los cedés y presentarle a quienes estaban interesados en niños orientales y nunca le había pagado la comisión, que ascendía a un buen pico. Él había puesto la pequeña esquila en *La Vanguardia*, como aviso a los coprófilos. Quería saber si le debían dinero a Solivellas y si podía así recuperar su parte. Antes y después de la muerte de este, también había enviado una copia de dos cedés a su dirección postal. Si las imágenes se hacían públicas hundirían su buen nombre y el de su familia, a la que no importunó más porque cobró su inversión por el mismo método del chantaje a dos coprófilos que tenían deudas con Solivellas. Pero aseguraba que las llamadas con amenazas no eran suyas. Con su historial, poca importancia tenía cargar con las llamadas, por eso creyeron que decía la verdad.

Sabía de dónde procedían las imágenes: la mayoría de los orfanatos chinos que Solivellas visitó cuando su mujer se empeñó en adoptar una chinita. Otras fotos eran de esta, de su propia hija. Había un cedé en el que todos los niños estaban sentados en orinales, debió de llegar al centro mientras estos hacían sus necesidades y pensó que las fotos podían ser comerciales. Juan Expósito y él se conocían desde tiempo atrás, desde antes de que este abriera el videoclub, por eso cuando lo inauguró se lo hizo saber. Y según Expósito fue a Solivellas al que se le ocurrió lo de la especialización en pornografía infantil, de ahí que se negara

a darle ninguna comisión. La idea del negocio, que iba viento en popa, había sido suya.

A *La colla per la defensa dels caganers* pertenecían algunas personas —quizá mejor debiera escribir algunos degenerados o tal vez solamente enfermos y otros caraduras inmorales— que no fueron detenidas porque aquel jueves de junio de 2013 no estaban en la trastienda del videoclub. Fueron delatados en los interrogatorios por los que habían sido llevados a comisaría, y la policía dio con ellos días después. Sorprendió a todos, en especial a los medios de comunicación sensacionalistas, que le sacaron mucho jugo al tema, que dos logopedas y un maestro de parvulario se aprovechaban de sus posibilidades de estar en contacto con niños pequeños. Parte del material de pornografía infantil incautado en Peter Pan procedía de una guardería ligada nada menos que a un importante colegio profesional.

## XLI

El examen de los papeles incautados a la señora de Solivellas no lo llevó a cabo Manuela Vázquez sino otro colega suyo, en consecuencia mi acceso a ellos fue prácticamente imposible. Yo me había hecho amiga de Manuela, apenas unos pocos años mayor que yo, y algunas veces durante aquella época habíamos salido al cine o a tomar algo, y por eso y porque ella confiaba en mi discreción me había puesto al día de los asuntos relacionados con el caso. Sobre los papeles solo me había dicho que trataban de los negocios de Solivellas. Quizá tampoco ella sabía mucho más, aunque barrunto que sí y si lo sabía, consideraba pertinente no comunicármelo.

Ambas coincidíamos en que la viuda no era trigo limpio, se contradecía y mentía. Tanto a Manuela como a mí nos parecía que ella debía de saber qué contenían los cedés que guardaba Solivellas en la caja fuerte. En cambio era cierto que sola no podía descolgar el armatoste de las odaliscas y el sultán, aunque hubiera podido ayudarla cualquier otra persona. ¿La asistenta Paquita? No parecía confiar en ella, aunque esta la tratara con más que familiaridad. ¿La pitonisa? Seguramente. Rebollar era fortachona, al menos en apariencia, además su hija Iluminada se dedicaba a los mismos menesteres que la madre y no era difícil imaginar que hubiera podido echarles una mano. También estábamos de acuerdo en que la Bofarull no se encontraba en sus cabales, y todo lo que le había sucedido sin duda había contribuido a desquiciarla todavía más.

No sé si por mi insistencia en que a Solivellas lo había matado su hijo ayudado por su amigo o por el estricto sentido de la justicia que tanto Melquíades Álvarez como Manuela Vázquez tenían, incorporaron a la causa contra Jordi Solivellas y Blai Puig las pruebas condenatorias que yo había ido aportando y que por descontado ellos antes examinaron con minuciosidad, de manera que todo quedó preparado para un juicio, que, contrariamente a lo que todos esperábamos, solo tardó un año en celebrarse.

De nuevo fui citada como testigo, ahora fundamental, de la acusación y me explayé a mis anchas refiriéndome a la similitud de la sogá utilizada para ahorcar a Jimmy y a Solivellas. Mi deseo de vengar a mi perro era tal que Virginia, que estaba en la sala, me dijo que mis glándulas suprarrenales debían

de producir en aquellos momentos más adrenalina que la segregada en toda mi vida y tal vez tuviera razón. La venganza es, en efecto, un plato que se sirve frío, pero Shakespeare no añade hasta qué punto puede resultar indigesto. De eso me percaté después por propia experiencia. Debo confesar que la indigestión todavía me dura, me duele el estómago y siento náuseas.

Traté de no mirar en ningún momento a la señora de Solivellas. El abogado defensor le hizo algunas preguntas que contestó como madre amantísima, muy en su papel y en apariencia en sus cabales. Por otro lado, ¿cómo no iba a defender a su propio hijo, del que loó unas virtudes —trabajador, inteligente, siempre dispuesto a ayudar— de las que carecía?

También el fiscal quiso interrogarla, y ante él tuvo que admitir que su hijo se había ido de casa la misma semana en que su marido había desaparecido y que no sabía dónde estaba el día en que este murió. Si no lo hubiera hecho, yo habría podido reconocer que mentía, y como yo las dependientas de la pastelería que habían acudido al juicio, con caras de consternación, y que sabían que no había ido a trabajar durante aquellos días. Se me ocurrió pensar que si Jordi era condenado por fin la señora Bofarull cobraría el seguro, en cierto modo gracias a mí, pero a un precio familiar desorbitado.

Mucho más delgada que la última vez que la vi en el otro juicio, Montserrat vestía de negro de la cabeza a los pies. Llevaba las enormes gafas de sol que usó en el funeral de su marido, sin duda para ocultarse tras ellas, e iba acompañada por la echadora de cartas, que se había puesto el mismo traje amarillo con que apareció en el primer juicio u otro del mismo tono debajo de un abrigo rojo. Volví a pensar que, probablemente, esos colores debían de ser decisivos para que todo fuera bien.

El abogado defensor de Jordi no era el de la otra vez. Era uno mucho más conocido, incluso fuera de Cataluña, cuyo nombre prefiero callar, porque suele aparecer en las tertulias televisivas. Desde el principio de su intervención me pareció que no creía en la inocencia de su cliente, pese a defender lo contrario, porque lo presentó como una víctima, cargando las tintas en este sentido para buscar la compasión del jurado. Se refirió al ambiente falto de amor en el que había crecido el chico. Su padre nunca le quiso. Prefirió siempre a sus hermanas. Le trataba de manera humillante, le daba palizas. Le echó de casa y durante una larga temporada le prohibió a su madre que le viera o le ayudara con un poco de dinero. Pero, aun así, él estaba seguro de que Jordi no había intentado vengarse de los malos tratos del padre. Jordi no había matado a su padre. Jordi era inocente. Las huellas encontradas en el apartamento no podían tomarse como prueba ya que se trataba de un apartamento familiar, al que el chico también a veces acudía con amigos.

Seguramente el defensor trataba de inclinar al tribunal a favor de Jordi, un pobre muchacho apocado y maltratado y conseguir así que le declararan inocente o por lo menos, si era considerado culpable, que se le aplicara la pena mínima. La actuación fue brillante. Utilizó muchos de los datos que antes del juicio habían divulgado los medios de comunicación acerca de la red de pederastas a la que pertenecía Solivellas. De eso, de haber puesto a la policía en la pista para dar con ellos, sí me sigo sintiendo orgullosa.

Ante el fiscal, Jordi acabó por admitir que sus amigos llamaban a su padre para insultarle y como notaron que se acoquinaba empezaron a hacerle chantaje, siempre con la misma cantinela: «Lo sabemos todo de ti, o pagas o decimos a todo el mundo que eres un maricón, tenemos pruebas», y él pagaba. Por eso Jordi suponía que había tenido líos con chaperos y quién sabe si no sería verdad. En cambio aseguró de manera firme y resuelta que no había matado a su padre.

Cuando el fiscal presentó las pruebas ortográficas que había obtenido Melquíades, coincidentes con las de la nota presuntamente dejada por Solivellas, el defensor de Jordi se opuso. Jordi cometía faltas de ortografía, como tantas otras personas, argumentó. La ortografía catalana es complicada, mucho más que la española y Jordi había sido un mal estudiante, pero eso no le incriminaba en absoluto. La nota podía haber sido escrita por cualquiera, aunque él estuviera convencido de que había sido el propio Solivellas quien la había redactado de manera descuidada, sin pasarle el corrector. ¿Acostumbran a pasar el corrector ortográfico los suicidas? ¿Tenemos estadísticas? Preguntó, mirando al público, de manera un punto sarcástica. No estaba claro que Solivellas dominara la ortografía. La postal que escribió a su amigo y cuya foto yo llevé a la policía estaba copiada nada menos que de un poema de mosén Cinto Verdaguer, de ahí que no tuviera faltas, argumentó el abogado defensor, pero él podía demostrar que Solivellas las cometía y blandió unos papeles en los que dijo que había. Procedían de correos de Tibidabo Assessors, enviados a clientes. No, las faltas no probaban nada. Jordi era inocente.

La abogada de Puig, de oficio, era una muchacha muy joven, recién colegiada y aquel, según confesó, su primer caso y me pareció que se notaba. Argumentaba poco pero insistía mucho en la inocencia de su defendido. Apeló al informe del forense en el que se señalaba que Solivellas se había quitado la vida, pero tuvo que admitir que el nudo corredizo con que había sido colgado Solivellas era exactamente igual al que su defendido había pasado por el cuello de mi perro. Además, incluso reconoció, lo mismo que su cliente, que la tarde del 10 de noviembre de 2010 Jordi y Blai estaban en Sitges, sin coartada.

El jurado condenó a ambos. La pena de Jordi fue mayor, veinte años, porque el parricidio se considera un agravante. La de Blai, diez años por haber tomado

parte en la muerte de Solivellas. Estaba claro que Jordi no hubiera podido colgar solo a su padre.

Yo me sentía contenta y compensada por tanto esfuerzo. En especial, contenta de que mi dedicación al caso Solivellas hubiera podido servir para desarticular una banda de desaprensivos pedófilos de la peor calaña, dedicados a un menester tan execrable. Además, me parecía que, en parte, se había hecho justicia con mi Jimmy gracias a la condena de Jordi y de Blai. Pero deseaba con todas mis fuerzas olvidar a la viuda y a sus hijos, menos a la chinita, cuya figurilla diminuta comparecía de repente ante mis ojos, con su sonrisa pícara, preguntando por su papá.

No supe si la aseguradora se había avenido, finalmente, a pagar a la señora Bofarull el seguro que, por una de aquellas ironías trágicas que nos reserva la vida, Jordi le había servido en bandeja.

## XLII

En cuanto a mí, tras el juicio me marché a Galicia, para estar con mi madre. La vida en su aldea, en la que solo quedaban cuarenta vecinos, era de una placidez tan maravillosa que pronto se me hizo insoportable, pero me vino bien para desintoxicarme del ajetreo de los últimos tiempos y sobre todo del estrés que llevaba acumulado. Allí no necesitaba trabajar, los grelos que tanto me gustan estaban garantizados, igual que los huevos y el lacón, pues mi madre y sus vecinas aún hacían matanza. Tenía todo el tiempo del mundo y lo dedicaba al pequeño huerto contiguo a la casa, a largas caminatas y a mirar películas. Virginia vino a verme durante el mes de agosto y le gustó tanto el sitio que trató de convencerme para que pusiéramos juntas un hotel rural al que ella traería a sus clientes y en donde daría cursos y organizaría terapias. Pero no me animé. Añoraba Barcelona y además pensaba que mi madre, que cada vez se fatigaba más, tenía el hospital demasiado lejos. Entre Rosalía y yo la convencimos para que regresara conmigo a Barcelona, donde yo pensaba sobrevivir un poco a salto de mata, con los arreglos de costura, mientras no encontrara un trabajo mejor. Aunque estábamos ya en 2014, año en que la crisis parecía remitir, el paro seguía siendo altísimo y los salarios, bajos. Ya no podía permitirme ningún tipo de lujo y me dejaba invitar por Matías, con quien seguía saliendo, y más de tarde en tarde por Jaume, que desde un tiempo a esta parte tenía pareja estable.

En diciembre de 2014 murió mi madre de repente a consecuencia de un aneurisma. Me costó rehacerme. El comisario Calvo y su esposa me arroparon con su cariño, gracias a ellos pude salir de la depresión que me causó su pérdida. Vendí la casa de la aldea y, añadiendo lo que obtuve por ella a los ahorros que tenía mi madre reuní una cantidad para mí suculenta, doscientos diez mil euros. Eso me permitió comprar un pequeño local, en el barrio de Sarriá, muy cerca de casa, para abrir un taller de costura. Desde entonces me dedico a arreglar ropa y no me va mal. Las composturas menos complicadas —dobladillos, meter y sacar costuras para ensanchar o estrechar— las hago yo, y con las más complicadas — las cremalleras se me dan fatal— me ayuda otra sobrina de Rosalía, la de Ponferrada, que también se quedó sin trabajo.

Al taller puedo llevar a Luna, la perrita que Matías Montes me regaló para

paliar la ausencia de mi queridísimo Jimmy, de cuya muerte, en parte, sabía que yo le hacía responsable. No tenerla que dejar tanto tiempo sola es también una ventaja de mi nueva profesión. Como está muy atenta a cuanto hago no sé si en el futuro la enseñaré a coser a máquina..., estoy segura de que lo haría maravillosamente.

Hacia apenas unos meses que había inaugurado el taller —en enero de 2016— cuando recibí una carta de Montsina que transcribo completa.

Apreciada Elena:

Soy Montserrat Solivellas, Montsina, la hija de Montserrat Bofarull. No sé si te acordarás de mí. Aunque estoy segura de que sí te acuerdas de mi madre, que contrató tus servicios de detective en 2010. Mi madre murió hace un año en la residencia en que estaba internada desde que la pobre perdió la cabeza por completo y se volvió cada vez más agresiva. Tú coincidiste con ella al inicio de esa agresividad. Ella misma me contó que te tiró un vaso a la cabeza.

He meditado mucho antes de escribirte, pero quiero hacerlo porque desde que nos vimos pensé que te lo debía. Me prometí que te lo confesaría todo cuando ya no pudieran meter presa a mi madre por el asesinato de mi padre. No fue Jordi, te lo puedo asegurar, aunque él haya ido a parar a la cárcel. Jordi es inocente. No tuve el valor de declarar que la culpable era mi madre, porque eso hubiera sido matarla. Jordi es joven y tendrá tiempo de rehacer su vida cuando salga y lo mismo su amigo. Mamá pagó a unos sicarios para que acabaran con su marido cuando supo lo que había hecho conmigo y lo que estaba haciendo con la pequeña Liu. Aprovechó una de sus huidas al apartamento de Sitges. Él iba allí con frecuencia los fines de semana. A veces se quedaba hasta el lunes o martes. Al irle mal en la empresa había buscado un socio que vivía en Aiguadolç para dedicarse al negocio de importación de figuras de barro. Las traían de China y mi padre tenía que distribuirlas.

Ahora soy yo la única de la familia que sé por qué mataron a mi padre. Jordi no lo sabe aunque esté pagando por ello. Tampoco, por supuesto, Elena Liu, que quizá ni siquiera recuerde nada de aquella época. Tanto mejor para ella. Cuando ingresamos a mamá en la residencia ella se quedó definitivamente con mis tíos. En realidad ya pasaba mucho tiempo con ellos. Te gustará saber que está muy bien y que saca muy buenas notas.

No sé si alguna vez sospechaste que podría haber sido mi madre quien acabó con mi padre. Fui yo quien le aconsejé que te contratara. ¿Cómo iba a tirar mi madre piedras sobre su propio tejado, eso es, a levantar sospechas,

si había contratado a una detective para que averiguara quién era el asesino? La excusa del seguro me pareció un buen argumento. Además esperábamos cobrarlo. No sabíamos que la póliza era nueva.

Creo que te debo una explicación acerca de un par de cosas con las que tratamos de engañarte para que nos sirvieras de coartada.

Los *caganers* no fueron robados, los hicimos añicos una noche. Intentamos aportar pruebas falsas que distrajeran la atención si a alguien se le ocurría pensar que se trataba de un crimen planeado en familia. No lo era. Fue idea de mi madre en exclusiva.

Te pido excusas por haber, quizá, abusado de ti. Lo único que me consuela es que mi madre te pagó con generosidad a instancias mías y cuando abandonaste el caso ni siquiera te reclamamos nada de lo cobrado como anticipo. Te pido también que hagas todo lo posible para sacar a Jordi y a su amigo de la cárcel. Son inocentes.

Un cordial saludo.

La carta venía en un sobre con matasellos de Bogotá y no llevaba remite, de lo que era fácil deducir que Montsina no quería que yo supiera su paradero ni esperaba contestación por mi parte. Si hubiera continuado en activo me habría apresurado a ir a la pastelería para entrevistarme con su tía y hacerle partícipe de lo que su sobrina me decía sobre su difunta hermana. ¿Lo sospechaba la familia? Pero yo había decidido abandonar para siempre mi trabajo de detective. Pese a ello, necesitaba compartir con alguien la información antes de llevarla a la policía. ¿Era eso lo que pretendía que hiciera quien me la enviaba, además de que me sintiera toda mi vida culpable?

Llamé a mi amigo Jaume, como siempre dos largas y una corta para que me atendiera, y le propuse cenar juntos para leerle la carta y pedirle consejo. La verdad es que me dejó desolada. Como mi economía había mejorado le anuncié que le invitaba yo. ¿Le parecía bien el Silvestre? Accedió, pero me advirtió que de invitar yo, nada. Él iría con su novia y nos convidaba a las dos. Lo sentí, pero no pude decirle que no la trajera. Me apetecía mucho más encontrarme con él a solas. Desde que andaba enamorado de una jovencita islandesa que había conocido de manera casual una noche en un bar, le veía poco. Y ese encuentro «proporcionado por el destino», decía él, le parecía definitivo. De manera que casi nunca estaba libre y a disposición, como antes, y bien que yo lo lamentaba.

Jaume consideró que había un motivo de peso por el que la tal Montsina me había escrito, más allá de pedirme que ayudara a excarcelar a Jordi y a Blai y excusarse por haberme utilizado, cargándome con una culpabilidad por partida doble. ¿Por qué no se ponía en contacto directo con la policía? ¿Y por qué

tardaba un año en acusar a su madre si hacía ese tiempo que había muerto?

—Basura, basura —repitió—. ¿Cómo era —me preguntó— la letra de la canción? —y luego dirigiéndose a su chica añadió—: No puedes imaginarte a qué antro me pidió que la acompañara cuando se ocupaba del caso Solivellas — y le contó nuestra asistencia al concierto y hasta evocó la muerte de Jimmy, para el que tuvo palabras cariñosas y no le llamó Milú.

—¿Cómo era la canción? —volvió a preguntarme.

Tararé la letra: «Basura, solo basura... Todo basura, un mundo lleno de basura, basura, basura» y mientras lo hacía pensé que Jaume tenía razón: la carta de marras obedecía a algo, ¿pero a qué?

## XLIII

El fin de semana que siguió a la cena con Jaume y con la islandesa, bella y glacial como los icebergs de su tierra, atacada por unos terribles remordimientos por haber hecho lo posible para que culparan a dos inocentes por un crimen que no habían cometido, seguía preguntándome por qué Montsina no mandaba la carta directamente a la policía y quería que fuera yo la que la pusiera en sus manos, ya que desde un punto de vista ético no me quedaba otro remedio. Si el comisario Calvo hubiera vivido —murió de un infarto a principios de 2015— le habría consultado al respecto, pero ya no podía hacerlo. Busqué a Manuela pero estaba fuera en un curso, nada menos que en Estados Unidos. Volvía dentro de un mes y yo no podía esperar tanto tiempo.

Llamé a Melquíades Álvarez. Tenía su número privado. Menos mal, porque en la comisaría de Bolivia ya no le hubiera encontrado. Le habían ascendido y trasladado. Tras saludarme, me lo soltó de inmediato, en un tono de lo más ufano. Le habían transferido a la unidad de crimen organizado. Trabajo no le faltaba, me dijo, y aunque yo le diera más, no le importaba. Pero me advertía que el caso Solivellas estaba cerrado, y que solo se avendrían a reabrirlo si la información que la carta ofrecía, tras ser contrastada, resultaba tan irrenunciable como fundamental.

Melquíades Álvarez me propuso que nos viéramos la tarde siguiente a nuestra conversación telefónica, después de que yo cerrara el taller. Podíamos tomar algo juntos y hablar un rato. De todos modos, me aconsejaba que entregara formalmente la carta en la comisaría de Bolivia para que quedara registrada, pero se avenía a leerla antes e incluso a opinar sobre su interés. Le propuse quedar en el Majestic, al fin y al cabo el hotel guardaba cierta relación con el caso, le advertí. Allí había visto yo por última vez a Montsina, allí se hospedaron sus suegros.

El inspector no conocía el lugar, creo que le pareció demasiado formal, solemne e incluso aparatoso. Tras ojear la carta que en seguida nos trajo el camarero, rechazó los cócteles y pidió agua mineral con gas.

—¿Estás de servicio? —le pregunté con cierta ironía.

—No, pero lo que más me apetece es agua. Vichy Catalán, que quita la sed.

Yo no pude resistirme a un *gin-tonic*. Pensaba pagar mi consumición y quizá la suya, si no se lo tomaba mal.

Como de costumbre, me sirvieron el agua a mí y la copa a él. No le ofrecí brindar porque hacerlo con agua trae mala suerte... El pianista se debía de haber tomado un descanso porque había dejado el piano abierto. Le advertí a Melquíades que el hombre solía aporrearlo con discreción, entrega y sentimiento y que tenía incluso fans. Creí reconocer en una mesa del fondo a su admiradora, la parecida a Ingrid Bergman, esta vez junto a dos amigas, y se la señalé con disimulo. Su comentario me pareció tan obvio como fruto del resentimiento, pese a tener razón:

—Vaya. Seguro que no tiene nada que hacer... A mi madre, que debe tener su edad, no le queda tiempo para músicas. Ahora le estará haciendo la cena a su marido —se volvió a casar cuando murió mi padre—, agotada y reventada después de recoger la basura de los pisos. Trabaja de portera, menos mal que este año se jubila.

Asentí con una sonrisa, sin saber qué añadir. Solo se me ocurría que la vida es muy achuchada, en especial para algunos. Él y yo lo pasábamos mejor de lo que lo habían pasado nuestras madres. Eso seguro. El pianista llegó muy oportunamente. Su admiradora le saludó de lejos y él empezó a tocar la melodía de Sam. No pude resistir la tentación de tarareársela a Melquíades pese a su nulo interés en el asunto. Se la fui traduciendo: «El tiempo pasará»... «Un beso es siempre un beso.» Pero para que no creyera que le tiraba los tejos fui rápidamente al meollo: «El paso del tiempo ayuda a dar relevancia a lo fundamental», y añadí de mi cosecha: a veces es hasta necesario para llegar a la verdad. Fue lo único que le interesó.

—¿Dice esto?

—No, eso lo he añadido yo.

—¡Ah!, ya me parecía que era una canción sin interés, romántica, para viejas.

Nos habíamos reunido para hablar de la carta. Estaba claro que no teníamos otro tema que el del folio y medio llegado de Bogotá, escrito en un ordenador, con letra Times New Roman de cuerpo 12 en papel normal y corriente. Así que abrí el bolso y le tendí el sobre.

Melquíades leyó y releyó la carta de Montsina con muchísimo interés. En su opinión, endilgar a un muerto una fechoría y todavía más un crimen es un clásico, y cuando eso ocurre siempre hay que sospechar de la intención de quien acusa.

—¿Pero a qué venía acusar ahora? —se preguntaba y quizá también me preguntaba, en un tono más cordial y menos resentido que cuando me habló de su pobre madre—. Hay gato encerrado —dijo como conclusión—. Veamos.

¿Tienes un papel? —me preguntó.

Saqué una libreta del bolso, una costumbre que conservo desde mis tiempos de detective, y se la ofrecí.

—Apunta, por favor —me dijo, y enumeró una serie de conclusiones que yo fui anotando con un bolígrafo Montblanc, que me pasó él—:

1. No se presentó durante el juicio. Era el momento de afirmar la inocencia de Jordi y de su amigo.

2. Cargar el muerto a un muerto es un clásico.

3. Lo hace un año después de la muerte de la madre. ¿Por qué espera tanto tiempo?

4. Algo así solo sería lógico si hubiera un motivo, si alguien la acusara a ella, a Montsina o a su marido.

5. Y eso solo sería posible si se reabriera el caso.

6. El caso podría reabrirse a partir de su escrito.

7. ¿Con qué intención?

8. ¿Acusar a ese socio exportador de Aiguadolç?

9. Tal vez es lo único justificable.

—Empezaremos por ahí —me dijo al acabar de dictarme la lista.

—A lo mejor solo quería justificarse ante mí y culpabilizarme. Te aseguro que me entran escalofríos si Jordi y Blai son inocentes.

—Bueno, no tanto. Mataron a tu perro —replicó él.

—Eso por supuesto y lo han pagado.

—Y también te escribió para que tú nos hicieras llegar su carta. Eso tenía que pasar por su cabeza.

Antes de despedirnos quedé en que al día siguiente llevaría a registrar la dichosa carta a la comisaria, aunque para ello tuviera que abrir el taller un poco más tarde. Mis clientas no solían ser muy mañaneras, en todo caso dejaría un cartel.

Por su parte Melquíades me juró que él se ocuparía del asunto personalmente. Averiguarían el paradero de Montserrat Solivellas Bofarull, estuviera en Colombia o en cualquier otro lugar.

Cumplió su palabra. Unos días más tarde me llamó para decirme que Montsina había muerto hacía apenas una semana en un accidente de circulación en Bogotá, donde vivía, poco tiempo después de que su marido la dejara. Por el momento no podía darme más datos. Las pruebas que condenaban a Jordi y a Blai eran para él suficientemente claras y eso debía tranquilizarme, me repitió antes de colgar. De todos modos, estaríamos en contacto.

Yo volví a mi rutina. Virginia me atendió como psicóloga en varias ocasiones y me fui tranquilizando. Veía poco a Jaume, encoñado con la islandesa, no daba

para más. Matías trataba de no roncar, aunque no lo conseguía. Cuando quedábamos en algún hotel seguíamos pidiendo dos habitaciones. Él se iba a la suya cuando le entraba sueño y yo me quedaba, en cambio, despierta. Comencé a padecer un insomnio que todavía me dura. Es de noche, en la cama, cuando me saltan con mayor fuerza los remordimientos y a menudo la figura de Solivellas ahorcado y la de mi Jimmy se superponen y tengo que abrir los ojos y encender la luz para evitar tan espantosas imágenes.

## XLIV

Medio año después de que entregara a la policía el escrito original metido en el sobre en el que lo había recibido, el telediario de las nueve abrió la información contándonos que habían detenido en París al cabecilla de una banda de sicarios. Se encargaba de planear, al parecer con enorme profesionalidad, asesinatos, secuestros y todo tipo de extorsiones.

El capo de la banda había operado en diversas ocasiones por encargo del propietario de un restaurante de comida caribeña del puerto de Aiguadolç, muy conocido, que iba viento en popa. A su vez poseía una pequeña flota de motoras y veleros que alquilaba durante el verano a turistas y a nacionales. Negocios perfectamente legales que le habían permitido abrir otros de importación ligados al narcotráfico. La cocaína entraba en España a través de China, recibida no desde Colombia sino desde México, que desde tiempos en que las mercancías iban y venían gracias al famoso galeón, había mantenido un comercio fluido con Oriente. La cocaína venía en el interior de cachivaches de barro, huchas, cerditos, macetas y cuando se acercaba Navidad, disimuladas dentro de las figuras de los belenes, entre las que se encontraban los graciosos muñecos conocidos como *caganners*. Curiosamente estos también decoraban el restaurante y los barcos del mafioso.

El respingo que di hizo que la bandeja que tenía sobre las rodillas acabara casi en el suelo y que Luna, que dormitaba en un rincón, acudiera rápida, pronta a recoger cualquier pedazo comestible antes de que a mí me diera tiempo a barrerlo. Y empecé a atar cabos: había coincidencias entre el caso Solivellas y el recién averiguado. La cita de la carta, los lugares, Sitges, Aiguadolç, donde el coche había sido encontrado, y en especial los *caganners*.

No pude evitarlo. Inmediatamente telefoneé a Melquíades. No había vuelto a decirme nada desde el día que me llamó para contarme que Montsina había muerto, pese a su promesa de hacerlo en cuanto tuviera noticias nuevas. Me contestó eufórico.

—Iba a llamarte un día de estos, antes de que todo saltara a la prensa. ¿Te acuerdas de la lista que hicimos?

—Sí, claro. La conservo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque, en efecto, la carta trataba de acusar al tipo de Aiguadolç, de manera indirecta. Y con esa acusación tirar de la madeja. Hay más sorpresas. Guillermo William Jaramillo, el marido o exmarido de Montsina, no es trigo limpio, trabajó con el de Aiguadolç en las importaciones y con Solivellas, algo que ya sabíamos. A la pobre Montsina no le fueron demasiado bien las cosas y barrunto que con la carta trataba de vengarse de Jaramillo. En cuanto a la acusación contra su madre, es falsa. Ahora sabemos que la esposa era inocente y que tenía razón en una cosa que declaró a los *mossos*: en el asesinato de su marido habían intervenido agentes internacionales.

—Me lo repetía sin parar. Se lo había pronosticado la vidente.

—Pues tenía razón.

—¿Quién lo mató?

—Según parece, unos sicarios contratados por el tipo de Aiguadolç. Tenías razón cuando relacionabas la muerte de Mónica Ribó con la de Solivellas. La mataron para llevarse las figuras de barro, llenas de cocaína. Mi teoría es que entraron para robarlas y la apiolaron.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Muy fácil. Idígoras Lorenzo, el honorable restaurador del local caribeño, «Tato» para los amigos, histriónico y megalómano también, pero buena gente, según sus vecinos, era también extremadamente minucioso, apuntaba los encargos en clave, quién pagaba y cuánto. Si el encargo se había hecho convenientemente, etcétera. Utilizaba el alfabeto hebreo y sus combinaciones. Nuestros expertos han encontrado entre los nombres en clave el de Solivellas y los de quienes fueron los sicarios que lo colgaron, también en clave, dos ucranianos contratados por el tal Tato, pertenecientes a la banda cuyo jefe ha detenido la policía francesa.

—Pero no me dices quién lo mandó matar. Aunque imagino que fue Montsina y eso explica la carta en la que acusa a su madre. Ahora está claro.

—Pues no. Al parecer es inocente. O era. Lo que aparece en el escrito es la referencia a las letras Alfa y Omega, como el Tato se autodenominaba. Principio y fin. Lo encargó él directamente. El móvil también en clave: Solivellas se echó atrás en el negocio de importación de *caganners*. Tuvo miedo. Y le amenazó con denunciarle... En fin. Ya ves si ha dado resultado que nos pasaras la carta...

—¿Por qué Montsina acusaba a su madre?

—Yo creo que para hacerte reaccionar... Una hija acusando de un crimen a su madre... Eres muy peliculera, tú. Sabía que esto te llevaría a mostrarnos la carta de inmediato, además de poner todo tu empeño en reabrir el caso y excarcelar a Jordi y a su amigo. Por cierto, vi *Casablanca*. No está mal... Te confieso que me gustó. El loro enjoyado del Majestic no se parece nada a la actriz, a Ingrid

Bergman. Ahí te equivocas.

—Yo creo que no. Se parecen. Hay que hacer lo posible para que excarcelen a Jordi, en cuanto cumpla la primera condena.

—Si probamos que no fueron ni Jordi ni Blai, por supuesto. Pero no va a ser fácil reabrir el caso. La policía colombiana colabora con nosotros. Hemos pedido la extradición de Jaramillo, sabemos que está implicado en negocios oscuros y creemos que en un asesinato. Si sé algo más te lo diré. Ah, y sus padres jamás se hospedaron en el hotel Majestic, ni siquiera vinieron a España.

—Montsina me mintió también entonces. ¿Por qué?

—¿De verdad no quieres continuar siendo detective?

—No, de ninguna manera. Prefiero coser.

La respuesta me salió del alma. Quería seguir haciendo composturas y quería que declararan cuanto antes la inocencia de Jordi y de Blai, con respecto al caso Solivellas. Pero aún no lo han hecho. Quedan cabos sueltos para involucrar a los mafiosos y saber qué papel tenía en todo eso el yerno de Solivellas. El caso va a reabrirse, me asegura Melquíades, pero mientras tanto dos inocentes han sido condenados por mi culpa.

Quisiera con toda mi alma que estas páginas contribuyeran a crear un estado de opinión que influyera en acelerar el proceso que permita a Jordi Solivellas y Blai Puig recuperar la libertad y el buen nombre. Solo declarando públicamente mi error, me parece que puedo implorar el perdón con el que tranquilizar mi conciencia y recobrar la paz.

*Barcelona-Palma-Sitges-Barcelona-Cala Mayor-Barcelona, 2006-  
2017*

**El regreso a la novela negra, tras *Naturaleza casi muerta*, de Carme Riera**

**Premio Nacional de las Letras y miembro de la Real Academia Española**



«Cuanto me habían contado no era más que una manera de liar la madeja para convertirla en una tupida cortina de humo.»

Movida por un sentido de culpabilidad que no le ha abandonado en los últimos tiempos, la exdetective privada Elena Martínez rememora un caso que investigó hace varios años y en el que sabe que contribuyó a que se condenaran a personas inocentes.

En 2010, cuando en España la fiesta del dinero fácil y la corrupción está en pleno auge, la protagonista recibe el encargo de investigar la extraña desaparición del empresario catalán Robert Solivellas. Pero por debajo de ese mar oscuro corre un río aún más tenebroso: el de la total degradación de aquellos que, escudados tras el poder económico y político, creen poder actuar en su vida personal y en los negocios con total impunidad.

Carme Riera regresa, tras *Naturaleza casi muerta*, a la novela de intriga con este *thriller* policiaco en el que, con la maestría que caracteriza su literatura, dinamita las convenciones del género negro con el humor, la ironía y la crítica social.

**La crítica ha dicho sobre la autora y su obra:**

«Riera es autora de una obra polifacética de repercusión universal.»

Del acta del Jurado del Premio Nacional de las Letras

«Con ligereza y admirable maestría, Carme Riera va atrapando personajes memorables como quien atrapa escarabajos para clavarlos con alfileres dentro de

una caja.»

*El País*

«Una de nuestras primeras espadas, eso es Carme Riera, una narradora de fuste que ha construido libro a libro una de las trayectorias más sólidas de nuestra literatura.»

*La Vanguardia*

«La autora debuta en el género negro con personajes cercanos y situaciones cotidianas para crear un suspense que engancha.»

*El País* (sobre *Naturaleza casi muerta*)

«Una novela que es al mismo tiempo clásica y rompedora, erudita y emocionante, liviana y honda. [...] Sólo una maestra como Riera puede unir de forma tan sedosa lo íntimo y lo público, lo grandioso y lo sórdido. En este breve libro se derrumban a la vez corazones e imperios. Maravilloso.»

Rosa Montero, *Babelia* (sobre *Las últimas palabras*)

«Para amantes de las sorpresas y de la buena literatura.»

*El Mundo* (sobre *La mitad del alma*)

«*En el último azul* es una ajustada y bien construida novela contra los horrores de la intolerancia.»

*El País*

## Sobre la autora

**Carme Riera** es catedrática de Literatura Española en la Universidad Autónoma de Barcelona. Se dio a conocer en 1975 con el libro de cuentos *Te deix, amor, la mar com a penyora* (*Te dejo, amor, en prenda el mar*). Ha publicado novelas como *Dins el darrer blau* (*En el último azul*; Alfaguara, 1995), galardonada con los premios Nacional de Narrativa, Josep Pla, Joan Crexells, Lletra d'Or y Vittorini a la mejor novela extranjera publicada en Italia en el año 2000; *Cap al cel obert* (*Por el cielo y más allá*; Alfaguara, 2000), Premio Crítica Serra d'Or; *La meitat de l'ànima* (*La mitad del alma*; Alfaguara, 2005), Premio Sant Jordi 2003; *L'estiu de l'anglès* (*El verano del inglés*; Alfaguara, 2006); *El hotel de los cuentos y otros relatos de neuróticos* (Alfaguara, 2008), *Natura quasi morta* (*Naturaleza casi muerta*; Alfaguara, 2012), *Les darreres paraules* (*Las últimas palabras*; Alfaguara 2017), galardonada con el premio BBVA Sant Joan 2016, y *Venjaré la teva mort* (*Vengaré tu muerte*; Alfaguara, 2018). Su obra ha sido traducida al inglés, alemán, italiano, portugués, ruso, griego, holandés, rumano, hebreo, turco, croata y eslovaco. En 2001 recibió el Premio Nacional de Cultura de la Generalitat de Catalunya, y en 2015 el Premio Nacional de las Letras. Es miembro de la Real Academia Española.

© 2018, Carme Riera  
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3299-1

Imagen de cubierta: Erin Cone

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

# Índice

[Vengaré tu muerte](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota introductoria](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Capítulo XXXII](#)

[Capítulo XXXIII](#)

[Capítulo XXXIV](#)

[Capítulo XXXV](#)

[Capítulo XXXVI](#)

[Capítulo XXXVII](#)

[Capítulo XXXVIII](#)

[Capítulo XXXIX](#)

[Capítulo XL](#)

[Capítulo XLI](#)

[Capítulo XLII](#)

[Capítulo XLIII](#)

[Capítulo XLIV](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)